
ERLANTZ GAMBOA
TIENES LOS DÍAS CONTADOS
(TUS ÚLTIMAS HORAS)

TIENES LOS DÍAS CONTADOS

(TUS ÚLTIMAS HORAS)

Erlantz Gamboa

Recibes una llamada telefónica, de alguien que te dice que te va a matar. Piensas, obviamente que se trata de un loco o un bromista. Lo más aconsejable es que no le hagas caso. Pero, al de unos días,

comienza a morir gente, que ha recibido la misma amenaza. La policía no halla al asesino, y tú te pones muy nervioso, más bien te invade el pánico.

¿Y si, realmente, tienes los días contados? ¿Qué puedes hacer? ¿Emigrar? ¿Armarte hasta los dientes? ¿No salir de casa? Quizá confesarte y hacer testamento. No llames a la policía porque no le pueden asignar un "ángel de la guardia" a cada ciudadano.

El autor

CAPÍTULO I

El teléfono portátil sonó, con música seria y clásica, cuando Pedro Ahumada estaba en el autobús. Había dejado su automóvil en el

mecánico, y subido a un incómodo “proletario”, que lo dejaría a cinco calles de su oficina. Era la hora en que todo el mundo se dirigía a su trabajo, por lo que los medios de transporte circulaban atestados. Aún no pegaba fuerte el sol; pero ya olía a comunidad, en el interior del vehículo. Y sonó el desatinado aparatillo, justo cuando él no se hallaba en condiciones de contestar. Podía tratarse de un cliente, ya que Pedro vendía bienes inmobiliarios. Debía contestar; pero la señora gorda le apretujaba contra una fila de asientos, y, si soltaba las manos de la barra, caería sobre las dos mujeres que estaban sentadas tras de él. Faltaba poco para la parada, de manera que esperó a bajar del “colectivo”. Él llamaría al cliente, en cuanto fuese dueño de sus manos.

No hizo falta, pues, una vez en la acera, volvió a sonar el aparato. Ya tenía ambas manos libres, y pudo coger el portátil. Sonó una voz metálica, como de película o de aeropuerto. En las películas usan un distorsionador de sonido; mientras que en los aeropuertos deriva de que una empleada pega el micrófono a la boca, como si fuese un pirulí, por lo que no se le entiende nada.

-Tienes menos de una semana de vida, Ahumada. Arregla tus asuntos, y compra un ataúd.

-¡Vaya manera de darme los buenos días, Jorge!

Pedro supuso que se trataba de Jorge, un compañero de trabajo, quien era famoso por sus bromas. A él le hacían mucha gracia, y quizá a otros, si ellos no eran las víctimas. A unos terceros les sentaban como patada en los testículos.

-No soy Jorge.

Pedro, a pesar que la voz sonaba metálica, sí captó que no se trataba de Jorge. En las primeras frases le pareció extraño el timbre; pero no conocía a otro tarado que le llamase para decirle una estupidez.

-¿Y quién carajo eres?

-Quien te va a matar. Te queda menos de una semana. Arregla tus asuntos.

-¡Vete al carajo!

Pedro cerró su portátil. Llegaba tarde a la junta de objetivos. Había llamado, un poco antes de subir al autobús, para disculparse. Debió llevar al auto al mecánico, porque andaba pegando saltos. Tuvo la buena suerte que el "doctor automotriz" abriese a los ocho, por lo que le recibió el auto de inmediato. Sin embargo, en autobús demoró mucho, por las paradas continuas. Volvió a avisar a su jefe, y pedirle paciencia por la tardanza.

-Date prisa – le ordenó el jefe-. ¿Dónde estás?

-A dos calles. Llego en cinco minutos.

Pedro era un joven que acababa de cumplir los treinta años. Alto, delgado, en muy buena forma, tenía ojos grises y pelo castaño claro. Era atractivo, y le sobraba labia, combinación que venía bien para un vendedor, sobre todo con las clientas. Y, según él decía, ellas convencían a sus esposos. Sin embargo, no ligaba mucho, posiblemente porque no se lo proponía. Era fiel a su estilo, que consistía en una relación a la vez, y no comenzar otra mientras no acabase con la actual. No todo el mundo hace eso, pero a Pedro le parecía lo correcto.

Ahumada trabajaba en la empresa de bienes raíces desde hacía cuatro años, y le iba bien. No era un genio de las ventas, pero el producto casi se vendía solo, y eso le proporcionaba una interesante comisión. Hasta unos meses antes, tuvo una novia, Cecilia, con la que terminó al conocer a Gloria. Gloria influyó en la ruptura, aunque ésta era inminente, puesto que Cecilia y Pedro ya no se llevaban bien. La relación iba a pique, y Pedro resolvió saltar del buque, cuando Gloria, como una balsa, se cruzó en su ruta. Cecilia tenía una oferta para ir a Paris, a trabajar en una filial del negocio en San Pedro, y no se había decidido, por no separarse de Pedro. Cuando él le dijo que lo suyo naufragaba, Cecilia le quedó muy agradecida, ya que volaría en breve a Francia. Por ello, el rompimiento no fue dramático, y pudo considerarse muerte por “agotamiento”. Cada quien a lo suyo, como buenos amigos.

A las once y cuarto, Pedro esperaba ante la propiedad que pensaba enseñarle a un cliente. Habían quedado en verse allí, a las once; pero el cliente potencial llamó, para pedirle que le esperase hasta las once y media, por los típicos problemas de circulación. Sonó su portátil. Era un número desconocido. De nuevo, se trataba del loco que disfrazaba la voz. Y el tema se repetía.

-Pedro Ahumada, arregla tus asuntos, pues te voy a matar.

-Esa parte ya la había entendido. Me falta saber la razón.

Pedro suponía que se trataba de una broma, ya que no de un loco que marcó un número al azar, y resultó el suyo. Le llamaba por nombre y apellido, lo que no era casual. Le seguiría la corriente, mientras aguardaba. Luego pensaría en quién sería, y la razón de

chunga tan boba.

-Piensa, y encontrarás la razón.

-Ya he pensado un buen rato, y no se me ocurre nada.

-Has hecho daño, Pedro, y debes pagar por ello.

-¿Eres Dios o algún ángel?

-Para ti, soy el Diablo. No es broma, Pedro, porque morirás en menos de una semana.

-Oye, ¿no tengo derecho a saber por qué me has sentenciado?

El vendedor encontró chistosa la situación, porque le parecía ridículo tomar en serio al estúpido del teléfono.

-Tú lo sabes bien. No hace mucho que hiciste mal a alguien.

Pedro intentó recordar, pero no logró nada. Era difícil saber si había hecho un mal, porque necesitaba que el fulano le explicase qué catalogaba como tal.

-Bueno, pues quizá sí. ¿Y él te paga para matarme?

-No, nada de eso. Yo soy un justiciero.

-¿Y por qué no ajusticias al fulano que se acuesta con tu madre?

Pedro soltó una carcajada, y el de la voz metálica cortó la comunicación.

-Bromitas a mí. Que he hecho un mal. Engañar a algún cliente, diciéndole que la propiedad estaba casi nueva.

Vio que se acercaba un auto, con intención de detenerse. Debía ser el cliente. La conversación con el orate sirvió para que no se le hiciera larga la espera.

-Pues a éste también le voy a contar un cuento sobre esta casa.

* * * * * * * *

*   *   *   *   *

Servando Vasconcelos conducía su elegante Opel, por la Avenida Trujillo. Se detuvo en el semáforo anterior a la intersección, en la que debía girar a la derecha, para tomar la Alameda Ponciano Terreros, zona de casas de bolsa, bancos y negocios financieros. Él acababa de ser promocionado al puesto de vicepresidente de Mendoza Savings, y, de inmediato, fue a comprarse, a plazos, un Opel. Como buen ejecutivo, llegaba a trabajar a las diez, siendo las nueve la hora de entrada. Los ejecutivos de nivel llegan más tarde, para que sus subordinados puedan tomar café y charlar de fútbol. Las mujeres se encierran en “el toilette”, club privado de las féminas, y cuentan las incidencias del día anterior.

Sonó el portátil del ejecutivo. Él tenía listo el dispositivo “manos libres”, desde que subía a su auto. Así que conducía con un auricular en el oído y el micrófono en la solapa, para poder conducir y charlar. La voz que sonó era metálica, como la de un altavoz.

-Vasconcelos, tienes tus días contados. Prepara tus asuntos, porque morirás antes de una semana.

-¿Quién eres? ¿Qué broma es ésta?

Servando era muy miedoso. Fingía seguridad, ante sus compañeros de trabajo, para ocultar su carácter apocado. Pero temblaba ante cualquier dificultad. Ni él mismo entendía cómo pudieron ascenderlo a vicepresidente, siendo un puesto en el que se requería energía. Lo timorato no se debía, exclusivamente, a su físico menudo, que apenas rayaba con el metro sesenta, en una anatomía de cincuenta kilos. Vasconcelos era cobarde por naturaleza, incluso con

los que medían menos que él (no eran muchos, por cierto). Dormía con la luz prendida, y se aseguraba de no ser seguido, cuando iba a su casa. Vivía en un suburbio residencial, en una casa alquilada, a la que le puso tres cerraduras de las de complicada combinación. Tenía planes para comprar una vivienda; pero, por el momento, debía pagar el Opel. Tampoco podía ahorrar mucho, ya que se daba buena vida. En eso no era nada retraído. Al escuchar la voz metálica, sintió un escalofrío. Se hubiese sacudido y asustado, por el timbre de voz, aunque no dijese nada sobre matarlo.

-Soy quien te va a matar. Tienes menos de una semana de vida.

-¡Voy a llamar a la policía!

-¿Y te servirá de algo? ¿Te pondrán escolta? No seas estúpido, Vasconcelos. Sólo te queda confesarte, elegir un féretro elegante e ir con un notario, para hacer testamento. Te voy a matar.

-¿Por qué? ¿Qué te he hecho?

-Tienes unos días para pensar, y descubrir la razón. No creas que es broma.

Servando quería seguir preguntando, para enterarse de quién era el bromista, pero el de la voz metálica cortó la comunicación. Vasconcelos advirtió que no había doblado a la derecha, al llegar a la alameda. Ni se dio cuenta, por los nervios. Llamó a su oficina, y le dijo, a su secretaria, que había surgido algo ineludible, por lo que tardaría un poco. Puso proa hacia la comisaría de policía más cercana.

El tiempo que tardó en llegar a la comisaría, Vasconcelos fue pensando en que quizá se trataba de alguien contratado por “ella”. No había supuesto que pudiera tomarlo tan mal. Y aún más, que hubiese

tardado tanto en reaccionar.

-¿Y si es un loco? Puede haberme elegido al azar. Uno de la oficina, porque conoce mi apellido.

Eso parecía lo más lógico. El teléfono portátil era de la empresa, y se lo dieron para uso laboral. Claro que un jefe lo puede utilizar para lo quiera, pues los contadores no le pedirían cuentas. Así que, siendo de la empresa, casi todos los empleados sabían el número. Eran muchos para adivinar quién.

-Un envidioso – pensó-. No se habrá atrevido a llamar personalmente, pero ha pedido ayuda a un amigo. No aguantan que me hayan ascendido.

* * * * * * * * * * * * *

Cuando Laureano Girón recibió la llamada amenazante, estaba bajando la escalera de su casa. Su auto le esperaba en la acera de enfrente. Trabajaba a bastante distancia de su domicilio, en un lote de autos usados, situado en las afueras. Él no los vendía, sino que los ponía a punto. En aquel negocio compraban autos viejos, en no muy mal estado; pero que necesitaban algo para justificar el aumento de precio, a la hora de venderlos. Laureano era el jefe del taller que los arreglaba, les cambiaba algunos accesorios en mal estado, y verificaba que el motor, suspensión y demás funcionasen bien. No trabajaba en ventas, porque tenía un carácter de mil demonios, y espantaba a los clientes. Por ello estaba en el taller, donde podía discutir lo que quisiera; pero con los coches. Sólo tenía dos subordinados, Ginés y Ubaldo, quiénes ya estaban acostumbrados a su temperamento

explosivo, por lo que no le hacían el menor caso. El jefe era buen hombre, aunque se encendía sin necesidad de un cerillo.

Antes de que Laureano llegase al portal, la voz metálica dijo:

-Laureano Girón, te queda menos de una semana de vida.

-¿Y cuánto le queda a tu puta madre?

-No es broma, Girón. Te voy a matar, antes de una semana.

Laureano detuvo su caminar. No le gustaban las bromas, y aquélla era muy pesada. Por ello, replicó, con voz de trueno:

-¿Por qué no vienes a matarme, ahora, hijo puta?

-Eso voy a hacer, sólo que no te diré cuándo. Tienes una semana.

-Pues mejor si le ponemos fecha, y te estaré esperando. ¿Por qué no das la cara, cobarde, para que te la parta?

-Cuando te toque, recordarás que te lo advertí. Prepara tus asuntos, porque no vivirás más de una semana.

Laureano, al llegar a la acera, soltó una docena de imprecaciones, pero el fulano de la voz metálica ya había colgado. Girón llegó al taller, echando chispas. Les contó a sus hombres lo que le había dicho un cobarde, por teléfono.

-Son jóvenes que tienen un jueguito estúpido – dijo Ginés-. A un primo mío también le llamaron, para decirle que su esposa andaba con otro.

-¿Y andaba…?- preguntó Ubaldo.

-Pues sí. Tenía un lío con un fulano de su trabajo.

-Entonces, no se trataba de un juego de muchachos, sino de un cabrón que quiso hacerle daño – insinuó Ubaldo-. O de un falso amigo, que no se atrevió a decírselo a la cara.

-No es lo mismo – opinó Laureano-. A mí me ha dicho que me va a matar.

-¿Por qué no vas con la policía? – le propuso Ginés.

-¿Para qué? Si un cabrón quiere matarme, que lo intente.

-Puede estar armado, y tú: no.

Laureano se quedó pensativo. No había considerado eso. Si el fulano llegaba con un garrote o un cuchillo, se las vería con él. Pero, si disparaba desde lejos, la cosa cambiaba.

-Quizá deba comprarme una pistola – decidió.

-Puede ser una broma de mal gusto- observó Ginés.

-¿Cómo la de tu primo? Eso no fue broma, sino una verdadera putada – opinó Ubaldo "El Sincero".

-De todas formas, no me vendrá mal una pistola. A veces, cuando salgo de noche, he solido ver cabrones merodeando ahí detrás. Por lo menos, a alguien le daré un buen susto.

Laureano era un tipo alto y fornido. Unido a su físico, que imponía respeto, tenía una voz fuerte, muy sonora y grave. Y, para rematar, era hombre de pocas pulgas, que no rehuía una pelea. Pero quien le amenazaba no llegaría de frente, con los puños listos. Como decía su gente, usaría pistola o escopeta, desde lejos. Contra eso, Laureano poco podría hacer.

-¿Quieres que vayamos contigo?- propuso Ubaldo.

-¿A dónde?

-A conseguir la pistola. Yo tengo un conocido que anda metido en eso del contrabando. O le puedo decir que nos visite en el taller.

-Me parece bien. Dile que me traiga algo para defenderme.

-Le pediré algo discreto, pero contundente. Oye, cálmate que te va a dar algo.

-Voy a llamar a Justina. A ver si charlando con ella, me tranquilizo.

-No le cuentes nada – le aconsejó Ubaldo-. Ya sabes cómo son las mujeres.

-No le diré nada.

Justina era la novia de Laureano. Vivía cada quien en su casa, porque ella cuidaba de sus ancianos padres. El mecánico le había propuesto, en varias ocasiones, que dejasen su apartamento, de alquiler, y se fueran los tres al suyo, que le pertenecía. Pero Justina conocía el carácter de su novio, y dudaba que se llevase con sus padres. Y ya que ellos eran mayores, y estaban enfermos, quizá en breve... Era monstruoso esperar la muerte de sus progenitores, pero…

-Es ley de vida.

* * * * * * * * * * * * *

Tadeo Sarmiento trabajaba en el ayuntamiento de San Pedro. Era uno de los muchos que llevaban años detrás de una ventanilla, poniendo sellos a documentos que no los necesitaban, ya que podían venderlos con el sello puesto. Pero así fue desde siempre, y a nadie se le ocurrió cambiarlo. Sarmiento, por supuesto, no propondría una mejora, porque se quedaría sin empleo.

Pero lo que nos interesa de él no es su oficio, sino su relación con Rosita. Ella trabajó en el ayuntamiento cinco años, justo para pagarse su carrera de Derecho. Luego, una vez titulada, y lista para ejercer,

dejó su empleo mal pagado, y se dispuso a litigar en defensa de… sus intereses. No tardó en conocer a un picapleitos que le echó los canes. Tadeo era buen mozo, de anatomía esbelta y guapo, de ojo verde y mentón cuadrado; pero de futuro cierto, demasiado predecible. Claro que la mujer no lo cambiaba por un adefesio, ya que Gimeno también era alto, delgado y guapo; olía a rosas y se afeitaba dos veces al día.

Rosita decidió con la cabeza, y no con el corazón. Así que, en vez de ir al cine, fueron a un café, que es donde se terminan los noviazgos, aunque ellos eran matrimonio. Se habían casado, tres años atrás; pero ella decidió que la discusión no se efectuaría en su casa, para que no se enterasen los vecinos. A Tadeo le sentó muy mal que ella lo mandase a volar, y más en una cafetería, como en las películas gringas. Comprendía que su futuro no era promisorio. Quizá seguro, ya que podría trabajar en el ayuntamiento hasta jubilarse; si bien con un sueldo exiguo, y con pocas posibilidades de aumentos, o promociones a puestos de nivel. Los importantes se los reparten los políticos, porque para eso ganan las elecciones. El burócrata rogó y gimoteó, pero Rosa ya había vislumbrado que ella tendría buen futuro, fuese con Gimeno Ortuzar o sola. Así que se mantuvo firme, hasta terminar su taza de café. Y luego dijo:

-Quisiera que quedásemos como amigos.

-¿Por qué en un café? – preguntó él.

-Porque ya he cambiado la combinación de la cerradura del apartamento. Tus cosas están empacadas, y te las enviaré a dónde digas.

Tadeo entendió que su esposa había estudiado Ignominia Legal

en vez de Derecho. Lo preparó todo, con una minuciosidad digna de una maestra en vileza. Le habría aconsejado Ortuzar, quien era experto en divorcios. Por tanto, el pleito de ella; su novia; sería su obra maestra. Sarmiento fue testigo, y víctima, de ello.

Tadeo no quería quedar como amigos. Más bien no quería quedar como nada, sino seguir como hasta entonces. Pero ya no era posible, de manera que fue a enjuagar sus penas con licor. Solía acudir, esporádicamente, al bar La Esquina, un sótano poco iluminado, que tenía bastante clientela, porque era oficina de asistentes sexuales. La barra la atendían dos personas: Eloísa, una mujer de unos cuarenta años, de muy buen ver, que, además, era simpática, y conversadora; y el otro barman, Lolo, más bien Manolo, un tanto amanerado, del que se decía que era gay, aunque nadie lo sabía a ciencia cierta. Ninguno lo podía certificar, pues Lolo no salía con clientes del bar. En cambio, Eloísa sí aceptaba invitaciones, cuando le gustaba el individuo. Y sus favoritos eran los que tenían cuitas que ahogar en alcohol. Ella sabría la razón para ello, ya que su compañero no lo colegía, y la criticaba por eso.

-Pareces la madre Teresa de Calcuta- solía decir-. Si tienen problemas sentimentales, que vayan con un siquiatra.

-Es que me dan pena.

-Y se aprovechan, ¿no? Te largan unas lágrimas, y a conocer tu colchón. Sí que eres boba. ¿No te basta con tus propias tristezas?

-Yo no tengo tristezas.

-No, claro. No has fregado este mostrador con tus lágrimas.

-Eso… ya pasó. La herida estaba fresca.

-Pues deja que a ellos también se les pase, y cautericen sus heridas.

-Tú a lo tuyo. A ti no se te ha pasado, porque todavía… esperas que regrese “aquél”. Ya veremos cuando te convenzas de no lo volverás a ver.

Lolo hizo un visaje de malestar. Debía considerar que ella también conocía dónde, y por qué, le dolía a él. No únicamente la mujer tenía sus malos recuerdos, ya que los de él no eran nada agradables.

-No espero que regrese. Y si lo hace, le daré con la puerta en las narices. He conocido a alguien – dijo Lolo.

-Y llevas su nombre tatuado en el brazo. Claro que Marcos quizá se refiera a cuadros. Se puede quitar. ¿Sabías? Todavía guardas su ropa en tu armario. Hay gente que la necesita.

-Un día de éstos… El tatuaje… no sé. Me da miedo.

-¿Y no te dio al ponértelo?

Lolo agachó la cabeza. Se encogió de hombros y se puso a lavar vasos.

-Un viejo amor…- tarareó la mujer.

El barman sonrió. Ella no sabía nada. Él había decidido no contarle lo que sucedía fuera, porque Eloísa se entrometía mucho en su vida. Quizá también él lo hizo, en la de ella, pero no volvería a suceder.

-Ahí viene el llorón – dijo el barman, moviendo los ojos.

Efectivamente, Tadeo entraba en el bar, yendo directo a la barra, un taburete del lado derecho, zona que solía atender la mujer.

Sarmiento sabía que no le caía bien a Lolo, por lo que se alejaba de él. No serían celos, pero no le gustaba que los clientes charlasen con su compañera. El tipo era muy seco, y rehuía las conversaciones con los parroquianos, en especial si eran íntimas. De ésas sobran, puesto que muchos se confiesan en los mostradores de los bares.

-Mucho llora a la otra, pero le encanta revolcarse con Eloísa – murmuró el barman.

* * * * * * * * * * * * *

Vasconcelos entró, como una exhalación, en la comisaría de policía. En el mostrador estaba un oficial, quien le preguntó qué le sucedía. Le explicó, y el agente le dijo que esperase, que un detective lo atendería de inmediato.

-Tengo prisa – dijo Severo-. Soy vicepresidente de Mendoza Savings, y mi tiempo es precioso.

-El nuestro no – dijo el policía, con sorna.

El detective tardó diez minutos en atender a Vasconcelos. Salió a la recepción, y le dio la mano al “importante”. Luego le pidió pasar a su despacho, uno de los cuatro que se ubicaban a lo largo de un pasillo, que los separaba de la docena de cubículos formados por mamparas, que había en una sala grande. El detective se presentó, después de leer, en un papel que le pasó el agente de la recepción, el nombre del “vice”:

-Soy el sargento Miguel Garrido. ¿Qué le sucede?

-He recibido una amenaza de muerte.

Servando miraba hacia arriba al detective. Miguel medía algo

más de un metro ochenta, lo que suponía una buena diferencia sobre el vicepresidente. El detective era fornido, con un poco de vientre, único exceso que tenía. Andaba por los cuarenta años, pelo negro, rostro ancho, ojos hundidos, bigote estrecho y patillas largas. Se hallaba en la línea entre atractivo o simpático, lo que viene a significar, en términos femeninos, un prospecto interesante. Lo negativo era su profesión, ya que no a muchas les gustan los policías.

Los dos hombres se sentaron a ambos lados del escritorio de Garrido. El sargento seguía leyendo el papel del agente, en el que sólo ponía el nombre y apellido del que solicitaba los servicios de la ley. Pero le hacía gracia que puntualizó que era vicepresidente.

-¿Tiene el anónimo?- preguntó Garrido.

-No es un anónimo.

-¿Le amenazó alguien conocido?

Eso sonaba a un asunto muy sencillo. Al policía le pareció un pleito entre compañeros de trabajo o vecinos, quizá parientes.

-Me ha amenazado por teléfono.

-¡Ah! Usted no conoce a la persona que le amenaza, ¿o sí?

-No, no la conozco.

-¿Le llamó a su casa o al portátil?

-Al portátil. Tengo registrado el número.

-Deme el número, para que lo investiguemos, y explíqueme cómo lo amenazó. ¿Qué le dijo, exactamente?

-Dijo que pensaba matarme. Que me quedaba una semana de vida.

-¿Sólo dijo eso? ¿Le llamó por su nombre o apellido?

-Por el apellido. Sabía con quién hablaba.

Garrido anotó, en una hoja de papel, el número que le dictó Vasconcelos. El detective llamó por teléfono, a otro inspector, a quien le dio el número y pidió que lo investigasen. Mientras, Servando decía, más o menos, lo que escuchó.

-¿Tiene usted enemigos? – preguntó Garrido.

-No creo. Aunque eso nunca se sabe. Hace poco que me han nombrado vicepresidente de Mendoza Savings. El ascenso despierta envidias.

El sargento no sabía si ser vicepresidente de Mendoza Savings era parecido a gobernador del estado, pero podía jurar que ganaría más que un teniente de policía, quizá también que un capitán.

-Sí, claro. ¿Está usted casado?

-Divorciado. ¿Qué tiene eso que ver?

-Si es usted soltero... Divorciado, en su caso. Estando solo, puede andar con alguien. Bueno, también estando casado. Y ese alguien quizá tuvo un novio, o lo tiene actualmente… ¿Me comprende?

Vasconcelos se quedó pensativo. Sí, él andaba con Margot, una secretaria de una firma que era cliente de Savings. Y Margot no hacía mucho que tuvo un novio…

-¿Cree usted que pueda tratarse de eso?- preguntó.

-No sé. Usted es el indicado para analizar si molesta a alguien. No es que lo haga conscientemente, pero una persona puede sentirse ofendida.

-El ex novio de Margot – dijo Servando, sin dudarlo.

-Deme datos de Margot y su novio. Los investigaremos.

-No me gustaría… Es que ella trabaja en la empresa de un cliente importante… Podría ser un escándalo.

-Usted dice si investigamos o no

Sonó el teléfono del escritorio de Garrido. Éste tomó el auricular, y lo colgó al de pocos segundos.

-Le llamaron de una cabina en el distrito octavo. Pudo ser cualquiera.

-¿Pueden investigar la cabina?

-Lo haremos, pero hallaremos cientos de huellas. No servirá de mucho. ¿Quiere que hablemos con Margot y su novio?

-Por el momento… no. Si vuelve a llamar… quizá…

-Si le llama, de nuevo, cuelgue y no le haga caso. Eso les desagrada. No mantenga una conversación con esa persona. Si es muy insistente, regrese a verme. Le voy a dar una tarjeta.

Servando salió de la comisaría. Podía ser el novio de Margot, aunque también alguien cercano a su ex esposa. En tal caso, no parecía peligroso, sino el pataleo de uno de los dos, a quiénes no les gustó que los dejasen.

-Esperemos que no llamen a cada rato. Sería muy incómodo. ¿Por qué hasta ahora?

Él se había divorciado hacía poco más de un año. Y llevaba con Margot, apenas dos meses. Por ende, debía tratarse del ex de ella. Su esposa había tardado mucho en sentir deseos de molestar.

* * * * * * * * * * * * *

El sargento Garrido también estaba divorciado, desde hacía dos

años. Martina, su esposa, se hartó de ver sola la televisión, esperándole hasta la madrugada. Sus hijos conocían a su padre por fotografía, ya que era insólito que acudiese a alguna ceremonia escolar, y un milagro que los llevase al parque. Si toda la familia estaba a la puerta de la casa, lista para irse a divertir, sonaba su teléfono, y debía postergarse la excursión. Garrido entendió que su esposa quisiera un marido, y que lo hubiera encontrado en el colegio de sus hijos. Se llamaba Conrado Luna. Tenía un único hijo, que estaba en el mismo salón de clases que Miguelito, el primogénito de Garrido. Ellos dos, Martina y Conrado dispusieron de tiempo para pasear y charlar, sin que el capitán de policía les interrumpiese. El policía razonó que pasaba mucho tiempo en su trabajo, y que conversaba más con sus compañeros que con su esposa e hijos. Por ello, no le asombró cuando Martina le pidió el divorcio. Era lo mejor para todos, incluyendo al capitán de la policía, ya que dispondría más tiempo del sargento.

El apartamento en el que vivían era alquilado, de manera que Miguel siguió en él. Martina se mudó a casa de Conrado, que sí era propia, y en un barrio bastante mejor que el que vivían. A los hijos de Garrido les encantó una casa con jardín, en vez de un apartamento con balcón. Al final, todos salieron ganando, y no hicieron un pleito del divorcio, sino que se dijeron adiós como gente civilizada.

CAPÍTULO II

Gimeno Ortuzar llegaba tarde a su bufete. No importaba mucho, porque era lunes. Y tales días, hasta los juzgados abrían más tarde. No por disposición oficial, sino por costumbre. Mala, por cierto, pero tolerada en los países de Iberoamérica. Y como todo el mundo lo sabe, no hay ningún problema.

El teléfono portátil del abogado sonó, cuando se disponía a subir la gran escalinata del Juzgado número 1. Tocaba audiencia sobre un jugoso caso de divorcio. El demandado tenía un montón de dinero, que Gimeno había planeado compartir con la demandante.

Ortuzar miró la pantalla del aparato. Era un número no registrado en sus contactos. Eso significaba un nuevo cliente. Se estaba forrando de dólares, con tantos descontentos. Los divorcios suponían una fuente inagotable de ingresos. Por ello, Rosita, su actual novia,

estaba feliz, al haber dejado al estúpido Tadeo, un fulano sin futuro, para subir al barco del abogado. Su bajel tenía el viento de popa, y se dirigía al puerto de la abundancia.

-Soy un poeta – dijo, al poner el teléfono en la oreja.

-Eres un hombre muerto, hijo puta.

La voz era metálica, porque quien fuese hablaba con un distorsionador de sonido. Podía ser mujer u hombre, viejo o joven, y sonaría muy parecido.

-Muy gracioso. ¿No sabes que los lunes están prohibidas las bromas, cabrón?

-No es broma, hijo de los pleitos. Te voy a matar. Arregla tus asuntos, cómprate un estuche de lujo, y haz testamento. Como eres abogado, conoces bien eso de la última voluntad.

-¿Qué estuche de lujo?

-Uno en el que quepas, con el interior forrado de terciopelo.

-¿Sabes, puto de mierda, que si me entero de quién eres, te voy a sacar todo lo que tienes, y lo que pensabas ahorrar para la vejez?

El jurista escuchó una risa metálica. Era fingida, además de muy alterada por el aparato del incógnito.

-Tienes una semana, Ortuzar. Se puede hacer mucho, en una semana, si se sabe administrar. Son siete días de veinticuatro horas.

-Sé bien lo que es una semana, tarado. ¿Qué coño quieres?

-Algo muy sencillo: tu vida.

-Pues ven a tomarla. Te espero en el juzgado número 1. ¿Sabes dónde está?

Nuevamente, un chirrido metálico llegó a los oídos del

picapleitos.

-No, Ortuzar, hoy no. Debes disfrutar tus últimos siete días. Y si crees que es broma, estate atento a las noticias. Los lunes son días de pocas noticias. Eso va a cambiar de hoy en adelante. Adiós, difunto.

-¡Adiós hijo de la gran puta! Si tienes huevos….

El anónimo cortó la comunicación. Ortuzar tuvo ganas de lanzar el teléfono al suelo, y bailar sobre él. Pero tendría que comprar otro, y al fulano no le haría mella. No pisaría al tipo, sino su teléfono. Subió la escalera, con el peor humor del mundo.

-Un hijo puta que me ha jodido el día. Ahora estaré de malas, y el juez se dará cuenta. Voy a calmarme, tomar agua y…

Vio que su clienta lo esperaba. Ella también estaba ansiosa por meterle mano al dinero de su esposo. La mujer le ayudó a ganarlo, (no especificó el tipo de ayuda), por lo que le correspondía la mitad. Muy mala memoria, ya que ellos se casaron cuando él tenía considerable fortuna. Ella sólo le ayudó a gastar una parte. Pequeño detalle, sin importancia.

-Un cabrón al que dejé en la calle – musitó Ortuzar.

* * * * * * * * * * * * *

Jesús Blanco estaba en casa; en la cama más concretamente; viendo el televisor, a la vez que desayunaba. Su novia le había puesto el almuerzo, antes de irse al trabajo. Él no tenía empleo, quizá porque no lo buscaba. Según su muy personal percepción, se debía a la mala suerte, a que daban los trabajos bien remunerados a los amigos o parientes de los jefazos. Mientras le caía el trabajo del cielo, él

descansaba. Así comenzaría con más ganas.

Sonó su teléfono fijo, el que estaba en la mesilla, extensión del principal, de la sala. No lo tenía allí por si le buscaban para un empleo, sino para llamar él a sus amigos, y quedar para la tarde, a la partida de dominó. Unas cañas de cerveza, unos entremeses, y a gastar el dinero de su novia. Él ponía su parte, es decir: su cuerpo. Y ella no se quejaba. Antes anduvo con un fulano bobo, de esos que no salen de la oficina, que trabajan hasta los domingos. Y, por consiguiente, el lelo no la atendía como se debía. Marta estaba muy descuidada, hasta que lo conoció a él. Jesús llevaba con ella dos meses, y se sentía en el cielo.

-Se cansará; pero, para entonces, ya habré encontrado a otra.

El fulano con el que Marta estuvo antes, casi diez años, solía llamarla, para que volviese con él. Le rogaba hasta el cansancio, prometiendo que ya no trabajaría tanto, y se divertirían más.

-Y la boba lo está pensando. Un día se hartará de alimentarme, y me pondrá de patitas en la calle. Hay que hallar, antes, una substituta. No puedo quedarme unos días en la calle. No nací para mendigo.

¿Y qué era, en su opinión? Parásito. Mendigaba, aunque de forma distinta de los que se colocaban en los semáforos, con una receta médica, pidiendo para comprar en la botica. Jesús era un mantenido, la peor gama de los holgazanes. Pero a Marta le gustaba, y el sujeto tenía experiencia amatoria. Era guapo, dominaba el verbo, sabía bailar como peonza, contaba chistes, y era experto en la cama. ¿Qué más podían pedir ellas? ¡Claro que trabajaba, pero a su estilo! Había muchos abogados, taxistas, camareros y de lo demás, pero muy

pocos que fuesen artistas del tálamo.

-Es una profesión como otra cualquiera – solía pensar.

Volvió a sonar el teléfono. Jesús lo cogió con estudiada calma. Debía timbrar varias veces, para que, quien fuese; quizá la joven que había conocido hacía dos días, en la tienda de abajo; no supusiera que él esperaba con ansías su llamada. Estaba ocupado en asuntos trascendentales, como ver la televisión.

-Blanco, te queda una semana de vida.

-¿Es algún concurso? ¿Debo decir lo que haré en esa semana?

-Puedes decirlo. Me hará gracia escucharlo.

-¿No es un concurso? ¿De qué se trata?

-De tu vida, estúpido. Te queda una semana de vida, así que vete pensando lo que vas a hacer.

-Mira, amigo, vete a tomar por el culo, o a joder a tu madre.

-El que va a tomar, y bien caliente, eres tú, amigo. Blanco, repito, porque veo que no entiendes: te quedan siete días, de los cuales ya has consumido la mañana de hoy. Así que… vete preparando.

Se cortó la comunicación. Jesús, con parsimonia, colgó el auricular. Le faltaba aún un poco de jugo de naranja, que Marta había preparado.

-Un loco. ¿No tendrán nada que hacer a esta hora?

Una pregunta que era casi un tratado de filosofía. Podía mirar sus pies, que sobresalían de la sábana, para hallar la respuesta.

* * * * * * * * * * * * *

Bonifacio Rueda estaba desayunando. Ya le faltaba poco, y se disponía a meterse a la cama. Él trabajaba en unos grandes almacenes, como vigilante nocturno. Por ello, y habiendo laborado la noche del domingo, se acostaba antes del mediodía; para luego, por la tarde, pasar un rato con su esposa, y volver al trabajo. Descansaba los jueves. Eso, si no había problemas, y debía ayudar en el turno. Por ejemplo, en épocas de celebraciones, o cuando había rebajas.

Estaba terminando el desayuno, huevos con tocino y una patata rayada, cuando sonó su teléfono portátil. Era el de la empresa, para las llamadas de emergencia. Tenía otro, propio, para asuntos personales. Si sonaba el primero, quería decir que le llamaban del trabajo. Por ello, contestó rápido.

No, no se trataba de una llamada laboral, sino de una voz metálica que le dijo:

-Rueda, te queda una semana de vida.

-Ya sabes, Simón, que no se puede jugar con el teléfono de la empresa.

-No juego, Bonifacio. Te advierto que te queda una semana de vida, así que aprovéchala. No has llevado a tu "nueva" esposa de viaje de bodas. Puedes irte unos días. Será un bonito recuerdo. Pero para ella. Tú no vas a recordar nada.

Bonifacio se quedó pensativo en lo de nueva esposa y viaje de bodas. ¿Quién le llamaba? Debía ser un conocido, obviamente.

-¿Quién eres? Oye, este teléfono no es para bromas o chistes.

-Es el único número que conozco, Rueda. Perdona. Dame el de tu casa, y te llamo allí. Por eso de… "la empresa".

Bonifacio cortó la comunicación. Pero el teléfono sonó de nuevo. Era la voz metálica, y repitió:

-Rueda, te queda una semana de vida. Si crees que es broma, esta noche comprenderás que no. ¿Sueles ver las noticias en la tele? Claro que sí, ya que no tienes nada más que hacer en la plaza. No te pierdas las noticias.

En esta ocasión, el de la voz metálica cortó la comunicación. Rueda dejó el teléfono, que también era radio, sobre la mesa, y terminó el café. Tenía sueño, demasiado para hacer caso a tipos locos. Lo malo era que le llamaban al teléfono de emergencias. El número lo sabían los de los negocios de la plaza, pero dudaba que fuese alguno de ellos. Quizá algún dependiente nuevo, que no conocía las reglas. Hablaría con sus superiores, y éstos con los comerciantes, para que advirtiesen a sus dependientes de que no se jugaba con un número telefónico que se reservaba para casos graves.

-Les llamaré en la tarde, cuando despierte.

* * * * * * * * * * * * *

Tras un lunes con mucho trabajo, Pedro Ahumada llegó a casa de Gloria, su novia. Eran las siete cuarenta y cinco de la noche. Ella salía normalmente, a las siete, de su trabajo, y lo esperaba en el apartamento, con la cena lista. Pedro se quedaba más tarde que los demás, en la oficina, revisando datos, así como haciendo algunas llamadas a clientes potenciales. Era el empleado ejemplar, y buscaba un ascenso, un poco más de sueldo y un punto extra de comisión. A esa hora, los compradores ya estaban en casa, y podía concertar una

visita para el día siguiente.

Además, le gustaba ser recibido con la cena puesta, y que Gloria le ofreciese un vaso de vino, al entrar en la cocina. Era un rito; algo que ya no hacen las casadas, cuando han transcurrido unos años.

Gloria vivía en un edificio sin plazas de estacionamiento. Por ello, tanto la mujer como su novio, dejaban sus autos en una pensión cercana. Era un terreno baldío, cercado, en el que alquilaban espacios por horas, días, semanas y meses. Ellos dos los metían en la noche, así como otros lo usaban en el día. El dueño era un listo que no desaprovechaba las horas, porque calculaba en minutos.

Pedro dejó su auto, comprobó que el de Gloria estaba allí, lo que indicaba que ella había llegado, y se encaminó hacia el edificio. Casi no había nadie en la calle. El parque, en donde jugaban algunos niños, se hallaba en la calle paralela; y había un bar, en la esquina del fondo, la más alejada del portal, que se percibía gracias al neón de su anuncio. No encontraría ninguna tienda abierta, en su camino, por lo que la calle se veía muy solitaria. Además, las pocas farolas municipales tenían las bombillas fundidas. Pero nunca había sucedido nada en aquella zona, por lo que Pedro caminaba tranquilo y confiado.

Le faltaba poco para llegar al edificio al que se dirigía, cuando alguien salió de un portal, ante el cuál acababa de cruzar. Apenas se separó dos metros, y surgió un brazo con una pistola en la mano, que Pedro no percibió. La extremidad se hallaba dentro de una chaqueta oscura, de cuero. La pistola tenía silenciador, por lo que los dos disparos sonaron apagados. Pedro los recibió en la espalda. Se sostuvo

de pie unos segundos; pero, pronto, cayó de bruces. Cuando estuvo en el suelo, alguien salió del portal. Vestía chamarra de cuero, pantalón negro, y en la cabeza llevaba un casco de motorista, que ocultaba completamente su faz. Apuntó al cuerpo del caído, y disparó otros dos balazos. Dieron no muy lejos de los iniciales. Luego, el de cuero miró a ambos lados de la calle. Una pareja venía por la derecha, a cierta distancia. El homicida dio dos pasos rápidos, a la izquierda, alcanzó la esquina, que estaba muy próxima, y corrió por la otra calle, aún más solitaria que la anterior.

El asesino pensaba que la calle estaba desierta. No era tal, ya que una pareja apareció por un extremo, y se aproximaba al caído. Pero había alguien más. Dos ojos vigilaban desde el interior de un auto verde oscuro, mucho más fosco por el hecho de estar estacionado bajo una farola apagada. El hombre, sentado tras el volante, vio lo sucedió, pero no movió un músculo. Salió del coche, cuando percibió que nadie miraba hacia él. Caminó hasta una esquina, cruzó la calle, y se fue acercando al cadáver, sin prisa. Llegaría, junto al muerto, cuando ya hubiese gente a su alrededor.

La pareja había corrido junto al caído. Habían tardado buen rato en percibir el cuerpo, ya que se detenían cada dos o tres pasos, para besarse. Cuando, por fin, vieron el cuerpo en la acera, olvidaron los arrumacos, y volaron en su ayuda. No supusieron que estuviese muerto. Pero Pedro se encontraba sobre un lago de sangre, que no dejaba lugar a dudas. La mujer lanzó un agudo grito. El hombre se llevó las manos a la cabeza, a la vez que decía:

-Hay que llamar a la policía.

-Nos vamos a meter en un buen lío.

-Nosotros no lo hemos matado.

-Pero nos llamarán a declarar a cada rato.

Por el enorme charco de sangre, el hombre supuso que era un asesinato. No soltaría tal manantial, por un golpe, o un ataque al corazón. La mujer siguió dando gritos, y saltando sobre un pie. Un hombre cruzaba la calle, a unos metros, paseando un perro. Escuchó el clamor, y miró hacia la pareja. Luego se percató de que había un cuerpo en el suelo. Cambió de rumbo, para dirigirse al lugar del incidente, ya que deseaba ayudar en lo que pudiese.

El componente masculino de la pareja llamaba, por su portátil, al 911, para reportar el hallazgo. El hombre del perro se detuvo a unos metros, pues su animal quería acercarse a la sangre.

-¿Qué ha pasado?- preguntó el hombre.

-¡Está muerto! – gritó la mujer.

-Lo acabamos de encontrar – dijo el hombre del portátil-. Parece asesinado.

-¿Has verificado si respira?

-Por la sangre, yo diría que no. Además, mejor si no tocamos nada.

-Eso es cierto. Y hay mucha sangre, para que esté vivo.

El hombre del perro retrocedió dos pasos. La joven dejó de llorar, y giró sobre sus talones, para mirar al otro lado de la calle, evitando ver el cadáver.

-Dicen que ya han dado aviso a una ambulancia y a la policía – anunció el novio.

-Siempre se tardan.

*   *   *   *   *   *   *   *

*   *   *   *   *

Tadeo Sarmiento estaba con la lengua fuera, los ojos en blanco y la faz demudada. Eloísa, acostada hacia un lado, tenía los ojos cerrados, quizá para recuperar antes la respiración. Ambos, desnudos, sobre una cama, se reponían de la cabalgada de poco antes. El hombre fue quien primero recobró la respiración, y pudo musitar:

-Ha estado magnífico.

-Te ruego que no lo compares con los que tuviste con tu esposa –le pidió la mujer.

-No pensaba hacerlo. En el sexo, tú eres muy superior.

-No me compares, ni siquiera para alabarme Yo soy yo, y tu esposa…

-Una puta. Después de todo lo que hice por ella…

-¿Pensabas cobrarle? No lo hiciste para que te pagase. ¿O sí?

Tadeo se quedó pensativo. No, no lo hizo para que ella le pagase. En cambio, la muy golfa sí le pagó, pero con una puñalada. Se largó con un picapleitos como ella, y, entre los dos, le chuparon la sangre. Incluso su abogado, quien se suponía que estaba de su lado, se vendió. O era muy bobo, y los otros dos, su mujer y Ortuzar, lo volvieron loco. Tadeo se quedó sin nada, aunque le correspondía la mitad del apartamento. Pero aún restaba parte de la hipoteca, de forma que ella la terminaría de pagar, con lo que se constituía en única dueña. Él se fue a una pensión. No sólo lloraba porque su esposa se largó con otro, sino porque lo dejaron en la calle, con dos maletas, y sin dinero, ya

que la zorra lo sacó todo, justo antes de ir a la cafetería.

-Ese maldito abogado. ¿Para qué quiere mi dinero, si él está forrado? – se preguntó Tadeo.

-Para tener más. Nunca es suficiente.

-Es dueño de un importante bufete. Es uno de los más prestigiados abogados de divorcios, y quiso quedarse con mi apartamento- se quejó Tadeo.

-Y con tu esposa. Aunque eso… le saldrá mal.

-¿Tú crees? – preguntó Tadeo-. ¿Por qué lo dices?

-Porque tu mujer aprenderá todo lo que pueda, y luego le hará lo mismo a él. No creo que Ortuzar disfrute mucho tiempo.

-¡Ojala! Me sentiría vengado.

-Y ahora, si no te importa, me gustaría dormir.

-¿Quiere decir que debo irme?

Eloísa abandonó la cama y se dirigió al retrete. No le gustaba que “sus ligues” se quedasen hasta la mañana. A veces, los extrañaba al despertar, porque la hormona lúbrica volvía a ponerse nerviosa; pero no le agradaba la idea de que alguno quisiera cambiar de pensión, y llevar sus maletas a su domicilio. A Eloísa le encantaba vivir sola. En ocasiones, con cierta frecuencia, llevaba compañía; pero para un rato, sin intención de que él eligiese lado de la cama.

-Ya sabes que sí. Pasamos un buen rato, y ya. En unos días… regresas, y nos damos otro agarrón.

-Me siento un hombre objeto. Casi un prostituto.

-Si no te gusta, puedes ir a llorar a una iglesia.

-Bueno, no, no es eso.

-Conoces el trato, así que no alegues engaño.

Eloísa hizo un mohín de disgusto. Encima del favor, el fulano se sentía ofendido. Había mil que estarían felices con pasar un rato con ella, y aquel… "dejado" se consideraba un consolador parlante.

Al día siguiente, le narró lo sucedido a Lolo. Y éste, su compañero de barra, le dijo lo mismo de siempre:

-No andes con cabrones traumados. Puedes llevarte a la cama fulanos normales; pero te encanta hacer de consejera de Corazones Heridos.

El barman escenificó llevarse un teléfono a la oreja; y hablar por el auricular:

-Doctora Consuelo, le llamo porque tengo un grave problema. Mi esposa se ha ido con mi mejor amigo. Se ha llevado todo, pero me ha dejado el perro.

-Me dan lástima – repitió la mujer-. Además, se entregan completamente.

-Y te llenan de lágrimas la almohada. Creo que confundes orgasmos con temblores plañideros. No gozan con el coito, sino al pasarte sus cuitas.

-Sé que tienes razón, pero… me conmueven.

-Y se mueven. Follar por lástima no es buena idea.

-Ya no hay amor, así que debemos buscar una excusa para irnos a la cama, y no parecer unas putas. ¿Prefieres que agite hielos en una barra?

Eloísa también interpretó a alguien sentado en un taburete, dándole vueltas a un vaso que únicamente contenía hielos, mientras

miraba a la mesas de enfrente, buscando ligue.

-¿Qué crees que ellos piensan de ti? ¿Te ven como la novia de su juventud, o como una barman fácil?

-Lo haces con buena intención, Lolo, pero cómo jodes.

Eloísa sabía muy bien que Lolo tenía razón. Él no entendía que a ella se le ablandaba el corazón, y, por alguna razón eléctrica, se le abrían las piernas. Constantemente, prometía salir con gente sin traumas, pero le resultaban muy sosos. La gente con vidas normales no le gustaban. Los otros contaban "historias" plagadas de anécdotas, como cuando debieron haberse percatado de que les ponían los cuernos, ante las narices; pero, en ese momento, tenían mucho alcohol dentro, o estaban en animada charla con amigos. O cuando alguna de ellas decía que estaba con su hermana, y luego resultó que ésta se fue de la ciudad, a ver a su hijo en el colegio militar. Claro que todos esos detalles los averiguaban después, cuando se ponían a recapitular, en el lóbrego cuarto de un mal hotel. Antes no analizaban nada, y aceptaban que ellas acudiesen a funerales de fulanos que aún estaban vivos. Los muertos eran los engañados, ya que no se enteraban de nada.

* * * * * * * * * * * * *

Le correspondió al sargento Miguel Garrido la investigación del caso de Pedro Ahumada. Él, y su pareja, Adalberto Poblano, tenían turno de guardia desde las seis de la tarde. Llegaron a la acera, a las ocho y media. Los servicios médicos ya estaban allí. El forense había terminado su examen, y dijo que podían levantar el cuerpo. Lo demás

se realizaría en el depósito.

Según le informaron a Garrido, los primeros en llegar fueron dos uniformados, en una patrulla. Más tarde, se les unió una segunda unidad móvil, la ambulancia y otra pareja de detectives. El sargento, con su discípulo; un investigador novato: el agente Poblano, de veinticinco años; fueron los últimos. Como Garrido era el inspector de más rango, le correspondía la dirección del caso. Sin embargo, los otros agentes debían haber adelantado con las declaraciones, ya que era trascendental la primera versión. Luego, quizá alguien cambiase algo, o recordase algunos detalles; pero había que preguntarles antes de que hablasen entre ellos, y pudiesen influir unos en otros.

Los policías de uniforme habían establecido un perímetro de seguridad, con cintas amarillas. Multitud de curiosos se aglomeraban tras los listones, intentando enterarse de lo sucedido, si bien era claro que alguien había asesinado al que se hallaba en el suelo, tapado con una tela. Uno de los agentes de la patrulla informó al sargento:

-El muerto vivía en este edificio. Cuando se armó el revuelo, bajó su novia, e identificó al occiso. Se llamaba Pedro Ahumada. Luego, la mujer entró en pánico.

-¿Dónde está ahora la novia? – preguntó Garrido.

-Arriba. Suárez la interroga. O tal vez la cuida.

-¿Qué hacía Suárez por aquí?- inquirió el sargento.

-Iba hacia su casa, cuando escuchó la radio.

-Bien. Subamos. Antes…- agarró del brazo al uniformado-. ¿Qué arma usaron?

-Parece calibre 35 o 38. Le dispararon a muy corta distancia, por

la espalda. No hay casquillos. Seguramente usaron silenciador.

-¿Estaría escondido en este portal? – pregunto el novato.

-Casi seguro -dijo el oficial-. Dice un vecino, que Ahumada guardaba su auto en una pensión de ahí delante. Era el camino a su casa.

-No fue nada casual – opinó el sargento-. Lo esperaban.

-¿Crees que fueron varios?- preguntó Poblano.

-Uso el plural porque no tengo la menor idea. Pero diré, en adelante, "el asesino"-. ¿El siguiente portal? - le preguntó al uniformado.

-Primer piso, derecha. La mujer está en choque.

Garrido y Poblano subieron al domicilio de Gloria. La puerta estaba cerrada, para impedir que se colasen los vecinos. El sargento tocó, con los nudillos. Una voz preguntó quién era.

-Garrido – dijo el detective.

Se abrió la puerta. Suárez, un tipo alto y flaco, miró al sargento de arriba abajo, antes de retirarse del umbral. Cuando caminaban por el corredor, Garrido preguntó:

-¿Qué has sabido?

-Casi nada. El muerto y Gloria Vázquez eran novios, desde hace seis meses. Ella anduvo con otro, al que dejó cuando comenzó con Pedro.

-¿Te lo dijo ella?

-No. Fueron los vecinos. Hablan sin que se les pregunte. Tengo los datos del anterior. Esto sí me lo dijo ella, aunque sin ganas.

-Mándalos a la comisaría, para que revisen los archivos.

-Pedro y Gloria se conocieron en un bar. Se llama… - revisó sus notas- La Esquina.

-¿Por dónde está?- preguntó el sargento.

-Como a unas… dos calles. Pedro iba con un amigo, y éste conocía a Gloria, porque trabajaron juntos, años atrás. Los presentó, parece que se gustaron, y ambos dejaron a sus parejas. Me costó que ella quisiera hablar de esto.

-Mejor cuanto antes. Luego se desdicen. Buen trabajo. Y la novia de… ¿Pedro?

-Dice Gloria que está en Europa. Le ofrecieron un trabajo, al de poco de que cortó con Pedro.

-¿Tienes sus datos, para verificar?

-Sí. ¿Quieres hablar con Gloria? Una vecina le ha dado una pastilla, y está medio dormida. Tenía un ataque de histeria. Gritaba las respuestas.

-¿Alguien, además de sus parejas, podría tener motivos para matar a Pedro?

-Pues… hay algo curioso. Me lo dijo, cuando la píldora empezaba a hacerle efecto. No dio muchos detalles, porque se durmió. Pedro le comentó que un gracioso le ha llamado varias veces, para decirle que lo iba a matar.

Garrido miró a su ayudante. Éste se rascó los pelos puntiagudos de su cabeza. El sargento le explicó, a Suárez:

-Hay un fulano, Servando… algo.

-Vasconcelos- dijo Poblano.

-A quién le llama alguien para decirle que lo va a asesinar. Le ha

dado una semana de vida, y creo que ya...- miró a su ayudante.

-Hoy se cumple la semana – dijo éste.

-¿Así que a Pedro le dijeron lo mismo?- preguntó Garrido.

-Como te he dicho, ella lo comentó a punto de desconectarse. Deberemos esperar a que despierte.

-Hay que localizar a Vasconcelos – le ordenó Garrido a su ayudante-. ¿Tienes su número de teléfono?

-En el expediente. Está en mi escritorio. Voy a llamar, para que alguien me lo dé.

-¿Un asesino serial?- preguntó Suárez.

-Al menos un fulano que gasta bromas.

-Si es él, yo diría que fue en serio.

-Hay que verificar si el tal Vasconcelos sigue vivo.

* * * * * * * * * * * * *

Laureano no se vería con Justina, aquella noche. Era lunes, y pasaron juntos todo el fin de semana. Por tanto, se quedó más tiempo en el taller. Quizá iría a tomar una copa, o directamente a casa. Lo pensaría por el camino. Era tarde para trabajar, casi las nueve, pero no para meterse en un bar.

El auto de Laureano se hallaba en el patio del taller, en vez de en la parte delantera. Al frente ponían los que estaban listos para ser vendidos. Los otros, los que reparaban, y los de los empleados, se estacionaban en la trasera. El vigilante nocturno daba algunas vueltas por el patio del taller, echando un ojo a los que allí estaban; pero cuidaba especialmente los vehículos de exhibición, pues éstos

caminaban, y resultaban más atractivos para los ladrones.

Laureano abrió las puertas grandes, y sacó su auto al callejón trasero. Lo dejó a dos metros, y se bajó. Regresó al patio, para cerrar las puertas por dentro, con el gran pasador. Luego, salió por el postigo, dio media vuelta, y metió la llave en la cerradura. Él tenía llave de aquel acceso, así como el gerente de ventas se encargaba de la entrada delantera. El dueño guardaba un juego de todas las llaves, que casi nunca llevaba encima.

Cuando Laureano estaba dando vueltas a la llave, de detrás de su auto surgió una sombra, con casco de motorista. En la mano derecha tenía una pistola, con silenciador. Apuntó y disparó con dirección a la espalda del que cerraba el postigo. Fueron tres balas seguidas, que dieron en el dorso de la víctima. Laureano cayó hacia delante, y se deslizó por la puerta, tardando en encontrar el suelo. No pudo echar mano a su pistola, que llevaba en el sobaco izquierdo. La había comprado tres días antes, el viernes, y ni siquiera había disparado una bala de prueba. Planeó haberlo hecho el fin de semana, pero Justina no quiso acompañarlo, porque odiaba las armas. Por ello, proyectaba ir el miércoles, con sus dos amigos.

El del casco rodeó el auto de Laureano, se aproximó al caído, y le metió dos balazos más. Sin perder el precioso tiempo, se dirigió a la derecha del portón, a la total oscuridad. Subió a la moto, la puso en marcha, y, sin luces, llegó a la calle principal. Revisó a ambos lados, para asegurarse de que no había problema. Pasaban vehículos, pero a gran velocidad, por la distancia entre semáforos. No vio ningún peatón cerca. El homicida saltó a la avenida, y desapareció a todo gas.

Con la prisa, el asesino sólo revisó, ocularmente, el callejón. No miró enfrente, al otro lado de la avenida, desde donde no se veía bien lo que ocurría ante la puerta trasera del lote de autos. Pero alguien, sentado al volante de un auto verde, fabricado en Corea, le había visto salir precipitadamente, con gran prisa, de una calle cerrada, en donde un cadáver esperaba que alguien lo descubriese.

* * * * * * * * * * * * *

Garrido estaba confirmando que nadie había visto nada, ni oído nada. Cuando la pareja, que descubrió a Pedro, se percató de lo que sucedía, no había, en la calle, otra persona que el paseante con su perro. No había vecinos asomados a las ventanas, porque eso se hizo obsoleto cuando en cada hogar entró un televisor. Lo único que la policía pudo obtener fue que Gloria tuvo un novio, antes de Pedro, que no vivía con ella; pero la visitaba con frecuencia, y solía quedarse los fines de semana. Una vecina, basándose en un desarrollado olfato, dictaminó:

-El fulano debía ser casado, porque se iba a altas horas de la noche.

-Los casados suelen irse a casa temprano – dijo el sargento-, porque alguien los espera. Yo no creo que pudiera quedarse los fines de semana.

-Depende de en qué trabaje la esposa, y si tienen hijos – repuso la vecina.

Garrido no quiso seguir con el tema. Tenía lo que necesitaba, y lo demás se lo darían Balística y el forense. Pedro desplazó a un tal

Javier Madroñero, y quizá éste esperó un tiempo, antes de matar a su rival.

-Nos falta saber de la parte del occiso – le recordó Poblano-. Dice Yáñez que Madroñero no tiene antecedentes.

En la comisaría buscaron a éste en la computadora. Únicamente tenía un par de multas de tráfico.

-Las vecinas no nos proporcionarán información sobre Pedro. Eso lo deberemos investigar. Hay que ver dónde trabajaba, y si estaba divorciado, casado o… Lo estudiaremos mañana. ¿Nos falta algo?

-No. Creo que podemos regresar a la comisaría. Y nos llevamos a Terreros y Mendieta.

Ellos dos formaban la otra pareja de detectives. Y uno de ellos, Mendieta, el gordito de baja estatura, se acercaba.

-Han llamado de la comisaría – dijo-. Otro asesinato, en la calle Guadalajara.

-¿Es por la zona azul? – preguntó el sargento.

-Sí, en un lote de autos usados. A balazos. Dijeron que decidieses si vas o nos lo dejas a nosotros.

-Vosotros seguid con esto. Nosotros nos encargamos.

-¿La zona azul es de nuestra jurisdicción? – preguntó Poblano.

-El límite con la sexta. Por desgracia, nos toca.

-¿Y si está relacionado con este caso?

-¿Un loco que no tiene qué hacer la noche de un lunes? El cabrón pasó un mal fin de semana, y anda furioso.

* * * * * * * * * * * * *

En el callejón, al que daba la puerta del taller mecánico, había dos patrullas de policía y una ambulancia. Los uniformados estaban acompañados por el vigilante del negocio de autos usados. Uno de los policías le informó, al sargento, de lo que sabían, lo mismo que les dijo el celador.

-No escuchó los disparos, ni nada extraño.

-¿Cómo se enteró de lo sucedido?- preguntó Garrido.

-Porque salió por esta puerta, para ir a comprar cigarrillos.

El vigilante, sabiendo que hablaban de él, se había acercado a los policías. Poblano estaba junto al forense, que examinaba el cuerpo. Era Garfias, el mismo que revisó a Pedro. Se notaba de malas, porque ya se dirigía a su casa, cuando le llamaron para que atendiese el nuevo caso. Su relevo había acudido a un accidente de tráfico, en el que había tres muertos, así que no podía hacerse caso de otro cadáver.

-Hay días que mejor… - protestó Garfias.

-¿Qué calibre crees que sea?- preguntó Poblano.

-No quiero hacer conjeturas, pero me resulta familiar.

-¿El mismo que el otro caso?

-Eso parece. No quiero adelantar nada, pero tiene similares agujeros. Creo que estos disparos fueron a algo más de distancia, aunque no mucha.

-¿Desde detrás de ese auto?

-Es muy posible. El capó es idóneo para apoyarse, y lograr mejor puntería. Pero esta opinión no es oficial.

-Pero vendría bien.

-Hay una diferencia – dijo Garfias, apuntando bajo el cuerpo-.

Este fulano estaba armado. Quizá esperaba que le disparasen.

-Si le dieron por la espalda, no pudo sacar el arma.

-Eso confirma que el agresor se parapetó tras el auto. Hay que ver restos de pólvora en el capó.

-Salí por aquí, porque fui a comprar cigarrillos- el vigilante señaló la avenida-. Se da menos vuelta.

-¿Movió el cadáver?- preguntó el sargento.

-No. Cuando abrí la puerta, vi a Laureano. Cerré de inmediato, y les llamé a ustedes. No he tocado nada.

-El forense dice que el occiso tiene un arma bajo el cuerpo – manifestó el agente-. ¿Sabía usted que usaba un arma?

-No. Ni la menor idea. Yo lo veía poco, porque vengo por la noche, y casi todos se han ido ya. De todas formas, a Laureano lo encontraba en ocasiones, cuando se quedaba tarde.

-Necesito que nos proporcione los domicilios de los que trabajan en este negocio. Voy a mandar a buscarlos.

-Tengo sus teléfonos en mi garita.

-Más bien quisiera las direcciones. ¿Puede conseguirlas?

-El contador tiene todos los datos. Puedo darle su teléfono.

-Pues vamos a su garita. Y usted no llame a nadie.

Garrido pensaba que quizá alguno no había llegado aún a su casa. Según el agente, no hacía mucho que dispararon a Laureano Girón, y pudo ser alguno de los que trabajaban con él. De todas formas, no les permitiría pensar, y llevaría a todos a la comisaría sin informarles de lo sucedido.

-No quiero que puedan avisar a alguien – le susurró al agente-.

Avisa a la central, y que varias patrullas estén atentas. Quiero saber su localización, para enviarlas a los domicilios más cercanos.

El vigilante y Garrido se dirigieron en busca del número telefónico del contador. A él le tendrían que contar lo sucedido, pero le pedirían no hacer llamadas.

* * * * * * * * * * * * *

Unos tras otros, todos los trabajadores del lote de autos usados, incluyendo el dueño, fueron llegando a la comisaría, El dueño sí sabía lo ocurrido, porque el sargento tuvo que conceder que el contador le llamase por teléfono.

-No ha sido ninguno de nosotros – le dijo Fidel Machorro, dueño del lote, al sargento-. Laureano no tenía enemigos. Gritaba y maldecía como un orate, pero era buena persona.

-No se suicidó, disparándose en la espalda. Veremos qué cuentan los demás. Para comenzar, cada uno dirá dónde estuvo, desde las seis de la tarde hasta que mi gente fue a su casa.

Poblano llamó a Garrido. Buscaron un lugar apartado, para que el ayudante le dijese:

-Le llamó el loco que amenaza de muerte. Por eso se compró la pistola.

-¿Cuándo sucedió eso?

-El lunes pasado. Hoy hace una semana.

-Les da una semana de vida. Y parece que lo cumple. ¿Quién te ha dicho eso? –preguntó Garrido.

-Ubaldo Valtierra. Trabaja en el taller. Laureano era jefe del

taller de reparaciones. Dice Ubaldo que el otro operario, Ginés Fuentes, también sabe lo del anónimo y la pistola.

-Así que… coincide con Pedro, y también con el otro tipo…

-Servando Vasconcelos. He pedido que lo localicen. No le dirán mucho, para que no se asuste. Sólo mandaremos a buscarlo.

-A ver si aún está vivo. ¿De verdad, será un asesino serial…? ¿Qué relación tendrán unos con otros?

-Quizá ninguna – supuso el detective-. Más bien, no entre ellos; pero el homicida conoce a cada uno, al menos el número de teléfono, y sus nombres.

-Lugar de trabajo, horario, costumbres… Los vigila. Deben tener un nexo. Al menos las víctimas.

-Y también entre ellos y el asesino. ¡Vaya caso! Vamos a salir en la tele.

-No te emociones. Si no logramos nada, es nuestro fin – presagió el sargento.

-Pero, si atrapamos al tipo, tenemos seguro el ascenso.

Garrido movió la cabeza a los lados. A los jóvenes les emocionaban los casos complicados. A los detectives con experiencia no les gustaban, porque sabían que los jefes se colgaban las medallas, mientras que los policías hacían el trabajo. Y si no había resultados, los jefes esgrimían excusas, y los detectives no.

-No, no son casos agradables – dijo-. Pronto, vas a acordarte de cuando dormías en tu casa. ¿Y las comidas? Si no te gustan las rosquillas, compra una caja de plátanos, y olvida comer caliente. Vas a revisar tal número de expedientes que te dolerán la cabeza y los ojos.

-¿Has tenido un caso de éstos? ¿De seriales?

-Trabajé en uno, apenas ingresé en el cuerpo – rememoró Miguel-. ¿Has oído del Desollador del Parque?

-¿Trabajaste en ése? Fue muy sonado.

-Tres meses durmiendo en la comisaría. Por su culpa, estoy divorciado. Vamos a ver a esos dos que saben lo de las llamadas. Localiza a Vasconcelos.

CAPÍTULO III

-Hay algo que coincide – dijo Garrido, señalando los expedientes de Laureano y Ahumada.

Era martes, y, desde temprano, los sabuesos estaban estudiando las pistas. Andaban buscando al ex novio de Gloria, del que sabían que se llamaba Javier Madroñero. No constaba en el directorio telefónico, y en el Departamento de Automóviles les dieron una dirección antigua. El hombre se había cambiado, sin dejar las nuevas señas. Las actualizaría cuando tuviera que renovar su permiso de conducción. Pero lo encontrarían, ya que una vecina les dijo que trabajaba en una empresa de venta de pisos y azulejos.

-Ya me he dado cuenta – observó Adalberto-. En ambos casos, hay unos novios abandonados. O esposos. Bueno, de los dos sexos.

-Novios, en masculino, ya que Laureano no dejó a nadie, por andar con Justina. Su esposa se fue hacía mucho tiempo. Dicen que su actual novia trabajó con Laureano – leyó el inspector.

-Era un tipo de armas tomar… Me refiero al muerto. El otro no quiso enfrentarlo – opinó el sargento-. Pero… no puede ser el mismo asesino. ¿Por qué a los dos?

-Las balas coinciden – apuntó Adalberto.

-El asesino sí es el mismo- especificó el sargento-, pero no es uno de los novios. ¿Me explico?

-Sí. Uno de ellos mataría a quien le robó la novia, no a otro desconocido, aunque éste haya hecho lo mismo.

-A eso me refiero. El que los ha asesinado no tiene nada que ver con las novias. ¿No crees?

-O… hay una conexión nada clara. Pero coincido en que no es ninguno de los novios - dijo el detective.

-Y menos las novias, ya que una está en París, y la otra no existe.

-¿Y si la conexión es el lugar en donde viven? – propuso Adalberto.

-Sí debe haber algo de eso, ya que los dos vivían relativamente cerca. Pero el "vice" no habita en la zona.

El inspector levantó el dedo, como si pidiese permiso para hablar. Se debía a que algo llegó a su mente. Lo externó:

-Había olvidado al vice. En su caso también hay una novia.

-Pero no dejó al novio, por irse con Servando Vasconcelos.

-Así que nada coincide – reconoció Poblano-. No viven los tres cerca, aunque dos sí. De los tres casos, dos mujeres abandonaron a sus

novios. No hay tercera. Y de ellos, solamente uno dejó a su pareja.

-Si se trata de un asesino serial, un demente, la conexión puede consistir en algo delirante. ¿Has leído sobre Paco El Navajas? –preguntó el sargento.

-Un poco. Era yo muy niño en sus tiempos.

El sargento se reclinó en el sillón giratorio. Poblano se semi acomodó en su silla, listo a aprender algo de la sicología de los asesinos seriales.

-Declaró que mataba a los que se parecían a su padre. Éste lo golpeaba siendo Paco un niño. Llegaba con unas copas, y le daba unos cinturonazos.

-¿Había una relación de semejanza física, entre su padre y las víctimas?

- Paco El Navajas asesinó a dos mujeres – declaró el sargento-. ¿Crees en una semejanza física?

-¿Se parecían a su padre? - Poblano esbozó una sonrisa-. Quizá tenían bigote.

-Su padre era un hombre enorme, y dos de los hombres asesinados medían un metro sesenta. Asesinó a un homosexual flaco como un junco.

-Así que se volvió loco, y todo el mundo le recordaba a su padre.

-Por eso, te digo que los motivos de éste pueden ser muy delirantes, para diván de siquiatra – auguró el sargento-. En su mente hay conexiones que una persona normal jamás entendería.

-En eso estoy completamente de acuerdo. Hay que seguir buscando algo común entre los tres.

En esta ocasión, fue el sargento quien pidió un segundo, para exteriorizar lo que bullía en su cerebro. Lo sacó:

-¿Y no habrá otros? Quizá no han tomado en serio las amenazas.

-Cuando los medios analicen, y saquen conclusiones, verás que no tardamos en saber de alguno más – auguró Poblano.

-No me gustaría, por ellos, pero quizá nos daría alguna pista.

-Pues… a esperar – sugirió Poblano-. ¿Y sobre los teléfonos?

-Eso es algo que debemos investigar a fondo. ¿Cómo sabe los números de los portátiles? ¿Es alguien que conocía a los tres?

-No hemos hallado ningún teléfono común en los dos portátiles de los muertos. – le recordó Poblano-. Y tampoco está registrado, como conocido, el número del que llamó. Además, no es el mismo que nos dio el vice.

-Pero imaginamos que el tipo es el mismo en los tres casos.

-Claro que pudiera tener contacto con los dos, pero no ellos entre sí. ¿Y el fugado?

-Nos vendría bien tener la lista de contactos del vice, para ver si alguno coincide. Aunque no lo creo, ya que llamó de cabinas públicas – observó el sargento-. Ni siquiera de la misma, aunque no hay mucha distancia entre una y otra. No sé por qué se movió, si daba lo mismo usar ese número en todos los casos. No nos lleva a nadie.

-Es meticuloso. Posiblemente se ponga nervioso y deba caminar.

-Buena deducción, compañero. Me gusta cómo piensas.

-Los asesinos de este tipo, suelen ser muy viscerales. Inquietos.

-Y eso les pierde.

Miguel y Adalberto se conocían desde que el segundo ingresó en

Homicidios, pero no habían trabajado juntos, hasta entonces. Tenían la confianza que confiere pertenecer al mismo departamento, y sabían, uno del otro, lo que se contaba en la comisaría. Eso, prácticamente, era una completa biografía.

-El número de Vasconcelos, como él mismo dijo, lo tienen registrado en su oficina - recordó el inspector-. ¿Crees que el asesino trabaje ahí?

-Si es un teléfono de negocios, una secretaria se lo puede dar a quien quiera hablar con él – explicó Garrido-. También el de Laureano, ya que muchos llamarían al taller. Incluso si preguntaron por él; en ventas le darían su número. Y el otro… Pedro trabajaba en una inmobiliaria. Éstos reparten tarjetas a diestro y siniestro.

-De acuerdo con eso, jefe, el asesino debe investigar a sus víctimas. Les anuncia su muerte, así que posee un medio de contacto.

-Eso creo. Quizá les haya echado el ojo a muchos, pero sólo de éstos supo el número del portátil. Inmobiliaria, un taller de reparación de autos y un vicepresidente de… ¿De qué carajo es vicepresidente?

-Ya no lo recuerdo. ¿Seguirá matando? – se preguntó Adalberto.

-Los seriales se crecen si ven que pueden hacerlo impunemente. Si se sienten amenazados, suspenden las muertes. En caso contrario, atacará de nuevo.

-¿Un lunes? ¿Será coincidencia el día o tendrá alguna razón?

-Ni idea. Podría ser que sufre el fin de semana.

-Estará casado, y debe pasarlo en casa de su suegra. O no soporta a su esposa e hijos, y se desquita.

-Puede ser eso, o todo lo contrario, y resultar un solitario con

una pecera y un gato. No sabemos nada. Por desgracia, dos muertes no nos dan un patrón de conducta. Y si mata a más, el director nos va a ofrecer un buen plan de retiro, pero adelantado.

* * * * * * * * * * * * *

Es sabido que la policía, en todas partes, gana poco. No se entiende que se quejen, una vez dentro del cuerpo, si eso lo pueden prever cuando aún están fuera. Pero así sucede, ya que el sentido común es el menos común de los sentidos. Por tanto, debido a los sueldos pequeños, y las familias grandes, muchos agentes venden información a los reporteros. Eso es tan viejo como el papel periódico, o quizá los pergaminos. El mismo martes, alguien, desde la comisaría, llamó a un conocido y le dijo que le tenía algo jugoso. Un asesino serial es siempre una buena noticia, al menos para los rotativos. Un fulano había hablado por teléfono, unos días antes, a tres personas, para anunciarles su muerte. El informante no sabía qué día fue; pero sí que les pronosticó su segura muerte, ya que él mismo los iba a matar. El lunes se echó a dos, con lo que demostraba que no era broma. El tercero estaba escondido, por lo que salvó la vida. El chivato dio los nombres de los occisos, para que sus familiares, o la policía, no pusieran en la nota necrológica que murieron de ataque al corazón. Se desconocían los motivos, por lo que seguramente se trataba de un loco, pero no bobo. Como locos sobraban en San Pedro, saber quién estaría en chino.

Por la tarde, a las cinco, salió el periódico, y se terminó la edición en minutos. A las ocho lanzaron otro tiraje, con datos sobre

los muertos y el fugado. También había, en tercera página, una síntesis de un discurso del alcalde, en el que decía que en San Pedro las muertes las originaban el escaso de velocidad y el alcohol, la mezcla explosiva que siempre esgrimen los políticos. La velocidad sí, pero "de las balas", escribió un periodista, con muy mala leche.

Se desató el pánico, y hubo quiénes dijeron que tirarían sus teléfonos portátiles a un vertedero de basura, para no recibir llamadas. Forma muy simple de evitar ser asesinados. El asesino podía llamarles a su casa o a la oficina. Y si clausuraban todos los teléfonos, enviaría cartas o postales fúnebres.

Los que se quedaron de piedra fueron los tres que, aquella misma mañana, recibieron sendas llamadas. Gimeno había contado, en su bufete, lo que le sucedió a la puerta del juzgado. A eso de las seis y media, alguien le comentó lo que ya se escuchaba en radio. El abogado lanzó un alarido de rabia que hizo que todo el bufete corriera en su auxilio. Algunos ya conocían el motivo de su malestar: lo habían condenado a muerte, y el criminal no bromeaba.

-La culpa la tiene la zorra esa – dijo una secretaria.

La zorra era Rosita. La secretaria no era nada objetiva, puesto que ella andaba con Gimeno, y se quedó sin él, con la aparición de "la nueva". A varios no les importó si Rosita tenía culpa o no, sino ver cómo no estar cerca del "sentenciado" mucho tiempo. Podían disparar a través de una ventana, y darle a quien no querían. Y salir a la calle junto a él, ni locos.

Aquella tarde tocaba dominó. Era lunes, y, por ende, los casados estuvieron mucho tiempo con sus familias, durante el fin de semana.

Así que pasado el domingo, se debían a sus amigos.

-Yo no podré ir – dijo el más audaz-. Es que mis suegros vienen a cenar.

Había pasado el fin de semana en casa de sus suegros, y éstos, en agradecimiento, cenarían el lunes en su casa. Los suegros no querían saber de él, y de sus nietos, en siete días.

-Yo… el dentista…- recordó el segundo valiente.

-¡Idos todos a tomar por el culo! – gritó Gimeno-. ¿Creéis que el fulano me va a matar en medio del bar?

Quizá no, pero, por si acaso, mejor si jugaban dominó sin él. Además, Gimeno debía acudir con la policía, para que le pusiesen protección las veinticuatro horas del día. Eso haría, de inmediato. Por lo que cogió su chaqueta, y se la fue poniendo por la escalera. Se le olvidó despedirse de Rosita. Ella se lo quedó mirando desde lejos.

-No creo que Tadeo se atreva a tanto- pensó la mujer.

A Jesús, la noticia le cogió en la cama. Bueno sólo podía cogerle allí, en el retrete, la cocina o el camino entre estos lugares. Estaba viendo la tele, cuando escuchó el suceso. Recordó la llamada, y se le pusieron los pelos de punta.

-¿Y qué le he hecho yo a ese tipo? – se preguntó.

Antes de responderse, y con una velocidad insólita, se vistió (olvidándose del baño o ducha). Debía acudir a la policía, para pedir protección. Pasaba el día en casa, solo, y cualquier fulano podría derribar la puerta y meterle unos balazos. O quizá debería emigrar. Le pediría un préstamo a Marta, y se iría a Villegas, a casa de su hermano. Ante tal eventualidad, Rodolfo, su hermano, le daría asilo.

En condiciones normales no, ya que chocaban por diferencias irreconciliables. Rodolfo tenía la manía de obligarlo a trabajar, y él la idea de que el trabajo envejecía, además de denigrar. El laborioso era dueño de una ferretería, y vivía con la absurda obsesión de que todo estaba mal acomodado, y que Jesús podía ponerlo en orden.

El amenazado salió volando, rumbo a la comisaría más cercana. La pereza se le volatizó, al pensar en que podía descansar…para siempre.

Bonifacio no se enteró de lo acontecido, hasta que estuvo en su trabajo. Como bien le dijo la desagradable voz, únicamente veía televisión, y comía lo que su esposa le preparaba. Daba las rondas de rigor, y regresaba al televisor. Escuchó lo de los asesinatos, y se le pusieron los pelos de punta. Él no estaba solo, por la noche, ya que eran dos centinelas, aunque vigilaban por zonas. Nunca juntos, ya que eso resultaba un gasto inútil.

El guardia pensó que, en vez de algún ladrón, quizá llegase el loco matón, y le pegase un tiro por la espalda, como dijeron que hizo con los dos que se echó.

-Yo estoy armado – recordó, palpando las cachas de su pistola-. Al fin que eso sería lo mismo que si aparece un ladrón armado. A no ser que traiga una metralleta, no tengo nada que temer.

Sonaba lógico, y, además, resultaba legal. Le dieron pistola para que la usase en caso de amenaza. Era para defender la propiedad de los comerciantes de la plaza, pero también su vida. Por tanto, si disparaba, y mataba, no sería asesinato.

-Que venga el hijo puta, y va a ver quién es Bonifacio Rueda.

Le hizo ilusión la posibilidad de matar a alguien, apoyado por la ley. Nunca había disparado un tiro, contra un cristiano, y únicamente sacó su arma en dos ocasiones, para amedrentar a unos gamberros. Ni siquiera le quitó el seguro, ya que los tipos salieron en estampida.

* * * * * * * * * * * * *

Gimeno fue a la comisaría más cercana a su bufete, y Jesús exactamente igual, pero a la próxima al domicilio de Marta. En ambas, el policía de la recepción tomó nota de lo que decían, y luego llamó por teléfono. Se escuchó una voz airada. El agente, encargado del mostrador de cada comisaría, más o menos dijo lo mismo:

-Si pusiésemos un agente tras cada ciudadano, para que no lo matasen, habría los mismos policías que ciudadanos. ¿Le ha sucedido algo, señor Ortuzar? No puede denunciar un delito que quizá suceda. ¿Y si no pasa nada?

-¿No van a protegerme? Yo pago una buena cantidad de impuestos.

-Yo también. Cuando tenga a quién denunciar, regrese.

A Jesús, su agente le explicó de idéntica manera:

-No tenemos personal para proteger a todos los ciudadanos. ¿Y si se trata de una broma? ¿Lo ha considerado?

-¿Ésos dos cadáveres son de broma? ¿Van a resucitar?

-¿Y por qué cree usted que le va a suceder lo mismo?

-Porque me han llamado, para amenazarme.

-¿Quiere levantar una denuncia contra alguien?

-No tengo ni la menor idea de quién sea el loco. Es ése que ha

matado a esos dos.

-No puedo levantar una denuncia contra alguien que quizá le tomó el pelo. ¿O quiere que la levante?

-Quiero que me protejan. No voy a demandar a nadie. Quiero que me pongan escolta.

-En un momento, señor presidente. Mire, amigo, si quiere levantar una denuncia, le paso con un detective. No servirá de nada, porque usted no sabe quién le amenaza. Podemos investigar el número de teléfono desde donde le llamaron.

-Será desde una cabina telefónica. No va a llamar de su casa.

Eso era lógico; pero el agente no usaba la lógica, sino seguía el manual a pies juntillas. Él haría lo que debía, aunque al ciudadano no le gustase.

-Entonces, no logrará nada, a no ser hacernos perder el tiempo. Otra idea: vaya a la comisaría de la calle Encinos. Allí están investigando los dos asesinatos.

-¿Allí sí me harán caso?

-No creo. Pero puede darles sus datos, por si tiene algo que ver con los otros dos asesinados. Quizá les venga bien, esa información, a los detectives.

Jesús elevó los brazos y el rostro, hacia el techo, pues detrás de éste debía estar el cielo. No le diría al policía lo que pensaba de él. Ni tampoco eso tan tópico de que su sueldo salía de los impuestos que él pagaba. No fuera que le pidiesen la última declaración de Hacienda. Dio media vuelta, y salió a la calle.

-Me voy a Villegas, mañana mismo. ¿Y si me asesina esta noche?

Revisó su economía, es decir sus bolsillos. No tenía ni para ir a la avenida Trujillo en autobús. Por tanto, regresaría a su casa, caminando, a ver si Marta le financiaba el exilio. No le haría ninguna gracia, a la mujer, quedarse sin un estupendo amante; pero su vida era de suma importancia. Para él, por supuesto.

* * * * * * * * * * * * *

Por fin, hallaron a Madroñero. Recorrieron todas las tiendas de pisos y azulejos de la ciudad, y, cuando iban por la mitad de la lista, dieron con él. Pero ya había salido Javier, y sólo quedaba allí una mujer que dijo que era la contadora.

-Suele ir a un bar, de camino a su casa – les informó la mujer-. En una ocasión me invitó. No sé cómo se llama el bar, pero sí cómo llegar. Y la dirección de su domicilio… Se la doy en un momento. Debe estar en su expediente.

Los agentes, de una patrulla, fueron al bar La Esquina, y allí estaba Madroñero. Con suma amabilidad, lo subieron al vehículo, y lo llevaron ante el sargento Garrido y el detective Poblano. Lo metieron en la sala de interrogatorios, en donde, de sopetón, le soltaron la pregunta clave.

-¿Dónde estaba usted ayer, entre las siete y las diez de la noche? – preguntó Poblano.

-En el bar La Esquina, tomando unas copas. Me conocen los bármanes, así que les puede preguntar. No tengo nada que ver con los asesinatos.

-¿Por qué dice usted eso? Yo no he mencionado ningún

asesinato.

-No, ni que uno de los muertos es la actual pareja de Gloria. Ni que yo fui su anterior novio, y ella me dejó. No, no ha dicho nada de eso.

-Un listo – opinó Poblano-. Éste cree que lo sabe todo.

-No, y ni lo intento – dijo Madroñero-. Sé que no maté a nadie, y con eso me basta. Así que si se trata de eso, les aconsejo que miren para otro lado.

Garrido se rascó la cabeza. Poblano sabía que era la señal de que algo andaba mal. Esperó a que su jefe externase lo que bullía en su cabeza.

-Su ex novia, Gloria Vázquez, conoció a Pedro Ahumada en el bar La Esquina - dijo el sargento-. ¿Lo sabía?

-No… Quizá… - Madroñero tardó en decidirse-. Lo sospechaba, pero no lo sabía. Yo solía ir, en ocasiones…

-Como hoy – cortó Poblano.

-Y sigue usted yendo, a pesar de que fue ahí donde su ex novia conoció al fulano por el que lo cambió – expuso el jefe-. ¿Es usted masoquista?

-¿Les interesa lo que soy, o si maté a ese fulano? Yo soy lo que me viene en gana. Y el bar no tiene nada que ver con que se conociesen. Pudo haber sido en un supermercado, en la iglesia o un parque. Si ella estaba harta de mí, quizá puso un anuncio en Internet.

Madroñero era un hombre de carácter fuerte. Y su complexión hacía juego. Pero, sobre todo, conocía sus derechos, o eso creía, por lo que los policías no podían meterse en sus asuntos privados.

-Si tienen pruebas de que yo lo maté, se están tardando en arrestarme. Y si no, ya pasó la hora de soltarme.

-Bien, señor Madroñero. Lo vamos a dejar ir. Pero, como usted tenga algo que ver, su ironía se la meteremos por el… - Poblano hizo un gesto muy elocuente.

-Puedo acusarlos de violencia policiaca.

-Si es inocente, quizá alguien le haga caso. Si es culpable, el mismo juez nos dará su mazo, para que se lo insertemos en el ano –manifestó el sargento-. Y ahora… puede irse. Pero no abandone la ciudad.

-Si lo hace, y tenemos que perseguirlo… - el detective volvió a indicar lo que le pasaría.

Cuando Madroñero salió, el sargento dijo:

-No tenemos nada. Este fulano no ha sido, y es quien tenía más razones para ello. No creo que mató a los dos, para que no le acusemos de uno de los homicidios.

-Podría ser. Si es uno de esos genios… Ya sabes, los de las películas.

-No trabajaría en una tienda de baños, cobrando poco más del mínimo. Esta noche daré una vuelta por ese bar, para hacer algunas preguntas.

-Son varios los que han mencionado ese sitio. Yo me voy a casa, porque estoy casado – dijo Poblano, con tono triste.

-Es lo mejor que puedes hacer. Cuando se te olvide, mírame.

-Eso hago de vez en cuando. ¿Las ojeras…?

* * * * * * * *

*   *   *   *   *

Servando se había ocultado en una granja agrícola, que pertenecía a un primo suyo. Suponía que allí sería imposible localizarlo, ya que no pensaba decirle a nadie, y eso incluía a Margot, en dónde se escondía. Margot podía tener la mala idea de ir a visitarlo, y, tras ella, llegar el orate de su novio. Vasconcelos estaba convencido de que el novio de ella era el asesino. Se equivocaba, ya que éste, Felipe Rosas, hacía quince días que se había ido a Ciudad Valdés, a una sucursal del banco de Pacífico, en el que trabajaba. SE hallaba a punto de regresar, después de haberles echado una mano. Claro que pudo venir el lunes, para matar a Servando; pero Felipe andaba feliz tras una compañera de la sucursal. El cambio le vino de perlas.

Vasconcelos se refugió, en casa de su primo, el viernes por la noche, porque su olfato, más bien el miedo, le decía que los fines de semana suele haber más locos sueltos. Por esta lógica, entre el sábado y el domingo podía ocurrir el evento luctuoso, del que él resultaría figura principal. No tenía ninguna gana de ser cadáver. Por otra parte, Margot y él habían discutido, el miércoles, porque el pobre amenazado estaba muy susceptible, y cualquier cosa le molestaba. Ella le dijo que fuera a calmarse, pero a China, y él pensó en la granja de su primo.

El lunes, Servando apareció por la ciudad, y fue a trabajar. Pero seguía con los nervios. Por ello, a media tarde corrió a su casa, y se parapetó tras mil cerrojos. Eran las cuatro, cuando Servando atrancó su puerta, y se echó todos los programas de televisión y tres películas

de su colección. El martes, a las diez de la mañana, llamó a su secretaria, y le dijo que estaba enfermo, por una extraña erupción cutánea que le hacía parecer marciano. A las siete de la tarde, del martes, escuchó, en un televisor que no había apagado desde el día anterior, lo de los homicidios del "asesino del teléfono". Estuvo a punto de que le diese un infarto. A las ocho de la noche, enmascarado, con una pequeña maleta en la mano, y un miedo que le impedía caminar, subió a su automóvil y partió hacia la granja de su primo.

Servando huyó a toda velocidad; unos cincuenta kilómetros por hora, porque los nervios le nublaban la vista. Llamó a su jefe; Rogelio Mendoza, presidente de Mendoza Savings; desde una cuneta de las afueras, en la que se detuvo para secarse el sudor. Le dijo que tenía un problema que resolver, por lo que tomaría las vacaciones pendientes. El presidente no respondió nada, lo que podía interpretarse como permiso. Servando se escondió en el pajar de su primo.

* * * * * * * * * * * * *

Laureano Girón estaba casado con Concha Paz. La relación no era muy buena, debido al carácter explosivo del hombre. Concha tenía una enorme paciencia, pero no infinita. Por ello, un día discutieron acaloradamente. Fue la última vez, ya que ella cogió sus cosas y se fue.

Durante unos meses, Laureano anduvo sin pareja, buscando en los bares o en los prostíbulos. Un día, una vendedora nueva entró a trabajar en la empresa de autos, y a Laureano le gustó. Y a ella le agradó Laureano. Se llamaba Justina. Tenía un defecto: estaba casada.

A Laureano eso no le pareció importante, y siguió cortejándola. Y a ella no le preocupó, tampoco, ya que se llevaba mal con su esposo, un tal Honorio Taboada, por un asunto familiar. Juliana cuidaba a sus padres, ya ancianos. Y los cuidaba de cerca, puesto que vivían con ella y su marido. A éste cada día le hacía menos gracia cuidar a los viejos, pues eso lo anclaba a la casa. A él quizá no, pero a su esposa sí. Por ello, Honorio se pasaba la vida en los bares.

Un día, alguien le dijo a Honorio que vigilase a su esposa, porque salía con un tipo. Laureano la esperaba al final de la jornada, para tomar un café. Poco más, ya que ella tenía que ir a su casa. No había, aún, otra cosa que charla y café. Pero a Honorio no le gustó tal inocencia, porque preveía que era el principio de algo. Fue a ver a Laureano, y le reclamó. El jefe del taller era un tipo de pocas pulgas, y caníbales en su totalidad, por lo que le dio dos puñetazos por respuesta. Tras eso, Honorio obligó a su esposa a buscar otro empleo.

El cambio de empresa sirvió de poco, porque Justina ya había aceptado la ruptura de su matrimonio. Éste estaba desbaratado, y ninguno de los dos estimaba que tuviese reparación. Así que le pidió el divorcio a Honorio; quien no aceptó, en un principio, pero, pronto, lo consideró ineludible.

Como suele suceder, el abogado de la esposa fue más inteligente que el del esposo, y le sacó a Honorio un buen dinero. Había alimentado a los padres de Justina por unos años, y eso se convirtió en ley. A Honorio le sentó muy mal, y, tras el divorcio, entró en una profunda depresión. No por la pérdida de la esposa, sino porque el abogado de ella, amigo de Laureano, le dejó sin nada, y con deudas.

Tendría que pagar manutención de los suegros, algo inaudito, hasta que éstos muriesen. El juez decretó que se trataba de un derecho adquirido, y, por ende, inexcusable.

* * * * * * * * * * * * *

El sargento Garrido paró su auto a unos metros del bar La Esquina. No podía dejarlo delante, precisamente porque estaba en una esquina, lugar prohibido, ya que restaba visibilidad. Iba a bajar del auto, cuando vio que salía, del bar, alguien conocido. Garrido esbozó una sonrisa, y murmuró:

-Y su esposa piensa que trabaja hasta tarde. Yo tengo fama de malo y putero, pero hay otros que me ganan, sólo que no meten ruido. Si yo le contase… ¿Para qué? Sería mentiroso o chismoso, porque ella lo ve como un santo.

Miguel se bajó del auto y caminó hasta el bar. Se detuvo un momento ante la puerta. Nunca antes había entrado allí. Además de averiguar si se enteraba de algo, le vendría bien un sitio nuevo. Había decidido también un cambio de establecimiento, porque, en el otro, encontraba las mismas caras, y entablaba las mismas conversaciones. Quizá no fuesen muy distintas en el que tenía delante, ya que lugares medio escondidos suelen ser oficina de putas y confesionario de infelices. Las charlas versarían sobre mujeres y el gobierno, ya que últimamente nadie hablaba mal de La Iglesia y sus curas, quizá porque la ignoraban.

La escalera estaba oscura. Garrido se orientó por la luz que emergía de abajo. No eran muchos escalones, y todos en línea recta.

Cuando llegó al final de los peldaños, vio que no había mucha gente. El lugar era sombrío, con algunas mesas salteadas, posiblemente para dejar espacio para bailar. No había tarima de orquesta, ni siquiera amplitud para una banda de tres, por lo que la música provendría del viejo tocadiscos del fondo. Estaba apagado, o a la espera de que alguien metiese unas monedas. Lo único decente del sitio era la barra, larga y nueva. Y tras ella, había bastante más luz que en el resto del local.

Garrido echó una ojeada rápida, de policía, para, en un segundo, analizar a todos los que estaban en el establecimiento. Percibió dos putas aburridas en una mesa, y tres tipos que discutían en otra. Nadie en la barra, por fuera, sobre los taburetes, y una pareja (hombre y mujer) atendiendo desde dentro. Se acercó lentamente. No tenía ninguna prisa. No iba por sed, sino por trabajo. La noche era joven, y muy larga para las dos copas que pensaba tomar.

Garrido llegó al mostrador, y se sentó en un taburete. Una mujer de muy buen ver, de alrededor de cuarenta, con amplio escote, se puso ante él, al otro lado de la barra. El sargento la observó con interés. Le agradó su sonrisa.

-¿Qué va a tomar?

-Una ginebra con tónica. Poco hielo.

Cuando la mujer se fue, llegó a Garrido una voz que le resultó conocida.

-¿Me está siguiendo, sargento?

Garrido miró a su derecha. Un hombre había aparecido de la sombra, seguramente del pasillo que llevaba a los excusados. Se

acercaba a la barra, y se colocaba ante un taburete, dejando dos vacíos, de separación, entre él y el policía. Se trataba de Javier, el ex novio de Gloria.

-No, no le estoy siguiendo, Madroñero. Ha sido casualidad que haya entrado a este bar. Suelo ir a otro, más cerca de mi casa.

-Pensé que me seguía.

-¿Serviría de algo?

Madroñero se encogió de hombros. La cantinera llegaba con el trago para Garrido. Lo puso ante él, y volvió a sonreír. Javier manifestó en voz alta, sin importarle que le escuchase la mujer:

-Les dije todo lo que sé, que no es nada. Así que… déjenme en paz.

-Ya le he dicho que entré por casualidad. Además, no tengo ganas de tratar el tema aquí. Quiero saborear mi trago. Haga el favor de no molestar.

-Pues saboréelo. Más me habéis molestado vosotros

Madroñero abandonó la barra y se dirigió a una mesa, al fondo, lo más alejado posible del sargento. Al pasar junto a las dos prostitutas, le dijo algo a una de ellas. Ésta se puso en pie, y le siguió a la mesa que había elegido. Posiblemente pensó en llevarse una mujer, para que Garrido supiera que no estaba solo, o que podía encontrar algo, aunque no fuese gratis. El sargento dejó de mirar a su hombre, ya que le importaba un comino lo que hiciese, y con quién.

La barman, de buen ver, permaneció ante Garrido, quizá esperando que él pidiese otra cosa. No sería de comer, puesto que los cacahuates los obsequiaba la casa, y la mujer ya había puesto un

plato. No era eso, sino que quería decir algo, y esperó a que Javier se fuese.

-¿Es usted policía?

-Sí. No hay ningún letrero que ponga que no soy bienvenido.

-¡Vaya carácter! A mí me da lo mismo si es policía o bombero. Un día vino un cura. Y nos contó muy buenos chistes.

-Yo no cuento chistes. Mi vida ya es de risa.

La mujer se alejó de Garrido. Éste metió una mano en el plato con cacahuates, que la barman puso ante él, y le dio un sorbo a su ginebra con tónica. Miró al fondo, y vio que la penumbra tapaba a Javier. Pero sus ojos brillaban en dirección a la barra. Al de unos minutos, la cantinera regresó al lado de Garrido.

-No tengo nada contra los policías – dijo ella.

-¿Quiere salir conmigo? Podríamos hacer las paces.

-¿Es casado? No salgo con casados.

-Soy soltero. Y no tengo novia.

-Quizá… un día. Necesito conocerlo bien. Sólo sé que es policía.

-¿Qué me dice de Javier Madroñero? ¿Suele venir por aquí?

-No soy confidente, teniente. Le atiendo, pero no me interesa su vida.

-Ya. Sólo quería saber si era cliente asiduo.

-Viene de vez en cuando.

Javier pasó por detrás de Garrido, rumbo a la salida. Se despidió de la mujer, con un gesto de su mano derecha. A Lolo le indicó, apuntando a la mesa, que le dejaba el importe de lo consumido. El policía no miró hacia él. Le importaba un comino el fulano. Estaba

seguro de que él no era el asesino, y no porque tuviese coartada; sino porque tal honor le correspondía a un loco que coleccionaba cadáveres. Pronto, si la prensa insistía, habría pánico generalizado. Por eso, antes de que no pudiera poner un pie en un bar, tomaría una segunda copa, listo para irse a casa. Al día siguiente, casi seguro que todo el país apuntaba, con el dedo, hacia San Pedro, y la declaraban ciudad prohibida. Como policía, no tendría descanso.

-¿Me sirves otra? – pidió el detective, pasando al tuteo.

-Con gusto. Por cierto, Javier vino muy seguido, por un tiempo, cuando lo dejó su novia. Eso es todo lo que sé de él. Ahora llevaba un tiempo sin aparecer.

Garrido miró fijamente a la mujer. O mentía, o no estuvo cuando unos agentes se llevaron a Madroñero. La mujer entendió, y dijo:

-Hoy vino, y su gente se lo llevó.

-Así que hoy estuvo aquí medio departamento. Y Madroñero debe apreciar mucho este bar, para venir dos veces. Pero estuvo ausente un tiempo.

-Hay gente que viene casi a diario, y otros que aparecen cuando se acuerdan. Cada quien tiene sus hábitos.

-Los segundos tienen mala memoria- dijo el sargento, con sorna-. Yo voy a ser de los que vienen a diario.

-¿Le gusta el servicio? – preguntó Eloísa, con una mueca graciosa.

-Es lo único que me gusta. ¿Te contó que lo dejó su novia?

La mujer fue en busca de otra ginebra con tónica. Su compañero se acercó a ella, y le dijo algo en voz baja. La mujer miró hacia el

sargento, y respondió en el mismo tono. El hombre se alejó, sin dejar de observar al policía.

-Se emborrachó, y todo el bar lo supo – dijo la mujer, cuando regresó con el sargento-. ¿Por qué lo investiga?

-Por un asesinato. ¿Sabes lo que sucedió ayer?

-Me enteré, antes de entrar a trabajar. Ahora no ponemos la tele. Sólo si hay fútbol. ¿Qué tiene él que ver con eso?

-Alguien asesinó al fulano con el que se fue su novia.

-¡Carajo! – exclamó la mujer.

La mujer miró al fondo de la barra. Su compañero, el barman con aspecto de afeminando, la interrogó con la intensidad de sus ojos. La mujer fue a su lado, y habló en voz baja.

-No le hagas confidencias al policía – dijo el hombre-. Ésos hurgan en las mentes de todo el mundo.

-¿Y qué va a encontrar en la mía?

-Tú lo sabes bien, Eloísa.

-No le voy a decir nada más de Javier. Todo el mundo se enteró de lo de su novia, cuando se emborrachó.

-Que lo averigüe por su cuenta. Le pagan para ello.

-De acuerdo. Ya no le diré nada más.

Eloísa llevó la ginebra con tónica a Garrido. Éste esperaba que ella ampliase lo comentado. Pero la mujer quería preguntar, no declarar.

-¿Cree que él haya matado al otro tipo?

-No lo sé. Puede ser. ¿Te parece capaz de asesinar?

-No. Estuvo llorando un buen rato. Tomó cinco copas, y le

hicieron daño.

-¿Cuándo fue eso?

-Hace varios meses. Ya se le ha olvidado. Me parece que ahora anda con alguien.

Garrido pensó que era el momento idóneo para una venganza. Parecía que había superado el conflicto, tenía una nueva amiga, estaba feliz… Así que podía liquidar al que le robó la novia, sin levantar sospechas.

-Y no sé nada más – dijo Eloísa.

-Creo que, hace algún tiempo, venía uno de los muertos – Garrido sacó una fotografía del bolsillo, y la puso sobre el mostrador-. Éste.

-No digas nada – dijo Lolo, desde el otro extremo de la barra.

-Amigo, yo vengo en son de paz, a preguntar como un favor. Si obtengo algo, me voy y los dejo tranquilos. Y si no, quizá les toque alguien con mal humor, y los dos vayan a la comisaría. Soy amigo – le dijo a Eloísa-, y, como tal, pregunto. Si no lo entiendes así, puedes agenciarte un problema – le aseguró a Lolo.

El barman agachó la cabeza. Eloísa miró la fotografía, y luego al sargento. Negó con la cabeza, antes de decir:

-Creo que lo he visto. No es cliente habitual. Quizá entró alguna vez. ¿Es uno de los… asesinados?

-Precisamente el que le quitó la novia a Madroñero.

Eloísa se quedó boquiabierta. Miró hacia Lolo. El barman, ablandado por la amenaza del policía, fue a ver la foto. Estuvo unos segundos fijo en ella.

-Sí, vino alguna vez. Y con una mujer. No sabía que ella era la ex de Madroñero.

-Ni yo- aseguró Eloísa-. Oiga, nosotros sólo servimos a los clientes.

-Lo sé. No tenéis tiempo para charlas. Y quizá no era la ex de Madroñero, sino un ligue. Pero lo vamos a investigar.

Garrido metió la foto en el bolsillo. Dio un sorbo a su ginebra con tónica, y comió más cacahuates. Desde que vio a Eloísa, se le quitaron las ganas de ir a casa. Quería averiguar si la sonrisa de ella venía incluida en el servicio, o se la dedicaba a él.

-No vine a buscar a Madroñero, sino a ver si hallaba alguna relación entre él y Pedro Ahumada. Es el tipo de la foto. Pero creo que no tenían ninguna relación. Pedro con la esposa de Javier, sí, pero no con él. ¿Coincidieron alguna vez?

Garrido observó a ambos bármanes. No le pareció que ellos ocultasen algo. Pero podían ser buenos actores. En un bar se debe ver, oír y callar, y no demostrar que se enteran, ni que analizan lo que escuchan.

-Bien, pues sólo quería saber eso. Dejo en pie que salgamos – le insistió a Eloísa.

-Lo veremos. No salgo con el primero que me lo propone.

-¿Y con el tercero? ¿Qué número hago?

-Algo así como el mil. No deje de intentarlo, teniente.

-Aún no soy teniente. Voy a seguir viniendo, por si cambias de idea.

-Cuando sea teniente, quizá le diga que sí. ¿O es más capitán?

Garrido pagó, y dejó dos dólares de propina. El barman, quien seguía al fondo, limpiando vasos, le arrojó una mirada de indiferencia. Cuando el sargento salió, el cantinero fue junto a su colega, y le dijo:

-No te enrolles con policías. Ya te he dicho que sólo buscan información.

-¿Y qué les puedo decir yo?

-Tú y yo sabemos lo que le puedes decir de Javier. ¿O no? El fulano te preguntó mil veces cómo conoció su novia al de la foto.

-Yo ya le dije que alguien los presentó. Ella nunca venía, y el fulano tampoco. Fue únicamente una vez. Y ni me fijé en ellos.

-Pero Javier se enteró, y se puso hecho una furia. Yo le tuve que decir eso mismo, que jamás antes habían entrado. Y ahora el policía. Nos puede meter en un lío. Quizá se entere que tú te acostabas con él.

-¿Y qué? ¿Tengo que pedir permiso para acostarme con quien yo quiera? – Eloísa puso los brazos en jarras, y miró, desafiante, a Lolo-. Ni a él ni a ti.

-La policía piensa mal de todo el mundo. Es su trabajo. Yo sólo te advierto.

-Ya no hago caso a Javier. ¿Qué más quieres?

Eloísa se encogió de hombros, y se dirigió al extremo más alejado de la enorme barra. Pero su compañero la siguió, porque aún tenía algo que decir.

-Te acostaste con él, cuando se quejó tanto porque lo dejó la novia - reiteró el barman-. Y su novia vino con el otro tipo.

-En ese momento, ni tú ni yo sabíamos que era su novia. Lo supimos porque Javier se enteró, y llegó como loco. Desde entonces,

ya no me he acostado con él. Me dio miedo. Quizá me gusten los llorones, pero no los dementes.

-Un poco tarde. Desde un principio, te dije que no te involucrases. A los tipos que tienen problemas de un tipo, al de poco se le suman de otros.

-Muy bien, sicólogo. Ya lo he entendido. Ni policías ni sospechosos. ¿Javier era sospechoso de algo?

-No, pero andaba en problemas con su mujer. Como ese otro imbécil de ahora. Y los otros de antes. No escarmientas.

-Era novia, no esposa. O eso dijo él.

-O eso dijo él – repitió Lolo-. Y que la muy puta lo dejó por otro. Y ahora lo mata.

-Eso no lo sabemos. Así que no le cuelgues muertos. Si eso te hace feliz, ya no voy a salir con "dejados".

-No me hace feliz, Eloísa. Y creo que resulta claro que no estoy celoso. Únicamente lo digo por tu bien.

-Lo sé Lolo, lo sé. Eres mi madre, y te lo agradezco.

Madroñero entró en el bar, al de unos minutos de haber salido el detective. Era seguro que estuvo esperando a que se fuese. Lo espiaría desde el interior de su auto, o una esquina. Fue directamente a la barra. Se apoyó en ella, ante Eloísa.

-¿Ya de vuelta? – preguntó ella.

-No me gusta el olor que dejan estos tipos. Salí a tomar aire.

Javier puso expresión dulce, al preguntar:

-¿Me invitas a tu casa?

-Esta noche no. Hoy estoy… No sé, pero no tengo ganas.

-El policía, ¿no? Te ha contado que soy sospechoso de matar al novio de Gloria.

-No me ha contado nada. Me ha preguntado por ti, y le he dicho que no te conozco. Que vienes de vez en cuando. La verdad.

-Pero has decidido que ya no quieres nada conmigo.

-Mira, guapo…- la mujer puso las palmas de las manos sobre el mostrador, y miró al hombre con furia- yo hago lo que me viene en gana, sin que un policía me lo ordene. Si no voy contigo, esta noche, es porque no me apetece. Y si sigues molestando, no volveré a verte jamás.

Javier dibujó malestar en su faz, pero aún más sorpresa. La mujer continuó, con tono airado:

-Es más, acabo de decidir que ya no iré contigo. Eso has conseguido.

-¡Maldito policía! Si no te pueden encerrar, te joden la vida. ¿Cuánto debo?

-Ya has pagado antes.

-Cóbrame lo de ella.

Madroñero le hizo una seña a la prostituta con la que estuvo, que ya había ido a reunirse con su compañera. La mujer, al advertir que habría negocio, se apresuró a correr hacía la barra.

-¡Tú y el policía….!

Lolo se acercó a su colega, y miró a Madroñero. Éste entendió que podría suscitarse un problema, y ya bastantes tenía para agregar uno nuevo. Recogió el cambio que Eloísa dejó ante él, dio media vuelta y se dirigió a la salida. La prostituta preguntó:

-¿Y yo?

-¿Quieres que te lleve en brazos? Pues camina.

La pareja se cruzó con un hombre alto y delgado, que entraba en el bar. Los dos hombres se miraron de reojo, y no se saludaron. Por las miradas, se podía advertir que se conocían. Y, al no saludarse, se deducía que no eran amigos.

El recién llegado se acercó a la barra, saludó a Lolo con la mano levantada, y se sentó en un taburete. Eloísa se colocó ante él. El hombre se empinó sobre el mostrador, como para darle un beso a la mujer. Ésta retrocedió un paso, y el ósculo quedó en el aire. El hombre retrocedió, con gesto adusto.

-¿Qué te pasa? ¿El fulano ése? – preguntó.

El recién llegado señaló hacia la puerta. El único con el que se cruzó fue Javier, por lo que no podía referirse al detective, quien se fue unos minutos antes.

-No, Honorio, él no tiene nada que ver. Luego hablamos.

-¿Me invitas a tu casa?

-Hablamos aquí, en la puerta, cuando salga a fumar un cigarrillo.

-¿Pasa algo grave? ¿Qué he hecho?

-Nada- Eloísa miró a Lolo, quien no les quitaba ojo-. Necesito un cambio.

-Ya-. Honorio hizo un mohín de disgusto-. Ponme una cuba de ron. En fin, un día tenía que ser.

-Así es la vida.

Honorio Taboada se encogió de hombros. Le dejó Justina, y ahora Eloísa. Con Julia, la de la oficina, y Rosario, la de la tienda, ya

eran cuatro las que le mandaban a volar. No entendía por qué tenía tan mala suerte.

CAPÍTULO IV

Encima del escritorio del sargento Garrido había un buen número de papeles. Se trataba de los expedientes de los dos difuntos, además de amplia información sobre Servando Vasconcelos. Los detectives habían preguntado a medio mundo, y recabado todo lo posible con respecto a todos los involucrados, tanto los difuntos como los que quedaban vivos.

-Lo que sabemos es que ha habido problemas de cuernos. Laureano le quitó la novia a Honorio Taboada, y Pedro Ahumada a Madroñero. También Servando, el vice, a Felipe.

-Según el sicólogo, el asesino es un fulano, o tal vez fulana, que ha tenido problemas similares. Alguien le arrebató el esposo o el novio, y mata a los que hacen lo mismo – apuntó Poblano-. Un demente justiciero. Por tanto, no es necesario que sea parte de ninguno de los triángulos.

-Estoy de acuerdo en eso. Pero, ¿cómo conoce el asesino las vidas de sus víctimas? Por ejemplo: Servando anda con la empleada de un cliente. Eso será sabido por el personal de ambas empresas. ¿Es el asesino un empleado a una de ellas?

Poblano hizo un visaje que parecía decir “pudiera ser”. Pero no

respondió, dejando que su jefe prosiguiese.

-Lo de Laureano es más o menos lo mismo, incluyendo que hubo una pelea por la mujer. ¿El asesino supo de la pelea? Muy improbable, si trabaja en una de esa empresas ligadas con Servando, ya que ellas no tienen nada que ver con el taller de Laureano.

-Pero compró un auto en esa agencia.

-¿Y el tercero? ¿Compró un auto, trabaja en una de esas empresas y es vecino de Ahumada? Sería el colmo de la casualidad.

-Pedro Ahumada y Javier Madroñero – dijo el detective-. También se conocieron por medio de la inmobiliaria. Gloria quería cambiar de casa, y un amigo le presentó a Pedro, porque él las vendía. Se gustaron, y colorín colorado.

-Los compañeros de trabajo de ambos conocieron la relación. Una inmobiliaria, un lote de autos usados y una empresa de ahorro e inversión. Ninguno de ellos es cliente del otro, y ni siquiera se conocen – expuso el sargento.

-Yo creo que la relación es otra. Estamos pensando en los difuntos, pero no en los vivos. ¿Y si la conexión son los vivos?

-Interesante. No tenemos nada que perder si cruzamos datos. Pon al experto en computación a ver calles, zonas, clubes y lo que pueda. A ver qué nos trae.

-¿Y si ha habido otros casos, que hayan llevado otras comisarías?

-Ocupa gente en investigar eso. Si no han sido varios, o el mismo día, posiblemente pasaron desapercibidos – supuso Garrido.

-¿Y mientras?

-Creo que debemos seguir buscando un común denominador

para los tres. Hay algo que no tengo nada claro. ¿Cuántos divorcios crees que haya, anualmente, en San Pedro? – preguntó Garrido.

-Pues…. No sé – respondió Poblano-. ¿Cincuenta mil?

-Creo que son más; pero esa cifra está bien. Y novios que se dejan, deben ser como tres veces esa cantidad. Por ello, estamos hablando de unas doscientas mil rupturas.

-No te sigo. ¿A dónde quieres llegar?

-Que han matado a dos personas, y amenazado a otra – explicó Miguel.

Todavía no les llegaba información de otras comisarías, que aumentarían el número de amenazados.

-Son tres, de un posible total de doscientas mil – continuó el jefe-. ¿Por qué? El asesino podría matar cien diarios, de entre los que han dejado a su esposa o novia. Es más, podía disparar a los que pasan por una acera, y acertaría en un veinticinco por ciento. ¿Por qué esas tres?

-Porque tienen algo en común. Eso es claro.

-Para empezar, porque tiene acceso a su teléfono, y los conoce. ¿Cómo es que los conoce? No son gente al azar, puesto que en la cara no se nota que eres divorciado, o que tu novia te ha cambiado por otro.

-A ti sí se te nota – dijo Poblano-. A los demás no sé, pero a ti: sí.

-Muy gracioso. El asesino conoce la vida de esas gentes. Pero no trabaja con ellos, ya que no puede laborar en tres empresas tan dispares. Ni vive junto a ellos, porque dos viven lejos, y el vice en el otro extremo de la ciudad.

-¿Un club? ¿Van al mismo palco en el fútbol?

-¿Qué tal un bar? – propuso Garrido

-No un bar no. Aunque quizá ese de La Esquina. ¿No es así?

-Sí, sí es así. Tengo el presentimiento que ellos van a ese bar – expuso el sargento-. De momento, es el único nexo que tenemos.

-Madroñero, Pedro y Gloria. Y los dos últimos porque los presentó un amigo. Y eso sucedió en ese bar. Ahora bien, si Madroñero lo frecuentaba, ¿por qué el amigo de Gloria la llevó allí?

-Porque era asiduo, supongo. Pero no es un bar muy recomendable para una primera cita – observó el jefe.

-Era de negocios, ya que se trataba de la compra de una casa. Si fuese una cita, habrían tenido mejor gusto.

-Es posible. Pero sigue oliendo mal – dijo el sargento-. Hay que ver si los otros también frecuentaban ese bar.

-¿Los vivos o los muertos? – preguntó Poblano.

-Los que sean. En este caso, los tres estuvieron en el bar: el muerto, su novia y el ex novio de ésta.

-No creo que Servando, el vice, vaya a ese bar. En cuanto a Laureano... Quizá el ex novio de Justina. Con él no hemos hablado.

-No lo han localizado. Dijeron en su trabajo que pidió dos días de permiso, y en su casa confirmaron que salió de viaje.

-¿Y Felipe Rosas? Él es el que estaba con Margot, antes de Servando.

-Se supone que con ése sí podremos hablar. En su empresa le pidieron regresar de Ciudad Valdés.

Un agente se asomó en el despacho, para anunciar:

-Está aquí Felipe Rosas.

-Veamos qué nos dice éste. Que pase- pidió el sargento.

Felipe Rosas era un hombre de unos cuarenta años, que se conservaba muy bien de físico. Le gustaba ir al gimnasio con regularidad, y hacía vida sana. Alto, delgado, musculoso, difería mucho de Servando, quien parecía un bastón a su lado. Margot tenía mal gusto, aunque…

-Le diré que está aquí porque a un tal Servando Vasconcelos lo han amenazado de muerte – explicó el sargento.

-Yo no. Si lo han amenazado de muerte, será porque alguien opina que debe morirse. ¿No creen?

-¿Usted opina lo mismo? – preguntó Poblano.

-Sí. Me alegraría si lo matan. Yo no lo haré, pero me agradará escucharlo.

-¡Vaya sinceridad! Si muere, usted puede ser acusado de homicidio.

-¿Por desear su muerte? No me haga reír. ¿Ya no investigan nada más, y se contentan con eso?

Los dos detectives se miraron a los rostros. Madroñero y Rosas demostraban que la policía ya no atemoriza a nadie. Todo el mundo sabe eso de brutalidad policiaca, y derechos humanos.

-¿Por qué lo dejó Margot? ¿Le dio alguna razón?

-No, pero era obvia. Ese enano tiene un buen puesto. Es presidente en no sé qué importante empresa.

-Vicepresidente –le corrigió Poblano-. Así que el dinero fue más poderoso que su… galanura.

-¿No lo es, siempre? Ya no hay príncipes azules. Ni rojos ni amarillos. Son verdes, como los dólares.

-Muy buena filosofía – manifestó Garrido-. ¿Puede decirnos en donde estaba usted el lunes entre las siete y las diez de la noche?

-Puedo decirles, pero no lo diré.

-Le advierto que necesita una coartada- amenazó Poblano.

-Y un abogado. Cuando ustedes me acusen de asesinato, les diré donde estuve.

-Así que tiene una coartada. ¿Ciudad Valdés? – preguntó el sargento.

-Pudo venir, matar a alguien y regresar – dijo el detective.

-Pude hacer eso y más. Incluso tomarme unos tragos – expuso Rosas, riendo.

-Bien- aceptó Miguel-, ¿quiere decirnos algo sobre Margot o Servando?

-Que Margot se fue por el dinero, que ese cabrón debería estar muerto, y que yo ya no recibiría a esa interesada.

-¿Ni aunque se muera Servando? ¿No quiere volver con ella?

-¿Para que se vaya con otro, por su dinero? No estoy tan loco. Deseo que maten a Servando, como venganza, satisfacción personal; pero no para recuperar a Margot. Ella ya está muerta para mí.

Los dos detectives se quedaron pensativos. No tenían mucho más que preguntarle. Garrido se puso en pie, y se colocó ante un plano de la ciudad, en donde habían puesto chinchetas de colores, indicando dónde vivían todos los implicados en el caso.

-¿Conoce el bar La Esquina, en la calle Natividad?- preguntó el

sargento, de sopetón.

-¿Natividad? Eso está por el centro. Me suena haberlo visto. ¿Por qué?

-Nada en especial. ¿No ha estado nunca allí?

-No, nunca. Vivo a no mucha distancia, pero no he estado en ese bar. Me parece que es un tugurio.

-Sí, no vive usted muy lejos. Es extraño que no haya estado nunca.

-No tengo idea de qué pretende usted, pero no creo que logre nada con el tema del bar. Puede preguntar a los camareros.

-Pues no, si no ha estado jamás allí. Y no vive muy lejos.

-¿Sabe usted cuántos bares hay desde mi casa hasta ése? No he estado en todos. Paso ante la puerta de algunos, y no me entran ganas de conocerlos.

-No me importan los demás, sino ése en particular. Hay putas, y atienden dos personas. Un homosexual, que se llama…

En la mesa estaba un papel en el que un detective anotó los nombres de los bármanes, cuando fueron a detener a Madroñero.

-…Manuel Cifuentes. Y una mujer que se llama Eloísa Cruzados.

Poblano estaba fijo en la faz de Felipe, y advirtió que un músculo de la mejilla derecha se tensaba al escuchar el nombre de ella. Anotó, mentalmente, que no le resultaba desconocida a Rosas.

-No, no he estado en ese bar.

-¿Y tampoco conoce a Eloísa?- preguntó Poblano.

-No sé. Conozco a una Eloísa, dos para ser exactos. ¿Será una de ellas?

-Está muy buena – explicó Garrido-. Quizá, si quiere hacernos un favor, pueda dar una vuelta por ese bar, y ver si conoce a Eloísa.

-En el supuesto de que la conozca, aunque jamás haya entrado en el bar, ¿qué relación guarda ese bar conmigo?

-Ella podría ser su vecina – sugirió Poblano.

-Por cierto, hay que investigar dónde viven ellos dos – dijo el sargento.

-De uno de ellos… no creo que tengas problema-. Poblano sonrió- Y también el otro, de paso.

-No sargento, no voy a hacerles su trabajo – anunció Rosas-. Yo no he amenazado a nadie, y no tengo nada que temer. Y, como ya llevo mucho tiempo aquí, y ni café ofrecen, me voy.

-Tenemos algunas preguntas más – dijo Poblano.

-Yo no tengo respuestas para esas preguntas, sean las que sean. Si me detienen, veremos qué dice mi abogado. Y si no me necesitan, ya me voy.

Hizo como dijo. Los dos detectives no lo impidieron. Cuando se quedaron solos, Poblano dijo:

-Creo que no vamos bien con lo del bar. Pero el tipo conoce a una Eloísa. Le impresionó el nombre.

-Habría que saber si es la misma. Y ver si tienen relación, por alguna otra razón.

-Investiga en dónde vive ella – propuso Poblano-. No tiene Felipe por qué ser cliente del bar.

-Eso haré en cuanto pueda. A ver si me invita a su casa.

-¿Qué harás esta noche? También puedes seguirla, cuando salga

de su trabajo. ¿O debe ser si te invita?

-Cierran a eso de las tres. Un poco tarde, para únicamente seguir a alguien.

-Te doy permiso para llegar tarde, mañana – dijo el subordinado.

-Muchas gracias. Y ya que es una orden, tendré que sacrificarme, e ir con ella.

-Entérate si dejó al novio, o él a ella. Puede ser el motivo para que alguien mate.

-No estaría mal que sucediese eso, y el asesino me pusiera en la lista.

-¡No digas eso, ni en broma! ¿Estás loco?

* * * * * * * * * * * * *

Media hora más tarde, un agente llamó por teléfono al sargento, para comunicarle que Honorio Taboada se había presentado, por fin, en su trabajo.

-Tráiganlo de inmediato – ordenó Garrido.

Honorio Taboada era un hombre alto y delgado, con aspecto enfermizo. Al verlo, no se antojaba extraño que Laureano le hubiese dado unos golpes. El tipo no soportaría muchos, así que la pelea tuvo que ser breve.

Dijo un agente, de los dos que fueron a buscarlo, a la oficina, que el fulano estuvo a punto de desmayarse, cuando vio los uniformes. Luego, cuando le pidieron que los acompañase, se puso tan nervioso que quería meterse la chaqueta por los pies. Uno de los agentes, en broma, le dijo que ya no había pena de muerte. Y a Honorio le

asaltaron las ganas de llorar.

Al verse ante los dos sabuesos, el nerviosismo aumentó, y pidió un vaso de agua. Garrido supo, de inmediato, que aquél no se parecía a los otros dos, Rosas y Madroñero. Honorio cantaría como canario.

-¿De qué me acusan?- preguntó el pobre hombre.

-De nada, todavía - respondió Poblano, con voz de gangster.

-¿Sabe usted que ha muerto Laureano Girón? – inquirió el jefe.

-Sí… Lo he escuchado en la tele. Yo no… Lo de la pelea fue… Ni fue pelea, porque el tipo me pegó a mí.

-¿Y lo ha matado para vengarse?- preguntó Poblano-. Sería lógico.

-¿Con una pistola? Oiga, yo jamás he tenido una pistola en la mano.

-Déjalo, Adalberto - pidió el sargento-. ¿Dónde estaba usted, ayer, entre las siete y las diez de la noche?

-En Villegas, con una persona. En un restaurante. Pueden preguntar. Se llama… Se me ha olvidado. Pero sé en qué restaurante. Y también en qué hotel me hospedé. Es que me ponen ustedes muy nervioso.

-¿Por qué, si no ha hecho nada? – preguntó Poblano.

-Porque… jamás me había detenido la policía.

-No lo hemos detenido – aclaró Garrido-. Bien, así que durmió en un hotel de Villegas. ¿A qué fue a esa ciudad?

-Yo… Bueno, mi madre, tenía unos terrenos. Nos los dejó a mi hermana y a mí. Los hemos vendido. También… pueden preguntar en la notaría, en donde fui con el comprador. Eso fue en la tarde. Luego

le invité a cenar.

Garrido percibió, en una mirada de Poblano, que éste estimaba que Taboada era más inocente que ellos mismos. Pero eso ya lo sabía Garrido, con tan sólo mirar al tipo. Pero lo estaba preparando para…

-¿Cuándo estuvo en el bar La Esquina, por última vez?

Taboada se quedó boquiabierto. Miró fijamente a Garrido, luego a Poblano, y se puso a sudar. Los dos detectives lo advirtieron, y sonrieron sin mueca. Poblano reconoció que su jefe tenía muy buen olfato. Dijo que ese bar era una clave, la conexión que necesitaban, y había acertado.

-Estamos esperando – dijo Poblano, en su papel de policía duro.

-Anoche. Sí, anoche. Llegué a media tarde, llevé mis cosas a casa, y luego, por la noche, fui al bar.

-¿Por alguna razón… particular o porque sirven con generosidad? – preguntó el detective.

-Los cacahuates son rancios – dijo el sargento-. Pero no va por los cacahuates.

-Suelo ir, porque está cerca de mi casa.

-No tan cerca – dijo Poblano, señalando el plano de la ciudad, que estaba tras el escritorio de Garrido-. Hay muchos bares entre su casa y La Esquina. ¿Por qué precisamente a ése?

-¿No puedo ir al que yo quiera? ¿Qué hay de malo que vaya a ese bar?

La pregunta fue sin agresividad, casi una disculpa.

-Nada – contestó Garrido-. Pero queremos saber la razón para que sea asiduo. No aceptaré que me diga que por los cacahuates. O

puede ser por… ¿cómo se llama el barman?- le preguntó a su compañero.

-Manuel – respondió Poblano, quien sabía por dónde iba a su jefe.

-No soy gay – repuso Honorio-. Voy a ver a Eloísa. Imagino que eso ya lo saben ustedes, ¿no?

-Nos lo figuramos. ¿Tiene alguna relación con ella? ¿Parentesco o quizá…?

-¿Se acuesta con ella? – inquirió Poblano, quien recibió una mirada intimidatoria de su jefe.

-No, no… Me dijo que no. Yo sí voy por ella, pero… no me hace caso.

Poblano advirtió una sonrisa en el rostro de su jefe. Aún no salía con ella, y ya le molestaban los cuernos. No recordaba aquello de "no te hace daño lo que no sucedió en tu año".

-Sabes, Honorio – Poblano se uso en pie, y pasó un brazo por la espalda de Taboada-, te conviene no ocultarnos nada. Yo sé que tú no has matado a Laureano, pero… eso habría que demostrárselo a un jurado. Y si has andado con Eloísa… ¿Quién te va a creer, Honorio?

-¿Qué tiene que ver Eloísa con las muertes? ¿Ella los ha matado?

-No lo sabemos – aceptó el sargento-. Pero sí que algo tiene que ver. Los muertos eran clientes de ese bar – mintió el jefe-. Honorio, no nos ocultes nada.

-No oculto nada. Yo voy al bar, y hago… mi labor –. Se sonrojó-. Si usted la conoce, sabrá de qué hablo.

-La conozco, y está muy bien – aceptó el jefe-. ¿Y Laureano

Girón? ¿Él también frecuentaba el bar?

-No creo. Él no es afecto de bares, y menos con Justina. Quizá vaya con amigos. Pero no, creo que tampoco.

-¿Te has acostado con ella?- insistió Poblano.

-No, ya he dicho que no.

Poblano miró al jefe. Éste sonreía. El detective pensó que era una estupidez, ya que ella podía acostarse con media ciudad, y ninguno de éstos pasaría a declarar. Pero el jefe se contentaba con que no fuera con el tipo que tenía delante.

-Unas copas, unas cacahuates y a ver si afloja, ¿no?- preguntó Poblano.

-Ya te ha dicho que no, Adalberto. Yo le creo.

-Gracias, teniente -. Honorio expresó gran satisfacción, con la mirada.

-No soy teniente. Bien, ¿hay algo más que creas que nos ayude en el caso?

-No, no sé nada más. Yo tuve un altercado con Laureano, me golpeó y ya. Después de eso, no lo he vuelto a ver. Y tampoco a Justina. Yo vivo mi vida, capitán.

-Soy sargento. ¿Conoces a alguien que quizá tuviera algo en contra de Laureano?

-No. Ya le he dicho que no le conocía. Me dijeron que mi mujer andaba con él, y fui a reclamarle. Es un fulano muy violento.

-Era. Ya no puede golpear a nadie - le corrigió Poblano-. ¿Algo más, capitán?

El sargento hizo una mueca de reproche. Debía tener cara de

jefe, pero nada más la cara, porque cobraba como policía de tránsito.

-Creo que no. Si hay algo más, nosotros le llamamos.

-Oiga, en mi trabajo pueden pensar que yo… Ya sabe que la gente imagina siempre lo peor - miró al sargento, con una súplica.

-Dígales que lo llamamos como testigo. No sé, algo que se le ocurra. No vino detenido, sino “invitado”.

Taboada se fue poco convencido. Al menos salía de la comisaría, que ya era beneficio.

* * * * * * * * * * * * *

Por si acaso no se trataba de una broma, Jesús le pidió dinero a Marta, para irse a Villegas. Ella le preguntó que para qué. Quizá no le hubiese cuestionado, dos meses antes, pero comenzaba a fastidiarse de él. Más bien la hartaron sus compañeras de trabajo, quienes, sabiendo lo que le ocurría, le decían, a diario, que no alimentase parásitos. Que si quería alguien que comiese gratis, era más barato un loro.

-Es que… ¿Has oído lo de los asesinatos del criminal de la llamada telefónica?

-Si. ¿Qué tiene que ver eso con que quieras dinero?

-Es que me ha llamado. Me llamo ayer. No te lo dije, para no preocuparte.

-¿Quieres comprar una pistola o qué?

A Marta le olió a mentira. Si le llamó el día anterior, ¿por qué había esperado tanto para decírselo?

-No. Es para irme a Villegas, con mi hermano.

Marta no estaba muy segura de poder mandarlo a trabajar, lo

que sería una grave ofensa. Pero ya que él pretendía dejarla, le entró un repentino valor. ¿El tipo pensaba que ella le daría dinero para abandonarla? ¿Estaba loco? No le importaba que se fuese, pero por medios propios.

-Ya. Pues que te vaya bien.

-¿No me prestas unos… doscientos dólares?

-¿Para ir a Villegas, con tu hermano? Dile a tu hermano que te mande dinero.

-Mujer, ¿cómo crees que él me va a enviar dinero?

-¿Y yo sí? ¿Por qué? Te vas de mi lado, y yo te pago el pasaje. Además, no cuesta doscientos dólares, ir a Villegas. ¿Piensas volar?

-En autobús. Pero hay que comer.

Marta vio, por primera vez, a Jesús, después de dos meses de vivir juntos. Más bien se vio ella, su estupidez, reflejada en el rostro del parásito. El fulano era un mantenido, pero ella imaginó que estaba a su lado porque la amaba.

-No estaba conmigo porque "me amaba", sino porque "m'amaba"- dijo, con profundo humor negro.

No, por supuesto que no la amaba. Estaba con ella porque, casi seguro, que no había quién quisiera cargar con él.

-Vete caminando, que es gratis. Chuy, tienes una cara más dura que el mármol. Has estado aquí dos meses, comiendo, bebiendo y fumando de lo que yo gano. Jamás has intentado encontrar trabajo, porque yo te alimentaba. Y ahora, quieres una compensación para dejarme. ¿O estás rematadamente loco, o piensas que soy una estúpida?

-¿Quieres que me maten? Me ha amenazado ese loco de las llamadas telefónicas.

-¿Y por qué te amenaza? ¿Qué le has hecho?

-Nada. Me dijo que pensase, y descubriese por qué. Pero no puedo imaginar la razón. El caso es que fui a la policía, y…

-¿Saliste de casa? ¿Tú solo?

Marta, una vez que la luz entró en su cerebro, podía usar la ironía. Comprendía que había almacenado malestar, aunque sin percatarse de ello. Su subconsciente fue archivando lo que su consciente no veía. Ahora, los datos estaban disponibles.

-No seas sarcástica. ¿No entiendes que se trata de mi vida?

-¿Y crees que alguien quiera tu vida? ¿Para qué le puede servir? Ni en el mercado de esclavos te subastarían.

-¿Qué te sucede, Marta? Estoy en peligro, y te mofas.

-¿Qué te dijo la policía? ¿Qué te compres una pistola o huyas a Villegas?

-Que no tienen personal para ponerme escolta.

-¿De pronto eres la reina de Inglaterra? ¿Escolta?

-Bueno…, para protegerme. Por eso, tengo que irme. No creo que el loco me persiga hasta Villegas.

-Vete a saber. Si eres tan importante… Pues bien, Chuy, ya puedes irte. Como no trajiste nada, no tardarás mucho en hacer la maleta.

-Pero no tengo para el viaje – Jesús puso, a su voz, el timbre más lastimero que pudo.

-Es tu problema, Chuy. Ponte a caminar. Son las siete de la

noche. Para la madrugada ya estarás bien lejos, y el fulano no te encontrará. No necesitas ir hoy, a Villegas, si allí han podido vivir sin ti, tanto tiempo. ¿Te llamó por teléfono?

-Sí. Eso dije-. Jesús no había reparado en lo que ella insinuaba.

-Tú portátil no tiene crédito, así que te llamó aquí, a mi casa, ¿no?

-Sí, me llamó aquí. ¿A dónde me iba a llamar?

-No sé. ¿Cómo puede saber, el asesino, este número? ¿Cómo sabe que te encontraría aquí?

-No tengo la menor idea. Quizá llame a todo el mundo.

-Y sólo ha matado a dos. Chuy, ya me has metido en un grave problema. Ahora sí me urge que te vayas. Si saltas por la ventana, llegarás antes a la calle.

Marta no le creía una palabra, pero usaría la mentira de él, para que Jesús se fuese de una vez.

-Si conoce el número de teléfono, seguro que localiza la calle. Por tanto, puede venir en cualquier momento. Y si no estás tú…

Jesús se quedó rígido. Su mente registró: “puede venir en cualquier momento”. Y si él no estaba, tal vez matase a Marta. Pero, por el momento, él estaba allí. Urgía desaparecer. Hizo el último intento.

-Por favor, Marta, aunque sean cincuenta dólares. No comeré en el camino.

-Chuy, cuanto más tiempo permanezcas en esta casa, y en la ciudad, más probabilidades hay de que el asesino te encuentre.

-¿No me prestas nada? Yo… he sido bueno contigo.

-Ya te he prestado mi cuerpo muchas veces. Con ese préstamo, y mi bendición, ponte en camino. Villegas está lejos.

Jesús agachó la cabeza, y fue a buscar los cuatro trapos que le pertenecían. Haría lo que ella decía, aunque en autobús. Uno le llevaría a las afueras de San Pedro, donde vivía una amiga. Aquélla no lo trataría como Marta. Claro que debería pasar allí la noche, y, como decía la ingrata, aumentaba el peligro.

-Debí haberme ido ayer mismo.

-No era mala idea. ¿Qué te retuvo?

Marta pensó en su suerte, ya que, si él hubiera decidido irse, mientras ella estaba en a oficina, no sería con las manos vacías. Chuy vendería hasta las lámparas. Por fin, aunque no gracias a su perspicacia, conocía al fulano.

Jesús preparó la maleta en un momento, y la llevó a la puerta. Antes de abrir, volvió a intentar ablandar el corazón de la mujer. Marta estaba a un paso de él, lista para cerrar a puerta, en cuanto saliera.

-Mi llave - pidió la mujer.

-Creo que la he dejado en… Debe estar en la mesilla.

-Casi seguro que sí. Luego reviso. Ahora… no nos vamos a despedir de beso, así que ya puedes abrir la puerta.

-¿No lo reconsideras? Te he hecho pasar ratos muy felices.

-¿No son los mismos que has pasado tú? Chuy, ya vete.

Según saliera, ella correría el cerrojo y, de inmediato, buscaría a quien le modificase la combinación de la cerradura. Había despertado, al fin. No comprendía cómo estuvo tan ciega. Era bien cierto eso de

que el sexo obnubila el seso. Su raciocinio salió de viaje cuando Chuy entró en su casa. No cabían los dos en ella. Al día siguiente, celebraría, con las de la oficina, su liberación.

Jesús abrió la puerta, y salió al corredor. Dio media vuelta, porque algo le faltaba por decir. Marta cerró la puerta de golpe, y echó el cerrojo. Él podía hablar con las vecinas, o los de la rienda de enfrente, pero nunca más con ella.

-¡Fui una estúpida! – reconoció.

* * * * * * * * * * * * *

Gimeno Ortuzar ya no estaba nada tranquilo. En sus juicios andaba medio perdido, algo muy malo para un litigante. Varios jueces le llamaron la atención, pues, a cada rato, le llamaban por su portátil, o él se comunicaba con su bufete. Considerando que en las salas se debe guardar silencio; o eso dicen los gringos en sus películas; era una verdadera falta de respeto. Un juez le impuso una multa. Otro, tipo de muy malas pulgas, le conminó a apagarlo o lo enviaría a la cárcel por 48 horas.

-Y sin el dichoso aparato – puntualizó.

Un tercero le confiscó el teléfono, que le devolvieron cuando salió de la sala. La tarde del martes, apenas apareció por la oficina, su secretaria le dijo:

-He intentado comunicarme contigo – el tuteo se debía a que se conocían íntimamente-, pero no he podido.

-Un juez me confiscó el teléfono. Y otro cabrón me impuso una multa de quinientos dólares. Tengo la suerte de espaldas.

-Te espera un señor. No ha querido decirme a qué viene.

Gimeno no estaba para acertijos. Que le quitasen su teléfono supuso una terrible tragedia, ya que él hablaba uno de cada dos minutos. No recordó que el fulano, que quería guardar el anonimato, había acudido a una cita que él le propuso. Y le llevaba algo.

-No sé qué… Bueno, que pase.

El sujeto que esperaba era de baja estatura, flaco, despeinado y pecoso. Tenía otras virtudes, pero no se apreciaban a simple vista. Llevaba un maletín bastante grande, que parecía pesado. Le ofreció la mano al abogado, y éste se la estrechó, a la vez que preguntaba:

-¿A qué debo el placer de su visita, señor…?

-Usted me llamó, licenciado. ¿No lo recuerda?

-Pues ahora mismo… ¿De qué se trata?

-De la pistola.

Gimeno abrió los ojos como platos. Señaló la puerta, y susurró:

-Por favor, cierre la puerta. No quiero que nos oigan.

El hombrecillo fue a la puerta, y la cerró. Luego puso el maletín sobre el escritorio de Gimeno, y lo abrió. El abogado siguió con los ojos desorbitados, ya que en el interior había seis armas, amarradas al fondo de la valija, con unas tiras de plástico con una zona adherible.

-La mejor calidad, señor licenciado.

-Son bonitas. Yo no entiendo nada de armas. ¿Cuánto cuesta ésta?

Los dos hombres estaban de pie, a sendos lados del escritorio, contemplando las armas. Gimeno apuntó a un revólver que parecía de película del Far West.

-Un revólver Colt Python calibre .38. Excelente elección, licenciado. Pero mire usted ésta. Es una pistola muy ponderosa: Glock 35 de calibre .40. Es un arma destructora. Aunque quizá esta otra –señaló una pistola escuadra- le vendría mejor, porque la puede llevar en cualquier bolsillo. Es una Beretta, calibre 25.

-Pero parece más… - buscó un adjetivo apropiado- contundente el revólver.

-De eso no hay ninguna duda. Pero, si busca algo "poderoso" – el hombrecillo enfatizó el epíteto- tengo calibre 45.

-Yo no soy abogado criminalista, por lo que no estoy muy enterado de calibres. Mis casos son divorcios, y los dos litigantes suelen estar vivos. ¿Qué hace ese calibre?

-Le pega a usted en una pierna y se la arranca. A veinte metros, puede cercenar a un hombre por la cintura. Tiene un impacto terrible. El inconveniente es el ruido. Parece un cañón.

-¿Y el Colt hace mucho ruido?

-No tanto. La Glock es más silenciosa. Y ésta otra, la Beretta, aún más. Usted debe saber qué necesita.

-Algo para defenderme, en caso de que alguien me ataque.

-En ese caso, siendo defensa propia…

-¿Qué pensaba usted?

-Yo nunca pienso nada, señor abogado. Yo vendo armas.

-Pues sí, es para defensa.

-Le vendrá bien el revólver 38. Nunca se encasquilla. Es efectivo, y, en tal caso, no importa el ruido.

-¿Y hablamos de…?

-Quinientos sesenta dólares.

-Le doy quinientos y no se hable más. ¿Y balas?

-Yo le regaló las seis del tambor. Una caja de cincuenta cuesta ciento cincuenta dólares.

-Cuestan más las balas que la pistola. ¿No me puede vender una docena? Con ésas, y las de regalo, tendré suficientes.

-¿No piensa hacer pruebas de tiro?

-No creo que sea necesario. No les voy a disparar a los pájaros, sino a alguien que se me acerque.

-Debe quitarle el seguro. Le voy a enseñar lo necesario. No se le olvide el seguro, si va a disparar. Y tenerlo puesto, siempre, para evitar accidentes.

-Recordaré el seguro. Y ponerle las balas.

* * * * * * * * * * * * *

Cuando Miguel Garrido llegó al bar La Esquina, y se sentó en un taburete, notó que algo extraño flotaba en el ambiente. Eloísa se acercó a él, y le miró fijamente, pero sin despegar los labios. Miguel entendió que era importante. Ella se lo soltó como algo que le quemaba la lengua:

-Han matado a otro tipo. ¿Ya lo sabías ayer?

-Sí, ya lo sabía. ¿Y tú no? Lo dijeron en la tele.

-Pero no supuse que estaban relacionados. Pensé que eran dos cosas distintas- expuso la mujer-. Tú no dijiste quién era.

A Garrido le gustó que le tutease. Pensó que ella se equivocó en la primera frase; pero ella siguió con la familiaridad. Él debía

reconocer que le gustaba Eloísa. “Como a todos”, le advirtió su mente.

-No dijiste quién era – observó la mujer.

-¿Lo conocías? No imaginé que fuese cliente.

-No, no lo conozco. Pero se supone que el asesino es el mismo que asesinó a… ése del rollo de Javier. ¿No es así?

-No lo sabemos. En eso andamos. Hay coincidencias.

-No sería Javier. ¿No crees?

Miguel notó que la mujer avanzaba en la familiaridad. Era la segunda vez que entraba en el bar, y que hablaba con ella, pero parecía que la conversación fuese la décima.

-Creo que debo decirte algo. ¿Me esperas en la calle? – preguntó Eloísa.

-¿Aquí no…? – Garrido miró hacia Lolo, quien, como era habitual, no le quitaba ojo.

-Prefiero fuera. Suelo salir a fumar un cigarrillo.

-Mal hábito. Así tendrás los pulmones.

-Y tú el hígado, de los tragos. ¿De qué prefieres morir?

-Si se puede elegir, me gustaría morir follando.

Eloísa sonrió. También miró hacia Lolo. Éste intentaba disimular que no le interesaba lo que sucedía, pero no perdía detalle. Quizá no le gustase que ella se tomase confianzas con los clientes, pero mucho menos con un policía. No eran celos, como bien decía, ya que sus preferencias sexuales no coincidían con las de ella. Y tampoco se trataba de que él pretendiese algo con Garrido. Lolo distinguía a quien podía ser su ligue, y a quien no, por muchas ganas que le echase.

-Paga esta copa, y sal. Luego, si quieres entrar otra vez… - dijo

la mujer.

-Bien. Te espero fuera.

Garrido pagó, tomó lo que quedaba en el vaso y salió. No había casi nadie en la calle. El lugar no resultaba nada propicio para paseos nocturnos.

-Ella no quiere que escuche el tal Lolo. Y sabe algo de Laureano, o quizá de Honorio. El tipo dijo que sí había estado en el bar, pero que no tenía nada que ver con ella. No debo mezclar lo profesional con lo otro. Me gusta, pero que no me haga olvidar mi deber. No será fácil, pero lo intentaré.

Eloísa salió al de poco. Como dijo, pensaba fumar un cigarrillo. Lo prendió, y se recostó en la pared. Garrido se puso a su lado, lejos de la trayectoria del humo. Nunca le habían gustado las mujeres que fumaban, aunque tendría que hacer una excepción con la barman.

-¿Qué me quieres decir? – preguntó el sargento.

-El difunto. El segundo. Lo conozco. Y no es del bar. Nunca ha venido por aquí.

-¿De qué lo conoces? ¿Es vecino tuyo?

-No, no es eso. Él trabajaba en un taller mecánico. Era el jefe del taller. Y yo tengo una moto.

-A ver, ¿Laureano era el jefe o el dueño del taller?

Miguel estaba bien enterado de lo que era, o fue, Laureano. Pero quería averiguar que es lo que ella sabía. La mujer debería intuir que el policía conocería lo del taller, y más pormenores, si es que estaba a cargo de la investigación. Pero Eloísa no se percató de tal detalle.

-Es el taller de un lote de autos usados. Yo conozco a uno que

trabaja allí, y me recomendó. Ellos me han reparado la moto varias veces. Y, cuando la he llevado, estaba el muerto, porque era el jefe del taller.

-Pero vivo, supongo – Garrido sonrió-. ¿Cómo se llama el que te la repara?

-Ginés. Él estudiaba con mi hermano. Luego mi hermano entró en la universidad, y Ginés se dedicó a la mecánica.

-Ya. Así que conoces a Laureano por haberlo visto en el taller. ¿Y eso no me lo pudiste decir dentro?

-No, porque Lolo no me deja respirar. No quiere que hable con nadie.

-¿Es gay o lo disimula? ¿Por qué te tiene tan controlada?

Eloísa lanzó una carcajada. Miguel no era el primero que le preguntaba aquello. Y la respuesta era siempre la misma.

-Es que se cree mi madre. Él me encontró este trabajo. Bueno, me trajo a trabajar con él.

-¿También amigo de la familia? –preguntó el sargento, con sorna.

-Una larga historia. Amigo de un amigo. En fin, que no le gusta que hable contigo, porque eres bofia.

Miguel hizo un mohín de disgusto. No le gustaba la palabra, pero era muy normal que la población se refiriese a la policía, con tal epíteto.

-Por cierto, no sé tu nombre – dijo ella.

-Me lo puedes preguntar después de… - Garrido movió las cejas hacia arriba-. Creo que así se acostumbra, ¿no?

-Después de... ¿qué? Que yo sepa, no tendremos un después.

-¿No? Pensaba esperarte a que salieras. ¿Me iré temprano a casa?

-Puedes irte ahora mismo, señor sin nombre.

-No me trates así, Eloísa-. Garrido enfatizó el nombre de ella, para que supiera que él sí lo conocía.

-Tus policías me preguntaron de todo. ¿Leíste lo que anotaron?

-Por supuesto. Lo tuyo lo leí dos veces. Y, antes de que entres, y yo vaya de nuevo a la barra, lo único que me querías decir es que Laureano trabaja en el mismo taller de Ginés. ¿No sabes nada de él?

-Yo no, pero Ginés seguro que sí. Eso quería decirte.

-Ya lo interrogamos. Llevamos a todos, a la comisaría, el mismo lunes por la noche. O la madrugada del martes. Por cierto, no les dijiste a mis hombres donde estabas el lunes de siete a diez. Los lunes cerráis, ¿no?

-Les dije que en mi casa, viendo una película.

-¿Hay alguien que pueda corroborar lo que dices? Si no, y ya que conocías a Laureano, tendré que detenerte.

Eloísa dio un salto hacia un lado. No pudo hacia atrás, pues estaba la pared. Garrido soltó una gran carcajada. La mujer sonrió, al decir:

-Me has asustado. Estuve sola en casa. Nadie puede confirmarlo.

-Tendré que creerte. Aunque… esta noche, mejor si yo te acompaño, para que estemos seguros.

-¿Van a asesinar a alguien?

-Eso es casi seguro. Hay cinco asesinatos por día, y tres de ellos suceden de noche.

-Siendo así, me acompañas, pero a la puerta. ¿Me dirás cómo te llamas?

-Miguel Garrido. ¿Crees que podamos cenar?

-Cerramos a las tres- dijo ella-. Un poco tarde para cenar.

-Me lo pones muy difícil.

-La vida no es fácil, teniente.

-Creo que te dije que no soy teniente. ¿Entonces…?

-Pues, como tengo moto, y no la puedo dejar aquí, tendrás que venir detrás de mí. Puedes sonar la sirena.

-Paso a verte a las dos y media. Mientras, yo sí voy a cenar. No he metido nada al estómago desde esta mañana.

-¿No coméis rosquillas?

-Yo no soy gringo. Si acaso churros, en el desayuno.

CAPÍTULO V

Garrido miró a su derecha. Eloísa estaba profundamente dormida. Y no era para menos, ya que el policía le propinó dos placenteros somníferos.

-Está muy buena – pensó Miguel-. A ver si despierta, y vamos a por el tercero.

La desnudez de ella le provocaba más deseo. Garrido hacía algún tiempo que no se acostaba gratis, y menos con una mujer como aquélla. Pagaba, y ellas estaban peor, lo que está exento de lógica.

-Tienen más experiencia – pensó, para justificar el dispendio.

El sargento no tenía ganas de dormir, y no quería ir a la sala a prender el televisor. No estaba allí para ver películas de madrugada, o propaganda de aparatos maravillosos que te solucionan la vida, sartenes a las que no les pega nada, u ollas que cuecen sin agua. Pero tampoco le apetecía estar a oscuras, mirando el trasero de ella, o más bien algo que debía ser su antifonario. El cuarto no tenía ninguna luz prendida, pero recibía, por la puerta abierta, un leve resplandor que llegaba de la sala. Las cortinas de esta pieza eran delgadas, al menos las que estaban echadas, y frente al apartamento había un letrero luminoso. Como es normal, el ayuntamiento no piensa, cuando da las concesiones, en si el letrero molestará a los vecinos. Si a éstos no les gusta, pueden cambiar de barrio.

Garrido abandonó la cama, y salió de la habitación. Rumbo al retrete, reparó en que ella había dejado su bolso sobre una repisa. No pudo meterlo al cuarto, porque él se le abalanzó apenas cerraron la puerta. La aprisionó contra la pared, buscó sus labios, y le introdujo la lengua hasta las amígdalas. Cuando la mujer pidió respirar, él se deslizó contra su cuerpo, se colocó de rodillas, alzó un poco su falda y le bajó las bragas. Luego metió la cabeza entre los muslos de ella, en busca de su humedad. Eloísa lanzó un grito de guerra, y puso ambas manos sobre la cabellera de él.

-Y luego, tras el entremés, a la cama, al más puro estilo selvático

– recordó el policía.

Junto al bolso estaba el teléfono portátil de la mujer. Tenía una funda muy curiosa, un Mickey Mouse. Garrido sonrió al pasar junto a él. Al llegar al retrete, dio media vuelta y cogió el aparato.

-Si viene, lo guardaré en el bolsillo – dijo.

Era broma, ya que estaba completamente desnudo. Si ella aparecía, y notaba la ausencia del aparato, él vería lo que hacía.

Se sentó en el inodoro, y exploró el aparato. Era un modelo conocido, por lo que no tuvo problemas para encontrar los contactos. Fue leyendo uno a uno, hasta que…

-¿Tadeo? ¿Javier? ¿Honorio? ¿Felipe? Estos tres no pueden ser casualidad.

Pegó un salto, y salió del excusado. No tenía en donde anotar los teléfonos. Papel sí, el higiénico, pero no algo con tinta. Se quedó ante la puerta del cuarto, pensando.

-No puedo prender la luz. Y mejor si no entro, no sea que se despierte.

Fue a la cocina. Allí sí prendió la luz. Con prisa, revisó el lugar, ocularmente. Había una extensión del teléfono, y, sin ninguna casualidad, un bloque de hojas de las de pegar en los refrigeradores, para recordar pendientes, además del indefectible bolígrafo, porque con algo se debe anotar. Era lo que buscaba. Como loco, sudando de los nervios, copió varios nombres y teléfonos.

-Podrá ser coincidencia, pero no hay que dejar cabos sueltos.

Tardó pocos segundos en transcribir una docena de nombres. Luego, salió de la cocina, dejó el teléfono en la repisa, y entró en el

dormitorio. No recordaba a qué fue al retrete. Escondió las diminutas hojas, tres, bajo el colchón. Luego las cogería. Cuando se metía a la cama, Eloísa cambió de postura, y preguntó:

-¿Dónde andabas? ¿No puedes dormir?

-No, no puedo dormir. Fui al excusado, pero estaba ocupado.

-¿Por quién? ¡Ah, ya, es broma! ¿Por qué no puedes dormir?

-Es que…- Garrido pasó una mano por los glúteos de la mujer- tengo ganas atrasadas.

-¿Atrasadas? Lo hemos hecho dos veces.

-Pero mi atraso es bíblico, desde tiempos de Adán. ¿Quieres seguir durmiendo o… me ayudas a dormir?

-Puedo intentarlo. Oye, yo no traigo a mi casa, un hombre, en la primera cita. Y nunca se quedan a dormir.

-Soy afortunado. Para agradecértelo, te ofrezco dos orgasmos.

-A ver si es cierto.

-Aunque sea con el cañón de la pistola.

-Eso sí sería nuevo. ¿Podemos probar?

* * * * * * * * * * * * *

En un momento de descanso, entre un encuentro y otro, Eloísa quiso saber de la vida del sargento. Y éste le contó que estaba divorciado, que tenía hijos, a los que veía cuando podía.

-Ellos se veían cada día, en la escuela – se refería a su ex esposa y su actual marido-. Yo llegaba a casa de madrugada, y me iba en cuanto me llamaban. Como ahora. Mi tiempo pertenece al departamento de policía.

-¿Por qué no hablaste con ella?

-Yo no iba a cambiar. Los policías no cambiamos, a no ser que pidamos la baja, o nos la den a fuerza.

-¿Y el tipo? ¿No fuiste a darle unos golpes?

-¿Brutalidad policiaca? Yo tuve la culpa.

-Ella te engañaba, estando casada.

-¿Es mucha la diferencia a esperar a divorciarse? No quise dar un escándalo. Por los niños.

-Eres buena persona. Los policías siempre me parecieron golpeadores y prepotentes.

-Debe haber de todo. ¿Y tú?

Eloísa se había jurado no contar a nadie su vida. Pero se le olvidó la promesa, así como no aceptar acostarse en la primera cita, o que no se quedasen a dormir.

-Vivía con mi marido. Y tenía una prima, en el departamento de arriba.

-¿Te engañó con tu prima?

-Yo trabajaba de noche, y ellos no. Tenían mucho tiempo.

-Gana quien es constante. El orgasmo es para quien lo trabaja.

Eloísa sonrió. Ella otorgaba orgasmos a quienes sollozaban, sin necesidad que se esforzasen.

-Hacía menos de un año que nos habíamos casado.

-Fue buena suerte que no te dejó un hijo.

-Eso lo supe más tarde. Pero me costó mucho.

-No es fácil. Se supera, pero tarda. Yo… todavía, cuando voy a ver a mis hijos… Me hago el fuerte, pero tengo envidia de ellos. Son

una familia.

-Parece que a todos nos pasa – dijo ella-. También a Lolo lo abandonó su novio.

-No es que les pase a todos, sino que los que andamos en bares es porque nadie nos espera en casa.

-¿También los bármanes?

-¿Con ese horario? Como ser policía.

-Eso es cierto. Mi prima estaba en casa por las noches, y mi marido veía los programas deportivos.

-Los goles motivan mucho.

-No sé por qué. El fútbol me aburre.

-Pero a ellos no. A que te la meto. A que no me la metes.

-Muy gracioso. Así que tu caso es como el mío. Nunca estabas en casa. Yo sí, pero dormía cuando él estaba despierto, y estaba despierta cuando él dormía.

* * * * * * * * * * * * *

Eran más de las nueve de la mañana del miércoles. El sol entraba de lleno en la sala, y unos pocos rayos llegaban hasta el dormitorio de Eloísa. El sargento dormía, y ella estaba ya despierta. El último contacto del tercer tipo cambió las tornas.

Miguel debía haber salido, para su trabajo, hacía un buen rato, pero justificaba su retraso con que estuvo “investigando”. A nadie le asombraría que llegase con la misma ropa, sin afeitarse y con aspecto de haber andado de juerga. Se ducharía en casa de ella, pero se cambiaría de ropa interior en la comisaria. También de camisa.

El bello durmiente abrió un ojo. Vio que Eloísa estaba sentada en una silla, moviendo las teclas de un portátil. Tenía otro sobre los desnudos muslos. A Garrido le pareció que la mujer manipulaba su aparato, siendo el otro el de ella.

-¿Qué haces?

-Me he tomado la libertad de anotar en tu portátil mis números. El de éste- señaló su aparato transportable-, el fijo y el del bar. Es que no me los has pedido.

-¿Y no anotas el mío? - Garrido pensó en los que él había sacado.

-Cuando tú me llames. Si no me llamas nunca, ¿para qué?

-Te llamaré mañana mismo.

* * * * * * * * * * * * *

Dos horas más tarde, Garrido llegó a la comisaría con unas ojeras que le cubrían toda la faz. Poblano, quien sabía lo que su jefe planeaba, e intuía que tuvo éxito, le llevó un café y una pregunta:

-¿Te ha pisado un elefante?

-Caí en las garras de una leona. Pude escaparme de milagro.

Eso era cierto. Eloísa dormía hasta el mediodía, o, al menos, estaba en la cama. Y ya que le gustó la pericia con la que el policía torturaba a los sospechosos, quiso que le sometiese varias veces al tercer grado. Garrido cumplió lo que pudo, aunque él se declaró satisfecho después del tercer episodio. Suplió su arma personal por la del departamento, y a ella le gustó eso. El detective le quitó las balas, por si acaso, y jugaron un rato a policías y ladrones.

-Te tengo algo jugoso – dijo Poblano-. Dos fulanos, fueron, el martes, a las comisarías doce y diecisiete, a levantar denuncias por acoso telefónico, más bien por amenazas de muerte. Les llamaron el lunes.

-¿El lunes? ¿El mismo día de las muertes?

-Sí, y antes de que se produjesen éstas. Pero ellos denunciaron, al enterarse de los dos homicidios. ¿Qué te parece?

-Que estamos ante un serial. Y que, además, el tipo está seguro de cumplir sus amenazas. Así que a ésos… ¿les pronosticó una semana de vida?

.-Exactamente. Los lunes, entonces. Piensa matarlos el próximo lunes.

-¿Dos o tres? Si eligió tres, la primera vez, seguro que sigue ese patrón.

-Dos denuncias. Es posible que el tercero no haya hecho caso, o piensa que no necesitaba ayuda policial.

-O no ha escuchado las noticias, o no lo relaciona con su llamada. El caso es que tenemos dos. ¿Datos?

-Nos dieron lo que recabaron. No es mucho, ya que los mandaron de paseo.

-Por eso nadie nos quiere.

-No podían saber que se relacionaba con los asesinatos.

-Si fueron el martes, sabían. No les disculpes. Pudieron habernos llamado.

-Eso sí. Pero ya ves que no hay buena comunicación. Los datos son los que se anotan en la recepción: nombre, dirección y asunto.

Creo que debemos comunicarnos con ellos.

-De inmediato. ¿Tenemos teléfonos?

-No. Es que la gente no da su número con facilidad. Las direcciones.

-Que vayan dos patrullas. Como estarán trabajando, que se enteren dónde. Que los traigan, o vamos nosotros.

-Vienes con mucha energía. ¿No has dicho que era una leona?

Garrido sonrió. A la vez que tomaba un sorbo de café, puso, en el escritorio, unos papeles. Eran los de anotaciones, en los que parecían teléfonos y nombres. Cuando tragó el líquido, explicó:

-Y estuve trabajando, aunque no lo creas. Mi olfato no me engaña.

-¿De dónde sacaste estos números? ¿Javier, Felipe y Honorio? ¿Son los que conocemos?

-Me temo que sí. Del portátil de Eloísa.

-¿Eloísa es nuestra Eloísa? - preguntó Poblano, con amplia sonrisa.

-De nuestra nada. Yo no soy socialista.

-Yo sí, si se trata de la mujer ajena. ¿Qué has descubierto?

-Nada. Bueno, ella conocía a Laureano, pero porque le arreglaba la moto. Eloísa tiene una moto. Pero esos nombres…

-Pondré gente a llamar. ¿Cómo lo hacemos? ¿Número equivocado?

-Desde cabinas de la calle, y que les echen el rollo, para ver si son los que suponemos. Pon a gente que piense.

-¿Los voy a contratar? No creo que ninguno de los nuestros

piense. Usan dados para las quinielas.

-Pues llama tú. De momento, me interesan Javier, Felipe y Honorio.

Poblano salió del despacho, dio órdenes a la gente, y regresó. Se sentó ante el jefe, y manifestó:

-¿Qué te sugiere esto? Para comenzar, Felipe y Honorio nos han mentido. Javier no, porque dijo que sí iba al bar, y sí conocía a Eloísa. Más bien que iba por ella.

-Eso dijo Honorio, y que ella no le hacía caso.

-Pero ella tiene su número en el teléfono. Bueno, si es ese Honorio. ¿Y Felipe?

-Dijo que no la conocía. ¿Nos mintió?

-Casi seguro – respondió Poblano-. Sólo Javier reconoció frecuentar el bar. Pero ¿el teléfono?

Garrido hizo una mueca de desagrado. Como había dicho su ayudante, se sentía celoso sin tener una relación seria con ella. Y si Eloísa anduvo con Javier, fue antes de conocer al sargento. Pero así suele pasar, y nunca se acepta de buen grado que los demás tengan pasado. Uno sí, por supuesto, pero no tu pareja.

-No sé. Quizá se lo pide a todos los clientes – conjeturó Miguel.

-¿Le has dado el tuyo? – Adalberto era como una espina en el trasero.

-¡Por supuesto! – Mintió el jefe-. ¿Cómo me llamaría, si no?

-Quizá a la comisaría. Vives aquí. En fin, que debemos investigar a los dos denunciantes, y ver si los de los teléfonos son quienes pensamos. Más bien, los que deseamos que sean. Te dejo, para que

medites.

-¿Y en qué carajo debo meditar?

-En si vas a encerrar a tu amiga, o la sacarás del país.

Poblano salió del despacho, antes de que Garrido pudiera responder.

-Tiene razón. Me cuesta admitir que ella pueda ser… la asesina. Pero sabemos que no hay un tipo fijo de homicida. Si me pide el número de teléfono, entenderé que estoy en la lista. Claro que si le llamo, no necesita pedírmelo. No lo tengo nada claro.

* * * * * * * * * * * * *

El detective Claudio fue el encargado de hacer las llamadas a los tres números que le dio Poblano. El primero fue Honorio. Estaba en su trabajo, cuando contestó.

-Honorio, soy Claudio. ¿Cómo estás?

-Yo… ¿Qué Claudio?

-Pues Claudio Perales, el amigo de El Gordo. Oye, te llamo sobre la despedida de soltero. Supongo que irás.

-Un momento. ¿Qué gordo? No sé nada de una despedida.

-Pues El Gordo, el primo de Azucena. Ya sabes quién es Azucena.

-No, no sé quién es Azucena. Y tampoco el gordo.

-¿No eres Honorio Taboada? ¿O quién carajo eres?

-Sí, sí soy Taboada, pero no sé de qué despedida me hablas, ni conozco al gordo y su prima. Debes haberte confundido.

Claudio, al confirmar que era Taboada, alegró su rostro.

-Yo no – dijo, aguantando la risa-. Supongo que se ha confundido

El Gordo. Le voy a llamar. Perdona, amigo. Oye, ¿pero irás a la despedida de Macario?

-Tampoco sé quién es Macario. Oye, habla con el gordo y dile que se ha equivocado.

Claudio colgó. Y fue así, ya que llamaba de una cabina telefónica, situada frente a la comisaría. Tomó tal precaución, para que no se grabase el número de la comisaría en el portátil de Honorio.

Luego llamó a Felipe, pero a él le preguntó, desde el principio, su apellido, porque se le oía apresurado. Cuando afirmó ser Rosas, Claudio se apresuró a decir que El Gordo era bobo, y colgó.

Con Javier le costó un poco más, ya que no tenía ganas de charlar. Pero Claudio usó el infalible truco de…

-Es que me dijo El Gordo que tú eres el experto en mujeres. Las vas a elegir, ¿no?

-No sé quién el gordo. Lo de la despedida suena bien, pero dime de quién.

-De Macario. Ya sabes, joder, el de los pedos. ¿No lo recuerdas?

-No, no lo recuerdo.

-¿Eres Madroñero o me equivoco? Es que El Gordo es medio bobo.

-Sí, sí soy Madroñero. Pero sigo sin saber de qué me hablas.

-Mira, te llamo en un rato, después de confirmar con El Gordo. Vete pensando en las putas. Que estén bien buenas.

Claudio abandonó la cabina silbando. Eran los tres que dijo Poblano.

-Caso resuelto.

*   *   *   *   *   *   *   *

*   *   *   *   *

Garrido fue a la dirección de Jesús Blanco. Debían hablar con él, y también con Gimeno. Para no ir ambos con los dos, echaron a suertes. A Poblano le toco el abogado, y al sargento el que restaba.

Eran las siete de la tarde. Miguel eligió esa hora, en la esperanza de que estuviese quien buscaba. Si trabajaba, habría salido ya de su empleo. El detective no sabía que Jesús no pegaba golpe. Tampoco que no lo hallaría allí. En el caso de que Blanco llegase tarde, no lo esperaría tanto como si iba al mediodía. Por mucho que había buscado otra manera de contactarlo, no lo logró. Es que Blanco no tenía historial de haber vivido en sitio alguno, porque llevaba años colgándose de quien se lo permitía. En cuanto a trabajo, su currículo estaba como su apellido.

No respondió nadie, pero una vecina, que subía por la escalera, le dijo:

-Aún no llega. Viene como a las ocho.

-¿Conoce usted a Jesús Blanco?

-¿Quién? No, ahí no vive un… Bueno sí, un hombre está con Marta. Lo sé porque les oigo hablar.

-¿Les oye? ¿No lo ha visto?

-No. El hombre no sale de casa.

Garrido se quedó perplejo. La mujer era mucho mejor detective que muchos de los de su departamento. ¿Cómo sabía eso? ¿Hacía guardia a la puerta del apartamento? La vecina captó lo que el hombre pensaba, y se explicó:

-Es que se pasaba el día viendo la tele. Se oía por todo el patio.

-Dice usted que estaba y se oía. ¿Ya no se oye?

-No. Desde ayer, no se oye. Creo que Marta lo echó de su casa. ¿Cómo soportaba a un zángano? Es que un hombre así… Mire, si yo no soportaba a mi esposo, y eso que trabajaba…

Miguel consideró que su salud mental dependía de irse cuando antes. Luego regresaría a ver a Marta, ya que Jesús no estaba, porque no se oía el televisor.

-¿Así que Marta llega en una hora? Pues regreso más tarde.

-Si la veo, le diré que usted vino a buscar al zángano. ¿Quién es usted?

La mujer terminaba con lo que debió haber comenzado. Pero, al final, preguntaba. El sargento tenía lista la respuesta.

-Del seguro social. Es por unas cuotas pendientes.

-Que el fulano no ha pagado, ¿verdad? ¿Y cómo, si no trabaja?

-Creo que ése debe ser el problema. Regreso en una hora.

Garrido lanzó un soplido, de satisfacción, al llegar a la acera. La mujer, en diez minutos, podía haberle contado la vida de todos los vecinos, y quizá el final de la telenovela de moda.

-Marta es la dueña del lugar en el que vivía Jesús, el zángano. ¿Por qué alguien querría matar a un zángano? En tal caso, hay mil diputados con más méritos.

Cuando Garrido regresó, y tocó a la puerta, escuchó pasos que se acercaban. La puerta se abrió, y una mujer joven preguntó:

-¿Del seguro social? ¿Y viene a buscar a Jesús Blanco?

El sargento sonrió. La vecina estuvo esperando la llegada de

Marta, para ponerla al corriente. Parte de la sonrisa se debía a que adivinaba que la joven, pues no pasaba de treinta, entendía que los que no trabajan no tienen cuotas pendientes, y, tal vez, ni número de seguro social. Y también sonreía porque…

-En este caso ya van dos mujeres de muy buen ver. Hacía tiempo que sólo interrogaba a hombres, y las pocas mujeres no eran de mi agrado. En cambio ahora…. ¿Mi ángel de la guardia se habrá apiadado de mí?

Marta era alta y delgada. Tenía ciertas curvas, no muy pronunciadas. Era guapa, y dueña de unos hermosos ojos verdes. Quizá se teñía el pelo de negro, ya que su tez era blanca, por lo que sugería rubio o castaño claro. Pero el negro hacía buena combinación con el verde. Garrido estimó que al compararla con Eloísa….

-Las comparaciones son odiosas – pensó.

-No, no soy del seguro social – declaró-. Soy sargento de policía. Dije lo del seguro social, porque no quise alarmar a la vecina.

-¿Y qué le trae por aquí?

-Jesús Blanco. Fue a la comisaría diecisiete a levantar una denuncia por amenazas telefónicas.

-¿Así que es cierto?

Marta se quedó boquiabierta. Ella no había creído a Jesús. Supuso que era un cuento para sacarle dinero.

-No sé si sea cierta la llamada, pero sí que fue a la comisaría.

-¿Y para qué quiere verlo?

-¿No podría pasar? Me parece muy incómodo estar ante la puerta, como si vendiese cosméticos.

-No suelo dejar pasar a cualquiera.

Garrido frunció el ceño. Eloísa le preguntó, en tono incisivo, si era policía. Y ahora, Marta le llamaba cualquiera.

-Me parece muy bien, señora, pero no soy cualquiera. Soy el sargento Miguel Garrido, de la policía metropolitana. Le voy a mostrar mi identificación.

-Perdone, no debí haber dicho eso. Me refiero a desconocidos.

Garrido mostró su placa. La mujer observó la fotografía, sin fijarse en el resto. Miguel se veía mal en la reproducción, como los que aparecen en los pasquines de los bancos.

-No me veo muy bien – declaró él-. Pero no hay duda que soy yo.

-Bien, pase.

Garrido recorrió parte del pasillo, y se detuvo en medio de la sala y la cocina. Marta pasó ante él y eligió la sala comedor. Señaló un sillón, para que el policía se sentase. Ella lo hizo en el sofá.

-Mire, señora…

-Soy señorita, sargento. Y no soy esposa de ese tipejo, ni siquiera una pariente lejana.

-Ya. Bueno, el caso es que Jesús Blanco fue a hacer una denuncia porque alguien lo amenazó de muerte por teléfono. Eso sucedió el martes. Me refiero a la denuncia, porque dijo que le llamaron el lunes. Y fue el martes, al escuchar que habían matado a otros, a quiénes también amenazaron.

En el libro de la recepción, de la comisaría, ponía “motivo: amenazas por teléfono; fecha: ayer; persona: desconocido”.

-Él me dijo eso, pero no le creí.

-¿Alguna razón para no creerle? ¿Supo usted de las dos muertes, y de que también los amenazaron telefónicamente?

-Sí. Pero supuse que él lo había inventado, para sacarme dinero. Ahora me entero de que sí fue a la policía.

-¿Sacarle dinero…? ¿Le sacaría dinero diciendo que lo amenazaron?

-Chuy es un gorrón. No ha pegado golpe en años. Vivía a mis costillas.

-¿Chuy? ¡Ah, sí, claro!

Marta miró fijamente al sargento. Éste demostró, con un visaje de interrogación, que aún no comprendía. Ella se explicó con mayor detalle:

-Quería que le diese doscientos dólares para ir a Villegas, a casa de su hermano, a esconderse.

-¡Ah, caray! Sí, ahora lo tengo claro. Usted supuso que él inventó las amenazas para sacarle doscientos dólares. ¿Y se fue a Villegas?

-No tengo ni idea. No le di dinero, y cambié la combinación de la cerradura. Ya estaba cansada de él.

-Bien. ¿No sabe cómo podría localizarlo?

-Ni la menor idea. Ni siquiera sé si es cierto que tenga un hermano en Villegas.

Garrido miró la punta de sus zapatos. Así que allí terminaba el asunto, al menos el de Blanco. Éste, al igual que Servando Vasconcelos, prefirió huir a enterarse si se trataba de una broma. Aunque después de dos cadáveres, de broma no tenía nada.

-¿Quiere un café o una copa?- preguntó la mujer.

Miguel levantó la mirada, y la posó en el rostro de la mujer. Movió la cabeza, afirmativamente.

-Lo que usted quiera.

-¿De qué le sirve lo que diga Chuy?

Marta salía de la sala, cuando hizo la pregunta. Miguel pensó que ella tardaría mucho, por lo que se puso en pie y la siguió, diciendo:

-El asesino debe conocer a sus víctimas, si sabe los números de teléfono. Siendo así, quizá haya una relación entre unos y otros. De momento no sabemos mucho. Mató a dos personas, el lunes, y un tercero se ha escondido. ¿Por qué los mató?

La mujer estaba ante una alacena, mirando un estante. Ante ella había un bote con café, y también una botella de whisky. No sabía por cuál decidirse. Consultó con el sargento:

-Yo prefiero un whisky. ¿Usted?

-También – respondió él-. Ya no voy a regresar al Departamento.

-Yo no sé mucho de Chuy. Nos conocimos en un bar, salimos una semana, vino por un rato, y se quedó dos meses.

Marta cogió la botella y dos vasos. Señaló el congelador del frigorífico, donde suele haber hielo.

-Yo no tomo hielo – dijo el sargento-. Me pone afónico. ¿Usted quiere?

-No, prefiero sin hielo. ¿Vamos?

Garrido siguió a la mujer. Regresaron a la sala, y se sentaron frente a frente, ante la mesita de centro. Marta puso la botella y los vasos sobre un tapete. Sirvió licor para ambos.

-La compré ayer – dijo, señalando la botella-. Chuy comía y bebía lo que encontraba. Y como estaba todo el día en casa…

-Tardó mucho en echarlo- opinó Miguel.

-No lo eché, aunque lo pensaba hacer. Lo echó el asesino de las llamadas. Como ya le dije, imaginé que era un truco.

-Pues parece ser que no. Quizá usted pueda ayudarme.

Marta apuró el licor de su vaso, y sirvió más. Garrido la imitó, por educación. No dejaría que la mujer bebiese sola.

-¿En qué podría ayudarle, sargento?

-En los motivos. En los tres casos que comento, parece ser que el motivo es… No sé cómo decirlo. Hubo un triángulo o cuadrado amoroso. El difunto dejó a su pareja y se fue con otra mujer. O también la otra mujer dejó a su pareja, para irse con el hombre. En fin, que eso es lo único que parecen tener en común. Hemos interrogado a los… "dejados", por llamarlos de alguna forma- así los bautizaron en la comisaría-, por si ellos fueron los asesinos.

-¿Por despecho?

-Eso suponemos. Pero yo diría que no va por ahí. Los tres tienen coartadas, y algunos no serían capaces de disparar un arma. Así que yo quería saber de Jesús, para ver si su caso coincide con los otros. Un compañero mío está hablando con otro, al que también le llamaron, el mismo lunes.

-¡Caramba, si que es algo extraño! Da miedo. ¿Chuy…? Pues no, Chuy no abandonó a nadie. Todas lo han echado de su lado. Pero… yo sí. Yo sí dejé a alguien, cuando lo conocí.

-¿Así que… no es descabellado lo que pensamos? ¿Puedo saber el

motivo?

-No fue Chuy el motivo. Él apareció cuando ya todo estaba concluido. No me importa decirle las razones, pero le aseguro que José Luis no mata ni una mosca. Y con una pistola…. ¡Ni loco!

-De todas formas, necesito sus datos.

Marta tomó otro sorbo, largo, que paladeó con deleite.

-Hacía tiempo que no bebía. No tengo mucha costumbre, pero de vez en cuando…

-Yo también tomo, de vez en cuando. Siempre suele ser cuando estoy solo.

-¿Cuando está acompañado no bebe? ¡Qué extraño!

-No tengo tiempo. Lo dedico a otra… actividad.

Marta lanzó una carcajada. Si no tenía costumbre, las dos copas suponían mucho alcohol para ella. Se notaba alegre, porque se movía mucho en el sofá. Garrido rogó porque ella no terminase borracha perdida, sino lo suficientemente desinhibida como para… con suerte…

-Eloísa fue al segundo día. El primero significaría que mejoro mi puntuación – pensó-. Pero no vale, si está ebria.

-Creo que yo también - reconoció la mujer-. Es que él se fue ayer, y yo pues… Ha estado aquí dos meses.

-¿En la sala? – Miguel también se rió -. Ya entiendo. Lo echa en falta, ¿no? Aunque fuese un zángano.

-Eso hacen los zánganos, ¿verdad? No sirven para otra cosa.

-¿Por qué terminó con José Luis?- Garrido regresó a su labor.

-Porque él era lo contrario del zángano. Él era una abeja obrera. ¿O son las hormigas?

-Creo que las dos. ¿Se refiere a que trabajaba mucho?

-Todo el día, todos los días. Llegaba casi a gatas, se acostaba y dormía. Incluso los fines de semana, tenía algo pendiente, y debía ir a la oficina.

-Y usted lo cambió por uno que jamás hacía nada. Bueno, sí hacía, pero lo de los zánganos.

Los dos, al unísono, lanzaron espontáneas carcajadas. La mujer contuvo la risa, para comentar:

-Para ser un policía, resulta usted gracioso.

-Los policías somos como los demás, al menos cuando no trabajamos. Los taxistas no llevan el volante a la cama.

-¡Claro! – Marta se sirvió más whisky-. Nunca había pensado en eso. Sin pistola, son como los demás.

-Una la dejo en el vestíbulo, cuando llego a casa. La otra no, porque no es desmontable. Además, me puede hacer falta.

Marta caviló, por un momento. Entendió lo que él quería significar, y prorrumpió en más carcajadas. Miguel alargó la mano, para coger el vaso de ella, porque podía caer al suelo, o derramarse el whisky. Y aquel licor estaba muy bueno como para desperdiciarse. No tanto como debía estar la mujer, pero mejor que lo que daban en la mayoría de los bares.

-Oiga, ¿cómo dijo que se llamaba?

-Miguel. Usted es Marta. Quiero saber algo más. ¿Le suena un bar llamado La Esquina? Está un tanto lejos de aquí, en la calle Natividad, pero tal vez… aunque sea de paso…

-No, no me suena. ¿Por qué?

-Es que algunas de las personas de los otros casos solían ir a ese bar. Se me ocurrió que quizá Jesús también fuese cliente.

-No podría decirle. Si fue o no, sería antes de conocerme. Luego, no iba a ninguna parte. No salía de casa.

-Es que teniendo aquí…"todo" - Garrido puso énfasis en la palabra-, ¿para qué salir a la calle?

La mujer dejó de reír, y miró fijamente al sargento. Quería decir algo, pero no sabía cómo exponerlo.

-¿Ya no es policía? – preguntó-. Bueno, eso de fuera de servicio.

-Ya estoy fuera de servicio. Por eso acepté la copa.

-¿Y puede aceptar otras cosas? Me refiero a… ¿cenar algo?

Garrido esperaba otra oferta. Iba a responder, cuando vio que la mujer se mordía el labio inferior, y agitaba las cejas. Posiblemente la cena indicaba que luego…

-Acepto lo que usted me ofrezca. Casi nunca ceno, pero… Voy a la cama sin cenar.

-Yo también. Es que la digestión me da insomnio.

-¿Y cómo logra dormir? ¿Algún somnífero? ¿Chuy, quizá?

Marta sonrió. No estaba lo ebria que él supuso. Sí bastante alegre, y desinhibida, pero consciente. Garrido había hecho la propuesta, y esperaba respuesta.

-¿Le parece bien que no cenemos? – preguntó ella-. O tal vez… más tarde.

-¿Después? Me parece perfecto después, si tenemos hambre.

-El ejercicio suele abrir el apetito.

* * * * * * * *

*   *   *   *   *

Miguel llegó a la comisaría a las diez de la mañana. En el semblante se le notaba que había dormido poco. Y tampoco dejó dormir, por lo que ambos pasaron buena parte de la noche en vela. No se quejaron por ello, ya que no se trató de que no tuviesen sueño, sino que quisieron aprovechar las horas para algo gratificante.

Marta entraba a las nueve en su trabajo, pues era diurno, no como el de Eloísa. Él se ofreció a llevarla, al otro extremo de la ciudad, por lo que pasó un buen rato en el tráfico de la mañana.

Adalberto lo esperaba sentado en su escritorio, el del sargento. Tenía ante sí una taza de café, y daba vueltas a un papel. Era un recado, de los que dejaban los del turno de la noche. Había estado sobre el escritorio, pero el detective lo agarró en cuanto entró el sargento. Éste cogió la taza de café y le dio un sorbo. Luego dijo:

-Buenos días.

-Era mi café. ¿No puedes ir a buscar uno?

-Puedo pero no quiero. Es jueves.

-¿Tiene algo que ver que sea jueves con tu aspecto, o que no puedas ir en busca de un café?

-Que se acerca el lunes, y no tenemos nada.

-¿Por qué crees que el fulano mate los lunes?

-Porque pienso que tiene que ver con que cierren La Esquina los lunes.

-Y hablando de sospechosa…- Adalberto mostró el papel.

El detective salió del despacho, en busca de otro café. El sargento se sentó en su lugar, y leyó el papel. Ponía que una mujer, de nombre

Eloísa, había llamado, a las 2.30 de la madrugada, preguntando por él.

-¿Su teléfono? –Garrido sacó el portátil-. Aún estará durmiendo.

Adalberto entró con el café, y se quedó ante el escritorio, observando al sargento. Dijo, entre sorbos:

-Pues si estaba durmiendo, ya la habrán despertado.

-¿Por qué? No te entiendo.

-Los nombres en su portátil son los de los tres que suponíamos. ¿No crees que ella tenga mucho que explicar?

Garrido se quedó pensativo. Pues sí, Eloísa tenía mucho que explicar.

-Tal vez me llamó para hablarme de ellos.

-Lo sabrás en un rato.

-¿Así que mandaste a buscarla? ¿No debías haberme consultado?

-No sabía dónde estabas. ¿No estás de acuerdo?

Garrido conocía bien que no podía ir en contra las reglas. Había convertido la relación en personal, y eso podía darle un serio disgusto. Asintió, con la cabeza.

-¿No te importa que yo no esté presente? No quiero intervenir.

-Me parece lo más sensato. Además, ella se imaginará quién sacó los números de su teléfono. ¿Crees que le hará gracia?

-Me lo cuentas después.

Miguel terminó el café, sacó una camisa, calcetines y calzoncillo, del cajón del escritorio y fue al retrete, que fungiría de vestidor. Ya se había bañado, en la mañana, pero le faltaba el cambio de camisa y demás.

-Voy a llevar una maleta en el auto, para estos casos- pensó.

De regreso a su despacho, vio que su ayudante seguía allí. Había conseguido unas galletas, y estaba comiendo una.

-Gracias por el desayuno – dijo el sargento-. No he tenido tiempo.

-Es mi desayuno, así como ése era mi café. ¿Me puedes explicar con quién has estado, si resulta que ella te anda buscando?

-No me vas a creer.

-Eso es seguro, pero cuenta, de todas formas.

-Pasé la noche con Marta, la novia de Jesús Blanco. El fulano es un vividor, y parece ser que ha salido de la ciudad.

-¿Y te acostaste con su novia, para festejar que se había ido?

-Más o menos. Has acertado. Ella quería celebrar su libertad.

-Y no tenía nada más a mano. ¿Le hicieron la misma llamada?

-Él le dijo a Marta que sí, pero ésta no le creyó. Pensó que mentía, para sacarle dinero.

-Yo estuve en un despacho de abogados. Nada de sexo. También amenazaron al otro, Gimeno Ortuzar. No quiso soltar prenda, pero parece ser que sí le quitó la novia a alguien. Pero, como es abogado, acostumbra preguntar no responder. Dejó en claro que nunca ha ido a ese tugurio, La Esquina.

-Eso ya lo suponíamos, pero el que iría sería "el otro".

-No sabemos quién sea el otro. ¿Y lo tuyo?

-Pues Jesús parece el tipo de fulano que dura poco en sus relaciones. Marta lo echó, por holgazán, y eso mismo habrán hecho otras.

-Vaya, como alguna resulte involucrada, de alguna forma, y diga

que te acostaste con ella, vas a tener un verdadero problema.

Garrido se quedó pensativo. Como siempre, Poblano tenía razón. Pero no pudo resistir la tentación. Ninguna de las dos. Le hubiese gustado ver cómo se negaba su compañero, en el caso de haber estado en sus zapatos.

-¿Por qué llamaría?- preguntó Adalberto.

-Es que no fui a verla. Después de una noche conmigo, ya la vida no es lo mismo.

-¿Qué les das, además de asco?

-Algo que tú jamás podrás darle a una mujer – respondió el sargento.

-¿Dinero? No tengo. Y si lo tuviera, me lo gastaría en Miami.

-Yo tampoco, y eso es muy raro. Por fin, la suerte empieza a acordarse de mí. Dos mujeres en dos días. ¡Y vaya mujeres!

-Si no es dinero, y tú eres más feo que un pecado a oscuras, seguro que maquinan algo.

-¿Las dos? ¿Se habrán puesto de acuerdo, aunque no se conozcan, para seducirme, y luego…? ¿Qué?

-No sé, pero me huele que se trata de eso.

-Pues sí. Oye, creo que debemos esperar al lunes. No tenemos nada de nada – admitió el sargento.

-Veremos qué dice una de tus novias.

-No dirá nada. Los teléfonos son de los abandonados, no de los asesinados.

-¿No te parece mucha coincidencia? ¿Los tres en su portátil?

-Me parece mucha coincidencia, pero no puedes arrestarla por

eso.

Poblano asintió con la cabeza. Sabía que los números de teléfono no la convertían en la asesina, pero era evidente que los dejados y ella se conocían, lo que la metía de lleno en el caso.

-La tendremos que soltar. Pero el lunes, la vigilaremos bien. Tú podrías hacerlo, pero dudo que te vuelva a mirar a la cara.

-Ya veremos. Ciertamente no le hará ninguna gracia que desconfiase de ella.

-Sea como sea, el lunes no hay que perderla de vista.

Poblano se estaba haciendo cargo del caso, ya que Garrido no era la persona idónea para interrogar a Eloísa. Había metido la pata, al acostarse con ella. Quizá podía alegar que en ese momento no era sospechosa, ni parte involucrada; pero no resultaba creíble si desconfió de ella, y metió mano a su teléfono. Podía argumentar que por esa razón fue con ella. ¿Lo creería alguien?

-¿Y tú…? ¿Qué piensas hacer? - le preguntó a su pareja.

-Hay que vigilar a esos dos tipos. ¿Se te ocurre a alguien más?

-¿Dos tipos? ¿Quiénes? Sólo tenemos al abogado que fuiste a ver.

-¿Y Vasconcelos? No estará eternamente escondido. Algún día, tendrá que ir a su trabajo.

-¿Vas a poner vigilancia en su casa? – preguntó Miguel.

-Creo que sí. Pienso que va a regresar. ¿Y tu nueva novia? ¿Cómo se llama?

-Marta. Es posible que Jesús regrese. Por lo que me dijo, el fulano no tiene un centavo, pero quiere ir a Villegas.

-Puede pedir que lo lleven. Si se pone en la carretera, seguro que

alguien para. Si tiene miedo, no permanecerá mucho aquí.

-Entonces, el asesino tiene una única opción – opinó Miguel.

-Que sepamos. Tal vez haya amenazado a otros más, pero no han acudido a la policía.

-O sí han ido, pero no todas las comisarías nos han enviado sus denuncias.

-No nos queda otra alternativa que esperar al lunes. Mientras, veamos lo del asesinato de ayer por la noche – dijo Poblano.

-No supe nada. ¿Qué sucedió?

-Una pelea en un bar, cuando ya cerraba. Hubo un altercado dentro, y alguien, muy molesto, esperó a que el otro saliera, y le metió unos tiros – explicó el detective-. Los muchachos interrogaron a los que estaban en el bar. Nos dieron la descripción del asesino. No era cliente del lugar.

-Bueno, pues vamos con eso.

Un agente abrió la puerta del despacho, metió la cabeza y dijo:

-Miguel, el capitán quiere que vayas a verlo.

-Si quiere que lo vea, que mande una foto.

-Por mí, no vayas. – opinó el agente.

CAPÍTULO VI

En el despacho del capitán había tres personas. Garrido únicamente conocía al capitán, Eusebio Holguín; pero le parecía haber visto, en alguna ocasión, a una de las otras dos. Eran un hombre y una mujer, ambos de unos treinta y bastantes años. Era el hombre quien se le hacía conocido. Quizá lo vio en la televisión, o visitó, la comisaría alguna vez. El capitán los presentó:

-Sonia Rendón y Liborio Zapata García —dijo el jefe-. Sonia es la jefa del departamento de sicología del ayuntamiento. Liborio es concejal de salubridad.

-Mucho gusto.

Garrido se sentó en una silla que le ofrecieron. Se sintió ante un tribunal de justicia, porque los tres lo miraban como a un forajido.

-¿Cómo vas con las investigaciones? – preguntó el capitán.

-¿Te refieres al caso de los dos muertos del lunes? Porque anoche tuvimos uno más.

-Los del lunes. Se habla de un asesino serial.

-¿Usted cree que se trate de un serial?- preguntó Sonia.

-Eso parece. No hay duda de que la misma persona mató a los dos. Coinciden las balas, y las muescas originadas por el arma.

-¿Sólo por eso cree que sea un serial? – inquirió la sicóloga.

-No. A tres personas los llamó por teléfono, amenazándolos de muerte.

-Como Ortuzar – intervino el concejal-. Mire, teniente, la familia Ortuzar es muy importante para el ayuntamiento. Por eso, el alcalde tiene un interés especial en este caso.

-No soy teniente. Lo entiendo; pero, para mí, todos son importantes. Les aseguro que estamos tras el asesino.

-Eso es bien cierto – aseveró el capitán-. El sargento Garrido es uno de nuestros mejores hombres. Por cierto, hay una plaza disponible de teniente, por la jubilación de Martínez.

Miguel no hizo caso. Conocía al capitán y sus promesas. Cuando los visitantes se fuesen, se llevarían el ofrecimiento.

-Estamos buscando similitudes entre los asesinados, y también con los que han recibido llamadas – explicó Garrido-. Por cierto, el abogado Ortuzar no quiso colaborar con nosotros.

-¿En qué aspecto?- preguntó el concejal.

-Opinamos que el asesino elije a gente que parece formar parte de un triángulo sentimental.

-¿Pude usted ser más explícito? – pidió la sicóloga.

-A alguien le dejó el esposo o la esposa, o el novio o novia, para irse con otro u otra. Voy a darles detalles: Laureano Girón, uno de los asesinados el lunes, vive con Justina… No recuerdo el apellido.

Justina era novia de un tal Honorio Taboada. Sospechamos de él, pero tiene coartada.

-¿En todos los casos hay un… hombre a quien dejó su pareja? –preguntó Sonia, muy impresionada.

-Persona – le corrigió el sargento-. Puede ser mujer. Sí, eso parece. Tenemos a los tres primeros.

-¿Tres? – preguntó el capitán-. ¿No son dos muertos?

-Pero tres los amenazados la primera vez. Ortuzar es de la segunda tanda de llamadas.

-Así que hay tandas. Prosiga – pidió Liborio.

-Servando Vasconcelos se ha escondido, y debe seguir vivo. También lo amenazó de muerte, pero el lunes anterior. Su novia actual, Margot, andaba con Felipe Rosas. Le hemos interrogado, pero no hay delito que perseguir. El tercero, ya que el homicida los elije en ternas, fue asesinado el lunes. Se llamaba Pedro Humada, vivía con Gloria… Lo siento, pero no tengo aquí los datos.

-¿Por qué no sabe el apellido de ellas? – preguntó la mujer

-Porque nos hemos dedicado a sus parejas. No consideramos que ellas los mataron. Aunque tampoco sus parejas. Javier Madroñero tiene coartada. No, no son ellos, sino un asesino serial.

-¿Por qué elegiría a esos tres?- preguntó el concejal.

-Porque tiene sus teléfonos, además de que los conoce. Hay miles de personas que han dejado a sus parejas. ¿Por qué exactamente a ellos tres? Eso necesitamos descubrir, pero adelanto que sabe mucho sobre ellos – expuso el sargento.

-Quizá quiera matar a más, pero ignora sus hábitos – opinó la

sicóloga.

-Su dirección, los horarios, y demás – puntualizó Garrido-. Puede haber miles, en las mismas circunstancias de separación o divorcio; pero el asesino llama a los conocidos. No los mata al azar. Por eso, debemos encontrar similitudes.

-Dijo usted tríos – la sicóloga miró un cuaderno, que tenía sobre las rodillas, en el que anotaba de vez en cuando-. Tríos sentimentales, pero también ternas de víctimas. Son de tres en tres. ¿Qué le sugiere?

-No había considerado eso. Lo pensé por separado, pero no lo vi como usted. Tiene mucha razón.

La sicóloga sonrió. Garrido la analizó con mayor detenimiento. Estaba bien. Era el estereotipo de las profesoras: alta, delgada, con lentes, de pelo recorrido en la nuca. Pero gustaba, sobre todo si uno tenía imaginación, y le quitaba el austero vestido de corte municipal. Tal atuendo es para evitar pensamientos fuera de lugar, al menos en horas de trabajo.

-Creo que pienso mucho en el sexo, últimamente - reconoció en su mente.

-Yo opino que… el asesino fue parte de uno de estos tríos – dijo en voz alta, mirando a la mujer-. Tenía una novia, o novio, ya que no descarto que pueda tratarse de una mujer. Ésta se fue con otro, y él se sintió despreciado, abandonado, y muy mal. Por ello, mata a quien ve como causante de la ruptura. Ya no es su caso, pero sí el de gente cercana. No conoce a todo el mundo, aunque sí a… éstos. Nos falta la conexión entre ellos, y con el asesino.

-Si mata hombres, debe ser porque un hombre fue quien se llevó

a su esposa o novia. ¿No cree?- propuso Sonia.

-Eso parece. Yo no descarto a homosexuales.

-No, no lo creo. Usted menciona hombres no homosexuales. En el caso de Ortuzar - la mujer miró a Liborio-, no hay duda que él anda con mujeres. ¿No?

-Sí, no hay duda de eso – certificó el concejal.

-¿Y si fuera una mujer? Supongamos que mata a su novio, personificado en estas víctimas – expuso la sicóloga.

-Tampoco está descartado – respondió el sargento-. Pero ellas, las implicadas, también tienen coartada.

-No digo que la asesina sea una de las mujeres de los difuntos, o las que dejaron, o las esposas de los otros. Concuerdo con usted en que el asesino mata a quien puede, y no necesita tener relación con ninguna de las personas involucradas. Bueno, una simple conexión de conocimiento de su caso; pero no real amistad – definió la especialista, demostrando que había estudiado.

El capitán y el concejal miraban a la sicóloga y el sargento, alternativamente, sin aportar nada. Reconocían que ellos no eran expertos, por lo que mejor si escuchaban. Pero Liborio tenía algo que decir, para que se supiera la razón de haber sido enviado a la comisaría.

-Creo que ustedes dos podían trabajar juntos – dijo el concejal-. Al ayuntamiento estaría feliz si Sonia fuese tenida en cuenta por tu departamento. Referente a perfiles de asesinos, creo que su opinión es muy valiosa.

-Me parece bien. ¿Qué opinas, Miguel?

Garrido miró las piernas de la mujer, que ella acababa de cruzar, al haber dejado el cuaderno sobre el escritorio.

-Toda ayuda nos vendrá de maravilla. Y yo sí opino que necesitamos tener un buen perfil del asesino.

-¿Sonia…?- preguntó el concejal.

-Estaré encantada en colaborar con el teniente.

Garrido supuso que su ascenso ya era público, si bien él no se había enterado. Y tampoco en Personal, porque cobraba lo mismo.

-Te buscamos un escritorio – dijo el capitán-. O, de momento, quizá deban hacer trabajo de calle.

-Podemos hacer trabajo de calle – aceptó el casi teniente-, para que conozca a los que hemos descartado como sospechosos, y se forme una opinión. A la vez, puede leer los expedientes.

-¿Tiene una segunda terna? – preguntó la mujer, obsequiando al sargento una amplia sonrisa.

-No, únicamente dos. Uno es el abogado Ortuzar, y otro: un vividor que ha desaparecido.

-¿Un vividor? El tipo de víctimas que elije nos puede hablar de lo que sucede en su mente. ¿No lo pueden localizar? – preguntó la sicóloga.

-No hay rastro de él, como del tal Vasconcelos, el ileso de la primera terna. Ya todo el mundo sabe lo que sucede, por lo que, si reciben una llamada, de inmediato se meten bajo tierra.

-Eso dificultará nuestro trabajo – auguró la consejera municipal-. No es que desee que maten gente, pero no lo atraparemos si su comportamiento es errático.

-Me encanta que lo vea como nosotros – dijo Garrido, mirando fijamente al capitán.

-Como todos estamos de acuerdo, yo me retiro- manifestó el concejal-. Pondré al tanto al alcalde de todo el caso. Y que él llame a Ortuzar.

-Vamos a tenerlo vigilado noche y día – prometió el capitán.

* * * * * * * * * * * * *

Hacía cinco minutos que Miguel y Sonia habían abandonado la comisaría, cuando llegó Eloísa en un coche patrulla. Al pasar por entre los escritorios, la mujer buscó, con la mirada, al sargento. Se había escondido, el muy cobarde, pensó ella.

La metieron en la sala de interrogatorios, y Poblano se hizo cargo.

-¿Puedo saber por qué me han traído?

-Lo puede saber, y lo va a saber. Usted dijo que no conocía a ciertas personas involucradas en los asesinatos.

-Lo que dije fue cierto. Voy a decir, ahora, lo mismo.

-Lo dudo mucho. Usted tiene, en su teléfono, los números de tres personas que dijo no conocer.

-¿Cómo sabe de los números y quiénes son esas personas?

-La compañía de teléfonos nos dio los números. Y nos dijeron que han mantenido comunicación con el suyo.

-¿Sargento, tengo cara de boba?

Poblano esperaba una reacción parecida. Intentaba justificar la procedencia de la información, sin perjudicar a Garrido, pero con una

burda mentira. Interesaba que el sargento no perdiese contacto con la mujer.

-Ni soy sargento ni creo que usted tenga cara de boba.

-Este portátil – lo puso sobre la mesa-, se le olvidó a mi novio, cuando se llevó sus cosas. Está a su nombre, aunque yo lo use. Ahora, dígame la verdad. Yo sé cómo obtuvo los números.

-Como sea, pero usted dijo que no los conocía.

-No tengo idea de a quién se refiere. Si me pregunta por alguien, en concreto, le daré una respuesta.

-¿Javier Madroñero?

-Su amigo, Miguel Garrido, sabe todo sobre Madroñero. Ellos se vieron en el bar. ¿No se lo ha contado? Yo nunca negué conocerlo, y menos si estaba sentado ante mí. ¿Alguien más?

-¿Honorio Taboada?

Eloísa debía esperar que lo mencionasen, porque no hizo el menor gesto de sorpresa. Tranquilamente, respondió:

-El mismo caso que Javier. Por él no me preguntó su amigo.

-No sabíamos que lo conociese. Nos enteramos por su teléfono.

-Sí, lo conozco. No hace mucho que estuvo en el bar.

-¿Lo conoce íntimamente?

-¿Y a usted que carajo le importa? Eso es asunto muy mío.

Poblano se quedó rígido. Realmente no tenía nada contra la mujer, por lo que solamente podía preguntar por si ella quería decirle algo. Posiblemente Eloísa se hubiese acostado con Honorio, pero saberlo no les llevaba a ninguna parte.

-¿Él iba con frecuencia al bar? Dijo usted que hace poco. Debe

entender que necesitamos establecer conexiones entre los implicados en el caso.

-Yo no estoy implicada en nada. Ellos dos son clientes, y yo les sirvo.

-¿A todos los clientes les pide el número de su portátil?

-Sólo a los que me caen bien. A usted no se lo voy a pedir.

Poblano hizo una mueca con la boca. Era consciente que no levantaba pasiones a su paso. No entendía el éxito de Miguel, ya que tampoco era un adonis.

-¿Qué quiere saber? – preguntó ella-. No tiene ni idea de qué busca. ¿De qué le sirve que le diga que me he acostado con todos los que aparecen en mi agenda telefónica? ¿He matado a alguien? ¿Y ellos? Ellos no han matado a nadie. ¿Por qué no buscan al asesino?

-Eso estamos haciendo. Buscamos una conexión entre… ¿Felipe Rosas?

-¡Carajo, y ése! ¿Qué trae con ése? ¿A quién ha matado Felipe?

A la mujer se le alegró el semblante. Poblano supuso que había dado en el blanco. Ella tenía alguna relación especial con él.

-¿Lo conoce? – preguntó, con voz suave.

-Sí, y mucho. Su madre y mi madre son íntimas amigas. Nunca ha ido al bar. ¿De qué acusan a Felipe? ¿De ser bobo?

Poblano entendió que ella lo definía muy bien. Era un tanto pusilánime. Y por lo escuchado, se conocían de tiempo atrás. Si eso era demostrable, el bar ya no era la conexión entre unos y otros. Felipe dijo que jamás fue a aquel bar.

-Hay un tercer hombre, que recibió amenazas. Felipe Rosas fue

novio de la actual novia de este hombre.

-¿Margot? ¿Se refiere a Margot?

-¿Conoce usted a Margot? – Poblano supuso que estaba llegando a algo importante.

-No, yo no, pero mi madre me ha hablado mucho de ella. Una puta. Felipe es bobo, y ella se aprovechó de él. Cuando lo dejó, mi madre insistió en que saliéramos. ¿Sabe ya por qué tengo su número?

-Ahora sí. ¿Nunca fue por el bar?

-No, nunca. Nos vimos un par de veces en una cafetería elegante. Quería impresionarme. Ah, otra cosa… No me he acostado con todos los de mi agenda. Lo digo, porque Felipe está en la agenda. Y fíjese que su jefe no. Imagino que él ya le ha hablado de “lo nuestro”.

Poblano se sonrojó. Eloísa lanzó una carcajada. No necesitaba respuesta.

-Mire, sargento, teniente o general, ya no me cae usted tan mal. Veo que lo de policía malo no se le da. Quizá es un tanto bobo, pero no malo. Y su jefe tampoco. Por cierto, no le guardo rencor por andar fisgando en mi portátil. Así que dígaselo, cuando lo vea.

-Regresa en unas horas. Oiga, quiero preguntarle por dos personas más.

-Mire a ver si sus nombres están en mi agenda.

Eloísa puso el aparato ante Poblano, invitando a que indagase. El policía negó con la cabeza.

-Me fiaré de lo que usted diga: Jesús Blanco. ¿Lo conoce?

-No me suena. Y no tengo su nombre registrado. No, no me suena.

-¿José Luis Somoza? ¿Gimeno Ortuzar?

Adalberto dijo dos nombres, pero uno inventado.

-José Luis sí. Conozco a dos con ese nombre. Pero no he salido con ninguno de ellos, y no sé si son Somoza. Gimeno no.

-Pues… no tengo más preguntas. De todas formas, le anoto esos nombres, por si recuerda algo de ellos.

-No me gusta ser soplona. Pero… en fin… que se trata de cazar a ese criminal. Veré si Lolo conoce a alguno.

-Le agradezco su ayuda – dijo Poblano, con voz suave.

-¿Cuál? Si ustedes ya sabían todo. Resulta que salía con medio mundo, y sólo son dos. Felipe no cuenta. ¿O sí?

-No, si no es cliente del bar. De todas formas hablaré con él.

-Y, por favor, dígale a su amigo que quiero verlo.

-Ya le pasaron el mensaje de esta madrugada. Pero tuvo que salir de urgencia.

-Que me llame, que no le voy a morder.

-Entonces no irá. A él le gusta que lo muerdan.

Eloísa sonrió. Antes de irse, le guiñó un ojo al detective.

-¡Vaya suerte la de este cabrón! - gruñó Poblano-. Y, encima, ella quiere que vaya a verla.

* * * * * * * * * * * * *

Sonia se dejó caer de lado. Había estado arriba de Garrido, frente a frente, cabalgando sobre él. Ya había obtenido su orgasmo, por lo que, después de permanecer, un momento, acostada encima del hombre, se inclinó a un lado, y buscó la horizontal, mirando al techo.

Miguel lanzó un prolongado soplido de satisfacción.

Se hallaban en el apartamento de él. Eran las tres de la tarde, y no habían comido. No se acordaron de tal necesidad, ya que otra, mucho más imperiosa, les acometió. La mujer encontró el aliento perdido, y dijo:

-Tengo que ir a buscar a mi esposo. Sale a las tres y media. Le diré que algo se me atravesó, y que me espere un poco.

-¿Se te atravesó? Pensé que fue directo.

-Bobo. Voy a llamarlo. No hagas ruido.

La mujer cogió el portátil, que había dejado sobre la mesilla y marcó. Había dicho, como parte de la conversación que les llevó a la cama, que su esposo trabajaba en Hacienda, que salía entre las tres y las cuatro, y que, a esa hora, solían comer juntos, antes de irse a casa, o de compras, o quizá regresar a trabajar. Miguel dijo que él no tenía hora para comer, si es que comía.

Una vez que ella le explicó, a su marido, que estaba investigando el asunto del criminal serial, con un sargento de policía, y que luego le daría detalles, terminó la comunicación.

-¿Todos los detalles?- preguntó Garrido.

-Las mujeres siempre nos reservamos algo. ¿Qué vas a hacer ahora?

-Ir a la comisaría, porque Poblano ya habrá interrogado a Eloísa.

-¿La barman de La Esquina?

Sonia ya estaba al tanto de todo. Los expedientes se hallaban abajo, en el auto de él. El coche de ella se quedó en la comisaría. Cuando regresasen, ella se iría con su esposo, y Miguel vería qué tenía

Poblano.

-¿Nos vemos mañana temprano?- preguntó Sonia.

-No creo. Depende de lo que tenga Adalberto, puede ser que esta noche me toque ir a ver a Eloísa.

-¿Crees que te cuente algo que no le haya dicho a Poblano?

-Podría ser. Yo uso un tipo de interrogatorio diferente.

-Yo no he confesado nada.

-Pero yo interpreto los gemidos. Han sido treinta y seis, dieciocho de alta intensidad.

-¿Y eso que significa? ¿Soy culpable de algo?

-Por el momento, de engañar a tu esposo. Pero significa que no es suficiente material para un buen análisis, por lo que debemos vernos otro día.

-Eso mismo pensaba yo. No es suficiente con una sola muestra.

-Por cierto, que en este caso, matan a los que engañan a sus maridos o novios. ¿No tienes miedo?

-Cuando reciba una llamada, comenzaré a temblar. Hace años que engaño a mi marido, y nadie me ha amenazado. Y estoy segura que él se entiende con una compañera de trabajo.

-Hoy en día, lo contrario es extraño. ¡No hay moral!

-Lo hubieses pensado antes de traerme aquí.

-Cuando estoy junto a una mujer, pienso muy poco.

* * * * * * * * * * * * *

Poblano estaba sentado en el escritorio de su jefe. Se estaba haciendo a la idea de que éste fuera ascendido a teniente, y él, por

ende, heredaría el despacho. Cuando Garrido entró, Poblano dijo, en voz baja:

-¡No jodas, Miguel! ¿También te has acostado con la del ayuntamiento?

-¿Cómo carajo lo sabes? ¿Eres, de verdad, un sabueso?

-Tienes cara de que te ha cagado un elefante. Y esa expresión se te pone cuando te echas algo al catre. No dejas una.

-Es que quería que nos conociésemos bien, ya que trabajaremos juntos.

-Yo trabajo contigo, y no me has propuesto ir a la cama.

-No pierdas la esperanza. Llevamos poco juntos.

Garrido había cogido un refresco de naranja que había sobre el escritorio. Era de Poblano, pero éste no lo había retirado a tiempo. El sargento le dio un sorbo y se sentó frente a su ayudante.

-No te propongo eso, porque temo que aceptes. ¿Qué pasó con Eloísa?

-Conoce íntimamente a dos de ellos: Honorio y Javier. A Felipe por otra razón: que es hijo de una amiga de su madre. Las madres de ambos quisieron que fuesen pareja – detalló el detective.

-¡Joder qué casualidad! Y alguien quiere matar al novio de la ex de Felipe.

-Que, según tu novia, es una puta. O eso dice su madre.

-Ya. ¿Así que nada más dos?

-Tú le llevas ventaja. Bueno no, pues también se ha acostado contigo. Estáis empatados. Yo apuesto por ella, porque está muy buena.

-¿Y yo qué estoy? La loca sicóloga se me echó encima, en seguida. No dudó que yo aceptaría.

-Porque está desesperada. Se le nota en la cara. Su marido se duerme antes de llegar a la cama. Me dijo tu novia que le llames, que no piensa morderte.

-Si no va a morderme, ¿para qué la llamo?

-Eso mismo le dije yo.

A pesar de no llevar mucho de compañeros, usaban las mismas frases. Claro que eso sucedía con todos los del departamento. Poblano era parte de la corporación, y, por ende, conocedor de las expresiones típicas. Incluso conocían los mismos chistes sin gracia alguna. Por ejemplo el de aquel forense que dijo que le haría la autopsia a un cadáver.

-Me ofreció revisar su portátil, y que viese si había otros que me interesasen.

-Y tú le dijiste que confiabas en ella, y no lo revisaste. ¡Tarugo!

-¿Cómo sabes eso? ¿Has hablado con ella?

-No, pero conozco a los caballeros-. Garrido soltó una carcajada-. En fin, que si Felipe no tiene nada que ver con el bar, ésa no es la conexión.

-Pero tu novia sí es una conexión. Conoce a los tres. Ya sea por el bar o por otra cosa, los conoce. Dijo que a Jesús Blanco y Gimeno Ortuzar no. ¿Qué crees?

-Que voy a llamarla.

-¿No te basta con las otras dos? ¿No te cansas?

-Mucho. Estoy destrozado. Voy a mi apartamento, a acostarme,

pero solo. Y luego, veré si la veo esta noche. Tengo que preparar ropa, porque ya no duermo en casa. Un cepillo de dientes y….

Poblano se puso en pie, y lentamente se dirigió a la puerta. Una vez con medio cuerpo en el pasillo, dijo:

-Me voy, para que no tengas destinatario para tus sueños. Eres insoportable.

-Me envidias, porque sólo tienes a tu esposa. Por cierto, que no me pongo celoso porque te acuestes con ella. ¿A dónde vas? Quédate un momento, para que te cuente alguna de mis mentiras.

-Alguien debe trabajar, en este departamento, sargento. Así que voy a ver qué averiguo de ese asunto de anoche. ¿Te dije que el muerto era gay?

Poblano se detuvo en el umbral, con un pie dentro del despacho y otro en el corredor. Miguel se encogió de hombros.

-No, no sé nada de ese asunto. ¿También pasional? ¿Dónde?

-A seis manzanas de tu bar.

-¿Mi bar? ¡Ah, sí, La Esquina!

-Éste se llama La Oficina.

-Para que le digas a tu esposa que estabas trabajando. Debería haber uno de nombre "La Comisaría".

-No es crimen pasional, sino pleitos de borrachos. Según el barman, y los testigos, el fulano que huyó insultó al difunto. Al parecer, no le gustaban los gays. Se rió de su aspecto. El barman le dijo, al que se burlaba, que en aquel bar no se discriminaba a nadie. Al tipo no le gustó que le llamasen la atención, y se fue furioso. Rompió un vaso, y tiró unas sillas al suelo.

-Pero no se lió a puñetazos. ¿Lo esperó fuera?

-El gay se despidió, al de un rato, y salió a la calle acompañado de dos más. Los otros se quedaban, pero querían ver si el tipo se había ido. Eso parecía, y el difunto... Se llama Dioni, pero ahora no recuerdo su apellido. Él se sintió seguro, y fue en busca de su auto. Unos vecinos escucharon tiros, y salieron a las ventanas. Dioni estaba tendido en el suelo, y alguien corría a la esquina. Sólo un vecino lo medio vio. No pudo dar ninguna descripción.

-¿Con qué arma lo mataron?

Poblano hizo una mueca, y movió la cabeza a los lados. Garrido entendió, pero su colega lo puso en palabras:

-Nada que ver con la otra. Calibre .357, y parece ser que disparada por un Smith and Wesson.

-¿Así que no es él? – preguntó Garrido.

-No tenemos descripción del asesino. Una riña que termina con una muerte. Bueno, pues iré a ver qué averiguo.

-Vete a tu casa – le sugirió el sargento-. Yo me encargo de eso. De todas formas, seguro que termino en La Esquina. Dale una sorpresa al amante de tu esposa, y llega temprano a casa.

-¿No dices que piensas dormir?

-Cuando me muera, me sobrará tiempo. Déjame el expediente. Yo lo atiendo.

* * * * * * * * * * * * *

Garrido llamó a Eloísa, a su casa. Por la hora, las cinco de la tarde, ella debía estar aún allí. La llevaron en un coche patrulla,

cuando Adalberto Poblano la dejó ir. Normalmente, el departamento de policía no hacía de taxista; pero era un caso especial, porque la condujeron, a la fuerza, a la comisaría; aunque, luego, el detective le pidió disculpas.

-Hola. Me pasaron tu recado.

-No se han tardado mucho – observó ella, con ironía-. Te llamé en la madrugada.

-He estado ocupado. En una ciudad de locos, siempre hay algo que hacer.

-¿Podremos vernos hoy?

Eso era exactamente lo que deseaba Miguel. Pensaba que la mujer estaría molesta con él, pero su tono de voz decía lo contrario.

-¡Por supuesto! – exclamó-. ¿A qué hora paso por el bar?

-No, no pases a buscarme. Yo llevo mi moto. Además… ha sucedido algo.

Miguel se quedó pensativo. ¿Algo…? ¿De qué?

-¿En el bar o a ti? ¿Es por lo que llamaste anoche?

-¿Supiste que mataron a un hombre, no muy lejos de aquí?

-Sí. Me he enterado hoy. Un gay. Parece que se trata de un pleito con un homofóbico.

Él no sabía más. Eso dijeron los consultados, y era la versión oficial.

-El muerto era amigo de Lolo – explicó ella-. Así que está muy susceptible. No quiero que vengas, porque seguro que tu presencia sirve de pleito. No contigo, por supuesto.

-¿Y dónde nos vemos? ¿En tu casa?

-Si te parece, es mucho mejor. Puedes esperarme allí.

Miguel aventuró una posibilidad que a él le agradaría.

-¿En el portal o en la escalera?

-No seas tonto. Dentro de mi casa. Te dejo una llave en... ¿Dónde estará bien? No quisiera aquí cerca, no sea que se les ocurra subir a echar un ojo. ¿Puedes pasar por el bar?

-¿Me quieres volver loco? No pases por el bar, pasa por el bar, mejor no, o quizá sí.

-No dentro del bar, sino por delante del bar.

-Eso está mucho más claro. Paso por la puerta – dijo él, con sorna-. ¿Y alguien me esperará ahí?

-Hay una tienda a unos metros. Cierra a las nueve. El dueño me conoce. Te dejo la llave, y vas a mi casa.

Eso era lo que él deseaba. Últimamente tenía una suerte con las mujeres que le parecía milagro. No entendía qué había cambiado en él, pero no averiguaría por si eso motivaba la desaparición del encanto.

-Me parece bien. Allí te espero. ¿Qué tienda?

-En la misma acera, a unos metros. El dueño se llama don Vicente. Es un hombre mayor.

-Bien. Si, cuando llegues, no tienes muebles, es que le venían mejor a mi apartamento. Te dejo los vestidos, porque no son de mi talla.

-De acuerdo. No estoy para bromas, Miguel. Conocía a Dioni. Tú ves muchos muertos, todos los días. Yo no. No he visto a Dioni, pero me lo figuro.

-Hay días que no me tocan muertos. Bien, bien, te espero en tu casa.

-Llegaré como a las tres. Si hay poca clientela, quizá antes. Lolo no está de humor, y puede que cierre temprano.

* * * * * * * * * * * * *

Al llegar ante la barra, del bar La Oficina, Garrido mostró su placa.

-Ya estuvo su gente, jefe – dijo el barman-, y les expliqué lo que pasó.

El barman era un hombre de unos cuarenta, con aspecto de buen humor. En eso difería de Lolo, quien parecía sufrir de dispepsia permanente, o tal vez eterna diarrea.

-Pero yo no soy mi gente, y suelo hacer preguntas extrañas. Por ejemplo… ¿había visto antes al tipo que insultó al gay?

-No, nunca antes. No es cliente. Si entró, alguna vez, no lo recuerdo. No llevo a todos en la mente.

-¿Y el que le insultó conocía al muerto? ¿O el muerto a él?

-No. No parecía que se conociesen de nada.

-¿Y es normal que alguien insulte a un fulano, sólo por placer?

-No tengo la menor idea, jefe. A mí me pareció que el tipo tenía ganas de bronca.

-Pero no la tuvo. ¿Cuántos estaban con Dionisio… - leyó – Ferrero?

-Dos. Eran tres en total. Todos gays, por si lo va a preguntar. Y ellos sí suelen venir con frecuencia. Oiga, hasta hoy, aquí no se

discriminaba a nadie.

Miguel pensó que eso no era prerrogativa de ningún bar. A no ser que sean exclusivos de gays, en cualquiera puede entrar un homofóbico, y armar una gresca. Y con unas copas, mucho más lógico.

-¿Los conoce? – preguntó el policía.

-Sí, de verlos aquí. Vienen de vez en cuando.

-Ya. Según me han dicho, Dionisio recibió una llamada y, seguidamente, salió a la calle. ¿Cuánto tardó entre la llamada e irse?

-Muy poco. Unos diez minutos. Sus amigos salieron tras él, y vieron cómo se subía a su auto. Supusieron que el otro tipo podía estar esperando.

Miguel hizo un mohín. Había algo que no le habían preguntado al barman. Él lo hizo:

-¿Qué tendría que ver la llamada con el fulano que lo insultó? No creo que tuviese el número de teléfono, si dice usted que no se conocían. Y menos saldría Dioni si el tipo le dijo que lo esperaba.

El barman movió la cabeza a los lados. Eso indicaba que negaba.

-Creo que nada que ver. Fue casualidad que recibiese la llamada, cuando poco antes tuvo un inesperado problema.

-¿Recuerda si alguna otra vez también salió al recibir una llamada?

-No exactamente. No puedo decir si él o alguno de los otros, pero sí sucedía eso. A alguno lo llamaban, se despedía y se iba. Lo único anormal fue que podía estar el tipo fuera.

-Ya. Lo asesinaron cerca de aquí. ¿Sabe usted dónde vivía?

-No-. El barman levantó una mano, sugiriendo un momento de

cavilación-. No sé la calle, pero una vez dijo que por Arboledas.

-Eso está al sur, y a él lo hallaron a dos calles, hacia el norte.

-Oiga, jefe, usted se fija en todo. Sus hombres sólo preguntaban y anotaban.

-¿Por qué cree que he venido? ¿Me sirve una copa?

-Una es por cuenta de la casa. Cobro las demás.

El barman miró al sargento con una sonrisa. Cortesía no significa arruinarse.

-Y yo las pago. No soy policía de película. Fue hacia el norte, pero vivía al sur. Así pues, no se dirigía a su casa.

-Quien le llamó le citaría en otra parte- supuso el cantinero.

-Según dijo uno de sus amigos, Dionisio vivía con su madre. Pone aquí que le llamaron como a la una o una y cuarto. Lo mataron un cuarto de hora después. No fue muy lejos. Se detuvo junto a una acera, y se bajó. Eso nos indica que ese sitio era su destino.

-Usted las pesca al vuelo, ¿no?

-No venden periódicos a esa hora.

Garrido hablaba en voz alta, aunque no lo suficiente para que escuchasen los demás de la barra. No le importaba que el cantinero supiera sus conclusiones, porque quizá recordase algo que ayudase.

-Es usted un genio, jefe. Siga, y le invito la segunda. Parece usted Colombo.

-Yo fui su profesor. Se detuvo, porque esperaba a quien le llamó. Y no fue su madre, porque revisamos el teléfono de su casa, y la llamada no salió de allí.

-¿Quién le llamó? – preguntó el cantinero.

-No sabemos, porque no hemos encontrado el portátil. Usted, y sus amigos, dijeron que tenía uno, al que le llamaron. ¿Se lo robaron? – se preguntaba a sí mismo.

-No escuchamos la conversación, porque se fue al fondo – recordó el barman-. Pero dijo, al recibir la llamada, algo así como “ah, eres tú”.

Garrido casi terminó su trago, y esperó que el barman cumpliese su promesa. Para eso, se puso a meditar. No le hacía falta cavilación alguna, pero le daría tiempo a servirlo. El cantinero preparó el segundo trago.

-Conocía al que llamaba- dijo el sargento.

-¿Por qué le robaría el portátil? ¿Fue él?

-Eso creemos, ya que llegó gente de inmediato. Premeditaba matarlo. ¿No es así?

-Es usted un genio, jefe. Lo sacó de aquí, y lo esperó cerca.

-Usted también saca conclusiones. Así que Dioni conocía al fulano. ¿Dijo algún nombre?

-No, creo que no. Sí, pero… fue como “cabrón” o “maricón”. Maricón.

-¿Cómo se suelen decir entre ellos? Me refiero a los gays.

-Si tienen confianza se dicen puta, zorra o algo parecido. Creo que maricón suena peor, para ellos.

-Así que podía ser uno de ellos. Pero parece que no amigo, por lo de maricón. ¿Me sigue?

-Le sigo, jefe. Veo que ya necesita la tercera cuba, pero me va a arruinar.

-Yo pago las dos siguientes. No más, porque me espera mi novia.

Garrido sabía que el licor le daría sueño. Ya le urgía ir a por la llave, y meterse en la cama. Eso podía ser a las nueve, por lo que conseguiría dormir unas cinco o seis horas. Y luego…

-Ha sido usted de mucha ayuda. Algo más. Dijo que Dionisio y sus amigos venían a menudo. ¿Ayer no faltaba alguno?

El barman había servido las dos copas que el policía dijo que bebería. Como vio que se le acumulaba el trabajo, Miguel se tomó, de un trago, la mitad de una.

-No. Solían venir los tres, o quizá dos de ellos. Nunca eran cuatro o cinco. Aunque en una ocasión, hace unos meses, Dioni trajo a otro. Fue una única vez, que yo recuerde.

-¿Le pareció que fuesen amigos?

-Creo que sí. O quizá hablaban de negocios. Puede ser que conocidos.

-¿Cómo era el hombre? ¿Afeminado?

-No, no me pareció afeminado. Era alto y delgado. Tenía el pelo corto, y creo que usaba bigote.

-Interesante. Claro que pudo ser alguien que le vendía algo a Dionisio, o compraba. No sé qué podría ser, ya que el difunto no trabajaba. Nos dijeron que estuvo, unos meses, en una estética. ¿El del bigote le pareció vendedor?

-No. Yo diría que era algo así como empleado de banco. Vestía muy bien. Y también olía bien. Perfume caro, pero de hombres.

-Estarían hablando de un préstamo, ya que no creo que Dionisio pudiera invertir.

-Eso es todo, jefe.

-Me tomo lo que me resta, y me voy a dormir un rato.

-¿Ya ha terminado su turno?

-No. Empiezo de nuevo a las tres de la madrugada.

Garrido sonrió. El barman supuso que era cierto, aunque le pareció mucho beber para volver a trabajar. Pero no era su asunto.

* * * * * * * * * * * * *

Mientras se dirigía a la tienda, en auto, se fue fijando en lo que había en el trayecto. Siempre quería asociar todo con el bar La Esquina. Pero a Dionisio no lo mataron entre los dos bares. Se había desviado hacia el Norte, y La Esquina estaba al Este.

-Será porque Lolo es gay – pensó, para justificar su obcecación-. Y porque era amigo suyo.

Podría haber sido el fulano del banco, ya que Lolo no vestía de ejecutivo, sino que usaba camisetas negras, con unos estampados infernales: llamas y diablos. Además, no sería el único amigo de Dionisio, además de los otros dos.

Miguel recogió la llave de la tienda de Vicente. El hombre tenía ganas de hablar, por lo que le dio una opinión que nadie le pidió:

-Es la primera vez que Eloísa me deja la llave de su casa.

-¿La conoce bien?

-Del tiempo en que trabaja en ese bar. Muy buena chica. ¿Usted es su novio?

-Más o menos. En eso andamos. ¿Así que Eloísa no le da la llave a cualquiera? Eso me gusta.

-Aunque trabaje en un bar, se nota que es buena chica.

El investigador no entendía la relación entre ser buena persona y trabajar en un bar. Quizá el tendero dividía a la gente por su empleo.

-Eso creo. ¿Y el tal Lolo?

-Un tipo desagradable. Siempre anda de malhumor.

-Por el estómago.

Tras su docto análisis del origen del malhumor del barman, Garrido abandonó la tienda, porque tenía sueño, y el hombre pretendía seguir hablando.

Cuando se acostó en la cama de Eloísa, dejó de cavilar, y se durmió al instante. Estaba derrengado.

* * * * * * * * * * * * *

Dionisio Molinos solía buscar ligues en los cines de medianoche. Proyectaban, obviamente, películas pornográficas, de manera que atraían a aquéllos que buscaban emular a los de la pantalla.

Que tuviese éxito no fue algo extraordinario, ya que Dioni solía lograr siempre algo. Lo que resultó insólito fue con quién ligó. El hombre tenía mucho dinero. Se notaba en su ropa, y más en su auto, un Mercedes último modelo. Y no quiso ir a un hotel de mala muerte, un nido de ratas y cucarachas, sino a uno elegante. Dioni quedó muy impresionado.

Rafael Mendiluce era dueño de una fábrica de zapatos, una famosa marca de mucha venta. Estaba casado; pero le gustaban los hombres, en especial los jóvenes. Dioni era joven, y guapo, además de que no rehusó tener una aventura con él.

Se vieron varias veces, y, en todas, Mendiluce le hizo buenos regalos. Eso incitó la avidez del joven, y le pidió dinero, una cantidad fuerte. Rafael entendió que se le había pegado una sanguijuela. Por tanto, debía apartarlo de sí, más bien de su billetera. Se lo dijo suavemente, ya que era un hombre muy educado. Pero Dioni no, y lo demostró al montar en cólera. Le había tocado la lotería, y sin jugar, y pensaba cobrar el premio mayor. Si el de los zapatos quería dejar la relación, le costaría. El hombre tenía mucho que perder, si se conocía, socialmente, su inclinación. Tenía esposa e hijos, y muchos amigos que ignoraban sus gustos, por lo que el escándalo sería terrible.

No viendo otra salida, al menos momentánea, Mendiluce le dio dinero a Dioni. Pero éste quería más, mucho más, y había considerado que bien podía recibir una mensualidad elevada, como si fuese gerente en la fábrica de Rafael. Éste aceptó; puesto que no podía hacer otra cosa; pero para ganar tiempo. Sin dilación, consultó con un íntimo amigo, alguien que sabía "lo suyo", y que no hablaría. Y el amigo le recomendó un bufete de abogados. Ellos sabrían cómo actuar.

* * * * * * * * * * * * *

Servando Vasconcelos estaba harto de granja. El miércoles ya no podía seguir escondido. Los periódicos no hablaban de nuevos muertos, y seguían con los dos anteriores. Quizá eso había sido todo. No había recibido una nueva llamada, aunque tenía encendido el portátil. Le llegaron varios mensajes de Margot, interesándose por su paradero. Pero no respondió a ninguno. Quería ver a la mujer, y no sólo para charlar. Pero temía por su vida, y no podía arriesgarse.

Por fin, aquel miércoles, Servando decidió regresar a la ciudad. Subió en su auto, y llegó a unos kilómetros de la mancha urbana. Allí, en una gasolinera, usó el teléfono de una cabina, para llamar a su novia. Lo hizo al portátil, al suponer, en su paranoia, que el teléfono fijo podía estar intervenido. Eso suele hacerlo la policía, pero Servando no usaba la lógica.

-¿Dónde te has metido?- preguntó ella.

-Tuve que huir. Me amenazó el loco ese que ha matado a dos personas.

-¿Por qué no me has llamado? Y tampoco me dijiste eso. ¿Cómo puedo creerte?

-Fui a la policía, a levantar una denuncia; pero no me hicieron ningún caso. Y luego sucedieron las muertes.

-¿Por qué creíste que estabas en el mismo caso?

-Porque nos llamó a los tres. Y mató a dos. ¿No es suficiente?

El silencio le indicó, a Servando, que su novia consideraba lo escuchado. Tenía lógica. Quizá le molestaba que no la hiciese partícipe, pero entendió lo de huir antes de averiguar si a él también lo mataría.

-¿Y ahora? – preguntó la mujer.

-No tengo idea. Estoy cerca de San Pedro, en la carretera. No sé qué hacer.

-¿Quieres que vaya contigo? Lo pensaremos entre los dos.

-Sí, me gustaría verte. Pero no iremos a tu casa, ni a la mía. Y ten mucho cuidado al venir. Si un auto te sigue un rato, detente y da la vuelta.

-He visto las mismas películas que tú. ¿Quieres que te lleve algo?

-No, no necesito nada. Quiero verte, cariño.

-¿Y si contratas un guardaespaldas? Yo conozco una empresa de protección.

-No sería mala idea. ¿Puedes llamarles?

-Creo que aún estarán abiertos. Conozco a un contador de esa empresa. Le hablo y te llamo. ¿A dónde te llamo?

-Al portátil. Ahora sí voy a responder. No puedo estar así toda la vida. Voy a hablar con mi jefe.

Cuando colgó, Servando usó más monedas para comunicarse con su jefe., Rogelio Mendoza, presidente de Mendoza Savings. El hombre le preguntó, preocupado, qué le sucedía. Servando le contó su historia.

-Me lo hubieses dicho. Buscaríamos la manera de protegerte.

-Voy a contratar un guardaespaldas.

-Me parece perfecto. Te ayudaremos con la mitad del costo. ¿Cuándo vienes?

-Mañana, sin falta. No puedo estar escondido toda la vida.

-De momento, te puedo ofrecer personal de seguridad de la empresa. Voy a hacer unas llamadas.

* * * * * * * * * * * * *

Miguel sintió un hálito en la oreja derecha. Abrió lentamente un ojo y bostezó. Escuchó una voz en el oído.

-Estás como una piedra. ¿Quieres seguir durmiendo?

Miguel abrió el otro ojo, y bostezó. Eloísa se había acostado a su lado, con medio cuerpo sobre el de él. El sargento recordó en dónde

estaba. Había perdido la noción del tiempo y lugar. Llegó muy cansado, y casi se desmayó al tocar lecho. Pero respondió, como autómata.

-No, ya he dormido suficiente. ¿Qué hora es?

-Las tres y cuarto.

-Muy buena hora para despertar.

Garrido se puso boca arriba. Vio que la mujer estaba desnuda. Él casi, ya que no se quitó el calzoncillo. Comenzaba a despertar, y no sólo su mente, puesto que su cuerpo se avivaba. Y en especial…

-Te esperaba – dijo, retirando la sábana.

-Ya lo veo. Yo también tengo ganas. Debo decirte algo.

-Si no es algo obsceno, que espere.

-Bueno. ¿Me pongo encima?

-Sin dilación. Luego probaremos otra postura.

CAPÍTULO VII

Jesús Blanco estuvo dos días en casa de una amiga. Al tercero, ella le dijo que recibiría la visita de su madre, por lo que debía irse. El hombre no sabía que ella era huérfana total, desde hacía tres años. De padre lo fue cuatro antes. El caso es que él tenía que marcharse, y no sabía a dónde. Por supuesto que le pidió dinero. Su amiga le dijo que se diese por contento con que no le cobrase lo que comió y bebió. Él repuso que lo había pagado en orgasmos, una moneda que no se devalúa y que es aceptada en todo el mundo.

-¿Y tú no has gozado?- preguntó la mujer.

Ante tal postura, muy egoísta en concepto del vividor, Jesús tuvo que agarrar sus cuatro cosas y subirse en un autobús. Tenía suficiente dinero para un viaje urbano, aunque no para larga distancia. Por ello, su hermano debería esperarlo un poco más. No ignoraba que su consanguíneo aceptaba hospedarlo; pero si es que trabajaba sin sueldo. Para pagar un salario, podía elegir entre mil gentes mucho menos holgazanes que su allegado. Jesús lo intuía, por lo que no

estaba muy convencido de que Villegas fuese buena opción.

Se dirigió a casa de Marta. No pudo entrar, ya que ella había cambiado la combinación de la cerradura. Se olía que él, al de unos días, encontraría la llave que dejó "por allí". Ante la imposibilidad de llevarse algo con lo que pagar el viaje, se puso a valorar otras alternativas. No había muchas. Conocía a alguna gente, mujeres principalmente, pero todas se habían hartado de él.

-No tengo otra opción.

La elección se llamaba Dionisio Molinos. Jesús y él estuvieron en la misma escuela. Desde entonces, Dioni ya quería ser estilista, y practicaba con sus compañeros. No ensayaba ciertas posturas y ademanes, porque eso le brotaba espontáneamente.

-He perdido mi portátil. Seguro que lo dejé con esta zorra- se refería a Eloísa-. No tengo el número; así que no puedo avisarle. Pero sé cómo llegar a su casa.

Dionisio vivía con su madre. Jesús también conocía a la señora, desde la época escolar. Era muy buena persona, así que idónea para darle un sablazo. El vividor revisó sus bolsillos. Aún tenía para viajar en autobús, aunque no muy lejos, ni muchas veces.

-Lo malo es que…

Dioni no era afecto a hacer favores. En eso se parecía a él. Si le prestaba dinero, no sería a fondo perdido. El gay podía augurar que no se lo devolvería, por lo que… se cobraría por anticipado.

-No será la primera vez.

Eso era cierto. Jesús ya se había encontrado en situaciones de verdadera necesidad. Tuvo que cerrar los ojos, y decirle a su mente

eso de “hoyo es hoyo, cuando uno se juega el bollo”. Y ya que el orificio era ajeno, las lágrimas también.

Subió a otro autobús, y puso proa a casa de Dionisio. No sabía que lo habían asesinado el día anterior.

* * * * * * * * * * * * *

Cuando terminaron la sesión sexual, y tras un momento de descanso, Garrido preguntó:

-¿Qué me ibas a decir? Me llamaste a la comisaría.

-Era sobre Dioni. Llamó Lolo, para decir que estaba muerto. Te iba a preguntar si estabas de guardia y podías ver eso.

-No, no estaba. Pero algunos compañeros fueron a atender el caso. ¿Y ahora?

-¿Ahora? ¿Qué hay ahora?

-Me dijiste, cuando hablamos en la tarde, que era amigo de Lolo.

-Sí, muy amigo de Lolo. Yo conocía bien a Dioni, por eso. Él solía andar con Lolo, hasta que éste conoció a su anterior pareja. No, creo que… quizá la última. Ahora, Lolo no tiene pareja, aunque dice que sí.

-¿Y qué pasó? ¿Sabes lo que ocurrió?

-Dioni era un fulano muy materialista. Lolo se quejaba constantemente de su obsesión por el dinero.

-Ah, ¿por eso terminaron? Pero me refería a lo que pasó ayer. ¿Cómo supieron lo de Dioni?

-Alguien le llamó a Lolo, y le dijo que Dioni tenía problemas. Lolo salió hacia el bar La Oficina, para ver qué sucedía.

-¿Te dijo que iba a ese bar? Es verdad que hubo problemas

dentro, pero lo mataron fuera, y a cierta distancia.

-Sólo sé eso. Alguien le avisó, y Lolo fue a ese bar. Luego, él me llamó, desde una cabina, para decirme que Dioni había muerto. Que lo mataron en la calle. Él se quedaba allí, para lo que se ofreciese. Y yo te busqué en tu comisaría.

-Llamaste a las dos y media. A Dioni lo mataron a la una y media. Hubo gente que escuchó los disparos, y miraron sus relojes. Un joven llegaba a casa a esa hora. ¿A qué hora le llamaron a Lolo, para decirle que había problemas en ese bar?

-Como a la una y media. No usamos reloj, cuando trabajamos, ni hay ninguno en la pared.

-Los clientes no deben tener prisa – observó el policía-. ¿Cómo supiste la hora?

-Guardamos uno en un cajón. Lo miré poco antes, como unos cinco minutos. Había pocos clientes, y pensábamos cerrar pronto. Por eso recuerdo la hora.

Miguel archivaba todo lo que escuchaba. Lo analizaba en segundos, para poder hacer la siguiente pregunta. Pero luego lo desmenuzaba, al estar solo, o junto con su compañero.

-Así que le avisaron, pero llegó tarde. Dioni salió del bar, subió a su auto, recorrió dos calles y se detuvo en una acera. Allí lo mataron. Alguien le llamó poco antes, y lo debió citar afuera. ¿No dijo Lolo quién le llamó?

-No, no me dijo eso.

-Vaya. Es interesante. Dioni recibió una llamada en su portátil, pero no hemos encontrado éste. Se lo llevaría el asesino. ¿Por qué?

¿Qué habría en ese portátil?

-Puede ser que fotos.

Garrido hizo una mueca de sorpresa. ¿Un teléfono que era cámara? La tecnología avanzaba sin avisarle.

-¿Fotos? Mi portátil no saca fotos. Sí, claro que podrían ser fotos. Del fulano que lo mató. Muy interesante.

-Lolo me dijo, en una ocasión, que Dioni no tenía escrúpulos, ni amigos.

-Estaba con dos en el bar, cuando un fulano lo insultó.

-Serían como él. Lolo lo dejó, porque fueron a una tienda, y lo sorprendieron metiéndose ropa bajo la suya.

-Buena pieza. Sigamos con esto. Una llamada a la una y media, al teléfono del bar. Veremos quién fue. Imagino que uno de los dos que estaban con Dioni.

El barman no le dijo, a Miguel, que él hubiese avisado a Lolo, si bien el sargento no preguntó si le conocía. Es que no lo sabía, entonces.

-¿No pudo ser Dioni? ¿O quizá Casimiro?

-No, no creo que fuese Dioni, y no tengo idea de quién es Casimiro.

-El actual novio de Dioni. Él también estaba en La Oficina. Seguro que fue quien llamó a Lolo – dedujo la mujer.

-¿Por qué llamaría a Lolo? Dices que Casimiro era el novio de Dioni, y Lolo fue el anterior.

-No realmente novios. Vivían juntos. Tú sabes.

Miguel negó con la cabeza. No, él no sabía de esos asuntos. Ni

siquiera había vivido con una mujer, a no ser su esposa.

-¿Por qué lo llamaría? – preguntó-. Dioni estaba con otros, que podrían ayudarlo.

-Porque Lolo es un tipo de carácter fuerte, y Casimiro no. Y no son rivales, sino amigos. Ha solido pasar por el bar, de vez en cuando.

-Bueno, pues quizá, aunque no dijo que llamó a alguien, cuando el altercado. Mi gente tomó las declaraciones. ¿Conoces ese bar?

-Sí, pero no he entrado nunca. Yo casi no voy a bares. Me sobra con el mío.

-¿Y Lolo? ¿Sabía dónde estaba el bar?

-Imagino que se lo dijo quien llamó.

-Hay algo que no me cuadra, pero no sé qué – declaró Miguel-. Alguien llamó a Lolo, por un asunto que ya no tenía importancia. No pasó nada en el bar, y, cuando mataron a Dioni, no estaban con él sus amigos.

-Dices que sabes quién fue el que llamó.

-Me figuro que el mismo que habló con Dioni. No me extrañaría hallar ese número en el teléfono de tu bar. Mañana mismo lo investigamos. Y también la llamada, a eso de las dos, que Lolo te hizo para decirte que habían matado a Dioni.

-Pues así sucedió. Yo escuché el teléfono sonar. Y era, más o menos, la una y media. Y luego él me llamó, como a las dos o dos y cuarto. Dices que llamé a la comisaría a las dos y media. Fue al de poco de saber lo que sucedió.

-¿En qué fue Lolo a ver a Dioni?

-En su moto. Lolo tiene una moto como la mía. Bueno, yo

compré la mía, porque me gustaba la de él.

Garrido pensó en que, al día siguiente, debían hacer ese viaje en moto. Se lo encargaría a uno de los motoristas del departamento. Le parecía mucho tiempo media hora para llegar al lugar del crimen y hacer una llamada.

-¿Sería de su portátil? – preguntó.

-Sí, sería de su portátil. No me dijo de dónde me llamó, pero debió ser de su portátil. Siempre lo lleva en el cinturón. Yo lo suelo dejar en el bolso, bajo el mostrador. Por eso me tardo en contestar.

-¿Por qué no entraría en el bar? – Se preguntó, mentalmente, el policía-. Quizá vio que Dioni salía. Claro que si lo siguió, también contemplaría el asesinato. Lo averiguaremos.

-Tengo sueño. Ya son las cuatro y media de la madrugada.

-Yo no tengo sueño. Iré a al sala, y veré la tele. Te dejo dormir.

* * * * * * * * * * * * *

-¿No puedes dormir? – preguntó Garrido, malhumorado.

Había visto, en la carátula de su portátil, que quien llamaba era Adalberto. Miguel estaba aún medio dormido, después de la agitada noche. Eran ya casi las nueve, pero Eloísa no se levantaría temprano, y no había pensado en despertar al policía, aunque él sí trabajaba de día. Últimamente casi no. Llevaba un tiempo fungiendo de sereno.

-Me acosté temprano. Es que yo duermo en mi casa.

-Y con tu esposa. Eso es grave, Adalberto.

-Y lo que te voy a contar es mucho más.

Miguel ya estaba listo para recibir cualquier noticia. En unos días

había escuchado de todo, y la mayoría nada bueno.

-Pues ya que me has despertado…. ¿Qué hora es?

-Casi las nueve. ¿No eras tú el que solía llegar el primero a la comisaría?

-Acertadamente lo has puesto en pasado. Hoy en día, mi vida es otra, amigo.

Garrido se levantó de la cama, y salió de la habitación. Hablaría con más privacidad en el retrete. Se metió, y corrió el cerrojo. Se sentó en el inodoro, sin levantar la tapadera, y dijo:

-Como objeto sexual, tengo que acomodarme a las horas de otras personas.

-¡Qué necesitada debe estar ella, para satisfacerse contigo! En fin. Hemos hallado, en casa de Dionisio, algo que parece conectarlo con el otro caso.

-¿Cómo…? ¿Una llamada telefónica? ¿Grabada?

-No, nada de eso. Tiene una tarjeta de visita de un abogado del bufete de Gimeno Ortuzar.

-¿Y en qué nos conecta eso? ¿El teléfono portátil? ¿Es eso?

-Veo que ya despiertas. Cuando no follabas nada, eras mi ídolo. El sexo te ha sorbido el seso.

-Moriré imbécil, pero feliz. Tú morirás feliz, por haber vivido como imbécil.

-Vaya filosofía más estúpida. En fin, que Dionisio tiene algo que ver con el bufete de Gimeno, y tiene anotado, en la parte de atrás, el número de su portátil.

-Sabemos, pues, cómo los consigue el asesino. ¿No habrá matado

también a Dionisio?

-No con la misma arma. Quizá tenga más de una. Oye, te está esperando “la otra”. Ha preguntado por ti varias veces.

-¡Joder, se me había olvidado Sonia! ¿Qué le has dicho?

-Que te desvelaste anoche, en un bar de gays. La pobre no conocía esa faceta de ti. Le dije que, para ti, siendo agujero, aunque sea de caballero.

-¡Tu puta…! Me baño y voy. Bueno, primero... No mejor no me despido, porque a saber si Sonia quiera analizar los informes en mi casa, y yo llegue desganado. Estoy ahí en media hora. ¿Le has dicho lo del portátil a ella?

-Sí. En algo debía ocuparla. Está localizando a Gimeno, y no sé a quién más, para que le hablen sobre Dionisio. Ven pronto, por si debes acompañarla al bufete de ese abogado.

* * * * * * * * * * * * *

Aquella mañana de jueves, Servando llegó, a su oficina, acompañado de un guardaespaldas. La noche del miércoles la pasó en un motel de la carretera, con Margot. Ella le llevó ropa limpia, con la que se presentaría en su trabajo.

El guardaespaldas fue al motel, y, desde allí, no se despegó del “vice”, hasta que estuvieron en Mendoza Savings. En la oficina había seguridad, por lo que el hombre podía sentarse en un sofá, en la recepción, y admirar las piernas de las secretarias, además de dar constantes paseos a la máquina expendedora de café, y esporádicos a los de dulces y golosinas.

Vasconcelos y Mendoza tuvieron una larga charla. Servando no entendía la razón de que alguien quisiera matarlo, pues él con nadie se metía.

-Es que hay gente muy cabrona – filosofó Mendoza.

Él lo sabía bien, pues, en una ocasión, un ahorrador defraudado quiso pegarle con un bate de béisbol en la cabeza. Era un fulano loco, que no entendía que no siempre se obtiene utilidad cuando se invierte.

-Yo creo que en unos días se calmará la cosa – dijo Mendoza-. He hablado con el alcalde, y me ha asegurado que tiene a los mejores hombres en el caso. No tarda en caer el demente.

-No sea que caiga, cuando ya me haya liquidado.

-También he hablado con la empresa que te ha enviado al guardaespaldas. Es el mejor de sus efectivos. A ese tipo no se le va una. Pero deberás meterte en tu casa, saliendo de aquí, y viceversa. Nada de restaurantes, cines o plazas comerciales.

-Lo sé. ¿Por qué carajo me tenía que tocar a mí?

-No tengo la menor idea.

Servando se puso a trabajar. Tenía pendientes varios contratos importantes, que él personalmente debía autorizar. Comió en la oficina. Incluso se metió al retrete, escoltado por el gorila armado. Y, por la tarde, subió a la trasera del auto, que el guardaespaldas condujo, y fue a casa de su novia. De allí no saldría, hasta la mañana, cuando su vigilante llegase a buscarlo. No se asomaría a la ventana, ni abriría la puerta, a la que, aquel mismo día, un cerrajero le puso una cerradura de alta seguridad, además de un cadena de acero reforzado, que ni King Kong podría romper.

*   *   *   *   *   *   *   *

*   *   *   *   *

Cuando llegó al portal de la casa de Dioni, Jesús vio los crespones negros que adornaban la puerta. Algún vecino había fallecido No imaginó quién, pero lo supo al llegar al segundo piso. Era el domicilio de los Molinos. Había mucha gente en el pasillo, por lo que le costó trabajo acceder a la sala. Y allí estaba la madre de su amigo, totalmente enlutada, rodeada de gimoteantes mujeres. Por tanto, sólo podía tratarse de su amigo.

Mauricia, madre de Dionisio, vio, entre lágrimas, a Jesús que se acercaba. La mujer arreció en llanto, se puso de pie y se abrazó al hombre.

-¿Qué ha sucedido?- preguntó éste-. ¿Cómo ha sido?

-¿No te has enterado? – La mujer no entendía su presencia, si no sabía lo que allí acontecía.

-No he sabido los detalles – mintió Jesús-. Pensé que… Me lo dijeron, y no lo pude creer. Salí corriendo para aquí.

-Lo mataron a balazos.

Jesús miró el ataúd, que estaba en medio de la sala. Tenía cerrada la cubierta. Eso podía significar que estaba vacío, o que la familia no quería que los asistentes contemplasen al cadáver. Podía estar totalmente desfigurado.

-¿Está en…? – Jesús movió la cabeza hacia el féretro.

-No, aún no nos lo dan. Tal vez podamos tenerlo el viernes, y enterrarlo el sábado.

-¿Lo tiene la policía? – Era lo lógico, si lo mataron a balazos. Le

harían la autopsia, y lo soltarían al de unos días.

-Sí, en el depósito.

-¿Necesitas algo? He venido a ayudarte en lo que sea. En estos momentos, siempre hay algo que hacer.

-Te lo agradezco, Chuy. Es que yo sola… Y no tengo ánimo para nada. Ayúdame con los trámites. La policía se quedó con el auto. Nos han dicho que ya lo van a liberar, pero no hay nadie que vaya a por él.

-Yo voy. Dime a dónde.

Jesús pensó que debía ofrecerse, y ayudar en lo que pudiera, así como quedarse en la casa, por lo menos unos días. Pero había un problema…

-¿No habrá que pagar algo? Es que ya sabes que la policía… Normalmente te piden una propina.

-Sí, eso es cierto. ¿Tendrás con cincuenta dólares?

-Debe ser más que suficiente. Yo te traigo lo que sobre. Y veré si tiene gasolina. Es que ésos se la sacan a los autos.

-Eres muy bueno, Chuy. No sabes cómo aprecio que hayas venido.

Blanco debería agradecer, a quien asesinó a su amigo, por tener techo y comida. Además, la buena señora no le pediría, a cambio, satisfacerla.

-Tú dispón de mí, todo lo que necesites. ¿Van a estar toda la noche velando?

-Sí, hasta el entierro. ¿Puedes quedarte?

-Por supuesto. De regreso, paso por casa y me traigo algunas

cosas.

Las mismas que había dejado en la cocina. Las llevaría al depósito de autos, y regresaría con ellas. Afortunadamente, ya tenía dónde quedarse. Además, como en los funerales no se escatiman gastos, vería la manera de ahorrar para el viaje. Si podía, no iría a Villegas, a escuchar los sermones de su hermano.

-Mi primo el de Arrecife – recordó-. También es un cabrón, pero menos que mi hermano.

Para Chuy era un cabrón todo aquel que intentase ponerlo a trabajar. ¿No deberían agradecer su compañía y amistad?

* * * * * * * * * * * * *

En la comisaría, en el despacho del sargento, había tres personas, cada una ocupada de unos papeles. Eran Sonia Rendón, la sicóloga del ayuntamiento, Miguel Garrido, el sargento, y Adalberto Poblano, detective inspector de primera. Estaban revisando dos asesinatos a la vez, ya que parecía que tenían algún nexo.

-Gimeno dice que sí atendió a Dionisio Molinos, en un caso – manifestó la mujer-. No quiso declarar cuál, aunque dejó entrever que se trató de defenderlo contra una acusación infundada.

-Muy infundada debió ser, ya que Gimeno se dedica a divorcios, y no creo que Dionisio estuviese casado – opinó Miguel.

-No lo había considerado – reconoció la mujer-. Pero no sería él, personalmente, sino alguien del bufete. Hay otros abogados, que se dedican a distintas cuestiones.

-¿Y a todos los que atienden les dan el teléfono personal de

Gimeno?- preguntó Poblano.

-Vaya, creo que no tengo madera de detective – admitió Sonia-. Así que quizá hubo algo personal. Me refiero a que fue Gimeno quien atendió a Dionisio.

-Eso había entendido – aclaró el sargento-. No creo que fuese muy personal la relación.

Sonia soltó una carcajada. Poblano justo esbozó una sonrisa. El detective ya se había acostumbrado, en pocos días, a las nuevas salidas humorísticas de su jefe. Es que últimamente dejaba su malhumor entre sábanas.

-Gimeno no tiene esos gustos – dijo la mujer.

-O no tenía. O los oculta. En fin, que nos interesa saber si el asesino usó la información con la que contaba Dionisio.

-Pudo ser otro cliente, a quien le dio una tarjeta – propuso la mujer-. De todas formas, no hay que descartar que alguien cercano a Dionisio supiera el número de portátil de Gimeno, y lo usó.

-Eso nos lleva a Lolo – observó el sargento-. Eran amigos.

Cada uno había relatado, previamente, lo averiguado. Después de esto, estaban ocupados en montar las piezas del rompecabezas.

-Necesitamos ver fechas – opinó Poblano-. Lolo anduvo con Dionisio, pero quizá antes de que éste requiriese los servicios del bufete. Si coinciden en fechas, podría ser Lolo nuestro hombre.

-Es sabido que el número de Laureano lo tenían muchos usuarios del taller. Por ejemplo, Eloísa, quien llevaba su moto a reparar. Y quizá también Lolo usaba sus servicios, porque tiene una igual.

-Por el momento, Lolo es nuestro hombre – formuló Sonia-. Pero

no en el caso de Pedro Ahumada o Servando Vasconcelos.

Miguel se puso de pie, fue a la pizarra y anotó varios nombres. Puso en una columna a los dos muertos, más los amenazados. Luego escribió Lolo, al lado de dos de ellos, diciendo:

-Tenemos cinco casos, contando a Jesús, y Lolo aparece en dos. No es mucho.

-Eloísa aparecería en otros más, si incluyes a los “dejados”. –apuntó Adalberto, quien no quitaba el dedo del renglón. Él no se acostaba con la sospechosa, por lo que era totalmente imparcial.

-Los ponemos – aceptó el sargento-. A Eloísa le tocan Javier, Honorio y Felipe. Pero ninguno está muerto.

-Lo único nuevo es que Lolo y Eloísa conocían a Dioni, y éste a Gimeno. En lo demás, estamos como antes – estableció Adalberto-. Yo supongo que hay más conexiones, pero las desconocemos.

-Eso opino yo – aseveró Sonia-. Al morir Dionisio, aparece el nexo de él con Gimeno y Lolo. Lo curioso es que lo matan a él, y no a Gimeno, a quien habían amenazado. ¿No serán cosas distintas, sin nada que ver con las llamadas?

-Es posible. No descartemos eso, pero no olvidemos lo otro –recomendó Miguel.

-¿Qué hacemos ahora? – preguntó Adalberto.

-Debemos encontrar lo que relaciona a todos ellos. Tenemos algo, delante de las narices, y no lo vemos. Pon gente a buscar debajo de las piedras – le ordenó el sargento al detective -. ¿Qué opinas?- le preguntó a Sonia.

-¿En dónde podríamos buscar? ¿Estudios, lugar de nacimiento?

-Felipe y Eloísa se conocen por medio de sus madres, porque son vecinas. Quizá los demás también, en alguna ocasión de su pasado.

-No es descabellado, aunque creo que Servando y Gimeno nacieron en barrios un poco distantes de los de los otros - observó el jefe-. O eso creen ellos.

-¿Qué tal si consultamos los archivos de toda la policía? –propuso Sonia-. Hoy, viernes, aún está abierto el central. Aunque, si lo necesitamos, pido autorización para el fin de semana.

-Ya lo hemos hecho – le recordó Adalberto.

-Los archivos concentrados – le corrigió la mujer-. Hay un archivo central, en el sótano del ayuntamiento. Allí llegan copias de los expedientes de todas las comisarías. Y, según me han dicho, está bien ordenado.

-No suena mal – dijo Miguel-. ¿Hasta qué hora estará abierto?

-Hasta las cuatro. Pero podemos pedir permiso, y que se quede un ujier. Yo me encargo de solicitarlo.

La mujer cogió el teléfono, y marcó. A la vez, una cabeza se asomó a la oficina, y dijo:

-Garrido, te llaman. No la puedo pasar.

-Voy. Ahora regreso – le dijo a Sonia, con una seña.

La voz que sonó era de Marta. Garrido la reconoció de inmediato. La mujer dijo, tras preguntar el típico “cómo estás”:

-Salí de la oficina, a comer, y aproveché para llamarte.

-Hiciste bien. Quería oírte. Debes perdonarme no haberte hablado, pero he estado ocupado.

-Es que he encontrado el teléfono portátil del zángano. Estaba en

un cajón de la mesilla. Se le olvidó. ¿Te interesa?

-¡Por supuesto! ¿Dónde puedo verte?

-Ahora no, porque debo regresar a la oficina. Mejor cuando salga, por la tarde. ¿Puedes pasar por casa?

Miguel sonrió. Miró a través de los cristales de su oficina. Sonia hablaba con Adalberto. El sargento debía decidir.

-Es que me huele a encerrona lo del archivo. Seguramente los del ayuntamiento no saben dónde tienen las nalgas, así que menos los expedientes. Ésta quiere que vayamos a mi cubil – pensó.

-Sí, a eso de las… ¿siete? – le preguntó a Marta-. Es que a las diez tengo el otro turno. Me toca los viernes Comienza el fin de semana, y la gente se vuelve loca.

-Sí, muy bien. Te espero. ¿Quieres cenar algo?

-"Ya hasta de cenar me dan. Soy un monstruo" – dijo para su interior-. Lo que sea estará bien. Ya sabes que estando contigo…

-Te espero – dijo ella, en voz baja.

Miguel entró en su despacho, silbando. Sonia y Adalberto le miraron, extrañados. El detective conocía bien a su jefe, por lo que sabía que lo que diría, estando delante la mujer, y la verdad, no tendrían mucho que ver.

-Ha aparecido el portátil de Blanco. Se le olvidó en casa de su novia.

-¿Vamos a buscarlo?- propuso Sonia.

-Ella está trabajando. Me dijo que lo deja en el bar de la esquina, pero esta noche. Es que ella se va al cine con su prima.

Adalberto cerró los ojos. Ya había imaginado que su jefe le

contaría, a la sicóloga, una mentira. Luego él se enteraría de la verdad.

-Bueno, vamos al ayuntamiento. Le llamaré a mi esposo, para que me espere.

-Que espere – repitió Poblano-. Es que lo otro es urgente.

Recibió una mirada asesina por parte de su jefe. Pero a Poblano le trajo sin cuidado, y respondió con la lengua fuera, como si estuviese extenuado.

* * * * * * * * * * * * *

Gimeno daba vueltas a su lapicero amarillo, lo mordía, miraba al techo, y luego a la puerta de la sala de juntas. Debía estar presente, en aquella reunión, aunque no tuviera nada que aportar. Su padre acostumbraba a citar a todo el mundo, porque no quería que nadie fuese ajeno a lo que sucedía en la empresa. No permitía que alguien alegase; si es que llegaba a meter la pata; que no se había enterado de algo. Pero su hijo mayor, Gimeno, tenía en su mente algo distinto que el juicio contra Toledo y Compañía, demanda interpuesta por un cliente al que, “supuestamente”, los de Toledo habían defraudado.

Terminó la junta, y Gimeno corrió a su despacho. Al pasar, ante la secretaria, dijo:

-No quiero que nadie me moleste. Yo te aviso cuando esté disponible.

Entró en su privado, se sentó en el sillón giratorio, y sacó una llave de un bolsillo de su chaleco. Gimeno trabajaba de tal guisa, porque era signo de distinción. Bajo el corpiño llevaba camisa de seda

y corbata italiana, además de una camiseta exclusiva, anti sudoración, parte de un lote que compró en Nueva York. Abrió el primer cajón de su escritorio, y extrajo un teléfono portátil. En la agenda sólo había un nombre: “flaco”, con su correspondiente número. Antes de apretar la tecla, miró su reloj. Eran las siete. Él pensaba haber llamado desde antes, pero se lo impidió la aburrida junta. Respondió un hombre.

-Me están presionando – dijo Gimeno.

-¿Quién?- preguntó, secamente, su interlocutor.

-Del ayuntamiento. Quizá fue mala idea haber hablado con el alcalde. Pero mi padre insistió.

-Había que darle publicidad a lo tuyo. ¿O no?

-Sí. Es parte del plan. ¿Cuándo sucederá lo… otro? – El abogado bajó el tono de voz, como si no estuviese solo en el despacho.

-No puede ser, todavía. Hay que plantar otras pistas.

-Cuando dices pistas, me imagino algo muy distinto, así como huellas.

-¿Y qué quieres? La gente no se muere de pulmonía. ¿Deseas seguir o lo cancelamos?

-Quiero seguir, pero sabes bien que yo soy muy cobarde. Claro que si… pago, puedo ser lo que quiera.

-Seguimos. La policía está actuando como supuse. No se enteran de nada.

Ortuzar volvió a bajar el timbre de voz, porque lo que diría era importante.

-¿Y si alguien mete la pata?

-¿Quién va a meter la pata? ¿O tú o yo? Los demás son

marionetas. Sosiégate, porque me vas a contagiar.

El jurisconsulto movió la cabeza a los lados, y lanzó un chorro de aire por la boca. Intentaba sosegarse, como le pedía su interlocutor; pero resultaba muy difícil.

-Es que pienso en lo que sigue, y… - sintió un repentino sofoco-. Me haré a la idea que es una película.

-Come tus palomitas, y piensa que todo es actuado. Hay cambio de planes.

-¿Qué cambios? Me asustas, cuando me dices eso.

-Es que no conté con un imprevisto.

-¿Lo de… Dionisio? – Gimeno intentó no decir el nombre, pero no encontró con qué sustituirlo-. ¿Te refieres a eso?

-Efectivamente. No imaginé que alguien quisiera quitarlo de en medio. Se cansaron de pagarle. Y ahora, la policía, está atando cabos. Por eso, es imperioso cambiar el guion. Lo nuestro sigue igual, pero hay que rescribir una parte de la obra. Además, he llegado a la conclusión de que nos conviene.

-No te entiendo nada. Y mucho mejor así. Tú dime lo que hago, y ya.

-Me parece perfecto. No hagas nada, ni digas nada. Lo de Dionisio no es importante, al menos no te va a perjudicar.

-Pues ya lo ha hecho, porque tenía una tarjeta del bufete. Por eso me andan presionando.

-Lo habéis defendido, ¿no? Era un cliente.

-¿Un caso de robo defendido por un bufete de divorcios? ¿Quién se cree eso? Ha sido un grave error.

-Supongo que sí, pero yo no tengo nada que ver. Fue un asunto vuestro, que ahora resulta contraproducente.

-Espero que no me perjudique. Bien, no diré nada, y esperaré acontecimientos. Te dejo, porque alguien toca a la puerta.

Gimeno guardó el teléfono en el cajón, y cerró con llave. Luego fue a la puerta, y la abrió. Rosita estaba ante él, con una amplia sonrisa.

-Me dijo Irene que no querías ser molestado, pero esto es urgente.

-Estaba hablando con un cliente. Es uno de esos tipos que cree que los teléfonos están intervenidos. Un neurótico. Pasa, y vemos eso.

-¿A qué hora nos vamos? ¿Cenamos en casa o algo en la calle?

-No… sé. Lo decidimos luego.

* * * * * * * * * * * * *

Como Miguel había supuesto, Sonia le llevó al archivo, con intenciones aviesas. El bedel preguntó si tardarían mucho, porque él tenía que comer algo. La sicóloga, experta en conocimiento humano, respondió que los dejase encerrados, mientras él comía. Al conserje le pareció perfecto, porque, así, nada tenía que vigilar. En cuanto se fue, Sonia se lanzó al ataque, argumentando que su esposo estaba bajo de batería. El sargento había augurado que buscar en el archivo era una argucia, por lo que estaba dispuesto a ser violado. Encontraron unos cartones de los que se arman, formando una caja, que les sirvieron de cama. Después del primer asalto, Sonia propuso buscar expedientes. Miguel aceptó, aunque sabía que sólo encontrarían unos papeles

inservibles. Él conocía muy bien lo que enviaban al archivo central, y que no gastaban mucho en fotocopias. Al de media hora de infructuosa pesquisa, Sonia se dio por vencida, y propuso irse. Miguel sugirió usar su apartamento, para repasar lo que ellos ya tenían, pues nada se podía agregar de lo recolectado. A la mujer le pareció bien, por lo que, mientras esperaban al ujier, quien prometió regresar antes de una hora, sometió al policía a unos ejercicios de calentamiento. Así, cuando llegaron al apartamento, Miguel estaba listo para la segunda parte del encuentro.

* * * * * * * * * * * * *

Como suele suceder en los sepelios, además de todo el dolor y luto, se encuentran gentes que hacía años no se veían. Jesús, aunque no tenía muchas ganas de seguir en la ciudad, tuvo que asistir, y allí vio a Lolo y a Eloísa. Los vio a ambos, aunque sólo saludó a uno de ellos. La mujer, al acercarse Jesús, se apartó como si el fulano fuese portador de la peste. Lolo saludó al vividor. Se dieron la mano, y un abrazo.

-No imaginé que seguías en San Pedro- dijo Lolo-. Hace mucho que no nos vemos.

-Ya sabes que no soy bien recibido en el bar.

-Podías haberme llamado, y vernos en otro sitio.

-Eso es cierto. Casi me iba a Arrecife, cuando supe lo de Dioni. ¡Vaya tragedia!

Blanco había decidido que Villegas no era buen lugar para esconderse, por lo que lo había cambiado por una playa. Allí solía

haber turistas, tanto nacionales como extranjeras, que seguro necesitaban un guía, aunque éste no conociese nada de la ciudad y sus alrededores. Su primo lo recibiría, aunque a regañadientes.

-Enorme. Ya sabes que él tenía la costumbre de granjearse enemigos, y…

Lolo miró hacia Eloísa, quien estaba junto a la fosa abierta, esperando que comenzase el sepelio. Lo habían preparado con prisa, al ser viernes, Los sábados, por falta de personal, el cementerio ponía muchas trabas para los entierros. Y el domingo era mucho peor. La policía entregó el cuerpo a las once de la mañana del viernes, sin que hubiesen transcurrido cuarenta ocho horas del asesinato. Ocurrió la madrugada del jueves. Pero no había mucho que analizar, después de la autopsia. La familia organizó todo, sin casi tiempo. Jesús ayudó, como había prometido.

-¿Qué te digo a ti? Eloísa te odia.

-No sé por qué – dijo el gorrón, levantando los hombros.

-Te comiste su casa. Un mes más, y te llevas las paredes.

-¿Y lo bien que se lo pasó? ¿No te ha contado eso?

-No, de eso no habla nunca. ¿Dices que te ibas a Arrecife?

-Pues sí, pero… no tengo un centavo. Oye, échame una mano. Doscientos, amigo.

Lolo movió la cabeza a los lados. No negaba, sino que expresaba que estaba difícil. Lo puso en palabras:

-Aquí no llevo nada. Si vienes al bar, a eso de las dos de la mañana…

-No me gustaría ir al bar. Ya sabes que no soy bien recibido.

Ambos hombres miraron hacia Eloísa, quien no les quitaba la vista de encima. No era la única, ya que, a poca distancia, Poblano y otro agente de paisano, Macario Rivero, estaban atentos a la conversación. Rivero dijo, en voz baja:

-Uno es Manuel Cifuentes, Lolo. El otro no sé quién sea.

No tenían datos de Jesús, a no ser su nombre. Blanco era, quizá, el hombre con menos registros en el país.

-Cuando termine el sepelio, nos llevamos a Lolo – dijo Poblano.

-Oye, no tengo en dónde quedarme – manifestó Chuy- Sería por una noche, y mañana me voy a Arrecife.

-No hay problema. Te doy la llave, y vas a mi casa.

Lolo metió la mano en el bolsillo, y sacó un llavero. Eligió una de las llaves. Chuy preguntó:

-¿Vives donde siempre?

-En el mismo sitio. Es viejo, pero muy económico.

-Al menos tú tienes un lugar.

-Y un empleo, Chuy. Yo vivo de mi trabajo, no de lo de abajo.

Chuy sonrió, mirando hacia Eloísa. La mujer veía que Lolo sacaba la llave, y se la daba. El vividor entró en la mente de ella. Estaba pensando que desvalijaría el apartamento del barman.

-No le robaré nada – pensó el vividor-. Bueno, no devolveré el préstamo.

-Tengo otra en el bar – dijo Lolo-. Coges unas sábanas y mantas, y te acomodas en el sofá.

-No hay problema por el sitio, con que sea bajo techo. Eres un buen amigo, cabrón.

-Llegaré de madrugada. Y mañana, sales para Arrecife. Eloísa me va a matar, si sabe que te doy dinero.

-Es un préstamo, Lolo. Te lo devolveré en cuanto pueda.

-En cuanto puedas. De eso estoy seguro. ¿Podrás alguna vez?

-¡Hombre…! – Chuy cogió la llave.

Los dos hombres caminaron hacia la tumba de Dioni, porque comenzaba la ceremonia.

* * * * * * * *

*   *   *   *   *

El entierro ya había terminado. Uno tras otro, los asistentes dieron el pésame a la familia del finado, y se fueron retirando. Los dos policías se acercaron a la fosa, que tres hombres estaban tapando, y esperaron a que Lolo y Eloísa se despidiesen de los deudos. Entonces, Poblano mostró su placa, y preguntó, en voz baja:

-¿Manuel Cifuentes?

-Yo soy. ¿Qué desea?

-Hacerle unas preguntas, con respecto a la muerte de Dionisio Molinos.

-No tengo nada que decir.

-Eso lo veremos. ¿Nos acompaña a la comisaría?

-He venido en moto. ¿Quiere que le deje aquí?

Poblano sonrió. Lo de la moto era patente por el atuendo que Lolo llevaba. Lo mismo en cuanto a Eloísa. No parecía muy propio para un funeral, a no ser que iban de riguroso negro.

-Alguien la llevará a la comisaría – respondió Adalberto.

-No confío mi moto a nadie – repuso el barman-. Yo sé ir a la comisaría, sin ser escoltado.

-Eso espero. Si no llega antes que nosotros, mandaremos a buscarlo. Le aseguro que no bromeo.

Eloísa miraba a los tres hombres, con la boca abierta. Conocía a Poblano, aunque no al otro detective, quien seguro era mucho más rudo que el sargento. En eso se equivocaba, ya que Miguel se comportaba muy distinto con ella que con otros sospechosos. A saber cómo serían aquellos dos, si Lolo se negaba a acompañarlos a la

comisaría.

-No necesito amenazas. No tengo nada pendiente, por lo que puedo ir a su comisaría. Tengo que abrir el bar, en una hora.

-Yo me adelanto – dijo la mujer-. Seguro que Sofía está por llegar.

-Le esperamos en la comisaría. No tarde – le advirtió Poblano.

- Voy en cuanto termine – le dijo Lolo a Eloísa.

* * * * * * * * * * * * *

Como había prometido, Lolo llegó a la comisaría antes que los detectives. Les esperaba en la puerta.

-¿Estoy detenido?- preguntó.

-No, por el momento – respondió Poblano-. Queremos hacerle unas preguntas.

-Podía haberlas respondido en el cementerio.

-Allí no había café – dijo Macario-. Y queremos invitarle a uno.

-Muy gracioso. Ya les he dicho que no sé nada del asesinato de Dioni.

-Luego vemos eso. ¿Vamos?

-Necesito ir al retrete. Tengo ganas, y está prohibido mear en la calle.

Cuando Lolo regresó de atender su vejiga, los dos policías lo condujeron a la sala de interrogatorios. Antes de entrar, Poblano pidió tres cafés. Uno de los agentes movió la cabeza, como queja, pero fue a buscarlos.

-¿Qué es lo que quieren? -preguntó Cifuentes.

-Tenemos una versión de lo que hizo usted la madrugada de miércoles para jueves. Queremos escuchar la suya.

-¿Qué es lo que saben?

El agente entró con tres cafés en vasos de cartón parafinado. Los puso sobre la mesa, y salió. Poblano respondió a la pregunta de Lolo:

-Hágase a la idea de que no sabemos nada. No fue interrogado, porque no lo ubicamos en la escena.

-Hasta que Eloísa habló con su amigo, ¿no?

-No sé de qué me habla. Así que comience con la historia.

-Me llamaron por teléfono. Me dijeron que Dioni estaba en un problema. Y yo…

-Un momento – le interrumpió Poblano-. ¿Quién le llamó?

-No distinguí su voz. Sólo dijo eso. Ningún nombre. No me dio tiempo de preguntar nada.

Poblano sabía que, a la hora que dijo Eloísa, entró una llamada, al teléfono fijo del bar, desde un portátil. El número no coincidía con ninguno de los de los conocidos, ni tampoco con los que usaba el asesino, que eran de cabinas en la calle. Lógicamente, no estaba registrado. Lo habían comprado en el comercio informal e ilegal.

-¿Qué hizo usted? – preguntó Adalberto.

-Salí corriendo hacia el bar La Oficina.

-Pudo salir corriendo hacia el parque Trujillo – opinó Macario-, si no le dijeron en dónde estaba Dionisio.

-Es que sí me lo dijeron – protestó Lolo.

-Acaba de decir que el que le llamó, un desconocido, le avisó de que Dioni estaba en un problema. Nada más.

-Me dijo: Dioni tiene una bronca en el bar La Oficina.

-¿Usted sabía dónde estaba ese bar?

-Sí. He estado algunas veces. No voy a tomar en el mío. Es como hacerlo en casa.

-¿Y qué pasó? – preguntó Poblano.

-Subí a mi moto y fui hacia allí.

-No sabía a qué, porque el extraño sólo le dijo que Dioni estaba en un problema. ¿Ha solido acudir, en otras ocasiones, a sacarle de problemas? –preguntó Rivero.

-Sí. No es la primera vez. Dioni era mi amigo.

-Tengo entendido que su amante, y que terminaron mal.

-Otra vez con la versión de Eloísa, ¿no? Si ella lo sabe todo, ¿por qué me preguntan?

-Continúe. Fue en moto hacia el bar La Oficina.

-Detuve mi moto en la acera, a unos metros del bar. Cuando caminaba hacia allí, vi que Dioni subía a su auto. Le grité, pero no me oyó. Arrancó y se fue.

-¿Así que no habló con él?

-No. Pero sí fui tras él. Cuando subí a la moto, y arranqué, ya estaba lejos. Dobló a la derecha. Cuando yo también me metí en aquella calle, vi mucha gente amontonada. Me detuve y pregunté. Habían matado a alguien.

-¿Y qué hizo? – preguntó Macario.

-Estuve allí un momento. Luego, regresé al bar.

-¿Así de simple?- preguntó Poblano-. Su amigo está muerto, en una acera, y usted recuerda que debe trabajar. No recordó eso, cuando

salió en estampida.

-No podía hacer nada. Vendría una ambulancia, y la policía.

-¿Y usted no quería declarar? ¿No pudo esperar para decirles a los agentes lo que sabía?

-No sabía nada, lo mismo que ahora. ¿Les he dicho algo?

-Sí, una bobada – opinó Rivero-. ¿No le parece ilógico que te llame un extraño para decirte que un amigo suyo tiene problemas? No reconoció la voz. ¿Por qué no le preguntó quién era?

-Ya dije que no me dio tiempo. Y no me parece ilógico. Había gente en ese bar que me conocía.

-Estaban dos amigos de Dionisio, pero un extraño le llamó a usted. El caso es que no fue ninguno de ellos dos.

-No tan extraño, porque el hombre lo conocía a usted, si le llamó por teléfono – expuso Poblano-. No nos tragamos eso.

-¿Y qué quieren que diga? Me llamó al bar, no a mi portátil. ¡Claro que me conocía! Pero no sé quién pueda haber sido. Además, ¿cómo sabría yo que Dioni estaba en problemas?

-Quizá no estaba, hasta que usted llegó – le soltó Macario, sin delicadeza alguna.

-¿Quieren decir que yo lo maté?

-Pudiera ser – respondió Poblano-. Precisamente, eso queremos averiguar.

-¿Y cómo lo van a hacer?

-Iremos al bar La Oficina. Pensamos que el que mató a Dioni pudo ser un hombre que estuvo con él allí, en una ocasión.

-¿Y ese hombre soy yo? – Lolo soltó una carcajada-. Yo no he

entrado jamás…. – hizo una pausa, para enfatizar- jamás, a ese bar. Vamos, y a ver quién dice lo contrario.

-Le llevamos. Luego lo regresamos, y… quizá se vaya en su moto.

-O quizá se quede – dijo Macario.

* * * * * * * * * * * * *

Chuy llegó ante el departamento de Lolo, justo cuando un vecino, un hombre de unos cincuenta años, gordo y calvo, estaba a punto de cerrar su puerta. El hombre le revisó, ocularmente, de arriba abajo. Reparó en que era un extraño; pero tenía llave del apartamento del vecino. Chuy miró al hombre fijamente, y éste, atemorizado, cerró su puerta.

Jesús Blanco se quedó un segundo en el umbral de entrada, revisando el corredor. No sabía dónde se ubicaba el interruptor de la luz, y el pasillo estaba oscuro. Palpó la pared de la derecha, y encontró lo que buscaba. Se iluminó el pasillo, y pudo cerrar la puerta. Le pareció que el de enfrente seguía observándolo, pero por la mirilla. Avanzó por el corredor, en busca de la sala. Se sentía muy cansado, por lo que se acostaría un rato en el sofá. Vería si había algo de beber. Lolo no era cicatero, por lo que no le reclamaría que se tomase un par de copas.

El vividor llegó ante la sala, situada a la derecha del corredor, el lado que daba a la calle. No estaba nada mal. Tenía un tresillo, un televisor y un mueble bar o trinchador, además de cortinas nuevas en las ventanas.

-Podría vivir aquí un tiempo – dijo, en voz baja.

De pronto, notó que algo le pegaba en la espalda. Fue un impacto fuerte. Iba a gritar, pero sintió que la boca se le llenaba de líquido. Era sangre, y le impedía respirar. Sintió un repentino temblor de rodillas, y fue cayendo lentamente, a la vez que se le nublaban los ojos.

Alguien, vestido de cuero negro, con un casco de motociclista en la cabeza, había salido de la cocina. En la mano derecha llevaba una pistola, y sostenía una almohada, en la mano izquierda, No se veía bien el arma, ya que ante ella había una botella de plástico, de un refresco tamaño familiar. El cañón de la pistola estaba en el interior del envase. La boca de éste, agrandada un poco, para que entrase el arma, luego fue revestida de cinta adhesiva. Según Jesús dobló las rodillas, el asesino avanzó un paso, y puso la almohada contra la nuca del gorrón. Apoyó el fondo de la botella, que ya tenía un buen agujero, contra la almohada, y volvió a disparar. La bala atravesó la cabeza de Jesús, saliendo por la frente. La víctima se derrumbó hacia delante. Los dos disparos sonaron como si se cayese algo poco pesado al suelo. La botella, primero, y luego la almohada, amortiguaron el ruido.

El del casco cogió a Jesús por los pies, y lo arrastró hasta cerca de la puerta principal. Después fue a la cocina, y agarró dos sillas. Abrió la ventana que daba a un pequeño patio, y lanzó una silla. Produjo un gran ruido, que el asesino no escuchó, pues se dirigió a la puerta de entrada al apartamento. Esperó un momento, hasta oír voces que procedían del patio, si bien llegaban por la ventana de la cocina. Abrió la puerta de par en par, y arrojó la segunda silla hacia la

vivienda de enfrente. De un salto, se quitó del descansillo, y bajó como un bólido la escalera. No se percató que la puerta de enfrente se abría, aunque suponía que eso sucedería.

Como lo había previsto el asesino, los vecinos vieron la silla ante su puerta, y abierta la de enfrente. Había que estar ciego para no percibir, con la luz del pasillo prendida, que un hombre yacía en el suelo. La sangre la apreciaron al acercarse. La mujer, que iba detrás de su esposo; el hombre que analizó a Chuy; emitió un largo grito de espanto. El marido se quedó de piedra, mirando el cuerpo ante él.

-Es el hombre que te dije. Y parece muerto.

-El que lo ha matado bajó a saltos la escalera – dijo al mujer, demostrando buen oído.

-Hay que llamar a la policía.

El motorista se detuvo un segundo, en el portal. Comenzaba a pardear. Pasaba poca gente por la calle, ya que era una zona sin casi comercios, exclusivamente viejos edificios de viviendas. Unos niños cruzaron ante el portal, corriendo, y una mujer, que empujaba un carrito de bebé, iba ante ellos. Nadie venía desde la derecha, por lo que el motorista tomó ese camino. Una vez en la esquina, aceleró un poco el paso. Su moto estaba a dos calles, en sentido inverso al que llevaba. Dio un rodeo, empleando unos minutos extra. Cuando subió a la motocicleta, se dirigió en dirección contraria a la calle que acababa de dejar. La idea era alejarse lo más posible.

Cuando la primera sirena sonó en el barrio, el motorista estaba a muy buena distancia del lugar. Los del edificio no miraron por las ventanas delanteras, sino que estaban asomados al patio, tratando de

explicarse por qué alguien lanzó una silla, que estaba en el fondo, hecha añicos. El vecino de enfrente de Lolo llamaba a la policía, mientras su esposa buscaba refugio en el piso de arriba, ya que no se atrevía a bajar, por si al asesino se le había olvidado algo, y regresaba. Poco a poco, los hombres de la vecindad se metieron en el apartamento de enfrente al de Lolo, a la vez que las mujeres iban a aquél en el que estaba la mujer, a punto del infarto.

CAPÍTULO VIII

Rafael Mendiluce habló con los Ortuzar, padre e hijos, y les contó su problema. El amigo ya les había puesto en antecedentes, y ellos, aunque no se dedicaban a lo criminal, pensaron que sería interesante conseguir al millonario como cliente. Prometieron discreción, y la tuvieron. Encargaron, a un detective privado, enterarse de todo lo que pudiera, sobre Dioni.

Al detective no le costó ningún trabajo obtener información, pues Dioni era muy conocido en los bajos fondos. Se trataba de un fulano sin escrúpulos, que lo mismo robaba, se prostituía o extorsionaba a quien podía. El investigador averiguó que era íntimo de un tal Manuel Cifuentes, con quien vivía. Dioni, quien siempre andaba pegándose a alguien, a ver qué sacaba, ocupaba el hueco que dejó Candy, uno de los muchos novios que tuvo Lolo. El parásito no era "novio oficial" del barman, pero solía quedarse a dormir en su casa, porque no soportaba a su madre. La mujer no le dejaba llevar "ligues" al apartamento.

El investigador dijo que Lolo, barman de un conocido bar, era una persona honrada. Dioni no le contaba lo que hacía, incluyendo con quién andaba o a quién extorsionaba.

Gimeno decidió ir, personalmente, a hablar con Dioni, para pedirle que dejase en paz a su cliente. El extorsionador le citó en el bar La Oficina. Ortuzar era el hombre con aspecto de empleado bancario. El abogado intentó hacer entrar en razón a Dioni, pero éste no quería soltar su presa. Mendiluce tenía mucho dinero, por lo que bien podía desprenderse de un poco.

Como Dioni no entraba en razón, Gimeno fue a ver a Lolo. El detective le informó que trabajaba en el bar La Esquina. El abogado llamó por teléfono, y Lolo le dijo que podían hablar allí.

El abogado le contó, a Lolo, lo que sucedía con su novio, compañero o amigo. A Lolo le sentó muy mal. Para comenzar, no tenía ni idea de que Dioni andaba con unos y otros. Lo engañaba. Sí sabía que sacaba dinero de manera ilegal, pero pensaba en robos. Ser

engañado, y además por un extorsionador, no le cayó nada bien al barman.

-Mi cliente le agradecería su ayuda – dijo Gimeno.

Lolo entendió a qué agradecimiento se refería. Aquella misma noche, en su casa, agarró a Dioni, le dio unos golpes, le pidió que se fuera, y le aseguró que lo mataría si no dejaba en paz a Mendiluce.

-El chantaje es lo más abominable que puedes hacer.

-Es mi asunto. Tú no te metas.

-O le dejas en paz, o te buscaré y te mataré – aseguró Lolo.

Dionisio sabía que Lolo no bromeaba. Con harto dolor de corazón, le dijo a Rafael que ya no le pediría más dinero. El industrial recompensó muy bien a Lolo. Gimeno fue quien le llevó el dinero.

-Si necesitas algo, cuenta con nosotros – ofreció Gimeno.

-Lo tendré presente.

Gimeno, ya antes, había ayudado a Dioni a salir de problemas. El joven era especialista en meterse en líos, pero no sabía salir de ellos. Cuando lo agarraron, por ratero, llamó a Mendiluce, y le amenazó con contar lo de ellos, si no lo sacaba del problema. La gente de Ortuzar se encargó de la defensa, y Rafael pagó para librar a Dioni de ir a la cárcel. En el trato con Gimeno, Lolo incluyó que Dioni ya no volvería a recurrir a ellos, y mucho menos llamar a Mendiluce. La tarjeta del bufete se la dio el de los zapatos a Dioni, y éste la guardó, por si acaso.

* * * * * * * * * * * * *

Sonia, quien había avisado a su esposo, de que tenía que bucear

en el archivo, y eso llevaría horas, se fue del apartamento del sargento a las seis. Miguel dio gracias al cielo, porque temía que ella quisiera quedarse un par de horas más. El policía debía ir con Marta, y llevar, al menos, algo de munición en la recámara. Tendría que alegar dolor de cabeza, para disparar un solo disparo, como si fuese pistola de duelo.

Marta le ofreció el portátil, al sabueso, apenas abrió la puerta. Garrido entendió que lo hacía para que él no pensase que le había citado con otro objetivo. Pero "lo otro" se le leía en los ojos, por lo que el sargento pasó a la acción, relegando la investigación para momento de mayor lucidez. La mujer no opuso resistencia, puesto que no lo esperaba para sacar direcciones del teléfono. Desde que se fue Jesús, andaba un poco nerviosa, ya que el zángano la había acostumbrado a sesión diaria, incluso algunas dobles: mañana y tarde. No hacía otra cosa el galán, de manera que siempre estaba listo para su única función.

Sudaron un rato, más Miguel que la mujer. Ella quedó satisfecha, porque el policía estuvo buen rato en la faena. No supuso que eso se debía a lo sucedido horas antes, y no a un buen control de su eretismo. Garrido había escuchado que el quinto es imposible, por lo que podía lograr cuatro, dos con cada pareja. Eso dejaría bien su honor, aunque bastante maltrecho su cuerpo.

-Descansaré cuando me muera – filosofó.

El policía no tenía intención de ponerse a estudiar la lista de contactos, pero le echó una ojeada rápida. Habría que mirarla con mayor detenimiento, y marcar algunos números, pero sí le llamó la

atención uno. Ponía “bar”. Hay muchos bares en el mundo, aunque sólo dos en la mente de Miguel.

-Me suena – pensó.

Saltó de la cama, lugar en el que revisaba el teléfono, y fue en busca del suyo. Allí había también un bar. Resultó que era el mismo.

-Así que Jesús llamaba a La Esquina. ¿A quién, en concreto?

-¿Has encontrado algo?

-No. Debemos hacer algunas llamadas. De eso se encargarán en la comisaría. ¿En dónde nos quedamos?

-Tengo que levantarme temprano.

-No hay problema. Ya te dije que tengo turno a las diez.

Miguel pensó que estar con Marta era casi como con su esposa. O también con alguien con horario normal, de las que se levantan temprano, y se duermen antes de que en el televisor aparezcan los que venden objetos maravillosos, que siempre te hicieron falta aunque no lo supieras.

-¿Vas a pasar la noche en vela? – preguntó ella.

-No, no toda la noche. Espero dormir algo.

No iría a ver a Eloísa, sino a su casa, para aprovechar su cama para descansar. Ya no recordaba cómo se estaba, solo, en una cama matrimonial.

Sonó su teléfono, en el bolsillo de su chaqueta. Estaba preparando el segundo encuentro.

-Un momento – le pidió a Marta-. Quizá sea importante.

El sargento vio que llamaba Poblano. Y éste le dijo:

-Han matado a alguien en el apartamento de Lolo. Resulta que él

está conmigo.

-¿No sabes quién es el muerto? ¿Se trata de un ladrón?

-Espera un segundo.

Adalberto no tardó nada en responder.

-No lo vas a creer. Es Jesús Blanco, Lolo le dio la llave del apartamento, para que pasase esta noche. Nosotros lo vimos, en el cementerio.

-¿Lo envió al matadero?

-Pudiera ser, pero él no lo mató. No se ha movido de nuestro lado. Bueno, salió del cementerio, en su moto, antes que nosotros. Pero nos esperaba en la comisaría.

-Habrá que calcular si pudo pasar por su apartamento y matarlo, antes de ir a la comisaría.

-Estoy seguro de que no fue él. Suárez está en el apartamento, interrogando a los vecinos. Dice que el vecino de enfrente subía la escalera, y vio que el desconocido abría la puerta de la vivienda de Lolo. Le extrañó, porque él no vivía allí. No transcurrieron cinco minutos, cuando alguien lanzó una silla a la puerta, la del vecino. Abrieron, él y su esposa, y hallaron muerto al extraño. Llevábamos a Lolo al bar La Oficina, y hacía rato que estaba con nosotros. Por eso digo que no pudo ser él. Y tampoco le conoce el barman de La Oficina. No es el fulano que tú pensabas. Así que nos hemos equivocado con este tipo.

-Quizá no del todo. Nos vemos en ese apartamento. Dame la dirección. Pensaba ir a dormir, pero…

Poblano le recordó algo que les decían cuando ingresaban en el

Departamento de Homicidios:

-Ya dormirás cuando te mueras.

* * * * * * * *

* * * * *

Aquel viernes, ni Poblano fue a cenar a casa, ni Garrido pudo hacerle más cosquillas a Marta. Un cadáver, tumbado en una alfombra llena de sangre, les echó por tierra los planes. Fueron al apartamento de Lolo, y Suárez les puso al corriente. Lolo quería subir, pero el sargento le ordenó quedarse abajo. Y, para que obedeciese, encargó a un agente estar pendiente.

-El asesino quería que se descubriese el cadáver de inmediato, por lo que hizo el juego de las sillas – explicó el detective.

-Para que soltásemos a Lolo – añadió Poblano-. Así que tiene un cómplice.

-Eso parece. ¿Qué hay de la bala? - preguntó

-Yo diría que es igual a la que mató a Dionisio – respondió Poblano-. El fulano era amigo de Dionisio, pues fue a su funeral, y también de Lolo, quien le dio la llave del apartamento. No sabíamos que este tipo era Jesús Blanco. No pudimos conseguir una fotografía suya.

-Tiene una identificación muy antigua, ya caducada – manifestó Suárez.

-¿Cómo entró el asesino? – inquirió Garrido.

-Con una llave. No hay rastros de que usase una ganzúa. La cerradura no tiene marcas - explicó Suárez.

-Lolo le dio la llave. Lo vimos – dijo Poblano.

-El asesino estaba dentro. Lo esperaba. ¿Cómo sabría que iba a venir? – se preguntó Suárez.

-Quizá esperaba a Lolo, no a éste – propuso el sargento-. Le dispararon por la espalda.

-Los dos son altos y delgados, pero yo diría que no se parecen mucho – argumentó Adalberto.

-Quizá la luz estaba apagada – imaginó Suárez-. La pudo prender, después de que lo mató.

-Hay algo que no concuerda. Este fulano denunció que lo habían amenazado. Por tanto, el asesino serial lo tenía en la mira. Pero no parece que la bala sea de su pistola, y lo mata en el apartamento de otra persona. Si lo hubiese seguido, sería lógico, pero no que lo esperase dentro. ¿Cómo podía saberlo? Sólo si vio que le entregaban la llave. – dedujo Miguel.

-Eso lo vimos muchos, en el cementerio. Alguien estaba atento, salió antes que él, y lo esperó – añadió Poblano-. O, como dices, esperaba a Lolo, y Jesús tuvo la mala suerte de estar donde no debía.

-No fue difícil adelantarlo, porque vino en autobús. Tiene varios pasajes en el bolsillo del pantalón – reveló Suárez.

-Alguien que estaba en el cementerio. ¿Mataría él a Dionisio? – Garrido se refería a Jesús.

-No, porque el homicida trajo la pistola – manifestó Poblano.

-Puso matarlo con su misma pistola.

-¿Y si el arma le pertenece a Lolo? Es su apartamento – propuso Suárez.

-No estará registrada. Y Lolo no confesará que la tenía –

adelantó Miguel-. Y, como en los otros casos, nadie vio nada.

-Lo que está claro es que no esperó al lunes – dijo Poblano.

-Eso es válido, si el asesino es el de las llamadas. Yo creo que a éste lo mataron porque estuvo donde no debía – sugirió Garrido-. Eso me hace pensar que Lolo sabe mucho más de lo que quiere decir, y alguien quiso cerrarle pico.

-Está abajo, de forma que tendré que obligarle a hablar – anunció Adalberto-. ¿Y Eloísa? ¿No crees que ella sepa lo mismo?

-Tengo que averiguarlo. Pensaba irme a dormir, pero…

Adalberto recurrió a la frase típica en el Departamento de policía:

-Ya dormirás cuando te mueras.

* * * * * * * * * * * * *

Mientras sucedían diversos eventos en la ciudad, Servando se había escondido en su casa, echando cerrojos y colocando unas sillas contra la puerta. El guardaespaldas se fue, una vez que lo dejó a salvo. A salvo sí, pero no tranquilo. Vasconcelos no se sosegaría hasta que atrapasen al asesino de las llamadas telefónicas. Se sentiría un poco mejor cuando apareciese Margot. Pero era viernes, y ella tenía más trabajo en la peluquería, o estética. Llegaría a eso de las nueve de la noche, o quizá más tarde. Y trabajaría el sábado, por lo que él se quedaría solo en su casa, viendo las noticias, con la esperanza de que anunciasen la captura del criminal.

* * * * * * * * * * * * *

Poblano bajó a la acera. De inmediato, Lolo fue a su lado, y pidió:

-Me lo contará todo, ¿no?

-Si fuese recíproco, sí. En caso contrario, lea el periódico.

-Jesús era mi amigo. Hoy acabo de enterrar a otro.

-Usted les trae mala suerte. No únicamente a éstos, porque hay otros dos muertos.

Lolo acusó lo que le dijo el policía. Realmente parecía que la mala suerte caminaba a su lado. Pero se defendió de lo último:

-Ésos no eran mis amigos, ni siquiera conocidos.

-Es posible, pero tenían relación con su bar, de alguna manera. ¿Por qué no me dice lo que sabe? No me salga con “nada”, porque no le creo.

-¿Qué le puedo decir? Conocí a Chuy y a Dioni cuando éramos niños.

-¿Chuy? ¿Llamaban Chuy a Jesús Blanco?

-Los amigos, desde siempre. Y a él le gustaba.

-Un momento – pidió el detective, apartándose unos pasos de Lolo-. No se vaya, que tengo mucho que preguntar.

Poblano marcó, en su portátil, el número de la comisaría. Le pidió, a la telefonista que le comunicase con Bermúdez. Y a éste le preguntó:

-¿En la lista de los teléfonos, que nos dio Miguel, hay algún Chuy?

Bermúdez tardó un poco en responder. Cuando regresó al teléfono, dijo:

-No, no hay ningún Chuy. Ni tampoco un Jesús. .

-¿Es común que llamen Chuy a un Jesús?

-Sólo en la costa. ¿Por qué?

-Nada. Es que yo les llamo Chuchos. Y también a los perros.

Poblano regresó junto a Lolo. Éste tenía ganas de decirle algo, y lo soltó en cuanto se acercó.

-He estado con usted unas cuantas horas. No pude matarlo por teléfono.

-No pensaba preguntar si lo mató, sino quién fue.

-No lo sé. ¿Cómo quiere usted que conozca al asesino?

-Porque conocía a Chuy y a Dioni. ¿Andaban en algo turbio?

-No tengo la menor idea. El asesino de las llamadas elije a quien quiere. ¿Andaban metidos en algo sucio los otros dos?

-No, pero a ellos los mataron con un arma distinta. A sus dos amigos con la misma.

Lolo se quedó pensativo. Tardó en encontrar algo que decir.

-Los dos vivían del cuento. Es lo único que sé de ellos.

-¿Escribían historias? ¿Para adultos o niños? Mire, Lolo, no me venga con acertijos.

-Bien… - Lolo miró al otro lado de la acera-. Quiero tomar algo. Le invito.

-¿Soborno? Vamos. Tomaré café.

Una vez sentados, en el bar, Lolo se explicó:

-Chuy vivía de las mujeres. No de putas, sino de mujeres normales. Las conquistaba, e iba a vivir con ellas. Cuando se cansaban de él, lo echaban de casa, y Chuy buscaba otras. Cuando no tenía

dónde estar, venía con Dioni o conmigo. También recurría a otros. Hoy me pidió dinero prestado, porque pensaba viajar a Arrecife.

-Pero se quedó en su casa.

-No pude darle nada, porque no llevaba encima dinero. Se lo traería más tarde, y se iría en la mañana. Dijo que a Arrecife.

-¿Él era de allí? No es importante, pero…

-No, él nació en Villegas, pero vino a San Pedro hace muchos años.

-¿Le dijo algo sobre ese viaje? ¿Por qué se iba? Si no trabajaba, haría igual en Arrecife, en Villegas que aquí.

-Sí. Me dijo que le había amenazado el asesino de las llamadas. No le creí, porque me pareció ridículo. ¿Por qué le iba a amenazar?

-Por lo mismo que a los otros. No hay mucha lógica - declaró el detective.

-Los otros… - Lolo no prosiguió-. Quizá por lo mismo.

-Parece que lo de los otros sí tiene lógica. ¿No es así?

-No lo sé. Pero Chuy era un simple gorrón. Se contentaba con poco: un techo, comida y algo que tomar.

-Quizá al asesino no le gusten los gorrones. Pero sigamos con Dioni. ¿Otro vividor?

-No. Él era distinto. Usted debe saberlo.

-¿Yo…? Yo no sé nada. ¿En qué era distinto?

-Le habían denunciado, dos veces, por ratero.

Poblano se quedó de piedra. En la comisaría no estaban esos antecedentes. Y deberían, porque se registraban los delitos de todo el país. .

-No lo metieron a la cárcel, porque retiraron las denuncias. Pero… yo creo que seguía en lo mismo. Yo me alejé de él, por esa razón.

-¿No fue por motivos… más íntimos?

Poblano sonrió. Lolo frunció el ceño. Era patente que no le gustaba que el detective supiera de su vida, pero Eloísa se lo habría dicho al otro sabueso.

-Estuvimos juntos, por un tiempo. En una ocasión, yo iba con él, cuando metió, bajo la ropa, unas prendas de una tienda. Lo agarraron, y lo llevaron a la comisaría. Pero debió pagarlas, porque lo soltaron.

-¿No supo si las pagó o no?

-No me enteré. Cuando llegó a casa, su maleta estaba lista, y lo mandé a paseo.

-¿Cree que lo hayan matado por otro robo?

-Ya le he dicho que no sé nada. Volvimos a vernos, algún tiempo después, y seguimos siendo amigos, pero cada quien por su lado. También con Chuy. Lo he alojado, de vez en cuando, pero nada más.

-Lo que quiero que me diga es quién podía querer matar a ambos. Usó la misma arma, y no es la que disparó contra los otros dos. Supongamos que fuese el mismo asesino. ¿Por qué mata a unos con un arma y a otros con otra?

-Pueden ser dos asesinos.

-¿Seriales? ¿Una epidemia? Me parece poco probable.

-Entonces, ¿qué piensa usted?

-Que usted sabe algo de sus dos amigos. Una conexión que les ha sentenciado. ¿Qué es, Manuel?

-No lo sé, inspector. No tengo idea. Los amigos de Dioni deben saber más que yo. En cuanto a Chuy, no hay nada. Es ilógico.

-También en el caso de Laureano y Pedro. No hay lógica, pero sí dos muertos.

-No puedo decirle nada, porque no sé nada. Y ya debo ir a trabajar, puesto que los viernes se llena el bar, y las dos mujeres están solas.

-Es la segunda vez que le urge el trabajo, pero después de ocupar un buen tiempo en ir a ver a sus amigos muertos. Pero van a tener que arreglarse sin usted.

-¿Me va a detener? ¿Bajo qué cargos?

-No se me ocurren, pero puedo retenerlo 72 horas. No voy a esperar que la tercera sea la definitiva.

-No tengo otro amigo. Oiga, ¿me va a llevar a la comisaría?

Poblano se separó unos metros de Lolo. Le indicó al uniformado que no se despegase de él. Al de unos pasos, llamó al capitán. Cuando regresó, el barman tenía lista una pregunta:

-¿No puedo subir a mi apartamento?

-Por el momento no. El capitán ha dado orden de que no me despegue de usted. Quizá en dos o tres días pueda regresar.

-¿Cómo? ¿Van a estar en mi casa, dos o tres días?

-Setenta y dos horas, a no ser que un juez amplíe el plazo. Depende del magistrado Es la escena del crimen.

-Es mi casa. Yo vivo ahí.

-Debe estar lejos de ella, por el momento. No se preocupe, que no nos llevaremos nada. Lo alojaremos en un hotel.

-¿Me lo van a pagar?

-Pida factura, y preséntela en el juzgado. Ya le diré en cuál. ¿O prefiere quedarse en la comisaría? Le estamos dando tratamiento preferencial. En vez de una celda, es una detención domiciliaria. No es posible su domicilio, al ser escena del crimen, así que lo cambiamos por un hotel.

-Un hotel. Seguro que deberá ser barato.

-Imprescindible. No podemos malgastar el dinero del pueblo.

Poblano se carcajeó, a la vez que daba media vuelta, para regresar al portal. Antes de entrar, miró hacia atrás, y le dijo a un agente:

-Cuando lo dejes en el hotel, te quedas en la puerta. Ya sabes en cuál.

-Yo salgo de turno en dos horas – protestó el uniformado.

-Te relevarán antes. Yo llamo a la comisaría, para disponer del turno nocturno.

-Y no podré salir de la habitación, ¿no? – inquirió el detenido-. ¿Algo más?

-Si se me ocurre, y tengo insomnio, le llamaré. Es importante que no esté en libertad, en tanto hacemos algunas pesquisas. Descanse a gusto, por cuenta de los contribuyentes.

* * * * * * * * * * * * *

Garrido entró en el bar La Esquina, y fue directamente a la barra. Eloísa y una jovencita atendían. La muchacha se encargaba de las mesas, y Eloísa preparaba las bebidas. No era un bar grande, por lo

que dos se daban abasto, al menos de lunes a jueves. Por eso, el fin de semana se necesitaban tres. Lolo no llegaría, aunque eso no lo sabían ellas.

Eloísa se puso ante el sargento, y le dijo:

-Mejor si me esperas en casa. Lolo no tardará en venir.

-No creo. Lo suyo va para largo. Pero tenemos que hablar tú y yo. Vengo como policía, Eloísa.

La mujer puso expresión de asombro. Le hizo una seña a la joven, quien debía ser Sofía, para que atendiese a dos clientes en la barra, y ella se fue al fondo, seguida por el sargento. Los de las mesas estaban servidos.

-¿Qué es lo que ocurre? ¿Algo con Lolo? Ya debía estar aquí.

-Lo están interrogando. Y yo tengo que preguntarte a ti.

-Me asustas. Bueno, ahora no hay mucho trabajo, y tampoco está Lolo.

-Han matado a un fulano llamado Jesús Blanco. ¿Lo conoces?

-No, Me parece que tu compañero ya me lo había preguntado.

-Pero no dijo Chuy.

Los ojos de Eloísa estuvieron a punto de salirse de las cuencas. Y comenzó a palidecer. Tardó en balbucear:

-¿Chuy… el amigo de Lolo? ¿Lo han matado?

-No hace mucho. ¿Lo conocías con ese nombre?

-No sabía que se llamaba Jesús. Me lo presentaron como Chuy.

-¿Y no le preguntaste el nombre?

-Imaginé que ése era su nombre.

-¿Chuy? – Preguntó el sargento-. ¿No te pareció extraño nombre?

¿Y el apellido?

-¿Tú me has preguntado el mío? Lo sabes, porque te lo dijeron tus hombres.

Miguel aceptó, con un pestañeo. Podía ser como ella decía, pues él no conocía ningún Chuy, y sí varios Chuchos.

-Bien. Ahora que ya sabes de quién hablamos, ¿qué me puedes decir de él?

-Que es un ladrón. Era, si ya lo han matado. Alguna nos ha vengado a varias.

-Cuenta, cuenta. Se pone interesante.

-No quiero hablar mucho de él. Era un gorrón. Buscaba a una mujer con apartamento, y se quedaba a vivir. No trabajaba, y, cuando le obligaban a irse, se llevaba todo lo que podía. Me robó joyas, y hasta adornos.

-¿Lo denunciaste?

-¡Claro que no! ¿Cómo podría demostrar que me robó? No entró en mi casa a la fuerza, y no tenía las joyas… ¿registradas? ¿Me hubiese servido de algo?

-Sólo si se las vendía a alguien, y éste declaraba contra él. De acuerdo. Era un gorrón y un ladrón. ¿Crees que lo mataron por eso?

-¿Y por qué habrá sido?

-Quizá le quitó la esposa a alguien, como se supone de los otros.

-No, Chuy no. Él no se metía en esos líos. Él buscaba quién lo alimentase. Oye, ¿no es uno de los que recibieron llamadas? Creo que eso dijo tu compañero.

-Así es. Fue a una comisaría, a denunciar la llamada. Pero no

parece que lo mataron por eso.

-¿No? ¿Cómo lo sabes? – preguntó ella, asombrada.

-Tanto él, como Dioni, recibieron balas distintas de las de los otros.

-¿Otro asesino? ¿No son muchos en pocos días?

-Eso parece. ¿Cuál era la relación de Dioni y Chuy?

-Eran amigos de la escuela, como Lolo. Los tres estudiaron juntos.

-¿Crees que también quieran matar a Lolo?

-¿Porque fue a la escuela con ellos? - Eloísa esbozó una sonrisa.

-Por lo de los tríos. Amenazaron a tres, un lunes, y luego mataron a dos, aunque porque el otro se escondió. Y vuelven a amenazar a tres. Chuy era uno de ellos.

-¿Dioni y Lolo? Lolo no me ha dicho nada. No lo veo nada nervioso.

-Quizá sea otro asesino, como dices, y ése no avise. Dioni y Lolo son homosexuales.

-Chuy no - aseguró la mujer-. Así que no hay trío. Sólo que estudiaron juntos.

-Bueno, pues no se me ocurre nada más. Me muero de sueño.

-Vete a mi casa, y duermes un rato. Hoy llegaré algo más tarde. Y más, si no viene Lolo, y tengo que cerrar.

-No tardará – mintió el sargento, a quien Adalberto le dijo lo de la detención domiciliaria.

-Ojala. En un rato, estaremos llenos. ¿Me esperas en casa?

Miguel pensaba ir a su apartamento, y dormir. Pero, ante el

ofrecimiento de ella, cambió de parecer. Descansaría un buen rato, y luego… O si le llamaban, recordaría el popular dicho de la comisaría.

* * * * * * * * * * * * *

Comenzaba la madrugada del viernes. El centro comercial Apolo estaba vacío. No totalmente, ya que dos vigilantes daban rondas por los amplios corredores. Verificaban que los negocios estuviesen intactos, y que, sobre todo, no se hubiese quedado nadie dentro. Ya había ocurrido, más de una vez, que alguien se quedó dormido, y despertó cuando las puertas de salida estaban cerradas.

De pronto, sonó la alarma de un auto. El sonido procedía del estacionamiento subterráneo. Tenía entradas por todas partes, protegidas por barrotes que bajaban en las noches. Los accesos daban a las avenidas. No se podía entrar por estas puertas, pero, sin embargo, sí por unas ventanillas, respiraderos, no tan selladas, ya que únicamente contaban con una malla delgada. En dos ocasiones, desde que Bonifacio Rueda trabajaba allí, unos rateros habían abierto la malla, entrando en el aparcamiento. Una vez allí, advirtieron que los elevadores estaban cerrados, y también el acceso a las escaleras metálicas. Por tanto, debieron salir por donde se metieron.

Bonifacio habló por radio a su compañero, para preguntarle por dónde andaba. Estaba en el segundo piso. Por tanto, Bonifacio se encargaría de la alarma. Bajó por la rampa eléctrica, que estaba inmovilizada y miró, por los amplios ventanales, al estacionamiento. Había tres autos olvidados.

-Como no cobran – dijo-, hay quiénes prefieren dejarlos aquí que

en la calle.

Le pareció que sonaba la alarma de uno azul que estaba junto a una pared. Los otros dos, uno rojo y otro marrón pálido, se hallaban más al centro, y cerca de las puertas corredizas.

-Si no lo detengo, va a sonar una hora, por lo menos. ¿Y cómo se para eso?

No tenía la menor idea. Pero iría a ver. Quizá estaba abierto. Si no detenía la alarma, les daría buena lata. Cogió la radio, y le dijo, a su compañero.

-¿Sabes cómo parar la alarma?

-No tengo la menor idea. Yo le pongo un hierro en el volante. Creo que debes abrir el auto, con un alambre, luego el capó y desconectar la batería. ¿Nunca has abierto uno con un alambre?

-No nací en tu barrio. Lo intento, y, si no puedo, te llamo.

-O déjalo sonar, hasta que se le acabe la batería.

-Es que yo voy a estar abajo un buen rato. Y ya me tiene loco. Te aviso.

Bonifacio abrió la puerta corrediza, con una de las llaves del manojo que colgaba de su cinturón. Pasó al estacionamiento, y se dirigió hacia el auto. El camino directo hasta el vehículo pasaba por delante de uno de los otros autos, el rojo. Afortunadamente, aquéllos dos no sonaban. En caso contrario, hubiera sido un verdadero escándalo.

El vigilante justo había cruzado ante el automóvil rojo, y estaba de espaldas a él. Una figura se alzó de detrás del coche. Vestía ropa negra de cuero, de motorista, con el casco puesto. Tenía la visera

bajada. Y como era oscura, no se le veía el rostro. Llevaba el brazo perpendicular al cuerpo, hacia delante. Eso sugería que empuñaba una pistola. No se veía, ya que estaba envuelta en una toalla. El fogonazo incendió la toalla. Un proyectil salió en busca de la espalda de Bonifacio. El vigilante lo recibió en plena columna. Antes de que el vigilante pudiese reaccionar, otra bala dio a poca distancia de la primera. El motorista dejó caer la toalla, porque ardía, y fue hacia Bonifacio, quien buscaba el suelo, sin pronunciar palabra.

El motorista pisó la toalla, con prisa, hasta que extinguió el fuego. La levantó y volvió a envolver el cañón de su pistola. Se acercó al vigilante y le colocó el arma junto a la sien. Bonifacio tenía dificultad para respirar. Quería gritar, pero no lograba acumular fuerzas para hacerlo. Tenía el rostro contra el suelo, e intentaba girar la cabeza para ver a su asesino. Vio el casco. Consiguió suficiente energía para musitar:

-Eres tú.

-Te dije que llegaría el día.

La toalla volvía a arder, por lo que el motorista la arrojó al suelo y la pisó. Cuando la apagó, la cogió con dos dedos y se la llevó consigo. Apresuró los pasos, para llegar al fondo del estacionamiento, un punto oculto a las miradas de quien bajase la rampa. Allí había una ventana con la malla rota. Era el acceso del homicida. Y, bajo la ventana, había colocado uno de los botes de basura que había en el acceso de la plaza al aparcamiento. El asesino subió, y, gracias a sus pocas carnes, se metió por la ventana, de un salto.

* * * * * * * *

*   *   *   *   *

Eloísa despertó a Miguel poco antes de las cuatro. El policía había logrado descansar, algo que no hacía últimamente. La barman le contó la razón de llegar tan tarde.

-Hoy tuvimos mucha gente, y no querían irse.

-Es final de mes, y han cobrado. Supongo que me habrán ingresado, en el banco, la propina que me dan.

-Y no llegó Lolo. ¿Lo habrán detenido?

-No sé. Depende de si suponen que es culpable.

-Las dos solas, hemos sudado para darnos abasto.

-¿Te quedaste a cerrar?

-Sí. Eso lo hace Lolo. ¿Crees que tenga algo que ver con lo de Chuy?

-No lo sé. No me han llamado. No pareces nada afectada por la muerte de Chuy.

-No. Creo que alguien le ha hecho un favor al mundo.

-A veces, opino lo mismo, cuando se trata de malvivientes.

Tuvieron un rato de sexo. Eloísa, tras la sesión, dijo que quería dormir, porque estaba extenuada. Miguel no tenía ya sueño, pero se acurrucó y cerró los ojos. Le llegó Morfeo al de un rato.

Eran las cinco de la madrugada, cuando sonó el teléfono portátil del sargento. Estaba sobre la mesilla de noche. No hacía mucho que Miguel se había dormido, y despertó sobresaltado. Sabía quién era, sin ver la pantallita. Se trataba de Poblano. Su voz sonaba a alguien a quien han despertado un segundo antes, y aún no logra aclarar la garganta.

-Me ha llamado Palacios, de la comisaría quinta. Dice que tiene un caso para nosotros.

-¿Somos el camión de la basura? ¿Agarramos lo que sea?

-Han matado a un vigilante, en el centro comercial Apolo. Dice su compañero que había recibido una de las llamadas amenazantes. Creo que ya tenemos al tercero que nos faltaba.

-¿Y no acudió a la policía? ¿Comisaría quinta?

-No, no fue con ellos. Palacios preguntó por qué, y el compañero le dijo que se hizo el valiente, porque estaba armado. Pero lo agarraron descuidado. Por la espalda.

-¿Dentro del centro comercial?

-Hicieron sonar la alarma de un auto, en el estacionamiento. El vigilante quiso apagarla, y bajó. Lo esperaba el serial. Todo muy bien pensado. Entró por una ventanilla que tiene malla en vez de barrotes.

-El tipo es muy listo. ¿A qué hora ha sido? – preguntó el sargento.

-A las cuatro y media. El vigilante llamó de inmediato. Ya sabes que tienen alarma preferencial.

-Hace media hora…

Garrido pensó, como siempre, en Lolo. Según Poblano, estaba en el hotel, con un detective a la entrada. Había que ver que el vigilante no se hubiera dormido. También estaba el encargado, quien solía cooperar con el Departamento. Por eso usaban ese hotel, aunque consideraban el bajo precio.

-El auto que sonaba era robado – dejo Poblano-. No lo sacaron cuando cerraron.

-Inteligente. Y muy bobos los del centro comercial. Podía ser un auto bomba.

-Imagino que tomarán medidas, de hoy en adelante.

-Cuando ya ha muerto una persona, por su negligencia. ¿Qué sugieres?

-Han ido los de guardia. Palacios nos pasa el caso. El serial es nuestro.

-Será tuyo, porque yo no tengo nada que ver con esos cabrones. ¿Las balas?

-Palacios no conoce las balas de los casos anteriores. El calibre sí coincide.

-¿Con cuál de las dos? Tenemos dos armas de distinto calibre.

-De los dos primeros. A Chuy no lo mataron con ésas balas, aunque sí recibió la llamada.

-Ni hoy es lunes. Me parece que lo del lunes no sirve de nada.

-Si no estuvieses tan seguro de que Lolo es el asesino, ni los lunes ni los que frecuentan el bar La Esquina. Voy a asegurarme de que no salió del hotel.

-Bueno, hay que ir con la familia. ¿Era casado?

-No lo sé. Nos vemos en la plaza comercial. Supongo que su compañero nos aclarará algo,

-Allí te veo.

Miguel abandonó la cama y se metió en el excusado. Se ducharía y….

-Vaya fin de semana que me espera.

No había entrado en la ducha, cuando salió corriendo del

servicio, y cogió su teléfono portátil. Fue a la sala, para no despertar a Eloísa, y llamó a la comisaría. Preguntó:

-¿Quién está vigilando el hotel Casa Blanca? Llámale, y pídele que se comunique conmigo.

Escuchó el teléfono justo al salir de la ducha. Un inspector le dijo:

-Estoy delante del hotel. Manuel Cifuentes no ha salido.

-Vete a asegurarte de que no hay otra salida. Se supone que no, y por eso usamos ese hotel. Habla con el encargado, y despierta a ese cabrón. Quiero estar seguro de que no se ha movido.

El detective entró en el hotel. El encargado no estaba feliz, porque eran las cinco y cuarto, y casi no había pegado ojo en toda la noche. Hubo gente subiendo y bajando, unos que pedían un cuarto y otros que entregaban la llave.

-¿Has visto salir a Miguel Cifuentes? ¿O bajar por la escalera?

-No, no lo he visto. Supongo que no se ha movido de su cuarto.

-Comuníqueme a su cuarto.

-Estará durmiendo.

-¿Eres su madre? Quiero comprobar que esté ahí.

-Yo no lo he visto salir.

-¿Qué tal si me comunicas con él?

Sonó la voz de Lolo. No había tenido tiempo de aclarar la garganta. El tono era de malestar.

-Quería saber si estaba usted en su cuarto.

-¿Y dónde pensaba que estaría? ¿Qué quiere usted?

-Molestar. Mi jefe estaba muy preocupado por su salud.

-Dígale que se vaya a… ¿Está satisfecho?

El detective le dijo al sargento que Cifuentes estaba en su cuarto, y que ni él ni el encargado lo vieron salir.

* * * * * * * * * * * * *

El centro comercial abría, al público, a las ocho. Ciertas personas, de limpieza, o dependientes de los comercios, llegaban antes. De todas formas, la policía tenía tiempo suficiente para interrogar al vigilante. Éste se llamaba Simón García, y llevaba unos años trabajando en el mismo turno que Bonifacio. Por tanto, lo conocía bastante bien.

-No, claro que no. Mariana no ha tenido otro esposo que Boni –respondió Simón-. Creo que ni un novio. Es que ellos se conocieron en su pueblo, se casaron, y luego vinieron a San Pedro.

-Así que de eso nada. ¿Y una amante? – preguntó Poblano.

-¿Bonifacio? No, hombre, Bonifacio ni mira a las bellezas que vienen a la plaza. Cuando entramos, antes de cerrar, o el rato que estamos, por la mañana, viene cada una que quita el hipo.

-¿Y Bonifacio no las mira? Así que asunto de cuernos nada – dijo Adalberto-. ¿Sabe si tenía algún enemigo?

-No, ninguno. Bueno, lo normal. Ya sabe que en el turno de día siempre hay que llamar la atención a alguien. Pero, no pasa de algunas palabras. Fue el loco ese de las llamadas. Me dijo que le había llamado, y que lo esperaba.

-No sabía que podían dispararle por la espalda – manifestó Garrido-. No es el Oeste, cada uno en una punta de la calle. Así que

nada de otras personas, ni por su parte ni por la de su esposa.

-Esto nos rompe los esquemas – observó Poblano, al alejarse del vigilante-. No es lunes, y nada de amantes o novios despechados.

-¿Y el bar? Oiga- Garrido llamó a Simón-. ¿Conoce el bar La Esquina, en la calle Natividad?

-No. Yo no voy a bares. Estoy soltero, pero… - les guiñó un ojo-, con lo que aquí tengo suficiente.

-¿Y Bonifacio? ¿Sabe si él iba a bares?

-¡Ni loco! Boni no bebía, y jamás se metería a un bar, ni a por un refresco. Lo suyo era la familia. Cuando podía, los llevaba a un parque o al campo.

-Vaya hombre ejemplar – comentó Garrido-. Siempre mueren los buenos.

-Ahora entiendo por qué sigues vivo.

-¿Qué se te ocurre, genio?

-Comprarnos paraguas. Nos va a caer un chaparrón de época.

-Al jefe sólo le importa Gimeno Ortuzar. Mientras no maten a ése, puede morir toda la ciudad.

-Mira quién viene por ahí.

Sonia, la sicóloga del ayuntamiento, se aproximaba. Iba vestida con ropa deportiva, como si pensase ir a alguna pista, a correr.

-Se va de casa de madrugada- dijo el sargento-. No aguanta a su marido.

-Vas a tener que levantarte temprano, y hacer ejercicio.

-¿Más ejercicio? ¿Te parece poco el que hago?

-De otro tipo. Tienes músculos que no conoces.

-Tengo uno que, últimamente, se ha vuelto muy popular.

Se acercó un detective. En una bolsa de plástico llevaba una bala. La mostró a sus superiores, diciendo:

-Es igual que las otras. Calibre .38.

-La de la segunda arma es .357 – recordó Poblano-. Yo creo que no hay duda de que son dos.

-No creo en coincidencias- repuso Garrido-. Puedo admitir lo de Dioni, pero no lo de Chuy. O esperaban a Lolo, o lo mataron porque era del trío amenazado. Nadie se mete en una casa, a robar, con una .357 y le pega un balazo a quien aparece. ¿O sí?

-Pudiera ser. Pero lo de armar ruido, para que se descubriese el asesinato de inmediato, no va con eso – opinó Poblano.

-Así que…, mientras no tengamos alguna prueba, yo creo que es el mismo asesino con dos armas.

-Y dos métodos. Dioni no estaba sentenciado.

Sonia llegó junto a los hombres. Les dio la mano, al decir:

-Me llamaron de la comisaría. Estaba corriendo-. Al ver los rostros de perplejidad de los policías, agregó-. El capitán ordenó que me informasen si ocurría algo. ¿Qué tenemos?

Poblano le puso en antecedentes de lo que había acontecido. Sonia caviló un segundo, bajo la atenta mirada de los hombres, y dijo:

-Sabe que matar un día de la semana, así como a una hora fijada, proporciona datos. Asesinar a un vigilante armado indica que va adquiriendo confianza y valor. Quizá podamos tener un mejor perfil. ¿Podremos reunirnos en…? – Miró su reloj de pulsera-. Tengo que ir a casa, a cambiarme, y está un poco lejos. Llamaré un taxi.

-El sargento puede llevarla – dijo Poblano, con una amplia sonrisa.

-Se lo agradecería mucho.

-¿No tienes que pasar por tu casa, para bañarte? – Le preguntó Adalberto al sargento-. Es que ha estado toda la noche patrullando. Noche de viernes.

-Me parece muy bien. Voy a avisar a mi esposo.

Sonia se alejó. Garrido acercó su cabeza a la de su ayudante, y rugió:

-¿No puedes estarte callado? Estoy muerto.

-Ella te revive. Ha puesto cara de no haber recibido el "casero".

Sonó el portátil de Poblano. El inspector lo abrió, y dijo:

-Es Fernández. Lo envié al hotel Casa Blanca. ¿Qué has descubierto? – le preguntó el detective.

Poblano escuchó atentamente, un rato. Luego, le pasó la información al sargento.

-Lolo dejó la moto en el estacionamiento. No la sacó por la noche. Hay un vigilante, y él tiene llave de la puerta. No pudo usar la moto.

-¿Y si salió a buscar un taxi? – preguntó el sargento-. Hay que investigar las compañías de taxis. ¿Hay autobuses en la madrugada?

-No, entre las dos y las cinco. Y muy pocos después de medianoche. Y estaba Ruiz vigilando la entrada. Lo hubiese visto abordar un taxi

Adalberto repitió lo que dijo Fernández, quien había preguntado al encargado de la recepción.

-Entonces, sólo pudo venir volando – opinó el jefe.

-¿No hay por dónde salir, si no pasa ante la recepción? –preguntó por teléfono. Luego le dijo a Miguel-. El encargado asegura que no salió, porque estuvo despierto toda la noche. De todas formas, mira, en otro cuarto cuyas ventanas den a la misma calle – le ordenó a Fernández.

-¿No hay salida de emergencia? ¿Una escalera? - preguntó el sargento-. Haría una cuerda con las sábanas.

Cuando cortó la comunicación con el detective, Adalberto miró a su jefe, y expresó:

-Estás obsesionado con Lolo. ¿Por qué? ¿Porque te lo dicta tu olfato? Mételo entre las piernas de ella – movió la cabeza hacia Sonia, quien aún hablaba por teléfono-, para que cambies de aroma.

Poblano se alejó de Miguel. Éste se quedó pensativo. Podía ser que su amigo estuviese en lo cierto, pero no se le quitaba de la cabeza que Lolo y Eloísa tenían algo que ver con los asesinatos. Ella sabía mucho más de lo que decía, y él era el que les metía las balas. No sólo era olfato, sino que algo le atormentaba, sin que pudiera saber qué carajo era.

CAPÍTULO IX

El sábado se convirtió en uno de esos días de locura. Los jefazos, desde los lugares en los que descansaban, no dejaron de molestar por teléfono. Llamaron a la comisaría, a Sonia, a Garrido y a quien se les ocurrió. Ahora ya no se trataba de Gimeno Ortuzar, el abogado de la familia importante, sino de los dueños del Centro Comercial Apolo. Que matasen en su negocio resultaba muy mala propaganda. No tenían en cuenta que se podía entrar por la ventanillas de ventilación, porque la malla se quitaba con un abrelatas. Pero, para ellos, era inconcebible que la policía no hubiese detenido al asesino, después de una semana.

Sonia y Garrido iban hacia la casa de ésta, después de "una ducha" en la de él, cuando la mujer recibió una llamada del mismo alcalde, quien le preguntó si tenían algo. Ella le dijo que estaban en eso, y que dedicaría el fin de semana a confeccionar un perfil del asesino, para que un dibujante hiciera un retrato aproximado, y se

pudiera repartir por la ciudad. Al alcalde le pareció un progreso, e instó a la sicóloga a trabajar el fin de semana en ello. Miguel imaginó que él debería ayudar a la confección del retrato, y en casa de ella, para no tener distracciones.

-Ésta me va a llevar a la tumba – pensó el sargento.

Sonia le había dicho, poco después del episodio en la ducha, que su esposo iba a jugar al golf a eso de las nueve, por lo que no estaría en casa, cuando llegasen. Aunque estaban limpios, podrían ducharse de nuevo. Garrido aceptó, ya que no podía hacer otra cosa. No le convenía quedar mal con las autoridades, y Sonia llevaba muy buena amistad con el alcalde. Incluso el mandatario dijo que la sicóloga lo saludase en su nombre. Ella pensaba transmitírselo en la ducha.

Poblano fue al hotel Casa Blanca, y revisó el estacionamiento. Estaba en la trasera del edificio, y tenía una valla alta, con una malla sobre ésta. Habló con el vigilante, y el hombre le dijo que la moto seguía allí, desde que llegó Lolo. Según el agente que lo vigilaba, el hombre dormía en su habitación. Adalberto subió a uno de los cuartos del primer piso, y vio que la ventana estaba alta, al menos para intentar un salto. Daba a una calle lateral, que seguramente no estaba muy transitada, por las noches.

-Pero necesita una escalera – dijo Poblano.

Ahí estaba el detalle. Garrido culpaba a Lolo, porque no tenía otro sospechoso.

-Eloísa – pensó Poblano-, pero este bobo no quiere reconocerlo. Va a perder su empleo por culpa de unas nalgas. Bien acabadas, pero no únicas.

El detective caminó tres calles, para llegar ante la casa de Eloísa. El analista de la comisaría le dio las direcciones de quienes, estando dentro del caso, habitaban cerca. La vivienda de Eloísa era la más próxima, y luego la de Justina, la novia de Laureano. Poblano buscó un lugar en el que la mujer guardase su moto. No la dejaría en la calle, porque los rateros se la podían llevar cargando. Preguntó en las tiendas, y obtuvo la dirección de una nave vieja, a la que habían acondicionado como estacionamiento. Fue allí, y habló con el encargado. Éste consultó un libro, en el que anotaban a quien entraba y salía.

-No es estacionamiento por veinticuatro horas - explicó el hombre.

-¿Y de qué sirve el control?

-Porque cada uno tiene su horario, por el que paga. Pero hay listos que contratan pensión nocturna, y quieren meter su vehículo a media tarde. El jefe es muy estricto en esto, y nos obliga a llevar el libro.

-Es buena idea. ¿Así que la moto de Eloísa Cruzados…?

-A las tres y veinticinco. Y no la ha sacado aún. Ella paga tarifa y media, porque la deja de madrugada, y debe venir a buscarla antes de las doce.

-Ya. Así que a las tres y veinticinco, y no ha salido. Oiga, ¿y si ella envía a alguien a buscarla?

Poblano quería demostrarle, a su jefe, que Lolo no pudo moverse del hotel, al menos en su moto o la de Eloísa.

-A ver si deja de joder con Lolo – pensó.

-Tenemos orden de no dársela a nadie. Ni aunque sea su padre. Eso lo especifica cada cliente.

-Perfecto. Muy agradecido.

Con todo aquello, sería imposible demostrar, al menos ante un jurado, que Lolo salió del hotel, fue al centro Apolo, mató a Bonifacio y regresó.

-Será El Hombre Araña.

No teniendo nada más que hacer, ya que darle la aciaga noticia a la viuda era asunto de los sicólogos de la policía, decidió irse a su casa, y pasar sábado y domingo con su familia.

-A Miguel no lo va a soltar la sicóloga. ¿Qué carajo verán las mujeres en él? Sólo se fijan en el físico.

Antes de irse a su casa, pasó por la comisaría, para dar algunas instrucciones. No era sargento, pero ya se lo creía, por eso de que a Garrido lo iban a promocionar a teniente.

-Necesito saber cuándo liberarán el cadáver – le dijo a un inspector-.- También dónde lo van a velar, la hora del funeral y el nombre del cementerio.

-¿Para qué quieres todo eso?

-Quiero ver qué gente acude.

-¿Crees que el asesino vaya a darle el pésame a la viuda?

-Muy posiblemente. Que no se te olvide. Y si te vas, ya sabes el procedimiento de cambio de turno. Habla con los del depósito, y que no lo suelten si no estoy presente.

-Oye, Ada, ¿ya eres sargento?

Ada, apócope de Adalberto, venía a ser algo así como un insulto,

pues suena exactamente lo mismo que hada. Algunos le llamaban madrina, con mayor guasa, burla, mofa, escarnio y befa.

-Soy el que folla con tu hermana. ¿Algo más que aclarar?

-¡Vaya carácter! Deberías follar más a menudo. Yo te prestaría a mi hermana, si tuviera una.

Sonia y Garrido se pasaron el sábado en casa de éste, preparando el perfil. El sargento no entendía cómo podía ella definirlo como delgado, basándose en la posibilidad de ser alguien nervioso. ¿Y por qué sabía que era nervioso?

-No quiso seguir su propio método, y mató la noche del viernes. Es madrugada de sábado, pero se considera obscuridad de viernes. Es alto, por lo que dice el forense de la trayectoria de los disparos. También debe estar delgado y ágil, para meterse por esa ventana tan estrecha. Así que alto y delgado. No creo que use bigote o barba. La gente como él son pulcros en su aspecto.

-¿No se es pulcro con bigote?

-Digamos que sí, en términos generales; pero los obsesos piensan que ahí se acumulan gérmenes. Y también en el pelo largo. Seguro que lo usa corto. Nada de tatuajes, pendientes o piercings.

-¿Casado o soltero? – Garrido lo preguntó con ironía-. ¿Folla mucho o como tu esposo?

-Soltero y vive solo. Imagino que es un masturbador compulsivo. Mi esposo ni siquiera se masturba. Tiene orgasmos “virtuales”, inducidos por el ego.

-Eso de la masturbación sí me interesa. Yo… “antes”, también solía darme gusto a solas. Es que no tenía con quién.

Garrido pensó que ahora le gustaría hacer algo a solas. Quizá no se masturbaría, porque no tendría fuerzas para ello, pero le encantaría estar solo, aunque fuese en el retrete o viendo una película.

-No puede encontrar una mujer a su gusto – explicó la sicóloga, quien seguía con el asesino-. Si es perfeccionista, ninguna es digna de él.

-¿Por qué es perfeccionista? Más bien, ¿cómo lo deduces?

-Lo de los autos. Robó dos, y los dispuso de forma que se pudiera parapetar en uno, mientras el vigilante iba hacia el otro.

-Es un tipo muy inteligente. Eso es seguro.

-Sabe disparar. Puede ser que estuviese en el ejército o la policía. Elabora un plan, y lo sigue al detalle. Mente fría y calculadora.

-¡Joder, Sonia, eres un genio! ¿O se dice genia?

-¿Qué te parece si tomamos un descanso, y luego seguimos?

Garrido asintió con la cabeza. ¿Descanso? Los descansos de ella le dejaban, a él, más exhausto que los maratones a través de la ciudad.

-A ver si tengo… fuerzas - dijo.

-Para eso hemos comprado esas vitaminas, la proteína y el reconstituyente. Verás como hago que te entren ganas.

-No lo dudo.

Miguel imaginó que el esposo de Sonia iba al golf, para descansar. Quizá los domingos remase, subiese montañas o… Cualquier cosa sería menos extenuante que pasar un fin de semana con Sonia.

-¿Qué carajo es eso de orgasmos virtuales? – preguntó.

-Que le parece que goza, pero en realidad lo sueña. Se fatiga

antes de llegar a la eyaculación. No le duran mucho las erecciones. No es como tú.

-Yo soy único. Te agradezco que me alabes, pero no hace falta. Yo follo sin estimulación virtual. Como hacía mi abuelo.

* * * * * * * * * * * * *

Con excepción de Miguel Garrido, todo el mundo se relajó el fin de semana. Sonia terminó su perfil, un poco antes del mediodía del domingo, con lo que pudo irse a su casa. Comería con su esposo, y luego verían una película.

-Que sea porno – le aconsejó el sargento-. Quizá le haga falta inspiración.

-O unas píldoras azules. O quizá no regar el semen fuera de casa.

Garrido no comería, ni vería películas, ni pensaría. Según ella se fue, se tumbó en la alfombra, desmayado más que dormido. Despertó a las cuatro de la tarde, y se metió a la cama. A las cinco, le llamó Adalberto, para comunicarle que el cuerpo del vigilante le sería entregado a la familia, el lunes al mediodía. No sabía cuándo sería el funeral, pero seguramente el lunes por la tarde, y posiblemente también el entierro. En horas de trabajo les resultaría incómodo a los parientes.

-Me avisas – dijo el sargento, con un hilo de voz.

-¿Estás solo? No creo que te puedas acostumbrar a no tener nadie debajo.

-¡Muérete! Esta mujer es un peligro para la sociedad.

-Será un peligro para ti, porque a mí no me ha hecho nada.

-Es que tiene buen gusto.

También le llamó Eloísa, para informarle que el domingo, es decir: aquella noche, cerraban temprano, y no abrían los lunes. Por tanto, desde las once, más o menos, estaría en casa. Miguel inventó que el domingo tenía guardia, por lo dejaría la visita para el lunes.

-¡Lunes! – gritó-. Tengo que asegurarme de que Lolo no salga.

Considerando que el barman estaría el domingo en el hotel, debía obligarle también el lunes. Así que llamó a Adalberto, para que no quitase la vigilancia, aunque tuviese que ir con un juez. Lo que fuese necesario, pero que no consistiese que Lolo abandonase el hotel.

-El lunes no trabaja. Bueno, los demás días tampoco, por la mañana; pero el lunes no abren – le dijo a Adalberto-. Creo que podrá seguir ahí.

-Ya lo tenía en mente – mintió el ayudante, moviendo la cabeza en la típica expresión de "qué pesado"-. Está en el orden del día, mantener vigilancia. ¿Algo más?

-No, por el momento. Si me acuerdo, te llamo.

-Eres mucho más agradable cuando estás con alguna de tus novias. ¿Por qué no vas a ver a Eloísa o a Marta?

-Porque no tengo fuerzas. Le voy a llamar a Marta, pero porque no quiero que me olvide.

* * * * * * * * * * * * *

Pasó el aburrido domingo, y amaneció un lunes muy agitado. Para comenzar, el capitán estaba de malas, porque con tanta llamada le estropearon el fin de semana. Así que descargó su furia con Garrido

y Poblano, y se calmó un poco cuando apareció Sonia. Ella le mostró el perfil que un dibujante había trazado, y el capitán se asombró.

-¿Esto se puede elaborar en base a los actos de este tipo?

-Yo no lo creía, pero… Oye, se parece a Lolo.

Miguel no había visto el retrato, ya que éste lo elaboró el dibujante, con las premisas de la sicóloga, quien le iba indicando si se parecía a lo que ella imaginaba, de acuerdo con lo que le enseñaron en la universidad.

-O a cualquier tipo flaco y feo – opinó Poblano-. Estás obsesionado con ese tipo.

-Hay algo raro en él. Mi olfato no me engaña.

-Te ha engañado una de cada cinco veces – le recordó el detective.

-Ésta es una de las cuatro.

Una voz sonó en el pasillo. Llamaba al sargento. El inspector habría ido a su despacho, y vio que no estaba. No sabía que se hallaba con el capitán. Alguien le dijo que abriese la puerta, sin tanto grito, y el hombre se asomó:

-Miguel, es tu esposa. Dice que tiene un grave problema.

-Eso es imposible, porque ya están divorciados – opinó Poblano.

El capitán y Sonia prorrumpieron en carcajadas. Miguel esperó a que sonase el teléfono, y lo cogió. Apenas escuchó dos palabras, cuando dijo:

-Espera un segundo. Está aquí el capitán. Voy a poner el altavoz – eso hizo-. Ya puedes seguir.

-Hola, capitán. Ha sucedido algo terrible.

-¿Qué ha pasado, Martina? – El capitán se acercó al teléfono, y se sentó en su sillón.

-Hace poco, alguien ha llamado, para decirnos que mataría a mi marido.

-¿A Miguel? No, ya, ya. A Conrado.

-Sí, a Conrado. Dice que era una voz metálica. Iba en el auto, cuando lo llamaron. ¿Qué hacemos, capitán?

-No ponerse nerviosos. Creo que… ¿Puede ir a verles?- le preguntó a Sonia-. La acompañas tú -. Señaló a Poblano.

-¿Y yo qué hago?- preguntó Miguel.

-Martina, quédate en casa. Ahora mando gente. Dile a tu marido que regrese. No hables con nadie, ni respondas al teléfono. Ya conoces a Adalberto, ¿verdad? Él va para tu casa, con la señora Sonia Rendón, del ayuntamiento. No le abras a nadie, hasta que ellos lleguen.

-Gracias, capitán.

Eusebio cortó la comunicación. Miró a Miguel, con el ceño fruncido, y le dijo:

-Tú no te puedes encargar del caso. Desde ahora, verás otros.

-¿Cómo? ¿Por qué no puedo seguir con esto? Es mi caso, Eusebio.

-Era tu caso. Ahora eres parte de él.

-¿Qué carajo parte de nada? ¿Acaso soy sospechoso o qué?

-No eres sospechoso, pero ella es tu esposa. Se llama conflicto de intereses.

-Mi ex esposa. Además, no le han amenazado a ella, sino a su marido. Él es un desconocido para mí.

-Quizá, pero desde ahora estás al margen.

-No me parece acertado que lo saque del caso – intervino la sicóloga.

-No lo hago por considerarlo sospechoso, sino porque ahora es conflicto de intereses. Se trata de allegados. Siempre hacemos eso.

-Está divorciado de la señora del amenazado. No veo el conflicto de intereses. ¿Cree que oculte pruebas, si las halla?

-No se trata de lo que yo crea o no, sino que así es la norma.

-Y le va a hacer el juego al asesino. ¿No ve que lo ha amenazado, precisamente, para que saquen a Miguel del caso?

-Lo voy a suspender, y usted queda a cargo, con Poblano. Ahora bien, si usted quiere que la ayude Garrido, le puedo dar vacaciones, y cerrar los ojos. Es su asunto, pero extraoficialmente. Yo no sé nada de eso.

-¿Por qué cree que el asesino ha hecho esa llamada? Precisamente para que pongan a otro, y comience desde cero.

-Nos va a ayudar – opinó Poblano-. Tiene buen olfato.

-Lo dejo en sus manos. No lleves placa, ni la pistola oficial – le ordenó a Miguel-. Estás de vacaciones, desde ahora.

Garrido dejó su arma, y la placa, sobre el escritorio del jefe. Sonia salió del despacho, para encargarle a alguien que sacase copias del rostro del hipotético asesino. Poblano, al estar en el corredor, le dijo al sargento, en voz baja:

-Ahora trabajas para mí. Nada de acostarte con sospechosas, nada de…

-Tu esposa no es sospechosa, ¿verdad?

-Oye, en serio, ahora sí creo que Eloísa está en esto.

-Me parece que tienes razón. ¿Cómo pudo el asesino saber el número de portátil de Conrado?

-Lo mismo que tú le hiciste al de ella.

Los dos hombres se detuvieron en medio del pasillo. Miguel sacó su teléfono y buscó un nombre. Se lo mostró a Poblano. Era "Conrado". El sargento marcó. Al de poco, sonó la voz del actual esposo de Martina. Sabía quién le hablaba.

-Conrado, regresa a tu casa. Vamos para allí. Oye, ¿fue una voz metálica?

-Así es. Sonaba como en las películas de terror. Apenas pude entenderle, y ni quise. ¿Por qué a mí, Miguel?

-Eso debemos averiguar. ¿Fue hace mucho?

-Una media hora. Justo llegaba a mi trabajo. Llamé a Martina, y ni siquiera entré a la oficina. Me he quedado en el auto, sin saber qué hacer. Ahora voy de regreso a casa.

-En un rato estamos allí. No le abras la puerta a nadie.

-Gracias, Miguel. Seguiré tu consejo.

-Hay que entrar al hotel, y registrar a Lolo- le dijo Miguel a Adalberto-. Y lo mismo a Eloísa.

-No tenemos orden judicial.

-Nos han dicho que venden droga, y hacemos un cateo. Hay que localizar el teléfono desde donde han llamado. Debe ser un portátil sin registrar.

-No sabemos el número. No se lo has preguntado a Conrado.

-Hazlo tú. Voy a una necesidad fisiológica, y os sigo. Me esperáis

abajo.

Poblano cogió el teléfono que le dio su jefe. Pulsó la tecla, cuando tuvo delante la palabra “Conrado”. Miguel fue hacia el retrete. Sonia se cruzó con él. El sargento le dijo:

-Ahora mismo os alcanzo.

* * * * * * * * * * * * *

Mientras bajaban por la escalera, Poblano le comentó a Sonia:

-Miguel está obsesionado con el barman de La Esquina. Me ha pedido que le ponga vigilancia a toda hora. Está en un hotel.

-Ya no. Bueno, hoy ya puede regresar a su vivienda. ¿No te lo han dicho?

-No. ¿Ya han terminado de examinar el apartamento?

-Sí. El ayuntamiento decidió que era caro tenerlo en un hotel, y pidió que tomasen todas las huellas, o lo que fuese, y liberasen su vivienda. Además, o le acusamos o lo soltamos.

-¿Y vamos a vigilar su casa?

-El capitán ha decidido que no, porque no hay suficiente gente. Habló conmigo, anoche, y le expliqué que el asesino no es una persona de empleo fijo, y menos dueño de un apartamento.

-No sabía eso. ¿Se lo has dicho a Miguel? No le gustará.

-Son órdenes de su jefe. Miguel lo está tomando muy personal, y eso no es bueno. Yo también opino que ha perdido la objetividad.

Sonia se detuvo, y Poblano la imitó. La mujer quería transmitirle, frente a frente, lo que pensaba.

-No creo que ésos del bar sean los asesinos.

-Yo opino igual. No sé por qué Miguel no lo ve.

-Imagino que es por alguna razón personal. ¿No es así?

-¿Personal? No hay nada personal en…

-No me tomes por boba, Adalberto. Miguel se acuesta con Eloísa, y odia a Lolo, aunque sabe que es gay.

-Vaya. ¿De donde has sacado todo eso?

-De la observación, y escucharle hablar de esa mujer. Por eso, le he pedido al capitán que no gaste recursos en una obsesión sin fundamento.

-Estoy de total acuerdo. Así que vamos a buscar por otra parte.

* * * * * * * * * * * * *

A Lolo le comunicaron que podía irse a su casa, y que pasase a cobrar lo del hotel. Rugiendo contra las detectives, Lolo se dirigió a su morada. Dejó la moto aparcada junto a la acera, y le puso una cadena de seguridad. Metió la mano en una de las alforjas, y sacó un pequeño maletín. Subió a su casa, y revisó bien todo, ya que quizá la policía se llevo algo, "como prueba".

Una vez en su vivienda, llamó a Eloísa, para decirle que ya estaba en casa. Y terminada esta conversación, hizo algo extraño. Sacó del pequeño bolso un chip, que cambió por el que estaba en el interior del teléfono portátil. Cuando el teléfono funcionó, buscó un nombre y pulsó la tecla. Respondió un hombre.

-Ya me han dejado en paz – dijo Lolo.

-¿No te estarán vigilando?

-Es posible. No me preocupa.

-¿Seguimos adelante? Yo ya tengo prisa. Se nos acaba el tiempo.

-No creo que pase de esta semana.

-¿Crees? ¿Cómo que crees? Está en tus manos, así que no se trata de creer.

-De acuerdo. Es seguro que será esta semana. ¿El jueves?

-En eso quedamos. El jueves sin falta.

Lolo cerró el aparato. Buscó en el bolso, y extrajo otro chip. Para no equivocarse, les había pintado un punto de distintos colores. En la era de la tecnología, el teléfono portátil se había convertido en la máscara del Renacimiento. Así que tenía dos números en un mismo aparato.

* * * * * * * * * * * * *

Sonia y Adalberto estaban esperando a Miguel, junto al auto de la sicóloga. La mujer le había dado las llaves a Poblano, quien conduciría. Si Garrido se sentaba de copiloto, la mujer iría atrás, pareciendo detenida.

Se acercó un hombre. Por el aspecto se notaba que era un pordiosero. Llevaba en la mano un teléfono portátil. Se lo mostró a la pareja, diciendo:

-No sé cómo funciona. ¿Me pueden explicar?

-¿Es tuyo? – preguntó Poblano.

-Me lo he encontrado ahí atrás, en la basura. Pero no sé cómo funciona.

Sonia y Poblano se miraron, con dudas en los rostros. El detective señaló a su derecha, y preguntó al pordiosero:

-¿En el callejón?

-Sí, ahí. Cayó de una ventana. Lo saqué del contenedor.

-Algunas ventanas de la comisaría dan al callejón. El contenedor está debajo de ellas – le explicó a Sonia.

-Alguien se cansó de este aparato. Es que no funciona.

-¿No sirve?- - preguntó el mendigo.

Poblano tomó el teléfono, de manos de Sonia, y lo abrió. Él sabía de tales artilugios.

-No tiene chip. Sin chip no funciona – le dijo al hombre.

-El chip se lo pueden poner a otro, ¿no? - indagó la mujer.

-Sí. El chip es realmente lo que sirve, en donde están las direcciones y el historial, y todo lo que puede hacer el aparato. Lo demás es adorno.

-¿No sirve?- insistió el hombre, desilusionado.

-No, no sirve. Quizá te den dos dólares por él.

-Yo le doy dos dólares – dijo Sonia.

La mujer sacó los dólares y se los entregó al pordiosero. Luego guardó el aparato en su bolso.

-Ya viene Miguel – anunció Poblano-. ¿Para qué quieres el aparato?

-Para ponerle un chip y regalárselo a mi sobrino.

-Cuesta lo mismo un chip que un aparato.

-Me gusta este diseño. Yo tuve uno así, hace años. ¿Me esperáis un momento? – le preguntó a Adalberto-. ¿Me acompaña? – le pidió al pordiosero.

-Yo no he hecho nada.

-No se preocupe. Le daré otros dos dólares si colabora.

-¿No me engaña?

-Por supuesto que no. Usted nos puede ayudar.

Sonia entró en la comisaría. Adalberto se quedó mirando su espalda. Cuando Miguel llegó a su lado, el detective dijo:

-Está muy rara Sonia. Es el síndrome del nuevo jefe.

-Debe hacer méritos, si quiere llegar a alcaldesa.

Sonia y el pordiosero entraron en la estación de policía. La sicóloga se dirigió a uno de los detectives. Martín Estévez era de los suyos, considerando como afines a los allegados al capitán. Había quiénes buscaban puntos, y no por el procedimiento de lograr éxitos policíacos.

-¿Puedes ver qué huellas hay en este aparato? – preguntó Sonia.

-Por supuesto. ¿Y él?- señaló al mendigo.

-Él trajo el portátil, así que estarán sus huellas. Le das estos dos dólares, cuando termines-. Puso dos billetes en la mano del detective-. Seguro que están las de Poblano y las mías. Me interesan otras.

-Veré qué encuentro.

Sonia dejó al mendigo con el inspector, y volvió a salir al estacionamiento. Poblano y Garrido charlaban junto al auto.

-¿Qué fue eso del portátil?- preguntó Miguel.

-Ese mendigo encontró uno sin chip. Tal vez nos diga algo.

-Como que alguien se cansó de él – opinó el sargento.

-¿Por qué tirarlo aquí?

Los dos hombres no respondieron. Ambos se metieron en el auto, listos para ir a ver a la ex de Miguel.

*   *   *   *   *   *   *   *

*   *   *   *   *

El trío llegó a casa de la ex esposa de Miguel. La mujer abrió la puerta. Saludó de beso a los tres, sin distinción para quien fue su marido. Luego los condujo a la sala. Allí, Conrado, un hombre alto y fornido, se hallaba sentado en el sofá. Tenía delante de sí una taza con tila. Se notaba que estaba muy nervioso.

-Sentaos – ofreció Martina. ¿Por qué crees que le han amenazado a él?

La pregunta iba dirigida a su ex esposo, pero Sonia consideró que ella era la indicada para responderla.

-El asesino sabe que Miguel lleva la investigación. Lo está retando.

-Lo siento, Conrado – dijo Garrido-. Yo no imaginé que podía suceder algo así.

-No es tu culpa – manifestó Sonia, en tono de orden-. Eso sucede con frecuencia. Loa asesinos seriales no matan sólo por satisfacción, sino como un reto a las autoridades. Hubiese hecho lo mismo con otro.

-Pero yo no estaría en la mira – opinó Conrado.

Miguel podía argumentar que no debió haberse casado con la ex esposa de un policía. Más bien no debió haber coqueteado con ella. No por la remota posibilidad de ser el objetivo de un asesino serial, sino porque el sargento podía volverse loco y pegarle unos balazos.

-¿Desde qué número te llamó?-preguntó Poblano.

Sonia le dirigió una mirada de reproche. Ella dirigía la

investigación. Por ello, hizo otra pregunta, antes de que Conrado diese el número registrado en su portátil:

-¿Tenía voz metálica?

-Sí. Sonaba como la de los aeropuertos.

-Se distorsiona con un aparato muy simple, que se coloca en la bocina del teléfono- dijo Miguel.

Conrado le dio el teléfono a Adalberto, y éste buscó la llamada que coincidía con la hora que el amenazado dijo.

-¿Es la misma persona? – preguntó Sonia.

-No – dijo Poblano-. No es ninguno de los otros números. Pero no parece de una cabina, sino de un portátil.

-En cada caso, ha usado un número distinto, de cabinas - le recordó Sonia-. El que se registró en el bar La Esquina también es distinto. Como éste, salió de un portátil.

-¿Crees que cambie de chips?- preguntó el detective, recordando lo sucedido en la mañana.

-Casi seguro. No son rastreables, pero quizá no quiera llevarlo encima, por si lo detienen. Después de unas llamadas, lo tira, y usa otro para la siguiente. Valen veinte dólares.

No había mucho más que preguntar, por lo que Sonia indagó si tenía enemigos, qué había sucedido en el último mes, y algunas cosas más. Miguel le preguntó:

-¿Conoces el bar La Esquina?

El sargento recibió dos miradas de reproche, una de cada colaborador. Seguía empecinado con Lolo. Poblano creyó que debía decirle que Lolo había sido borrado de la lista de sospechosos.

-Los jefes han decidido que Lolo puede regresar a su casa, y que ya no se le vigile.

-Ni se le moleste – amplió Sonia, aunque eso era cosa suya, no de los jefes.

-¿Cómo? ¿No van a vigilar a Lolo?

-Ni a Eloísa – añadió la sicóloga-. Consideramos que ese bar no tiene nada que ver. ¿Conoces ese bar, Conrado?

-¿La Esquina…? No, no me suena.

-En la calle Natividad, en el centro. Tú trabajabas, antes, a dos calles – le recordó Miguel.

-Tal vez fui, pero hace más de un año. ¿Está en la esquina, supongo?

-Sí, en la esquina – dijo Miguel-. Hay que bajar unas escaleras, y la barra se encuentra al fondo.

Miguel continuaba con lo suyo, aunque Sonia le miraba conminándolo a callar. Poblano se había encogido de hombros, y desentendido de lo que el sargento dijera. Sabía que era terco, y muy difícil de convencer.

-Me parece que sí. Bajando una escalera, y la barra al fondo. Un par de veces, cuando trabajaba en el centro.

Sonia relajó la tirantez de su rostro. Adalberto sonrió. Miguel había logrado demostrar lo que quería. Quizá se habían equivocado con Lolo, y el olfato de Garrido funcionaba muy bien.

-De todas formas, eso no nos dice nada. Miles de personas habrán entrado en ese bar – dijo la sicóloga-. A Conrado lo han amenazado por su relación contigo. Es el mismo caso que los otros.

-¿Qué otros? – preguntó Martina-. ¿Los que ha matado?

-Y uno que está escondido – respondió Poblano-. También ellos… - Miró a Sonia, ya que no sabía qué más decir.

-No es lo mismo – manifestó la jefa-. Está claro que se debe a que estás casado con Martina, que fue esposa de Miguel. Y… los hijos.

-¿También los va a matar?

Martina se soltó a llorar. Sonia fue a su lado, y la consoló, o, al menos, lo intentó:

-Los niños no tienen nada que temer. Y tampoco vamos a consentir que maten a Conrado. De momento, vamos a poner vigilancia constante. Y, por otra parte, no tardaremos en agarrar al asesino.

Como la situación se volvía lacrimógena, los policías, una vez que llegaron dos uniformados, en una patrulla, salieron de la casa.

-¿Cuál es el siguiente paso, jefa?- preguntó Garrido.

Era claro, para los tres, que Miguel y Sonia ya no volverían a revolver sábanas. Garrido se sentía dolido, aunque el responsable fuese el capitán. Pero la mujer aceptó la estupidez de hacerse cargo de la investigación. ¿Qué sabía ella de eso? A Miguel le sentó mal, y mucho peor cuando ella le recriminó, visualmente, por preguntar sobre La Esquina. Y todo se agravó, al resultar que Conrado sí conocía el bar. Si había ido algunas veces, no fue por la copiosidad en los tragos, sino por ver a Eloísa. Eso lo sabían los tres. No lo comentaron, porque estaba presente Martina.

Poblano, puesto del lado de su jefe, dijo, cuando estuvieron fuera:

-En la lista de Eloísa no aparece Conrado.

-No conocería su colchón – manifestó Garrido, de malhumor.

-Como ya he dicho, medio mundo habrá entrado en ese bar.

Los tres se detuvieron ante el auto de la sicóloga. Se quedaron mirando a loa patrulla, que se había colocado en la entrada a la casa. Nadie sabía cuál era el siguiente paso, ni siquiera la jefa. Tal vez Miguel sí, pero no propondría nada.

Una llamada que recibió Poblano salvó la tensa situación. El detective escuchó un momento, y dijo:

-Han amenazado a alguien. Ahora es mujer. Ha llamado, de inmediato a nuestra comisaría, y el capitán ha enviado una patrulla a donde trabaja. Dice que regresemos a la oficina.

-¿Para qué a la oficina? – Preguntó Sonia-. ¿No deberíamos ir a ver a la mujer?

-Porque haríamos lo mismo que aquí – observó Miguel-. Necesitamos saber si fue voz metálica, y el número.

-Si la llamó a su oficina, habrá que preguntar a la compañía telefónica, o estará registrado en el conmutador – explicó Poblano.

-Por eso – Miguel miró a Sonia-, debemos regresar a la comisaría. Hay que investigar si hay quejas en otras comisarías.

-¿Serán tres amenazas, como las anteriores?

Los tres subieron en el auto. En completo silencio, llegaron a la comisaría. Sonia ocupó el despacho de Garrido, y éste se sentó en un escritorio vacío. Poblano, moviendo la cabeza, demostrando desagrado, fue a su lugar de trabajo, a efectuar algunas llamadas. La primera fue al sargento, más bien a la extensión que tenía delante.

-Oye, hay que ir a echarle un ojo al velorio de Bonifacio – dijo Poblano-. Vete tú, y yo hablo con las otras comisarías.

-Me parece bien. Lo que sea, para largarme de aquí.

-A ver si aparece alguien conocido. Puede que también el vigilante fue a la escuela con Lolo, Dioni y Chuy.

* * * * * * * * * * * * *

Miguel acababa de aparcar su auto a media calle de la funeraria, cuando sonó su teléfono. Era Poblano.

-Jefe, ya tenemos la tercera amenaza. Es otra mujer. Está como loca, por lo que, además de una patrulla, le han enviado una ambulancia.

-No entiendo nada. Conrado nos llevaba también a La Esquina, pero ¿ellas? ¿Crees que tengan algo que ver con Lolo o Eloísa?

-Miguel, estás obsesionado con ellos. No tienen nada que ver. Es un tipo loco el que anda matando gente.

-Y a Conrado porque está casado con Martina, ¿no?

-¿Cuál otra razón puede haber? ¿Que haya ido a ese bar, alguna vez?

-No alguna vez, y hace años, sino recientemente.

-¿Cómo lo sabes? Su nombre no está en la lista de Eloísa.

-Yo nunca dije que Conrado tuviera algo que ver con Eloísa. Dije que él iba a ese bar. Y no hace tanto tiempo. Salía de allí, el primer día que fui yo. Y eso fue… ¿el martes?

-¿Y por qué no lo has dicho? – exclamó Poblano, lleno de asombro.

-Porque supuse, cuando entré, y vi a Eloísa, que Conrado iba a lo de todos. Engañaba a Martina. Hasta me alegré.

-Pero ahora es distinto, ¿no? Se lo tengo que decir a Sonia.

-Mejor no le digas nada. Va a inventar algo. Además, Conrado trabajó allí cerca, y seguro que se daba sus vueltas, a ver si lograba un empierne.

-Hay algo que no me cuadra. Hasta ahora, los muertos no eran clientes del bar, al menos fijos. Los clientes eran los "dejados". Y supusimos que ellos le contaban sus cuitas a Eloísa, y alguien, ella o Lolo, querían vengarlos. Conrado no iría a contar cuitas.

-¿Y yo sí? Claro que sí, yo soy el dejado.

-Pues… aunque no lo creas. No entiendo este lío.

-Yo creo que sí lo entiendo. No le digas nada a Sonia.

-¿Ya no le vas a hacer cosquillas? – preguntó Poblano, riendo.

-¡Que se las haga su esposo! Tiene hambre de gloria, la muy puta.

-Si ella resuelve el caso, se postula para alcalde.

-Te llamo en un rato.

Miguel buscó, en la lista de funerales, que estaba en la entrada, la sala en la que velaban a Bonifacio. Era el segundo piso. Había varias personas, de edad, que esperaban el ascensor, por lo que él se lanzó por la escalera. En el último tramo del primer piso al segundo, había mucha gente. Iba a ser imposible acercarse al féretro. Miguel supuso, al ver el aspecto de los hombres, que se trataba de compañeros de trabajo del vigilante. Tal vez no lo conocían, pero laboraban en la misma empresa de vigilancia, por lo que debían

asistir, en sus horas libres. Eran las tres de la tarde, cuando aún los del turno de noche no se incorporaban a sus puestos. Los de la mañana acudirían más tarde, cuando terminasen.

El sargento tocó el hombro de uno que estaba ante él. En su mente tenía una idea, que debía poner en práctica. El hombre giró la cabeza. Miguel preguntó:

-¿Sabes si Manuel Cifuentes está ahí dentro?

-No sé quién es Manuel Cifuentes. Somos muchos, y no nos conocemos todos.

Pero el hombre preguntó a quien tenía delante, y éste a otro. No fue muy lejos la pregunta, pues alguien tenía una respuesta. Y ésta viajó de regreso.

-No lo han visto. Quizá esté dentro.

Miguel esbozó una gran sonrisa. Le iba a enseñar Sonia, a él, a investigar. Tenía una pregunta aún, pero ésa se la contestó quien estaba a su lado.

-¿De qué empresa sois?

-Vicuña S.A.

Miguel se apresuró a abandonar la funeraria. Una vez en la calle, marcó, en su teléfono, el número del de Poblano. Y, cuando éste respondió, le soltó como un escopetazo:

-Manuel Cifuentes, nuestro Lolo, trabajó en la misma empresa de seguridad que el muerto. Bueno eso supongo, ya que lo conoce uno de los vigilantes. ¿Puedes llamarles, y que busquen en sus archivos? Es Vicuña. S.A.

-¡Carajo, jefe! Va a resultar que tienes el mejor olfato del mundo.

No se nos ocurrió investigar el currículo de Lolo.

-Sólo su expediente policíaco, pero ahí no está eso. Así que lo dos trabajaron en la misma empresa.

-Investigo y te llamo. ¿Qué piensas hacer?

-Ir a buscar a Lolo. Recuerda que es lunes. Si está libre, ya ha hecho las llamadas. Del hotel no podía salir a buscar cabinas.

-¿Le digo algo a la nueva jefa, o no me has llamado?

-Recuerda que estoy fuera del caso. Ni en sueños me comunicaría contigo.

-Por supuesto. No me has hablado.

Miguel, de camino hacia su auto, entró a una tiendita y compró unas madalenas y un refresco. Ya había pasado la hora de la comida. Tenía hambre, pero no tiempo para dedicar a sentarse en un restaurante. Le urgía ir a buscar a Lolo.

* * * * * * * * * * * * *

Miguel llegó a casa de Lolo. Por mucho que tocó, nadie abrió. Tocó enfrente, y salió el vecino que dio aviso de la muerte de Chuy. El hombre recordó a Garrido, del día del homicidio, y le preguntó:

-¿Saben algo del asesino?

-Que lo vamos a atrapar pronto. Ya tenemos una idea de quién es. ¿Sabe dónde guarda Manuel su moto?

-En la calle de atrás. Hay un taller mecánico, y allí le dejan meter la moto.

El sargento se despidió del hombre, asegurándole que cazarían al asesino, y se apresuró en llegar al taller. Allí, preguntó al primer

mecánico que encontró.

-Se ha ido hace… como media hora.

-¿Guarda aquí su moto, todos los días?

-Si. Tenemos vigilante nocturno. Manuel le da algo al hombre, y éste le abre. Es que llega a las cuatro o cinco de la madrugada. Hoy no, porque es lunes.

Era lunes, y había una persona amenazada de muerte: Gimeno Ortuzar. Sentado ante el volante de su auto, Miguel pensaba en lo de los lunes. Lolo no trabajaba los lunes, por lo que aprovechó para matar a dos personas. Posiblemente hubiera asesinado a Servando, si éste no se hubiese escondido. Los amenazaba también un lunes, y les daba una semana de vida. Pensaba eliminarlos el siguiente lunes. Todo cuadraba, como él supuso.

-Pero adelantó la muerte de Bonifacio. Seguro que éste descansa los lunes por la noche.

Llamó a Poblano. Necesitaba ese dato, para que el caso tomase forma. Le explicó a su compañero lo que había deducido.

-No he preguntado eso. Pero sí, Manuel Cifuentes trabajó, por un tiempo, en la empresa. Y fue compañero de Bonifacio. Incluso estuvo un tiempo en la plaza comercial. Has acertado plenamente. ¿Crees que se haya largado?

-No hay razón para ello. No sabe que estoy tras él.

-¿Y la muerte de Chuy? No esperó a que fuese lunes.

-Ésa me tiene desconcertado. No pudo ser él - aceptó el sargento.

-Lo del cómplice. A Chuy y Dioni los mató otra persona. Distintas balas y diferente arma. ¿No te parece?

-Así que Conrado… ¿a quién de los dos le toca?

-No lo sabemos. Lolo no mataría a Chuy en su casa, a no ser que tuviese buena coartada. Y la tenía, pues estaba con nosotros. Por eso, el cómplice hizo el juego de las sillas.

-Encaja. Hay que atrapar a Lolo, y él nos llevará con el otro.

-¿En qué te ayudo?

-Entretén a Sonia –ordenó el jefe.

Aunque lo hubiesen sacado del caso, Poblano obedecería a Garrido, ya que lo seguía considerando su jefe.

-Oye, ¿qué tal es Sonia en la cama? Pregunto, porque me has dicho que la entretenga. ¿O te refieres a que le haga cosquillas o le cuente un chiste?

-No lo sé, porque siempre lo hacemos en la ducha. En tu caso, mejor si le cuentas chistes. Bueno, si te ve desnudo, también se morirá de la risa.

-Tú eres pura lengua, sargento.

-Y no sabes lo bien que la manejo.

-¡Joder, no tengo una ducha a mano! ¿Qué vas a hacer tú?

-Voy a ver a Eloísa. Esta cabrona sabe mucho más de lo que dice. Te llamaré a tu portátil.

-Si la presionas, te vas a quedar sin novias.

CAPÍTULO X

En casa de Eloísa, se desarrollaba una conversación entre ella y Lolo. La mujer estaba en bata, porque pensaba bañarse, cuando escuchó el timbre. Le asombró que fuese Lolo, ya que raramente la visitaba. Le hizo pasar a la sala; pero ninguno se sentó, por lo que bien podían haberse quedado en el pasillo. Lolo se notaba nervioso, y también molesto. La mujer estaba perpleja y a la expectativa.

-¿Por qué mataste a Chuy? – gruño el hombre, en cuanto estuvieron frente a frente.

-¿Yo…? ¿Quién te ha dicho eso? – preguntó ella.

-Mi pistola. Usaste la pistola que guardo en el almacén.

-Yo no he tocado tu pistola. Ni sabía dónde la escondías.

-Escondida. Bien dicho, porque así estaba. Gastaste balas. Las tenía contadas. ¿Por qué lo mataste?

Eloísa dio media vuelta y fue a sentarse en el sofá. Lolo permaneció en el centro de la sala, mirando con furia a la mujer.

-Tú sabes por qué. Ese cabrón destrozó mi matrimonio. Se la había jurado.

-¿Y lo matas en mi casa? ¿Cómo se te ocurrió eso? ¿Sabes lo que me has hecho?

-Nada. ¿No te han soltado? Yo sabía que estabas con los polis, así

que no te echarían la culpa. Me encargué de que avisasen de inmediato, para que los azules supieran que tú no pudiste hacerlo. Debes agradecérmelo, porque dejaste de ser sospechoso.

Lolo se quedó callado. Eso era cierto. Pero no tenía por qué matar a Chuy en su casa. Ni siquiera debía matarlo, con todo el problema que había.

-Sabes que andan detrás de nosotros, por los otros crímenes, y matas a Chuy - le reclamó

-Y tú mataste a Dioni. ¿No pensaste en eso que dices?

-¿Yo…? - Lolo avanzó hacia la mujer con ojos de loco-. Tú sabes que no pude hacerlo. Lo mismo que a Chuy.

-No, Lolo, no es igual. A Chuy me lo cargué yo, y tú estabas con los polis. A Dioni lo mataste tú, y yo estaba en el bar.

-Y yo también. ¿No estaba en el bar contigo?

-No cuando murió. ¿Crees que soy boba?

-Cuando me llamaron…

Eloísa se puso en pie y avanzó hacia Lolo. Éste dio un paso en retirada. Ella tenía los brazos hacia el techo, se le había abierto la bata, y mostraba que no llevaba nada debajo. Sin embargo, a él le daban igual las mujeres desnudas que con abrigo.

-¿Quién carajo te llamó, Lolo? Tú te llamaste.

El hombre palideció. Volvió a dar un paso en retirada, así como la mujer progresó uno. En el rostro del barman no había miedo, sino sorpresa.

-Te vi que estabas marcando en tu portátil. Creíste que yo miraba a los vasos que lavaba, pero te observaba de reojo. Estabas muy raro.

-¿Raro? ¿Por qué raro?

-No dejabas de dar vueltas, nervioso. Supuse que algo te pasaba. No hablabas, y tenías tu teléfono en la mano, sin soltarlo. Y me preguntaste tres veces la hora. Nunca me preguntas eso. Si quieres saberla, tú abres el cajón. Querías que la recordase, ¿no?

Lolo entendió que sus nervios le habían traicionado. No sabía lo que estaría haciendo Dioni, ni en dónde, pero sí que a él no le quedaba mucho tiempo. Debía matarlo aquella misma noche, porque se terminaba el plazo. Por ello, decidió a llevar a cabo su plan. No imaginó que Dioni, en ese momento, tenía un problema en el bar La Oficina. Esperaba que estuviese allí, con los otros, y que saliera cuando él le llamase. Dioni era veloz, si se trataba de dinero.

-Vi que marcabas, y justo sonó el teléfono fijo. Yo estaba más cerca, pero tú corriste a contestar.

-Estabas lavando vasos.

-También esperaste ese momento. En otras ocasiones, no te importa que esté atendiendo a alguien. Luego, miré la hora del reloj del cajón, y busqué el mío, en el bolso. Habías cambiado la hora. Lo planeaste bien, pero te salió mal. Al menos, conmigo.

Lolo no supo qué contestar. Lo había estudiado con sumo cuidado, pero no contó con que ella pudiera estar tan atenta. Lavaba los vasos, como él había mencionado. Pero esa labor no le impedía enterarse de lo que acontecía en su entorno.

-Bueno, pues cada uno ha matado a alguien – reconoció Lolo-. Debemos protegernos mutuamente.

-¿Has venido a decirme eso?

-No. Es que… tengo que salir dos días. Regreso el jueves. Llama a Mauricio, para que te ayude.

-¿Te vas a esconder? Imagino que Miguel ya sabe que tú mataste a Dioni. ¿Y a los otros?

-¡Yo no he matado a los otros! ¿Y por qué no tú?

-Porque no tenía ninguna razón para matarlos. A Chuy sí, pero no a los demás.

-¿Y yo…? ¿Qué razón tengo yo?

-¿Qué razón tuviste para matar a Dioni?

-Muy fuerte. No te voy a contar los motivos. Tú conociste a Dioni, y sabes que con todo el mundo terminaba mal.

-Pero no lo mató todo el mundo. Todos tenían razones, pero lo mataste tú. Nadie quería acabar con Chuy, más que yo, y yo me lo eché. ¿No es cabrona la vida?

-Bien. Sólo quería decirte eso. Llama a Mauricio. Yo regreso el jueves. Y me llevo la pistola, no sea que tengas razones para matar a otros.

-Ya sabes dónde está.

Eloísa se encogió de hombros. Lolo se fue corriendo, como si imaginase que Miguel estaba por llegar.

El barman, por el camino, fue rememorando cuando asesinó a Chuy, mientras que Eloísa evocaba la dulzura de su venganza. Los dos tenían en las cabezas a sus víctimas, y las razones para acabar con ellos.

-No podía usar la misma pistola – recordó Lolo-. Dioni no tenía nada que ver con los otros. No quería que la policía atase cabos.

Tuvo la suerte de que un fulano insultó a Dioni, algo que sucedía con frecuencia, ya que Dioni se insinuaba a cualquiera. Pero Lolo no lo mató previendo eso, sino porque no podía esperar más.

Ya que en bar no había relojes; para que los clientes no mirasen la hora; y los empleados tampoco los llevaban encima; Lolo cambió la hora del que tenían en un cajón del mostrador. Cuando ya se había decidido, le preguntó la hora a Eloísa, para que ella la recordase. Marcó desde su teléfono portátil. Sólo necesitaba que sonase el físico, para simular que alguien le llamaba. Luego fue en busca de su amigo, quien se había metido en un problema. Y era cierto, aunque él no lo sabía. Podía ser, ya que Dioni no salía de uno, y ya entraba en otro. Coincidió en eso, si bien el tipo que lo amenazó ya se había ido.

-De regreso, cambié la hora. No supuse que ella sospechase.

Cuando se dirigía a La Oficina, detuvo la moto y llamó a Dioni. Éste acudió a la cita, sin saber que Lolo no le daría lo que él esperaba. Cuando el asesino llegó al lugar convenido, Dioni se hallaba en la acera, recostado contra su auto. Lolo volvió a llamar, estando ya a unos metros. Dioni miró la carátula de su aparato. Era Lolo. Puso el portátil en la oreja, justo cuando el barman aparecía por su derecha. Dioni retiró el teléfono de la oreja, para preguntar por qué le llamaba si estaba ante él. Lolo le arrebató el aparato, a la vez que le disparaba. Lo había citado en una calle que normalmente, y más a esa hora, solía estar desierta.

-No podía permitir que mostrase esa foto.

Luego, llamó a Eloísa y le contó que Dioni estaba muerto, que no se podía hacer nada, y que él regresaba, porque llegaba la policía, y

no quería meterse en líos.

Lolo llegó furioso a buscar a Dioni. Éste le estaba presionando desde hacía días. La tarde anterior le había llamado, para decirle que necesitaba dinero. No tenía, el chantajista otra forma de conseguirlo, por lo que Lolo debería proporcionárselo.

-Mil dólares – dijo, como si la cifra fuese una propina.

-No tengo mil dólares en el bolsillo.

-Mira en la caja registradora – le indicó Dioni-. Los necesito en dos días. Y vete preparando los diez mil que te dije.

-Tienes que darme un poco más de tiempo. Ya te dije que tengo un asunto importante, pero no se resuelve en dos días.

-Cinco en dos días. Tú sabrás cómo haces, pero necesito ese dinero. Y prepara el resto. No me hagas ir a hablar con esos tipos que me caen tan mal.

-Veré lo de los cinco – aceptó Lolo-. Y me amplías el plazo para el resto.

-Hay gente que se pregunta en dónde andan Marcos y Carlos. Marcos no ha llamado a sus padres por teléfono. Está bien que se hayan escondido, pero… ¿tanto tiempo? Nadie se traga eso, Lolo.

-Dioni, no necesito que me des explicaciones.

-Sus padres conocen la sortija, Lolo. Pero no en tu dedo. Recuerda esto.

Lolo lo tenía bien presente. Tanto que su preocupación se centró en obtener el portátil de Dioni, en el que estaban las fotos de la sortija. Si había algunas fotos, en papel, la policía no las relacionaría con la desaparición de Marcos, ni se las llevaría a su padre. Sin Dioni, todo se

desvanecía.

-¿Dónde vas a estar?- le preguntó a Lolo.

-Casi seguro que en La Esquina. Pero no quiero el dinero delante de los otros.

-No te preocupes por eso. Yo tampoco quiero que hagan conjeturas.

En su precipitación, Lolo no percibió un auto verde que venía tras su moto. Cuando él se detuvo, el coche pasó a su lado, y siguió por la calle. Dobló la esquina, justo cuando él apretaba el gatillo de su 357. Unos segundos más tarde, la faz de un hombre se asomaba a la esquina. Lolo huía, y aún nadie descubría a Dioni, pero la faz de un fulano era testigo de que alguien fallecía en un charco de sangre.

* * * * * * * * * * * * *

Eloísa, por su parte, también pensaba en cómo asesinó a Chuy. Tardó en saber por qué Ruperto la abandonó, sin decir adiós, ni dejar una nota. Ruperto Zárate, el esposo de Eloísa, no se despidió de ella. Y no se fue con su prima, como le contó a Miguel. No había prima en el piso de arriba. Todo se debió a Chuy. Nunca el zángano vivió en casa de ella, ni le robó todo lo que le dijo al sargento. Chuy conoció a Eloísa y Ruperto, por medio de Lolo. Se hizo muy amigo de Ruper, al punto de salir ambos con mujeres. Chuy era especialista en ligar, si bien no tenía nunca un centavo para invitar a unas copas o pagar el hotel. Ruperto ponía el dinero, ya que él no era muy decidido. Cada uno aportaba lo que tenía.

Fue Lolo quien, un buen día, le contó, a Eloísa, que Chuy le

presentó una amiga a Ruperto. Y éste se enamoró perdidamente de ella. Aprovechó que su esposa trabajaba por la noche, para desaparecer con la oscuridad.

Quizá tal detalle no amerita la muerte de nadie, pero Eloísa estaba muy enamorada de Ruperto. El mundo se le vino encima. Le costó un gran esfuerzo sobreponerse. Juró matar a Chuy, y no fue en broma. El zángano no vivió con ella, tras la fuga de su esposo, ni siquiera se acercó por el bar. De haber estado en la cama de su apartamento, ella lo hubiese asesinado, si se quedaba dormido. Inventó lo otro, porque Miguel quiso saber de su vida, y no era lógico confesarle, a un policía, que quería matar a un fulano.

Cuando Eloísa vio a Chuy, en el cementerio, se le revolvió el estómago. Advirtió que Lolo le daba las llaves de su casa. Chuy llevaba un bolso de viaje al hombro. Eso y las llaves especificaban que se quedaría en casa de Lolo. La mujer pensó que era el momento, porque al barman lo entretendrían los polis. Siempre se tardan mucho en las comisarías, ya que te preguntan lo mismo una docena de veces; y después de un investigador, llega otro y comienza de nuevo.

Para matar a alguien, se necesita con qué; y no lo mataría a puñetazos ni a mordiscos. Ella conocía dónde Lolo guardaba su pistola. Sospechaba que con ella mató Lolo a Dioni, con lo que claramente lo inculpaba; pero eso si le encontraban el arma. Al estar él con los policías, se volvía inmediatamente inocente. Incluso le haría un favor.

La mujer fue al bar, en la moto, como un bólido. Estaba cerrado, porque ellos asistían al sepelio. Habían puesto un cartel en la puerta,

anunciando el motivo, y que lo abrirían más tarde. Cogió el arma y la copia de llaves que Lolo guardaba en la máquina registradora. No buscó más, por lo que no vio el silenciador. Pero sabía lo de la botella, por haberlo escuchado, muchas veces, a Lolo, experto en armas. Le bastaba con eso. Luego se metió en casa de Lolo y esperó. Chuy llegaba en autobús. Ella podía jurar que iría directamente a la casa, porque no tendría dinero para meterse a un bar. Y, de tenerlo, preferiría asaltar el frigorífico y el mueble bar de su amigo.

Cuando él entró, Eloísa ya había preparado su silenciador casero, hecho con una botella vacía de refresco familiar, y amarrada, al cañón, con cinta adhesiva. Mató a Chuy, pero tuvo en cuenta que Lolo no fuese inculpado. Por eso quiso que avisasen a la policía de inmediato, mientras Lolo se hallaba con ellos. O si ya lo habían soltado, que verificasen la hora.

Cuando Eloísa llegó al bar, la esperaba Sofía. La joven sabía lo del entierro, y que el local estaría cerrado unas horas. Eloísa le dijo que Lolo llegaría un poco tarde. Una vez en el bar, regresó el arma a su sitio. No consideró que Lolo contase las balas. También puso la llave en donde solía estar. Lolo ya no apareció por el bar, hasta que lo soltaron. Y lo primero que hizo fue apresurarse a revisar sus objetos, y notó que alguien los usó. Por ello, fue a verla a su casa.

-Tenía que matarlo – pensó la mujer-. Y si Lolo pretende algo, yo también puedo hablar.

* * * * * * * * * * * * *

Lolo se fue a tiempo de no encontrarse con Miguel. El sargento

aparecía por una esquina, cuando Lolo doblaba, en su moto, la opuesta. Eloísa abrió la puerta sin ganas. Supuso que Lolo regresaba, porque había olvidado decirle algo. Se asombró al ver a Miguel ante ella. En el rostro de la mujer se reflejó la sorpresa, mezclada con algo de alegría.

-¿A qué debo el honor de tu visita?-preguntó-. Y a estas horas de la madrugada.

-Te comunico que ha amanecido hace más de seis horas.

-Para mí es aún de noche. Pasa, pasa.

Miguel entró y fue directamente a la sala. Estaba de servicio, por lo que la cama iba en contra de las reglas. Él no era un ferviente seguidor de éstas, pero, en tal ocasión, tenía trabajo.

-Busco a Lolo – dijo, sentándose en el sofá.

-Acaba de irse. ¿No te lo has encontrado en la escalera?

-No, ¿Sabes a dónde se dirigía?

-Ni la menor idea. ¿Por qué no le llamas?

-Dudo mucho que me conteste. Además.... no sabría a qué teléfono.

Miguel clavó sus ojos en los de la mujer. Su mirada transmitía que estaba en misión oficial. Ella lo entendió así. Se sentó frente a él, en un sillón, y tapó sus piernas con la bata. No era momento de insinuaciones, ya que el policía tenía expresión fiera.

-No entiendo lo de los teléfonos.

Miguel sacó, del bolsillo de su chamarra de ante, holgada para ocultar la pistola, un portátil. Buscó un número y le dio a la tecla. En un segundo sonó el teléfono de la sala. El rostro de la mujer se tornó

lívido. El sargento se puso en pie y fue hacia el teléfono. Cogió el auricular y preguntó:

-¿Eres tú, Miguel Garrido? Mucho gusto.

Colgó y regresó al sofá. Guardó, en el bolsillo, el teléfono portátil, que había apagado antes de contestar el otro, ya que no hablaría consigo mismo. Miró a la mujer, en silencio. Ella entendió que Miguel no tenía ganas de juegos. Se lo confirmó la voz dura del hombre:

-Cuéntamelo todo. No me digas que no sabes, porque me molesta que me vean cara de bobo. Soy bobo, pero menos de lo que los demás creen.

-Yo no sé… ¿Qué quieres que te diga?

-El trato que has hecho con Lolo. ¿Por qué no lo has denunciado? ¿Sabes lo que significa ser cómplice?

-Sí; pero yo no soy cómplice de Lolo. Yo no le he ayudado a… nada.

-Se es cómplice cuando uno no denuncia a quien ha cometido un crimen. Y si no lo has hecho, debe ser por alguna poderosa razón.

-Yo no… ¿Eso del teléfono? ¿Qué significa?

-Significa auto llamarse. Con dos teléfonos es fácil.

-Yo no presté atención. Estaba en lo mío. Sonó y Lolo fue a contestar.

Garrido soltó una carcajada. Eloísa comprendió que de poco le serviría mentir. El policía sabía lo que había sucedido, y también que ella fue testigo del truco del teléfono.

-No prestaste atención. ¿A qué no prestaste atención? ¿Cómo

sabes de qué estoy hablando? ¿Lolo fue a contestar? Te has puesto lívida cuando respondí a mi propia llamada. Eloísa, es mucho mejor que hables.

La mujer tragó saliva. Miró con una súplica a Miguel, al decir:

-Voy a tomar un poco de agua. Me estoy mareando.

-Yo voy a buscarla. Quédate donde estás, y no muevas ni un pie. Piensa bien en lo que vas a decir.

Cuando regresó a la sala, Miguel advirtió que la mujer estaba llorando. Si no sonoramente, al menos se le escapaban unas lágrimas que no podía controlar. Se limpiaba con la mano, con lo que únicamente las esparcía por la cara.

-Yo vi cómo hizo lo de marcar desde su portátil.- confesó Eloísa-. Luego salió para ir con Dioni. Dijo que aquél tenía un problema. Nada más eso. Me llamó, como media hora más tarde, muy nervioso, porque lo habían asesinado.

-¿Dónde escondía el arma?- preguntó Miguel, a la vez que le daba el vaso con agua.

-No lo sé. La debe llevar en su moto.

-¿No lo sabes? ¿Cómo la usaste, si no sabías dónde la guardaba?

Los ojos de Eloísa se abrieron de tal manera que a la mujer le debieron doler. Sus labios se quedaron a un centímetro del agua. El sargento fue a sentarse en el sofá, y, desde allí, le lanzó una mirada inquisidora.

-Tú mataste a Chuy, cariño – dijo el policía-. Y lo hiciste con la misma pistola con la que Lolo se cargó a Dioni.

Eloísa no pudo más y se soltó a llorar, en esta ocasión con lujo de

plañidos. Se llevó ambas manos a la faz, con lo que el vaso de agua se escapó de sus dedos y derramó el contenido por su bata. Miguel se arrellanó en el sofá, esperando una respuesta. Ésta llegó entrecortada, en un ininteligible balbuceo:

-Yo… la cogí del almacén. La escondía detrás de unas cajas.

-¿Y la otra? ¿Dónde guardaba la otra?

-¿Qué otra? Yo sabía que tenía una. Yo no vi otra.

-Estaría en otra parte. Nunca hay que poner todos los huevos en la misma canasta. Bien, cariño, ¿dónde la guardaba?

-En el almacén. Ya te lo he dicho.

-Dentro de un rato, iremos a buscarla. Imagino que ya no estará. Y también supongo que Lolo se habrá escondido.

-¿Cómo supiste que yo maté a Chuy?

-Para comenzar, creo que me mentiste sobre que Chuy te desvalijó la casa.

-¿Cómo sabes eso? – Eloísa dejó de llorar-. ¿No pudo llevarse mis cosas?

-Sí, claro que pudo hacerlo. ¿Y compraste otras de la misma antigüedad de las que se llevó? Tu televisor es de hace cinco años. Yo me habría comprado uno moderno, por el mismo precio que esa joya. Y lo mismo tu reproductor de video. No, amor, no te desvalijó la casa. Te hizo algo peor. ¿No es así?

-Le presentó una mujer a mi esposo. Y Ruperto se fue con ella.

-Nada de primas. Eso sí justifica querer matarlo. No se mata a alguien por un televisor viejo.

-¿Sólo por eso lo supiste? ¿Qué inteligente?

-No, no fue sólo por eso. A Dioni y a Chuy los mataron con la misma arma. Por lógica, fue el mismo asesino. No creo que dos se la anden prestando. La mujer, el caballo y la pistola no se prestan.

-Pero, ¿cómo sabes que no fue el mismo asesino?

-Por la altura de los impactos. Lolo es casi vente centímetros más alto que tú. A Dioni le dispararon en el pecho. A Chuy en la espalda. Si hubiese sido el mismo asesino, no creo que se agacharía para matar a Chuy. Y ya que Lolo mató a Dioni, aunque aún no sepa la razón, no asesinaría a Chuy en su casa. Por otra parte, alguien hizo mucho teatro para que no se acusase a Lolo. ¿Quién podía tener interés en que no le metiesen a la cárcel? La misma persona que usó su arma. No te convenía que él pudiera decir que la escondía en el bar. Sólo tú tenías a acceso a ese sitio.

-Muy listo. Bien, sargento, ya sabe usted que yo maté a Chuy.

-Esa arma tenía un silenciador, cuando disparó contra Dioni. Y luego no. Aparece una botella de refresco, con una cinta adhesiva. De película, ¿no? ¿Por qué no usaste el silenciador?

-Porque no sabía que tenía uno. No estaba junto a las balas.

-Lógico. Esconder el silenciador es primordial. En un bar, se puede tener un arma, por los posibles robos. Pero no un silenciador. Eso es ilegal. Muy bueno el truco del botellón y las sillas. Y lo de la almohada fue genial. El segundo disparo no podía hacerse con la misma botella, porque ya tenía un hueco para que saliese el sonido.

-Se la tenía jurada a Chuy, y lo cumplí. ¿Me va a detener, Sherlock Holmes?

Miguel se puso de pie y fue hasta la mujer. La dureza de su

rostro había desaparecido. Se colocó tras el sillón, y puso ambas manos en los hombros de Eloísa. La mujer miró hacia arriba.

-Lo estoy considerando. Quizá podamos hacer un trato. Por otra parte, debo tener en cuenta que Lolo te impulso a matar a Chuy.

-¿Lolo? ¿Por qué dices eso?

-¿Por qué le dio la llave de su casa delante de ti, y a punto de que se lo llevasen los policías? Lolo sabía que lo conducirían a la comisaría. Y también que tú esperabas una oportunidad para matar a Chuy.

-¡Hijo puta! ¡Y vino a reclamarme!

-No iba a aplaudirte. En fin, que Lolo es muy listo.

-¿Qué tipo de trato? - recordó ella.

-Te va convenir.

Miguel se agachó, y puso los labios en el cuello de ella.

* * * * * * * * * * * * *

-Creo que está claro que Miguel se equivoca. ¿No es así?

Poblano asintió, con la cabeza, a lo que decía Sonia. Habían hablado con las dos mujeres amenazadas, y no encontraban ninguna relación de ambas con el bar La Esquina. Por ello, la sicóloga deducía que Lolo y Eloísa no tenían nada que ver con los asesinatos. Le asombraría descubrir que le olfato de Garrido era increíblemente acertado. El sargento no pensaba sacarla de su error, y dejaría que ella siguiese con su investigación "científica".

Garrido, después de estar con Eloísa, fue a comer tranquilamente, en un restaurante, algo que soñaba desde hacía

mucho tiempo. Llamó a la oficina, y le dijo a Poblano que iría más tarde. Al fin, que no lo necesitaban, ya que contaban con la colaboración de “una genio policiaca”.

-¿Qué has sabido de Lolo?- preguntó Poblano.

-Que ha cambiado de país. Pero no se lo digas a tu nueva jefa, porque pensará que se debe a que el clima de San Pedro le hace daño.

-¿Así que él…? ¡Vaya, vaya, tu olfato es prodigioso jefe! Eres mi ídolo.

-Nos seas adulador, Ada, porque no hace mucho que decías que estaba equivocado.

-Es de sabios reconocer los errores.

-Tú no serás sabio aunque reconozcas que fue un error haber nacido. No le digas nada a Sonia, y déjala que siga buscando al hombre lobo.

Garrido apareció, por la comisaría, a eso de las seis de la tarde. Se sentó en su escritorio, y se puso a revisar un caso que el capitán le había pasado. Evidentemente, no tenía nada que ver con el asesino de las llamadas. Llevaba allí una hora, cuando Sonia se acercó a él. Dio muchas vueltas, hasta que se decidió a hablar con el sargento.

-¿Estás molesto?- preguntó.

-¿Por qué? Me han quitado del caso, para poner al frente a alguien que sabe. ¿Crees que eso me moleste?

-Evidentemente sí. Yo no te he quitado tu caso. Creo que estás equivocado, pero la decisión ha sido del capitán.

-¿Crees que estoy equivocado? ¿Te refieres a Manuel Cifuentes?

-Sí, me refiero a él. No tiene nada que ver con los asesinatos. Hay

dos mujeres, a las que hoy ha amenazado el asesino, y ninguna relación con Manuel.

-¿Les han llamado a sus portátiles?

-No. Les han llamado a sus domicilios.

-¿A qué hora? ¿De dónde? ¿Cabinas?

-Poco después de las dos de la tarde. Sí, de unas cabinas.

Manuel sonrió. A esa hora, Lolo ya había pasado a buscar su moto. Por tanto, no estaba en su casa. Allí no había cabinas, sino un teléfono fijo y sus celulares, más bien uno con dos chips.

-¿Sólo ha llamado a dos? – preguntó.

-Y a Conrado. ¿Lo has olvidado?

-No. A él le llamó por la mañana. ¿No te parece extraño?

-Sí, y también que lo hizo desde un portátil. A los otros de cabinas. ¿Tienes alguna teoría al respecto?

-Sí. ¿Quieres oírla? – Miguel echó hacia atrás el respaldo su sillón giratorio, puso las dos manos en su nuca, y se balanceó. Sonia se sentó en el escritorio, mirando fijamente al hombre-. A Conrado lo llamó en la mañana, posiblemente desde su casa. Usaría un portátil, no el fijo. Asesino sí, pero bobo no.

-¿Sólo llamó a Conrado?

-No sé. Quizá a alguien más, pero no nos hemos enterado.

-Hay un hombre que dijo que le gastaron una broma de mal gusto. Lo reportó a la comisaría octava. Pero no dijo amenaza de muerte, sino que se cuidase. El número de teléfono coincide con el que registró Conrado. Y fue casi al mismo tiempo. Las otras llamadas son de cabinas. Nos quiere despistar.

Miguel pensó que despistada ya estaba.

-Hoy morirá alguien – declaró el sargento-. ¿Quién crees que sea? Admito apuestas.

-Servando Vasconcelos es el superviviente de la primera terna. De la segunda, queda Gimeno Ortuzar. Sería alguno de los dos.

-No. No va a matar a ninguno de esos dos. Matará a otra persona.

-¿En qué te basas para suponer eso? ¿Nos ocultas algo? –preguntó la mujer, con tono molesto.

-¿Nos…? ¿Ya sois varios? No, no oculto nada. Pero el asesino no podrá matar a ninguno de los dos, de manera que tendrá que elegir otra persona. Hoy es lunes, y no lo va a dejar que pase en blanco. Lo de las llamadas fue para que los medios le prestasen atención. Nos encanta eso de los asesinos seriales. Hoy, todo el mundo mira su teléfono, antes de contestar. Quizá antes se lo llevaban a la oreja sin más. El fulano ha sabido captar la atención de todo el mundo. ¿Por qué elegiría a Ortuzar y Vasconcelos?

Miguel estaba casi tumbado sobre su silla, demostrando reírse de la sicóloga. Y de paso, de todo el departamento de policía, que no se enteraba de nada.

-Estoy segura de que tú lo sabes.

-Uno es vicepresidente de una importante compañía. El otro es un abogado prominente, y su familia tiene muchas conexiones. Son difíciles de asesinar, porque moverían cielo y tierra al saberse amenazados. ¿No es estúpido amenazar a esa gente, con todos los pobres diablos que hay?

-Tiene lógica. ¿Y lo demás?

-Ésos eran los peones de la jugada. Matar a Pedro, a Laureano y a Jesús no era nada difícil.

Garrido dijo Jesús, y no Chuy, con toda intención. Él sabía bien que a Chuy no lo mató Lolo, el que siempre tuvo en mente; sino el asesino "de Sonia", que a saber cómo se llamaba. No pensaba ella en Eloísa, por supuesto, ya que la sicóloga había decidido que el bar La Esquina no tenía relación con los homicidios.

-Necesitaba muertos, a la vez que gente importante que difundiese sus homicidios. Ortuzar y Vasconcelos meterían ruido –repitió ella-. Es interesante lo que dices. No sé por qué el capitán te ha sacado del caso.

Una voz sonó procedente de un escritorio situado detrás del que ocupaba Miguel:

-Una llamada para la sicóloga.

-La tomo en… - Sonia miró a Miguel- en el despacho.

El despacho era, obviamente el de Garrido. La mujer supuso que no debía decir "mi", y tampoco del sargento, pues éste estaba en uno de los escritorios de fuera. Miguel tenía la respuesta para la razón de que lo sacasen del caso. La dijo, antes de que Sonia fuese a contestar la llamada.

-Porque alguien le llamó y le dijo que lo hiciera. ¿No sabes quién fue?

El rostro de la mujer se incendió. Sonia se puso nerviosa, al percatarse que se delataba involuntariamente. Garrido soltó una carcajada, que obligó a la sicóloga a correr a refugiarse en el

despacho. Poblano llegó junto a Miguel, cuando éste se quedó solo.

-¿Qué le has hecho, que ha corrido como si le tocasen el culo? –preguntó el detective.

-Si le hubiese tocado el culo, seguiría aquí, y sin bragas. Le he tocado el orgullo, que es mucho más sensible.

-¿Eso dónde está? ¿Cerca del ombligo?

-Más o menos. ¿Tienes prisa por irte a casa?

-Ya sabes que sí, pero escucho propuestas.

-Una muy indecorosa. ¿Qué te parece si nos vamos a un bar, y nos tomamos unas copas? Ten prendida la radio, porque nos van a llamar.

-¿Te ha informado el serial de que esta noche opera?

-No; pero eso es lo que va a hacer. Oye, y para entretenernos, trae todo lo que tengas de Dionisio.

-¿Sigue funcionando tu olfato, jefe?

-Desde que no meto las narices en… ya sabes dónde, me funciona de maravilla. Así que… ¿Qué hora es?

-¿También sabes la hora?

-No; pero creo que ya hemos terminado nuestros turnos. Coge lo de Dioni, y vamos a un bar.

-Lo que mandes, estimado jefe.

-Te espero en el Narcia. Vamos cada quien en nuestro coche, por si tenemos que movernos en distintas direcciones.

-Oye, sí hay dos ternas.

-Sonia me ha dicho de otro hombre, además de Conrado.

-Son dos hombres. Uno no quiso hacer caso a la amenaza, porque

pensó que se trataba de su cuñado. Pero habló con él, hace como dos horas, y éste le juró que no le llamó, y hasta lo acompañó a la comisaría doce. Así que dos ternas.

-La de las mujeres es pareja no terna.

-Pero seguro que hay otra. La sorda.

Garrido lanzó una carcajada. Adalberto solía decir, en ocasiones, algo gracioso. El detective prosiguió:

-Tres llamadas del mismo portátil, y dos de cabinas. ¿Qué pretende tu amigo?

-Matar a alguien esta noche. Eso es seguro.

-¿No sabes a quién?

-Precisamente llama a varios, para que eso no sea obvio.

* * * * * * * * * * * * *

Sonia, acomodada en el despacho del sargento, atendió la llamada. Se trataba de…

-Soy el inspector Higueras, de la comisaría nueve. Me dijeron que está usted a cargo.

-Así es. Soy Sonia Rendón, comisionada por el alcalde. ¿De qué se trata?

-Tenemos un caso que les corresponde.

-Dígame. Le escucho.

-Hace unos minutos, se ha presentado una mujer, diciendo que ha recibido amenazas telefónicas. Le dijeron que le quedaba una semana de vida. Debe tratarse del homicida que ustedes buscan.

Sonia se quedó pensativa. Ya no eran tríos los amenazados, sino seis personas. Así que la tercera mujer no era sorda., como decía Adalberto

-¿Le ha dado el número de teléfono?

-Sí. Quedó registrado en una contestadora que la mujer tiene en su domicilio.

-¿Es ama de casa?

-Efectivamente. Viuda desde hace cinco años. Es la titular del teléfono. Quien la amenazó, la llamó por su nombre y apellido. Supongo que tomó los datos del directorio telefónico.

-Pudiera ser. Aunque quizá la conozca el asesino.

Sonia sabía bien que no. Las otras dos mujeres también recibieron llamadas a su domicilio, y el teléfono estaba a su nombre. Eso lo podía hacer cualquiera, incluso un gracioso.

-¿Tiene el número?

-Sí, es el 254878963. ¿Coincide con los suyos?

-No. Creo que se trata de una cabina. Muchos de los que comienzan por 25 son públicos. Podemos decir que sigue el mismo patrón. Por favor, deme los datos de esa mujer.

Sonia anotó todo lo que Higueras le dictó. El número de teléfono no coincidía con el de los casos fatales, pero sí procedía de una cabina. Podía jurar que no se trataba, pues, de un gracioso.

-¿A qué hora llamó?

-A las dos y siete minutos.

La hora también concordaba con la de las otras dos llamadas. Las cabinas no estarían muy lejos unas de otras.

-Una cosa más – dijo Sonia-. ¿Por qué no lo reportó a esa hora?

-Pensó que se trataba de una broma. Dice que ella ve poco la tele, y no sabía del asesino de las llamadas. Había escuchado algo, pero no le prestó mucha atención. Su hermana le dijo que la cosa era seria.

La sicóloga llamó, como en los otros casos, al número. No respondió nadie. Luego le dijo a Juan José, un detective, que preguntase en la compañía telefónica. Sólo para confirmar, ya que era casi seguro que el origen era una cabina en cualquier calle de la ciudad, no lejos de las otras.

-Es extraño. ¿Por qué a Conrado y los otros desde un portátil? Y también a otra hora. ¿Tendrá que ver con los calibres de las balas? ¿En verdad estamos ante dos asesinos? Uno de ellos, obviamente, es un imitador.

Eso parecía. Al asesino, tras sus dos homicidios, le había salido un imitador. No estaban en Estados Unidos, pero las modas cruzan fronteras. Los gringos les llaman "copycats", extraño nombre que suena como a un gato que copia, y efectivamente es eso "gato copión".

-Eso sí sería grave.

La sicóloga metió la mano a su bolso, y sacó el portátil que no tenía chip. Se lo quedó mirando, como si esperase que el aparato le hablase.

-No tenía huellas digitales, excepto las nuestras. Eso es muy

extraño. Si ya no servía, no había necesidad de eliminar las huellas. ¿Y por qué estaría en el callejón? ¿Y si… resulta que…?

Sonia miró por la ventanilla del despacho. Miguel ya no estaba.

-¿Y si tuviese razón?

Llamó a Martín Estévez. El incondicional llegó patinando. El capitán le había ordenado ponerse a las órdenes de la sicóloga, y hacer lo que ella dijese.

-¿Cuándo estuvo aquí Manuel Cifuentes?

-Pues… hace unos días. ¿Quiere que vea el día y la hora?

-No. ¿En dónde estuvo? ¿En la sala de interrogatorios?

-Sí. Poblano y Macario se encargaron de eso. ¿Por qué?

-Ven conmigo.

Sonia y Martín caminaron hacia los excusados. Antes de llegar a éstos, situados a la derecha, en un pasillo que terminaba en una pared con una ventana, la mujer señaló hacia el frente.

-¿A dónde da esa ventana?

-A la parte trasera del edificio. Es un callejón.

-Y abajo hay un contenedor de basura. ¿Has arrojado alguna vez algo, por esa ventana?

-Sí, muchas veces. Creo que lo habrá hecho todo el mundo.

-Si alguien, un detenido, pide ir al excusado, ¿lo acompañan hasta aquí?

-No es necesario. Bueno, quizá alguno quiera saltar por la ventana.

-Pero si no están detenidos, no hace falta ir con ellos.

-No, claro que no. No van a volar.

-Eso quería saber. Ahora,… trajeron a Manuel Cifuentes y también a Eloísa Cruzados. ¿La recuerdas?

La faz de Martín se iluminó. La recordaba bien. Y decían que el sargento la conocía sin envoltura. Se había difundido que también a la sicóloga. Es que Miguel tenía una increíble suerte. Asintió con la cabeza.

-Quiero saber si alguno de ellos fue al excusado.

-No lo recuerdo. Pero… voy a preguntar. Quizá… - miró hacia atrás, buscando a quien estaba en el escritorio más cercano al pasillo.

-Investiga, y a ver si alguien lo recuerda.

Cuando regresaba a su despacho, Sonia pensó en voz alta:

-¿Y si Miguel está en lo cierto? ¿Para qué deshacerse del teléfono? Por si los registraban. Si los detenían…- pensaba en ambos, aunque podía ser sólo uno- les confiscarían el teléfono. Ir al excusado, no ser vigilado, y lanzar el aparato por la ventana, después de quitarle el chip. ¿Y éste? Bueno, es mucho más fácil de meter por el inodoro. Es muy pequeño, y no se atascaría.

* * * * * * * * * * * * *

En el bar Narcia, Miguel y Adalberto estudiaban el expediente de Dioni. Tenían ante ellos unas copas, la primera y última para Poblano, según el sargento, porque…

-Verás cómo te llaman – le dijo Garrido a su amigo.

Miguel había tomado dos, mientras esperaba a que se le uniese su compañero. Éste tuvo que resolver algo, en el departamento, además de ver la manera de escamotear el expediente de Dioni.

-Más me vale, porque mi esposa está de malhumor. Seguro que ella sí me llama, y… no precisamente “amor mío” sino “hijo de…”.

-No seas llorón. ¿No dices que tú mandas en casa?

-Cuando estoy solo, y si es que se han llevado al perro. Bueno, ¿qué hay de este fulano?

-Extorsionador de profesión. ¿No has notado algo extraño?

-No. A no ser que el tipo ha estado varias veces en un tribunal. Era un delincuente.

-¿Tribunal o cárcel?

El detective de primera pensó un segundo. No entendía qué pretendía el jefe. Pero respondía sin requerir la razón, porque confiaba en su fino olfato.

-En los dos sitios. Estuvo en la cárcel dos veces, y luego lo detuvieron otras dos más. ¿A dónde quieres llegar?

-A ninguna parte, porque ya he llegado. Lo soltaron dos veces, cuando nosotros (los nuestros más bien) lo presentaron ante el juez.

-Sí. Eso pone aquí. Retiraron los cargos.

-¿Así de fácil? ¿Quién haría que el demandante retirase la denuncia?

-Quizá se arreglaron económicamente. Ya, ya, ya entiendo. Dionisio no tenía dinero para eso.

-Mira que eres listo. Alguien se arregló con los perjudicados. Y como él no tenía recursos, su mecenas los puso. ¿Quién?

-Pues no sé. No pone ningún nombre.

-Ahí no, pero aquí sí.

Miguel puso, sobre la mesa, unos papeles. Eran copias de dos

órdenes de sobreseimiento de procesos. Adalberto las leyó con avidez.

-¿Por qué me hiciste traer el expediente si no sirve para nada?

-Para que sepas lo que es cargar papeles inservibles. Ya lo haces con tu mente. ¿No se te ocurrió que hay que ir a un juzgado, para que te den copias de por qué no prosiguió el juicio?

-No se me ocurrió que Dioni fuese pieza clave. ¿Por qué a ti si, genio?

-Porque lo mataron sin razón alguna. Eso me hizo sospechar que era muy importante. La gente aumenta de valor después de muerto. ¡Qué bueno era! Y resultaba que aporreaba a su esposa.

-¡Joder con tu filosofía hindú! ¿Y cuál fue el motivo?

-No tengo la menor idea. Pero lee el nombre de su abogado defensor. No era de oficio, como corresponde a un fulano como Dioni.

-El bufete de Ortuzar. ¡Carajo, jefe, lo tuyo es de antología policiaca! ¿Cómo lo sospechaste?

-No lo sospeché, sino que me extraño que lo soltasen. Y quise ver por qué. Fui al juzgado, y le pedí a Morán que me diese unas copias. Yo me asombré lo mismo que tú. Ahora, todo tiene sentido. Matan a Dioni, y amenazan a Ortuzar.

-¿Qué más has hecho en tu tiempo libre?

-Fui a la comisaría séptima, y pedí la nota de cuando Ortuzar fue a levantar la denuncia por amenaza. ¿Y qué crees?

-No tengo la menor idea. Te juro que me voy a asombrar.

-No dijo que era abogado. ¿Te suena lógico?

-En absoluto. Ellos llevan el título en la frente. ¿No se presentó como abogado?

-No. Pone: el señor Gimeno Ortuzar dijo que había recibido amenazas en su teléfono portátil, provenientes del número 254635827. Fui a ver a quien anotó eso en la declaración preliminar. No pasó ante un detective, para la ampliación de declaración. Un abogado hubiera hecho eso, así como pedir copia. ¿O no?

-Seguro. Aunque ellos llevan divorcios.

-¿Y defienden rateros? ¿No te parece muy extraño para un bufete que se dedica a divorcios?

-Lo mío no es pensar jefe. Eso te lo dejo a ti.

-Hablé con un tal Pablo Bolaños, que fue quien estaba en la recepción. Recordaba al fulano, porque luego vio todo el asunto en la tele. Y me dijo que le dictó el número, que llevaba anotado en un papel. No mostró el portátil. Hizo eso, y se fue tan tranquilo.

-Quería que anotasen el número. Lo logró y se fue –. Manifestó Poblano, rascándose la cabeza-. ¡Joder, jefe, me asombras cada día más! Pero, genio, ¿qué deduces con eso?

-Fui a ver a un amigo mío. Trabaja en un despacho de asesores financieros. Es un tipo muy enterado de todo lo que sea negocios. Lo sabe todo. ¿Y qué crees?

-No me hagas preguntas, jefe. Tú sabes que yo soy una piedra.

-El bufete Ortuzar está en venta. Bueno, no exactamente. Es algo sobre una fusión. Otro despacho, mucho más grande, lo quiere comprar.

-¿Y qué pasa si lo compra?

-Que los hijos de Ortuzar se convierten en empleados. El viejo agarra el dinero y se va con su amante a las Bahamas. Los hijos ya no

son dueños, o, si acaso, de algunas acciones, y a trabajar de empleados. ¿Qué te parece?

-Así que… Ortuzar quiere matar a su padre. ¿Por qué no amenazaron al padre?

-Para que esté descuidado. La protección es para el hijo, pero las balas para el padre. Y si no me equivoco, se trata precisamente de matar a alguien a quien no se amenazó. Un cambio oportuno de táctica.

-Me has dejado… ¿Qué podemos hacer?

-Yo nada. Y si le dices a Sonia, te pondrá en la lista de los locos.

-Pero debemos evitar que maten a ese hombre.

-Yo no. Si quieres, vete tú a contarle todo esto. Si no sucede lo que auguro, el alcalde te colgará de los huevos.

-Eso es cierto. Entonces… ¿debemos dejar que lo mate?

-Yo sí. No tengo pruebas, sino mi instinto. El olfato no es prueba.

-¿Esta noche? ¿Crees que lo mate esta noche?

-Sería lo lógico, pero quizá aún no le toque. Imagino que hoy matará a un extraño. Bueno, no tanto. Debe ser alguien allegado a… Servando Vasconcelos.

-¿Alguien de su familia? ¡Carajo! ¿Tampoco le vamos a avisar?

-Dirás que soy un cabrón, pero sólo así puedo probar mi teoría.

-Pues esperemos. No me has contado nada, por lo que nada puedo hacer. Además, como dices, si voy con esto con el capitán, me envía a un manicomio.

-Allí sí podrías follar a lo loco. Esperemos.

*   *   *   *   *   *   *   *

*   *   *   *   *

Sonia andaba dándole vueltas al asunto de Conrado y los otros dos. Él se salía de los parámetros que Miguel había analizado. Usando este razonamiento, ella se colgó la medalla. Así que eso de que el asesino elegía a tres personas; para estar seguro que poder asesinar a alguien; resultó un descubrimiento de la sicóloga.

-Evidentemente, los amenazados huirán o buscarán protección – le explicó al alcalde-. Debido a eso, el asesino quiere tener más oportunidades. Y, como, cada día que pase, la gente estará mucho más recelosa, deberá ampliar el número de víctimas potenciales.

-Es cierto, Sonia – aplaudió el alcalde-. Hice muy bien al encargarte el caso.

Un agente tocó a la puerta del despacho de Miguel, ocupado por la sicóloga. La mujer le indicó que pasase.

-Tenemos una denuncia contra quien resulte responsable, por amenaza telefónica. A un hombre le han llamado hace unas horas – dijo el policía.

-Ha tardado un poco en venir – observó Sonia.

-Es que dijo que tenía clientes. Es peluquero. No quiso cerrar y salir corriendo. Además, le dijo la voz que tenía una semana de vida. ¿Lo quiere entrevistar usted?

-Pues… Sí, dígale que pase.

El hombre, de unos cincuenta y cinco años de edad, canoso y encorvado, entró en el despacho de la jefa. Explicó lo mismo que le había dicho al detective.

-¿Le llamó a su negocio? – preguntó Sonia.

-Sí. Fue hace como una hora, más o menos. Esperé a que se fuese el cliente al que afeitaba, y vine corriendo.

-¿Anotó el número de teléfono? ¿Le habló con voz metálica? ¿Le dijo que lo mataría en una semana?

-Sí, me dijo eso, y tenía voz como de aeropuerto. No, no he anotado el número de teléfono.

-¿Y cómo pensaba que podríamos localizarlo?

-No sé cómo se hace eso. Me llamó, colgué, terminé con el cliente y vine.

-¿Tiene usted contestadora, que registre los números?

-No, no tengo nada de eso. Tengo un teléfono.

Sonia miró al detective, que estaba en el umbral, escuchando. El detective sonreía. No todo el mundo tiene contestadora, y menos en una peluquería. ¿Para qué le serviría?

-Bien. Al menos sabrá el número de teléfono de su negocio.

-Sí, claro. Es el... dos, siete...

-Dígaselo al detective. Y tú llama a la compañía telefónica, para que te den el número de quien llamó.

-¿Y si han llamado varios?- preguntó el detective.

Él sabía lo que debía hacer, pero no le agradaba que la mujer hubiera desplazado a Garrido. El investigador no era de los incondicionales del capitán.

-Que te den los últimos veinte. Usted, al menos sabrá la hora aproximada.

-Fue hace una hora. A las... siete.

Sonó el teléfono del despacho. Sonia hizo un gesto, con la mano,

para que el peluquero y el detective se fuesen. Cogió el teléfono. Era un hombre, que preguntó:

-¿Señora Sonia Rendón?

-Yo soy. ¿Qué desea?

-Soy Martínez, de la comisaría doce. Hace un momento nos llamó alguien por teléfono, para decirnos que había recibido una amenaza de muerte.

La sicóloga hizo un ademán que denotaba cansancio. Ella había previsto lo del incremento de objetivos. Pero, al suceder lo augurado, entendía que tendrían mucho trabajo.

-¿Tiene el número del que le llamaron?

-Sí, me lo dio, así como sus datos. Es un inválido, que está solo en su casa. Opino que debe mandar a alguien.

-¿Y por qué no lo mandáis vosotros? Os llamó a vosotros, ¿no?

-Pero el caso del asesino de las llamadas es vuestro. Me ordenaron que os pasase todo lo referente a llamadas con amenaza de muerte.

-Deme los datos. Yo me encargo.

Sonia, al recibir el número de teléfono, supo que volvían a jugar con las cabinas. El asesino ya no usaba el portátil desde el que llamó a Conrado. Ella misma supuso, cuando habló con el alcalde, que el homicida haría cambios estratégicos.

-Es de una caseta telefónica – dijo Martínez-. Eso ya lo averiguamos.

-¿Caseta telefónica? Ya no usa el portátil de la mañana. O se trata de otro. ¿Tres…? – se preguntó ella misma-. Esos

distorsionadores de voz se compran en cualquier sitio.

-Eso creo. Llamamos, y respondió una mujer. Nos dijo que justo iba a hacer una llamada. Le pedimos que nos llamase, al número gratuito, y lo confirmamos. Es una caseta en la avenida Montoya. ¿Sabe dónde está?

-Un tanto lejos de aquí. Bien, gracias. Ya tengo los datos del señor. Me encargaré de que alguien vaya a verlo.

El agente de poco antes volvió a tocar a la puerta. Sonia se pasó la mano por la frente. No era tan fácil como había supuesto. Tenía un montón de números, que procedían de diferentes lugares.

-Es de una caseta telefónica- dijo el detective-. No hay más que tres llamadas, a la peluquería, hace alrededor de una hora. Dos son de gente conocida, y uno de una caseta.

-¿Avenida Montoya?- preguntó Sonia.

-No. Dicen que está en la plazuela Colón. La avenida Montoya está algo más lejos.

-Tengo aquí una llamada que se hizo en la avenida Montoya. Fue a las seis y cuarenta y siete.

-Ésta la hizo a las seis y treinta y dos minutos. Al parecer, se dirigía hacia Montoya – manifestó el detective.

-Eso indica que salía de la ciudad, hacia el norte. ¿Por qué?

-Ni idea. ¿Se irá de la ciudad?

-¡Ojala! ¿Quién vive en el norte?

-Un montón de gente – respondió el inspector.

-Me refiero a… ¿Dónde está el expediente de Gimeno Ortuzar?

-¡Y yo qué sé! Usted lo debe tener.

Sonia se estaba poniendo muy nerviosa. El detective se fue, ya que no tenía ninguna gana de ponerse a buscar lo que ella había perdido. La mujer, con nerviosismo, revolvió todo lo que tenía sobre la mesa, que era mucho, y, por fin, encontró lo que buscaba.

-El bufete – dijo, a la vez que cogía el teléfono-. Tengo que enviar a alguien allí.

Llamó al capitán, para explicarle la razón de enviar a alguien con Ortuzar.

CAPÍTULO XI

Margot ayudó a Loren, la dueña, a cerrar la peluquería. Eran casi las nueve de la noche, y ya no quedaban clientas. Era lunes, un día en que normalmente había poco trabajo. Margot tenía ganas de ir a su casa, ya que allí la esperaba Servando. El pobre hombre estaba inmerso en el síndrome del lunes. Recordaba que el martes anterior, al escuchar las noticias, estuvo a punto del infarto. Pero los asesinatos fueron en lunes.

-Imagino que se avocará a los otros – pensaba.

Se refería a los que el asesino amenazó la semana anterior. Él podía haber pasado de moda, más bien remplazado por otros, en la

mente del orate. Pero sólo era uno, Gimeno Ortuzar. Los otros dos habían muerto. Por tanto, quedaban ellos dos. Servando escapó el primero, y Gimeno intentaba imitarlo. Chuy y Bonifacio se adelantaron. También debía considerar eso.

La televisión había dicho que el asesino hizo varias llamadas amenazadoras. Aún no conocían a los destinatarios, pero estaban averiguando. Si la zozobra de éstos era mucha, apareciendo en la tele se sentirían ya en sus féretros.

Margot salió de la tienda, se despidió de Loren, y caminó hacia donde estaba su automóvil. A Loren le esperaba su esposo ante el establecimiento. Servando no haría eso, al menos mientras el homicida estuviera vivo y suelto.

La mujer subió a su auto. Pasaban algunos peatones por su lado. La noche era tranquila, y apetecía pasear. Metió la llave y la giró. No hubo encendido. Hizo el típico ruido de no tener carga la batería.

-Y me falla ahora – dijo la mujer.

Volvió a dar vuelta a la llave, a la vez que pisaba el acelerador. Logró que encendiese, con un ruido endiablado, de tanto que pisó el pedal. En ese mismo momento, sonó un disparo apagado. Lolo estaba tras ella. Se había escondido dentro del auto, haciéndose una rosca entre los asientos. Lo mismo que abrió el auto, usando una ganzúa, también manipuló la batería y el motor de arranque. Incluso puso un papel doblado bajo el acelerador, para que ella notase oposición y pisase a fondo. El ruido de la pistola se amortiguó por el relleno del asiento del conductor. Lolo había hecho un pequeño agujero, por el que introdujo el cañón de la pistola. El acolchado sirvió de

silenciador. Además, la detonación coincidió con el ruido de acelerar a fondo. Pasaba gente por la calle, pero no junto al auto, por lo que nadie se enteró. Fueron dos tiros, de una automática, que salieron casi a la vez.

Margot sintió que algo le destrozaba por dentro. Los proyectiles atravesaron los pulmones, y la sangre subió a su garganta. No pudo gritar. Cerró los ojos, sin notar cómo se le iba la vida.

Lolo empujó a la mujer sobre el asiento del copiloto, para que no se le viese desde fuera. Se incorporó, y miró al espejo retrovisor interior, y luego al exterior de la derecha. Venía gente, pero lejos. Cogió una manta, que estaba a su lado, sobre el asiento, y la colocó sobre la mujer. Lentamente, abrió la portezuela y salió del vehículo. Caminó sin prisa, hasta la primera esquina. Se metió en la otra calle, y volvió a doblar a su derecha. La moto estaba en la paralela, para que nadie la relacionase con la mujer asesinada. En unos minutos, Lolo se hallaba bien lejos del auto de Margot.

Alguien estuvo atento a lo sucedido. Un auto verde llevaba un buen rato, a poca distancia del coche de Margot. El conductor no hacía nada, a no ser esperar. Cuando la mujer se aproximó a su vehículo, el del auto verde se interesó. Y más cuando vio salir a Lolo. Su espera había dado frutos. En unos minutos, cuando ya nadie pasase por allí, ni en auto ni caminando, encendería el motor y se iría. Prendería las luces al estar a cierta distancia.

* * * * * * * * * * * * *

No había transcurrido ni media hora, desde que Lolo salió del

auto de Margot, cuando alguien se acercó al vehículo, y miró por la ventanilla delantera. Se trataba de un amigo de lo ajeno, un tipejo que buscaba algo que estuviese mal acomodado o no vigilado. Vio que, en los asientos delanteros, ocupando ambos, había una manta. Eso indicaba que el dueño del coche intentaba ocultar algo. Mala idea, porque eso motivaba el interés de los rateros.

El joven, de poco más de veinte años, se acercó a la portezuela delantera del lado izquierdo, la del volante, y se colocó de espaldas a ésta. Con una mano, buscó la manija, mientras miraba hacia delante y los lados, cerciorándose de que estaba solo. Había alguna gente, pero lejos. Sabía que, a veces, algunos conductores suelen olvidar cerrar las puertas. Si no era el caso, pasaría al plan B, el de abrirla a la fuerza. La manija cedió, ya que Margot no había accionado, aún, el seguro. El ladrón dio media vuelta, y abrió la portezuela. Metió medio cuerpo, y levantó la manta. Se retiró de inmediato, chocando la cabeza contra el dintel de la puerta. No gritó, pero salió en estampida, olvidando cerrar la portezuela.

Unos minutos más tarde, un paseante, masculino de unos cincuenta años, se detuvo ante el auto. Era extraño que tuviese la puerta abierta. Y era la del lado de la calzada, con lo que podía golpearla un auto que pasase cerca. Por el momento no había sucedido eso; aunque tal vez no tardaría. Bajó a la calzada para cerrarla. Vio que unos zapatos salían por debajo de la manta. Había una persona allí, durmiendo. Por el tipo de calzado, se trataba de una mujer. Le picó la curiosidad, y le dio unos golpes, con la mano, en los pies. La mujer no se movió. El hombre levantó la manta. Se quedó

petrificado, al descubrir una enorme mancha de sangre.

-¡Su puta madre! – exclamó.

Él no huyó, sino que, como buen ciudadano, sacó su teléfono portátil, y llamó a la policía. Además, se quedó junto al auto, para explicarles cómo halló a la mujer. Y mientras aguardaba, llamó a su esposa, para que ella propagase la noticia entre los vecinos. Algunos se le unirían, en breve.

* * * * * * * * * * * * *

Lolo había conocido a Marcos, y se enamoró de él. Pero no fue correspondido. Marcos era sumamente promiscuo, y nada fiel. Era guapo, delgado y alto, y gustaba. Lo aprovechaba cuando podía, y podía mucho. Lolo soportó un montón de infidelidades, con la esperanza de que Marcos cumpliese su promesa de que era la última vez. Pero la última de la semana, pues no tardaba en volver a las andadas.

Lolo comenzaba a cansarse de que Marcos le engañase. Eloísa había entrado a trabajar en el bar, con un problema similar encima. Lolo entendió que para él era fácil dar consejos, como que ella debía rehacer su vida con otra persona. Él también, tras mandar a paseo a Marcos. Pero no lo hizo. Marcos conoció a Carlos, y decidió irse con él. Ya estaba harto de los celos de Lolo. Cuando se conocieron, Marcos le dijo que quería una relación abierta. Lolo aceptó, pero porque no supuso lo abierta que sería.

Marcos se fue con Carlos, y Lolo entró en una terrible depresión. No intentó suicidarse, aunque lo pensó. Pero estimó que, si debía

morir alguien, mejor Marcos que él. Se decidió y fue en su búsqueda. Lo acechó, aprendiendo cada uno de sus movimientos. Una vez con suficientes datos, aceitó su arma y se preparó para el sábado temprano. Había trabajado como vigilante, por lo que tenía una pistola calibre 357. No la registrada para su antiguo empleo, sino una que adquirió más tarde, por medio de un amigo. Conocía de armas, y le gustaban.

En vez de acostarse a dormir, tras un día ajetreado, antes del alba del sábado subió en su moto y salió de la ciudad. Carlos tenía una cabaña a unos kilómetros de San Pedro, en donde solían pasar los fines de semana. A Carlos le gustaba el senderismo, y Marcos parecía que se había aficionado.

Lolo esperó a la pareja en el interior de un bosque. Por aquella vereda pasaba mucha gente, pero no al mismo tiempo. El barman eligió un punto desde el que se veía el camino de llegada al bosque. No necesitaba mirar en otra dirección, ya que todo el mundo venía en el mismo sentido, al ser un paseo prefijado. Podía resultar que alguien regresase, porque se torció un pie, pero seria mucha casualidad.

Marcos y Carlos llegaban por el camino, y a lo lejos más gente, en dos grupos. La distancia era grande, y con eso contaba Lolo. Preparó su arma y el silenciador. Éste lo acababa de adquirir. Nunca pensó que le hiciese falta para su trabajo, ya que, de ser necesario, dispararía en defensa propia. Necesitaba dos disparos, pero su pistola era automática, y la frecuencia de tiro de un segundo o menos. Para menos ruido, usó una botella de plástico, en la que introdujo el cañón,

con el silenciador puesto. Evitaba la salida del aire, por la boca de la botella, al cerrarla con cinta adhesiva. Había comentado, en varias ocasiones, con Eloísa, la forma de eliminar el sonido de un disparo, con un silenciador casero. El ruido, que saldría un instante antes que la bala, se quedaría en la botella. Luego, la bala rompería el fondo de la botella, pero ya sin ruido, o uno muy leve. El segundo sería más sonoro, aunque esperaba que el silenciador, con algo de ayuda del volumen de aire en la botella, también lo amortiguara.

Como el lugar elegido era la cúspide de una cuesta, los caminantes habían aflojado el paso. Una vez arriba, y tras tomar nuevo aliento, volverían a caminar con más ritmo. Por otra parte, al final de la cuesta comenzaba el bosque, y en el interior hacía un agradable frescor. Todo esto lo consideró Lolo, quien había inspeccionado con anterioridad la zona, y escogido el punto.

Los dos hombres llegaron al final de la cuesta, y se detuvieron, un segundo, para arremeter la senda con nuevos bríos. Fue cuando una bala fue en busca del pecho de Marcos. Le dio en el centro, unos centímetros por debajo del esternón. Lolo apretó, nuevamente el gatillo, antes de que Carlos se enterase de que algo sucedía. Escucharía el segundo disparo, más claro que el primero, pero no podría evitar el proyectil. Carlos había girado el cuerpo, para ver qué le sucedía a su amante, porque notó su movimiento, pero no el sonido del arma. La bala le dio en plena espalda, con tan mala fortuna, para él, que le atravesó el corazón. El barman salió al claro, y observó su obra. Marcos se moría, mientras que Carlos ya no respiraba. Lolo, con gran sangre fría, puso un trapo mojado contra la faz de su ex novio,

aplicó el cañón del arma, y disparó. En esta ocasión, hizo algo más de ruido. Pero los caminantes estaban lejos, y seguramente no pudieron apreciar el origen del estallido.

Lolo cogió a Carlos por los pies, y lo metió en la espesura. Luego hizo lo mismo con Marcos. Una vez ocultos de quien pasase por la senda, el asesino revisó el suelo. Había manchas de sangre. Pero él ya lo había previsto. Tras unos arbustos tenía una mochila, en la que llevaba los implementos necesarios para perpetrar la agresión. Sacó una pequeña escoba, y barrió el suelo. El abundante polvo tapó la sangre.

Cuando estuvo limpio el camino, que era lo más preocupante, el homicida se encargó de los cuerpos. Los fue arrastrando al interior del bosque, a un punto alejado de la vereda. Allí había una fosa, que él fue cavando en las ocasiones en que llegó a inspeccionar el lugar. No se fatigó de una vez, y no lo dejó para el día indicado. Cabían bien los dos cuerpos.

-Va a ser difícil que alguien tenga la ocurrencia de cavar aquí.

Era muy grande el bosque como para que alguien eligiese el punto para… ¿cavar?

Como contaba con mucho tiempo, revisó los bolsillos de ambos. Fue metiendo en la mochila todo lo de valor que ellos llevaban, además de los documentos. Si los hallaban, al de un tiempo, la humedad del bosque se habría encargado de eliminar sus identidades. Había bichos en abundancia. No lobos, coyotes u osos que pudieran desenterrar los cuerpos. Se ocuparían de ellos los gusanos, las hormigas, o cualquier insecto subterráneo.

Lolo tardó buen tiempo en tapar la fosa. Luego la cubrió con hojarasca. Satisfecho, cogió la mochila y se puso a caminar en el sentido que todo el mundo lo hacía. No completaría el recorrido, y se desviaría en la señal de cinco kilómetros.

* * * * * * * * * * * * *

Entre los conocidos de Lolo, se comentó que Marcos y Carlos se fueron, por temor al barman. Éste era famoso por sus arranques de ira, y podía hacer, en cualquier momento, una locura. Ya la había hecho, pero nadie lo sabía. Cuando pasó algún tiempo, y no aparecían, Dioni comentó, en su círculo, que Lolo los habría matado. Lo hizo en voz baja, porque le podía pasar lo que él suponía de los otros. Como la relación con la policía era evitada por Dioni y sus amigos, nadie llevó sus sospechas a una comisaría. Tenían cuentas pendientes, y no fuese que los de azul las recordasen.

Dionisio era un fulano con una desfachatez increíble. Por ello, les dijo a sus conocidos que él y Lolo quedaron en buenos términos, y seguían siendo amigos. Para demostrarlo, invitó a algunos al bar La Esquina, en donde él pagó unos tragos. Únicamente él entendió la razón de montar una fiesta, a la que invitaron a Lolo. Éste no hubiese aceptado ninguna invitación de Dioni, si se celebrase fuera del bar; pero se trataba de comer y beber allí, después de cerrar a la clientela. Pagaba el vividor, lo que constituía un milagro.

En la euforia del festejo, Dioni se puso a sacar fotos de unos y otros. Se le notaba pasado de copas, por lo que insistía en fotografía cualquier cosa. Nadie lo consideró extraño, y posaron de mil posturas

posibles.

Al día siguiente, Dioni acudió a ver a Lolo, unos minutos después de abrir el bar. Ya se le había pasado el efecto del alcohol, y quería hablar con su ex amigo. El barman entendió que Dioni nunca estuvo dominado por los vapores etílicos. Lo supo cuando tuvo unas fotografías ante sí, sobre el mostrador.

-Es la sortija de Marcos – le dijo Dioni.

Lolo perdió el color. Captó la intención de Dioni en la fiesta y el licor. Se había descuidado, y no vio que "el fotógrafo" disparaba constantemente a su mano.

-¿Te la regaló antes de irse? – preguntó Dioni.

-En realidad me la devolvió, porque yo se la había regalado.

-Todos sabemos que eso no es cierto. Los has matado, ¿verdad?

Lolo no tuvo una respuesta. Dioni le había tendido una trampa, y cayó en ella como un niño.

-¿Quieres que vaya a la policía, y que investiguen si te la dio o no? – preguntó Dioni.

-¿Qué quieres?

No había duda de que se trataba de su chantaje. Dioni no conocía otra manera de obtener dinero. Podía ser prostituyéndose, pero eran mayores las cantidades que producía el miedo.

-Por tu culpa, me quedé sin el dinero de Mendiluce – le recordó Dioni-. Así que ahora serás tú quien me pague.

-Yo no tengo el dinero de ese hombre – arguyó Lolo.

-Es tu problema. De momento, vete sacando tus ahorros, y luego… piensa en unos cien mil.

-¿Dólares? ¿Cien mil dólares?

-Es la cifra que me hubiese pagado Mendiluce. No tengo idea de cómo lo hagas, pero me la consigues. Tres meses. O si no, le explicarás a la policía lo de la sortija. De nada te servirá que te la quites, ahora, porque tengo muchas fotos.

Lolo pensó que debía matar a Dioni. Era casi seguro que él no les había comentado nada a los otros. Dioni no era afecto a compartir dinero. Si moría, la policía podría encontrar las fotos; pero de poco servirían si no las relacionaban con Marcos. Dioni les daría esa pista. Por tanto, debía morir, y llevarse el secreto.

-"Tengo que conseguir su teléfono. Tendrá fotos de la fiesta en papel, pero no sirven si no sabes qué buscas" – pensó el barman.

-Mi madre tiene un sobre con las fotos, y una declaración mía – dijo Dioni-. Si algo me pasa- parecía que leía la mente de Lolo, aunque no le hacía falta porque le conocía perfectamente-, la entregará a la policía.

-Dame un tiempo – le pidió a Dioni-. Tengo algo importante, entre manos.

-No intentes engañarme. ¿Cuánto tiempo?

-Mes y medio. Te daré diez mil dólares, ahora, y el resto en mes y medio.

-Mes y medio.

Lolo no tenía ni idea de qué podría hacer. No conseguiría el resto del dinero. Por ende, debía matar a Dioni, y antes del mes y medio. Dioni no le habría dado a su madre un sobre con pruebas, porque la mujer lo abriría al de un minuto de recibido. Y eso no le convenía a

Dioni. No quería que Lolo fuese a la cárcel, sino que le diese dinero. Por ello, el chantajista necesitaba atemorizar a Lolo.

-"Eso no me da miedo – pensó el barman-. Sé que no ha dejado nada. Lo que me preocupa es ser sospechoso. Si lo mato, sin más, sus amigos pensarán en mí. Ya sospechan que a Marcos y Carlos les ha sucedido algo. Tengo que matarlo, pero echarle la culpa a otro".

Estaba ante tal conflicto, cuando apareció Gimeno Ortuzar. No fue nada casual, sino porque el mismo Dioni volvió a molestar a Mendiluce, al sentirse seguro. Lolo ya no haría nada, porque bastante tenía con lo suyo.

Ortuzar llamó a Lolo, para decirle que Dioni volvía a las andadas. Lolo le explicó que Dioni también lo chantajeaba a él. No le dijo la razón, pero le dio a entender que el timador sabía algo que le comprometía.

-Ahora, ya no puedo ayudarle, Ortuzar.

-Me gustaría que hablásemos. Tal vez podamos ayudarnos mutuamente.

-No veo cómo. Lo de Dioni debo solucionarlo yo solo.

-Hablemos. Yo buscaba a alguien que me echase una mano, en un asunto, y veo que usted anda tras lo mismo.

* * * * * * * * * * * * *

Lolo estaba en la ventana de su habitación de hotel, tenía el cuerpo casi colgando, en un vano intento por ver la avenida. Esperaba a alguien, que llegaría por allí. No hacía mucho que recibió una llamada, en la que Ortuzar le aseguró que no tardaba. Es que el

abogado y Lolo tenían un plan para aquella noche.

Lolo vio que, por fin, aparecía lo que esperaba. Se trataba de una camioneta abierta, con la bandeja sin toldo o techo. Y sobre ella llegaba una escalera. No era muy alta, ni hacía falta, ya que de la batea o bandeja a la ventana no había mucha distancia. La altura de la camioneta había reducido en metro y medio los tres de la calle a la ventana. Pero, sin embargo, no parecía recomendable saltar.

El barman, vestido de motorista, espero a que Ortuzar colocase la escalera contra la pared. Y luego descendió. El abogado, una vez que colocó el artefacto, caminó a la esquina, para "vigilar al vigilante". El agente, en el interior de su auto, dormitaba. Eran las tres de la madrugada, hora propicia para roncar.

Manolo bajó a la bandeja de la camioneta y retiró la escalera. La plegó, si bien no era muy larga, y saltó al suelo. Se puso el casco de motorista y subió a la cabina del vehículo. Ortuzar regresó, y se sentó tras el volante.

-En marcha – dijo Lolo.

-¿No crees que es muy arriesgado? ¿Por qué matarlo hoy?

-Porque, así, nadie sospechará de mí. Yo estoy en el hotel, encerrado en mi cuarto.

-Eso es cierto. ¿Por qué has elegido a ese fulano? En realidad, no sé por qué escogiste a los otros.

Ya habían abandonado la calle lateral, y se dirigían al centro comercial. No tardarían mucho en llegar, y Lolo aseguró que tampoco se dilataría en "lo otro". La parte difícil estaba en bajar y subir a la ventana.

-Bonifacio puede enterarse de que la policía anda tras de mí, y hablar. Me conoce muy bien, y no dudaría en darles detalles. Lo elegí por eso, porque no quería que me pudiese delatar.

-¿Y los otros? ¿Fueron al azar?

-No, nada de eso. Eloísa me habló de ellos, y sus conflictos. Todos ellos iban a llorar al mostrador, a su lado de la barra. Y yo sabía que podía conseguir los teléfonos de los otros fulanos, con los que tenían el problema. Conozco bien a Laureano, ya que me ha arreglado la moto. Más a Eloísa, pero también a mí. De Vasconcelos supe su número porque me lo dieron en su oficina, y lo mismo de Ahumada. Son teléfonos de trabajo.

-¿Querías echarle la culpa a los otros, los que se quedaron sin novia o esposa?

-No. En realidad quería que investigasen a Eloísa. Si alguien me veía, vestido de motorista, daría tal descripción a la policía. Ella viste igual exactamente, puesto que yo le regalé esa ropa. Y ella ha estado con los llorones.

-Eres un cabrón bien hecho.

-¿Y tú…? ¿Lo que pretendes es de una buena persona?

-No, realmente no – reconoció el abogado-. ¿Y Dioni?

-Eso fue personal. No quería que lo mezclasen con los otros, porque él sí llevaría a la policía directamente a mí. Por eso usé otra pistola. Y ésa es bien conocida por Boni. Pero, mañana no habrá quien abra el pico.

-¿Y ese tipejo…? ¿El de tu casa?

-Ése… ha sido un error. Mejor dejamos eso. Y el siguiente eres

tú, abogado.

-Eso espero.

-Después de lo de esta noche, ya no me vigilarán. El cabrón de asesino serial los va a volver locos.

-Ya me urge. Los días pasan volando, y no tengo mucho tiempo.

-Te dije que eso corría por mi cuenta.

-Bien, pues ya llegamos. ¿Dónde te espero?

Ante ellos estaba la plaza Apolo, en donde trabajaba Bonifacio.

-En un lugar en que pases desapercibido – respondió Lolo.

* * * * * * * * * * * * *

Garrido estaba atento a lo que dijese Adalberto. Éste, al ver que la llamada procedía de El Departamento, le hizo una seña. Miguel había acertado. El sargento se enteró al escuchar a su amigo.

-Margot – dijo Poblano, para que se enterase Garrido, no dirigido a quien le estaba dando los detalles-. Voy en un momento.

-Te lo dije – le recordó Miguel, cuando el detective suspendió la comunicación-. Lolo no podía dejar pasar el lunes.

-¿Y crees que mate a Ortuzar también hoy?

-No creo. Bueno, eso supongo. Tal vez asesine a alguna persona más, de las que acaba de amenazar. Pero… ¿Sonia te escuchará, si le dices eso?

-Tengo que intentarlo. ¿Cómo te sientes estando de vacaciones?

-De maravilla. Yo… te dejo, porque el deber te llama.

-¿No vienes conmigo?

-¿No se molestará tu jefa?

-¿Y a dónde piensas ir?

El sargento miró el reloj, antes de responder:

-Es temprano para Eloísa, y ya tarde para Marta. Ser un hombre objeto de verdad que resulta muy pesado.

-Pues vente conmigo, a ver si tu olfato nos dice algo.

*   *   *   *   *   *   *   *   *   *   *   *   *

Gimeno y Lolo estaban en una cafetería no lejos del bar La Esquina. Era media tarde, un horario conveniente para ambos. Lolo aún no tenía que abrir el bar, y los juzgados ya habían cerrado. Se sentaron frente a frente. Lolo pidió un café y una copa de coñac. Ortuzar solamente café descafeinado.

-¿En qué cree que puedo ayudarle?

-Antes de exponerle qué, quiero mencionarle una cifra. ¿Ha pensado en irse de la ciudad?

-¿Me va a pagar por irme de la ciudad?

-No, claro que no. ¿Te parece que nos tuteemos? Me resulta más fácil hablar, si creo que el interlocutor es un amigo.

-Está bien. No entiendo de qué se trata esto.

-Cien mil dólares. ¿Qué te parece?

Lolo sonrió. Era evidente que cien mil dólares le parecen bien a todo el mundo, incluso a los que, como Mendiluce, tienen millones. Vienen de maravilla; pero dependiendo de… ¿por qué? Para comenzar, no se ofrecen cien mil dólares por darle una paliza a Dioni. Mendiluce pagó cinco mil por quitárselo de encima, o, al menos, eso le dio Ortuzar.

-Imagino que lo que piensas proponer es arriesgado, además de ilegal.

-Son muchos dólares para que no haya riesgo. Lo de ilegal… se supone.

-Creo que debes ir al grano. ¿De que se trata?

-Eliminar a alguien. No a Dionisio, obviamente.

-Obviamente. ¿Por qué me lo ofreces a mí?

-La respuesta es bien simple, y sincera. No conozco a nadie que pueda hacer ese trabajo. Te he investigado, Manuel, y sé que conoces de armas. Fuiste vigilante, y seguramente guardas por ahí… ¿Me equivoco?

-Así que la cosa es con ruido. No se trata de una paliza. Cien mil dólares son muchos para unos golpes.

-Si no hay ruido, mucho mejor. Pero sí, se trata de matar a alguien. ¿Sigo o… pago el café y nos vamos?

Lolo se quedó pensativo. Era muy buen dinero. El bar no era suyo, aunque lo administraba. Se creía el dueño, pero no se quedaba con la utilidad. Con ese dinero podía irse a la costa, y poner un bar para turistas. La cifra le gustaba. Le faltaba conocer a quién debería silenciar.

-Sigue. Si vale cien mil, es porque es alguien importante.

-Importante para mí. No es el presidente. Está mucho más abajo.

-¿Y se llama…? No puedo matar a alguien sin saber quién es.

-Me gustaría que pudiera ser así, pero entiendo que no es posible. Se trata de mi padre.

Lolo se quedó boquiabierto. No era algo jamás escuchado.

Cuando hay dinero, se olvidan los lazos familiares. Hay gente que asesina por una herencia. Hermanos matan a otros; pero… sin embargo, era difícil de tragar.

-Mi padre. Creo que los motivos no te interesan, pero tu mente te dirá que se trata de dinero.

-No hay la menor duda. No quiero averiguar razones, ya que de nada me servirían. ¿Has pensado cómo?

-Eso va con los cien mil dólares. Tú debes darme la solución. Por supuesto, que yo quedo totalmente fuera.

-Ya. Un pariente directo, difícilmente queda fuera. Y si hay dinero por medio, mucho menos.

-Lo sé. He pensado en una muerte… casual. Quizá un intento de robo.

-La policía no cree en casualidades. Pero… déjalo en mis manos. Como bien dices, los cien mil incluyen que yo lo planee.

-Y yo quede libre de sospechas. Debo saber cuándo, para tener una muy sólida coartada.

-He estado leyendo sobre un asesino serial. Mató a un primo suyo, y la policía no lo relacionó. Para ello, debió asesinar a dos vecinos, antes.

-No me parece mal. Pero eso implica otros muertos. ¿No es asumir mucho riesgo?

-Cuantos más muertos, es más difícil dar con el criminal. Debería ser al revés, pero no. Se tienen motivos para asesinar a un pariente, pero no a media docena de desconocidos.

-Suena bien, aunque… no tengo la menor idea de cómo podrías

llevarlo a cabo.

-Tengo algunas ideas. Nos tomaríamos algunas semanas. Y quizá habría cambios de planes. Depende de la policía.

-Lo dejo en tus manos. Yo pago contra resultados.

-Te aseguro el resultado.

* * * * * * * * * * * * *

Lolo puso el grito en el cielo. Más bien en el techo, ya que estaba en el almacén del bar. Su arma no estaba, como debía. Ni las balas ni el silenciador. Faltaban bastantes balas, y lo demás se notaba movido. Él se aseguraba bien de colocar todo de tal forma que sabría si alguien tocaba algo. Y lo supo enseguida.

-¡Debí haberla tirado a un pozo, después de matar a Dioni! – se quejó.

Aquella pistola no estaba registrada. No era la que usaba de vigilante. Ésta la tuvo que entregar, cuando dejó el puesto, porque estaba registrada ante la policía. Pero él tenía una propia, que guardaba en el bar. Normalmente, la tenía en un cajón del mostrador, por si… se requería. La usó cuando mató a Marcos y Carlos. Luego ya no la dejó bajo la barra. La escondió en el almacén. Eloísa la descubrió al ir a buscar algo.

La otra pistola, con la que mató a los de las llamadas, se la proporcionó Ortuzar. El abogado la guardaba, como si fuera oro. Se la dio en cada ocasión que Lolo debía asesinar a alguien. Luego se la recogía. No confiaba en que el barman no fuera a usarla con alguien fuera del plan. Y así hubiese sido, cuando Dioni le dio el ultimátum. El

chantajista le dijo que tenía dos días. Lolo decidió matarlo el primer día, por si el segundo se presentaba algún inconveniente. Pero no tenía la pistola de Ortuzar. Tuvo que echar mano a la suya, la del almacén. Luego la regresó.

-No la hubiera guardado. ¿Para qué? Ya no la usaría más.

Eso había prometido. El arma debía desaparecer, porque tenía tres cadáveres en su haber. Pero no la tiró a un pozo, o la desarmó pieza a pieza y la fue repartiendo por toda la ciudad. No hizo eso, y Eloísa la cogió para matar a Chuy. Él le dio la llave al parásito, delante de la mujer, para que ella fuese a confrontarlo. El barman estaba seguro de que la mujer lo haría. Necesitaba una buena discusión, para inculpar más a Eloísa. Pero no supuso que iría en busca de la pistola, y mataría al vividor. Fue un error, y más…

-Bonifacio la conocía, porque él me la consiguió. Cuando decidí matar a Dioni, sentencié a Boni. No podía arriesgarme a que se enterase, y fuese con los azules. Ese cabrón era tan honrado, que no parecía de este mundo.

Por eso lo mató, en previsión de que pudiera salir con su estupidez crónica, esa película rancia de la familia, de no beber, no fumar y no mirar las piernas y los pechos de las clientes de la plaza. Bonifacio era un extraterrestre, pero no estúpido. Si pensaba en la 357, y en la desaparición de Marcos, y la muerte de Dioni, podía llegar a conclusiones nada favorables. Por ello, le incluyó entre los que mataría. Le llamó por teléfono, con voz distorsionada, y lo amenazó. Mientras su mente se ocupase del peligro, no se dedicaría a análisis poco convenientes.

-La pistola la usó ella. La muy puta le ha sorbido el seso al policía. Por eso le abrió la puerta de su casa y las piernas. El cabrón la protege. Seguro que le ha hablado del arma, y me ha enfangado. ¿Qué le habrá dicho de la muerte de Chuy? Seguro que me ha inventado un cómplice. ¡Hija puta!

El arma lo comprometía. Si Eloísa le había dado al policía unas balas, halladas en el almacén, todavía sin disparar, éste ya sabía que él había asesinado a Dioni. Quizá nunca descubriesen a los otros dos, pero no eran necesarios para meterlo en prisión por el resto de sus días.

-Ya es tarde para eso.

Lolo abandonó el bar. Lo que no hizo a tiempo, ya no podría remediarlo. La pistola suya desaparecería de la tierra. Por tanto, terminaría el asunto de Margot, con el arma que "le prestaría" Gimeno. Y también usaría ésta para echarse al padre del abogado. Una vez que éste muriese, cobraría y se perdería en la costa, o quizá saldría del país.

-No puedo acercarme a ella-. Pensaba en Eloísa-. Es muy arriesgado. Seguro que su novio anda tras de mí.

* * * * * * * * * * * * *

Arturo Ortuzar, padre de Gimeno, era un hombre alto y fornido, algo pasado de peso. Usaba un bigote ancho y poblado, que teñía de negro, para contraste con su cabellera casi blanca. Quizá el bigote le hacía parecer más joven. Se quitaba años, al menos ante las mujeres. Había enviudado hacía cinco años, lo que le permitió que sus

aventuras fuesen menos ocultas. Y ya que sus hijos eran adultos, había proyectado vender su bufete y retirarse a descansar. Sus vástagos deberían hacer fortuna por sus medios, igual que él, a quien nadie le regaló nada.

Rosita estaba de lado sobre la cama. Tras ella, Ortuzar padre empujaba con fuerza. Era el final del orgasmo. Ambos se hallaban a punto. A Rosita no le gustaba el viejo, aunque tampoco el Ortuzar joven. Sin embargo gozaba con ambos, puesto que estimaba que poner el cuerpo para disfrute ajeno era una bobada. Ya que abría las piernas, debía obtener algo gratificante. Con Gimeno sólo los coitos, puesto que él la consideraba su novia. Le hacía algunos regalos, y le pagaba un sueldo, pero nada más. En realidad, el sueldo lo pagaba su padre, quien, además, si le daba dinero extra a Rosita.

-Para tus caprichos, nena- solía decirle, cuando terminaban cada encuentro del tercer tipo.

-Ya sabes que soy muy caprichosa. Pero lo valgo, ¿no?

-Claro que lo vales. Y no sólo porque estás muy buena.

Eso era cierto. Rosita no únicamente le ofrecía su cuerpo a Ortuzar padre, sino también información. El hombre quería saber lo que su hijo pensaba sobre la venta del bufete. Rosita estaba bien enterada, ya que Gimeno se quejaba a cada rato. No le gustaba la idea, aunque su padre hubiese fundado la firma, y fuese el dueño de todas las acciones. Él, más que sus hermanos, había trabajado duro para darle fama al despacho, y ahora pasaría a ser un empleado. A los demás no les importaba tanto. Para comenzar, en el testamento de su padre, él recibía la mitad de las acciones, porque así lo dispuso su

madre. Pero, si vendía el despacho, ya no habría nada que heredar. Tal vez les repartiese algo de dinero, pero Ortuzar tenía la obsesión de querer disfrutar, a tope, con lujo de excesos, los años que le quedaban. Se lo había ganado a pulso. Tenía pánico a envejecer, pero mucho más a pasar años en un asilo. Lo de volverse impotente sexualmente le producía sudores. Por ello, vendería ahora que le ofrecían un buen trato, y se gastaría lo que pudiera. Si le quedaba algo, se lo dejaría a sus hijos. Y si no, ellos ya tenían sus títulos, por lo que bastaba con que le imitasen.

-¿Eso de que… anda con un tipo raro… es seguro? – preguntó Ortuzar.

-Eso me ha dicho mi hermano. Te dije que lo iba a vigilar.

Ortuzar no conocía al hermano de Rosita. Era muy natural, ya que ella no tenía hermanos. Una hermana sí, que vivía en Ciudad Valdés.

-¿Un tipo raro…? ¿Cómo de raro?

Arturo Ortuzar tenía la sospecha de que Gimeno tramaba algo. Y ese algo no sería nada bueno. Su hijo dejaría se ser el hijo del dueño, para convertirse en un socio minoritario. Le corresponderían el diez por ciento de las acciones, y otro diez a repartir entre su hermano y hermana. A ellos no les preocupaba, sobre todo porque no eran abogados. Tener acciones del bufete era como de la compañía de teléfonos. Pero no sucedía así con Gimeno. Él no quería ser empleado de “su” bufete. Por su actitud descontenta, el viejo se olía que su hijo tramaba algo.

-¿Cómo podremos saber lo que trama?

-Yo… Mi hermano ha seguido a ese tipo, y cree que es el asesino de las llamadas.

-¡Hijo puta!

Ortuzar se incorporó. Estaba en la cama, mirando al techo, pensando que quizá pudiera un segundo ataque. Tardó en calmarse. Antes, lanzó un buen número de bufidos tipo búfalo.

-Así que lo de su llamada… Pero… ¿por qué fingir la llamada?

Eso no estaba nada claro. Le debían haber amenazado a él. Su hijo pagaría al fulano que mataba desconocidos, para que lo incluyese en la lista. Pero no, el de la lista era Ortuzar junior. No tenía lógica.

-Mi hermano cree que el tipo y tu hijo traman matarte, cariño.

-Eso lo supongo. Mi hijo, últimamente, no me mira nunca a la cara. Sus ojos enfocan el suelo cada vez que hablamos. Pero… sigo sin entender. Claro que no necesito entender, sino estar preparado. Yo sabré cuándo es el momento. Mi hijo me lo dirá.

-¿Crees que te va a advertir?

-No, eso no, pero se delatará. Gimeno es un pusilánime, y no soporta que yo le mire de frente. Yo lo sabré.

-Ten cuidado, amor.

-Puedes estar bien segura. Oye, lo de tu hermano… ¿Le puedo dar un cheque?

-No hay problema. ¿Al portador? Es que le robaron la billetera, y no ha ido a renovar la identificación.

-Al portador. Y dile que esté atento. ¿Cómo supo que el tipo es el asesino de las llamadas?

-Por casualidad. Recuerda que me dijiste que encontrabas raro a

Gimeno. Yo le pedí que lo siguiera. Voy que él y el tipo se metían a un bar. Luego siguió al tipo, y… lo vio matar a… ¿Recuerdas el fulano que trabajaba en un taller?

-Sí. ¿Vio que mataba a ese hombre? ¿Por qué no llamó a la policía?

-¿Crees que le darían una medalla? Me lo dijo, de inmediato, para que yo te pusiera al tanto. Si descubría a ese asesino, Gimeno buscaría otro.

-¡Eres una joya, mi cielo! Cuando venda, tú y yo nos vamos a Bahamas, a gastarlo todo. Les voy a dejar a éstos…

-Mi vida, ¿no te encapricharás de alguna… gringa?

-¿Cómo puedes pensar eso? Yo contigo tengo de sobra.

-No me importa que andes con otras, siempre que a mí no me falte…

Rosita llevó su mano derecha a la entrepierna de Ortuzar. El hombre cerró los ojos. Rosita no era nada celosa. Él tampoco, ya que la joven se acostaba con su hijo.

-"Y con… - Rosita sonrió -. Con él también".

* * * * * * * * * * * * *

Dos horas más tarde, después de que Ortuzar padre se despidió con un segundo coito, Rosita se dirigió a un barrio periférico. Era una barriada de edificios altos, de seis pisos. La mujer llegó en un taxi, y se metió a uno de los multifamiliares.

Gimeno dijo que aquella noche llegaría tarde a casa, porque tenía que ir a ver a una clienta. Rosita conocía a la clienta. Más bien

era proveedora, ya que Gimeno le pagaba sus servicios. Al abogado le gustaba la variedad, por lo que tenía “asistentes sexuales. Llegaría a casa cerca de medianoche, con semblante de quien ha trabajado horas extras. Su padre también sudó un poco; pero a media tarde, ya que le gustaba cenar con unos amigos, en un restaurante argentino, de la forma más relajada posible. Para ello, qué mejor que una sesión de sexo antes de la cena.

Pero, para Rosita no había terminado el día. Eran las ocho y media, por lo que la noche podía considerarse aún joven. Subió al primer piso, y tocó el timbre del apartamento izquierda-A. No tardó en abrir un hombre. Era Tadeo, al que Lolo llamaba el llorón, el que fue esposo de Rosita. ¿Iba ella a buscar el cheque de su pensión alimenticia?

Cuando estuvieron frente a frente, los dos se lanzaron uno sobre el otro, y se enlazaron en un apasionado beso. Tardaron un buen rato en separarse. Parecía que hacía mucho que no se habían visto.

-Ya tenía ganas de que llegases- dijo Tadeo, al lograr desligar el beso.

-No me dejaba el viejo.

-No me cuentes eso.

Tadeo empujó a Rosita al interior del apartamento, y cerró la puerta. La mujer llegó a la sala, lanzó el bolso sobre un sillón, y ella se derrumbó sobre el sofá. Tadeo se sentó en el otro sillón, y cogió un vaso con un líquido oscuro, que estaba sobre la mesita de centro. Se lo llevó a la boca y le dio un sorbo. Cuando regresó el vaso a la mesita, preguntó:

-¿Te sirvo algo?

-Luego. Ya sabes que no te voy a contar detalles. ¿Crees que a mí me agrada?

-No. Sé que no te agrada. Y a mí mucho menos.

-Pero eso ya lo sabíamos desde el principio. Lo mismo que tú con Eloísa. Sólo que ella no es… lo mismo.

-Déjalo, Rosa. No hablemos de eso. Prometimos que sería “negocio”, y así debemos verlo.

-Pero ella… De verdad que me molesta.

-La boba de Eloísa piensa que voy al bar para acostarme con ella – dijo Tadeo-. Eso es todo. ¿Qué le has dicho?

-Ya todo. ¿Qué nos falta?

-Seguir a ese loco el lunes. Pero creo que no será posible.

-¿Por qué? – Rosita se incorporó y tomó un sorbo del vaso de Tadeo.

-Porque el policía anda con Eloísa. Creo que ella ya le ha puesto al tanto.

-Si es así, Lolo no podrá matar a nadie el lunes. Además, dices que sigue en el hotel. ¿Lo van a dejar ir?

-Eso no importa mucho, si él sale por la ventana, y tu jefe le ayuda. Puede repetir, el lunes.

-No creo que ya le toque a Ortuzar. Debe despistar, antes, a la policía.

-Eso creo. Lo de Dioni fue un verdadero error. Yo supuse, cuando le seguí, que discutirían. Pero llegó, le arrebató el teléfono, con la mano izquierda, y le metió un plomazo con la derecha.

Rosita se puso en pie y fue en busca de un trago. En una pequeña barra, apenas de medio metro de largo, había una botella de ron Abuelo, panameño. Y también un refresco de cola, pero no de Estados Unidos, sino de Perú. Extraña combinación. La mujer se preparó una cuba.

-Me dio un cheque al portador – dijo Rosa-. Pero espero que cumpla su palabra y me pague una buena recompensa.

-¿Y nos vamos? – El tono de él era de duda.

-No nos vamos. Nos quedamos. Caído Gimeno, los clientes son míos.

-De acuerdo. Me refiero a que te sales de su bufete. En eso quedamos, ¿no?

Rosita se acercó a Tadeo, y le pasó el vaso por la mollera. El hombre agarró su vaso y propuso un brindis.

-Creí que Gimeno nos arreglaría el futuro. No pensé en su padre – declaró el ex marido.

-Los viejos suelen ser más espléndidos.

-Los viejos me provocan menos celos. ¿Qué podemos hacer? – preguntó Tadeo.

-¿Crees que debemos intervenir o simplemente esperar acontecimientos?

-No sé si nos conviene más que gane el padre o el hijo.

-Yo tampoco – aseveró ella-. ¿Vamos a la cama?

-¿Tienes ganas?

-No tratemos ese tema. Hay clases de sexo.

-De acuerdo, amor.

CAPÍTULO XII

En la escena del crimen había ambulancias y patrullas. Cuando llegaron Adalberto y Miguel, ya estaba Sonia, quien se había hecho cargo del caso. Le acompañaba Martín, convertido en su sombra. Buscaba un ascenso, y suponía que lo lograría de mano de la sicóloga, la que ya parecía capitán del departamento.

-Tenías razón – le dijo Sonia a Miguel, en cuanto éste se acercó a ella-. El asesino ha cambiado de técnica.

-Es el éxito de los asesinos seriales inteligentes. Los que se aferran a una norma, caen pronto.

-¿Ha sido Lolo? – preguntó al mujer.

-Si lo buscas, no lo vas a encontrar.

-He enviado gente a su casa. Pero tú… ya sabes que no está ahí.

-Y sabía que él era el asesino, aunque nadie me creyó.

-No tenemos pruebas. Ni siquiera ahora. ¿En base a qué lo

detendríamos?

Garrido se encogió de hombros. Él sabía que Manuel era el asesino, pero no podía ponerlo ante un juez. No presentarían ninguna prueba. Y lo mismo sucedía con Eloísa. A no ser que ella confesase, no tenían nada. La pistola ya no estaría en el bar. Eloísa le acompañó a buscarla, y no la hallaron. Pero eso era parte de su investigación de vacaciones, muy por su cuenta. ¿Por qué iba a detener a la mujer? ¿Por matar un parásito?

-No tengo idea. Necesitamos el arma - respondió el sargento.

-En el contenedor de basura encontramos un distorsionador de sonido. Estaba bajo una caja. El pordiosero no siguió buscando, una vez que halló el teléfono – dijo la sicóloga.

-¿Y qué deduces de eso?

-Tú interrogaste a Eloísa – le dijo Sonia a Adalberto.

-Sí, yo fui. ¿Y qué con eso?

-¿Recuerdas si ella fue al excusado?

-Sí – respondió Poblano, sin ninguna duda-. Me dijo que tenía ganas.

-¿La acompañaste?

-Yo no entro en el tocador de mujeres.

-Me refiero a la puerta.

-No. Claro que no. Salimos de la sala de interrogatorios, y le señalé el pasillo. Vi que iba hacia allí. Esperé charlando con Eusebio. No se iba a escapar por la ventana. No estaba detenida.

Sonia aceptó con un cabeceo. Era cierto. Ni podía volar, ni estaba detenida. No sería tan tonta como para huir, y con ello confesar

culpabilidad. Así que lanzó los aparatos por la ventana. Lo haría al salir, una vez que les borró las huellas. En el excusado estaría sola, puesto que en la comisaría había pocas féminas, y algunas andaban ya en la calle.

-Fue ella – dijo Sonia.

-¿La vas a detener?- preguntó Miguel-. Únicamente tienes un portátil y un distorsionador. Será imposible demostrar que son de ella.

-Lo sé. Pero eso me indica que debo vigilarla.

-¿Y si fue Lolo quien se deshizo de ellos? – Preguntó el sargento-. ¿Estás seguro que no fue al excusado?- le preguntó el detective.

-Fue cuando llegamos. Dijo que no quiso mear en la calle, porque podían detenerlo.

-¿Por qué no me has dicho eso? - le espetó Sonia, furiosa.

-Debe ser porque no me lo has preguntado. Dijiste Eloísa. Hoy, yo he ido dos veces, y no te lo he dicho.

Miguel soltó una carcajada. Adalberto se encogió de hombros y fue a ver qué hacía Martín. Seguramente nada, ya que él únicamente andaba de estorbo por la vida.

Sonia iba a comentar algo, cuando sonó su teléfono. En el saludo, se supo que se trataba del capitán.

-Ha cambiado de víctima – dijo la encargada del caso-. Estoy de acuerdo que así nos lo pone más difícil. Incluso, si se desespera, puede atentar contra cualquier que se le cruce en el camino.

Miguel miró a la mujer, y le guiñó un ojo. Intentaba decirle que estaba de acuerdo con ella.

-Al tener Vasconcelos un guardaespaldas, y estar prevenido, ha

asesinado a su novia. Te informaré.

Cuando cerró su portátil, la sicóloga lanzó un hondo suspiro. Comenzaba a entender que atrapar a un criminal no era nada fácil. Y seguro que ya sabía lo que significa que tus jefes te presionen a toda hora, confiando que resolverás el caso antes de que su popularidad, la de ellos, se vaya por el drenaje. Eso le podía suceder al alcalde, quien la puso a cargo de la investigación. Sonia le dijo a Garrido:

-Yo no quise quedarme con tu trabajo, Miguel.

-Como sea, pero ya lo tienes. ¿Cómo atraparás a Lolo?

-Tenemos una toalla, que estaba en un bote de basura, en la plaza Apolo. Supongo que la sacó del hotel. Martínez ha ido a ver si coinciden.

-¿Y cómo salió del hotel?

-Alguien tuvo que ayudarlo. Llevaría una escalera.

-Así que no actúa solo.

-Eso parece. Con lo que ha dicho Adalberto, de su visita al retrete, no me cabe la menor duda de que es el asesino. ¿Lo fuiste a buscar?

-Sí. Y no está en su casa. Y el bar está cerrado.

-No hemos localizado a Eloísa. Tampoco está en su casa. Por tanto, aún es sospechosa.

Sonia comenzó a caminar rumbo a una de las esquinas de la calle. Miguel supuso que ella quería que la acompañase, a la vez que alejarse de los demás policías. Miguel la siguió.

-Debo disculparme contigo, Miguel. Desde el principio, tú supiste que Lolo era el asesino. ¿Por qué?

-Porque eso me decía mi olfato. No he sido policía, por más de veinte años, para no darme cuenta de que alguien no es de fiar.

-¿Fue cuando mataron a Dioni?

-Sí, desde entonces no he tenido duda. ¿Te ha dicho Adalberto que Lolo fue vigilante, y compañero de Bonifacio?

-Sí. Y hemos enviado gente a ver sus archivos. Quizá hallemos a alguien más. Nos faltaría saber por qué mató a su antiguo compañero.

-Por el arma – dijo Miguel, sin dudarlo-. Bonifacio conocía el arma asesina, al menos la que disparó contra Dioni.

Era exactamente la que había desaparecido. Eloísa abrió el bar, y fueron al almacén, para comprobar que no estaba. Tampoco las balas ni el silenciador.

-Tendría que conocer las balas, y ésas las pueden disparar otras pistolas. El arma le inculpará, pero si es que la encontramos. Y Bonifacio no nos ayudará.

-Las balas… - Miguel se quedó pensativo-. No se me había ocurrido. Eso debe ser. Si Bonifacio escuchaba que era calibre 357, no iba a suponer que salieron de la pistola de Lolo. Sólo en el caso de que… las balas.

El sargento pensó que Lolo pudo librarse del arma, y también de las balas. Entonces, ¿qué tenían aquéllas balas, las disparadas, que le preocupaban a Lolo?

-¿Qué pueden tener unas balas de diferencia? - preguntó Sonia.

-Que hayan sido una producción limitada, y, por ello, sean reconocibles. Las balas normales no nos suelen decir nada, si no tenemos el arma. Cada cañón hace unas muescas inconfundibles, pero

se necesita disparar la pistola, para comparar las balas. Pero, en este caso…

Las balas que mataron a Marcos y Carlos se quedaron en el bosque, bajo tierra. Pero no las que acabaron con las vidas de Dioni y Chuy. Éstas estaban en manos de la policía.

-Llama a la comisaría y pídeles que lleven las balas con un experto.

-¿Las de….- Sonia abrió la libreta en donde anotaba todo- calibre 38 o las 357?

-Todas ellas. Hay algo en esas balas que quizá nos digan mucho. Reconozco que no lo había pensado. ¡Qué estúpido!

Sonia se disponía a llamar a la comisaría, cuando sonó el teléfono del sargento. Antes de tal prodigioso invento, les llamaban a las radios de las patrullas. Ahora la comunicación era mucho más personal.

-Es Eloísa – dijo Miguel-. Se ha enterado de que ha muerto Margot.

-¿Y conoce a Margot?

-Sí. Luego te digo cuál es la conexión entre ellas.

-Todo el mundo se conoce. Parece que estamos en un pueblo.

-¿Qué está pasando? – le preguntó Eloísa a Miguel.

-Parece que se mueren los que tienen contacto contigo-. Lo siguiente se lo preguntó a la sicóloga, pero casi con muecas-. Margot fue la novia de Felipe, ¿no?

Sonia no realizó la llamada a la comisaría. Prefería escuchar lo que dijese Miguel. Éste hizo mímica con la boca, pronunciando

Felipe, sin ruido. La jefa asintió, con la cabeza, porque tenía ese nombre en su lista.

Miguel escuchó a Eloísa, durante un minuto, y luego cortó la comunicación. Le explicó a Sonia:

-La madre de Eloísa es amiga de la madre de Felipe, el antiguo novio de Margot. Y Eloísa salió con Felipe, cuando Margot lo dejó.

-Así que se repite lo de los otros.

-Sí. Lolo conoce todos estos líos amorosos.

-Porque Eloísa le ha puesto al tanto. Pero, ¿por qué los asesina? ¿Cree que le hace un favor a alguien?

Miguel podía decirle que se trataba de una cortina de humo, y que el objetivo se llamaba Arturo Ortuzar. Pero eso… debía descubrirlo ella, la futura alcaldesa de San Pedro.

-Eloísa dice que está en casa de su madre, desde esta tarde. También unas vecinas, y sus tíos.

-Nos está indicando que tiene coartada.

-Sofía, una estudiante que suele ayudar en el bar, se encuentra con ella. Una fiesta de cumpleaños. Llevan juntos desde las seis de la tarde.

-Sólo nos queda Lolo, ¿no? Ya no tenemos duda.

-Ni pruebas. Así que estamos igual que antes. Al menos yo, que nunca dudé que él era el homicida.

-¿Qué podemos hacer?

Sonia le pedía ayuda. No se sentía ya nada segura. Quizá había supuesto que cazaría al asesino al tener un retrato hablado. Ahora, cuando conocía su nombre, entendía que le faltaban pruebas. Para

comenzar, había que localizarlo, atraparlo y encerrarlo. Luego tendrían que hacerle la prueba de la parafina, para demostrar que disparó un arma. Y, aunque diese positivo, necesitaban el arma y que efectivamente hubiese expulsado las balas. No, no era nada sencillo.

-Como estoy de vacaciones, me voy a mi casa – anunció el sargento.

-Yo…- Sonia meditó un segundo- debo quedarme. Me gustaría….

-¿Qué tal mañana o pasado?

-Yo no te he quitado el puesto, Miguel.

-Pero sí me has quitado un buen dolor de cabeza. Debo agradecerte eso.

-Mañana o pasado. Espero que cumplas tu promesa de agradecérmelo.

-Como si fuese el aguinaldo de Navidad.

* * * * * * * * * * * * *

Servando Vasconcelos se enteró de la muerte de Margot, porque un policía tocó a su puerta. El vice le dijo que no abría ni aunque tuviese una orden judicial. El agente le informó que habían matado a su novia. Como Adalberto y Miguel conocían a la mujer, más bien su nombre, y ella llevaba encima su documentación, de inmediato la asociaron con Servando, y le mandaron aviso.

Servando no quiso abrir la puerta. Le dijo al policía que lo sentía mucho, pero no se fiaba ni de su padre. Creía en lo que el hombre le decía, y lloraría un buen rato, aunque después de pensar en cómo poner su cuerpecito a unos buenos kilómetros de distancia. Así que

llamó a Mendoza, para pedirle ayuda. Rogelio se quedó petrificado, al escuchar la noticia. Comprendió que Servando quisiera irse a la luna, o quizá más lejos. Y lo consideró muy conveniente, ya que el hombre estaba sentenciado, y el asesino mataba a sus allegados. Él era su jefe; y eso le incluía en la lista de vinculados por alguna razón; por lo que también corría peligro.

-Te mando a dos de nuestros hombres – dijo Rogelio.

-¿Ahora? Quisiera irme de una vez. No sé a dónde, pero bien lejos.

-Ahora… Déjame ver. Te llamo.

-Por favor, Rogelio. No sea que el tipo venga a buscarme esta misma noche.

-Si ha matado a tu novia, se habrá quedado satisfecho.

-¿Cómo sabes cómo se ha quedado? Quizá es una trampa, para que la policía esté junto a Margot, y le dejen libre el paso a mi casa.

-Pudo haber ido antes. No seas paranoico, y espera a que lleguen los que voy a enviar.

-Me gustaría que estuvieses en mi pellejo. Es fácil dar consejos, cuando se trata de otro. Pero el miedo es algo muy íntimo, que los demás no pueden comprender.

Mendoza cortó la comunicación. Le enviaría a alguien, para que se fuese a…, o mejor mucho más lejos. Servando comenzaba a caer muy mal.

-Tengo que buscar un reemplazo – dijo, mientras marcaba el teléfono de la oficina.

Como había dos vigilantes, uno se desplazó a casa de Servando.

Allí esperó a que llegasen dos guardaespaldas de la agencia. Cobrarían bien caro, por la hora, pero Servando aseguró que no le importaba.

Una vez rodeado de tres hombres armados, salió del apartamento, subió a su auto, y escondido en el asiento trasero, casi bajo los sobacos de dos gorilas, abandonó la ciudad, con rumbo desconocido. Una vez a salvo, lloraría la pérdida de Margot.

* * * * * * * * * * * * *

Miguel no le había dicho a Sonia que se dirigía a casa de la madre de Eloísa. La barman le dijo que pensaba ir a su casa, pero tenía miedo. Le gustaría que él la acompañase, y se quedase con ella. Garrido, muy solícito, aceptó. Nada hacía en la escena del crimen, ya que Sonia tenía todo “bajo control”.

Cuando estaba por llegar a la dirección que le dio Eloísa, recibió una llamada de la sicóloga. Tenía noticias.

-No sabemos lo que signifique, pero las balas 357 tienen un número. En algunas se ve bien. Pone 1997.

-Edición especial. Hay que investigar quién las compró.

-Entonces, ¿sí fue por eso que mató a Bonifacio?

-Y quizá lo hubiese matado antes, de haberse publicado que las balas tenían ese número. Ahora, imagino que ya no le importe que se sepa, porque falta quien asegure que él las compró.

-Sólo quería que lo supieras. ¿Ya estás en casa?

-No, aún no. Tengo ganas de tomar una copa. Como el bar La Esquina está cerrado, iré a otro. Estoy de vacaciones. Creo que quizá en la agencia de seguridad compraron esas balas, y Lolo se quedó con

algunas.

-Sí, casi seguro que va por ahí. Mañana mismo mando a alguien a averiguar. Pero, como dices, no servirá de mucho ya.

-Para el expediente.

* * * * * * * * * * * * *

Cuando Miguel despertó, aquella mañana de martes, pensó que estaba casado. Eloísa no era Martina, pero sí una mujer que dormía a su lado, con el desnudo cuerpo pegado al suyo. Fue una exquisita sensación de intimidad. Además, no tenía por qué ir a trabajar, ya que podían descontarle las ausencias de las vacaciones pendientes, el acumulado de los últimos cinco años. Podía estar tres meses de asueto, algo que jamás, ni en el más agradable de los sueños, pasó por su mente. Al capitán le daba lo mismo si acudía a la oficina o no, así que sólo necesitaba avisar a Personal.

Miró a su lado, y vio a Eloísa. Parecía un ángel, pero era una asesina.

-No puedo detenerla – pensó-. Además, yo creo que ese tipo está mejor muerto.

Se sorprendió por lo que pensaba. Era impropio de un ser humano, y menos de un policía. O quizá sí de un policía, ya que ellos no solían tratar con seres humanos. Muy extraña filosofía, pero servía para acallar su conciencia. Era cómplice, puesto que no delataría a la mujer. No podía hacer eso, por mucho que fuese su obligación. En el caso de que se descubriese su acción, algo que le parecía poco probable, él alegaría no saber nada.

-Desayunar en la cama – pensó-. Esto sí que me gusta.

* * * * * * * * * * * * *

Lolo salió de la sombra. Había unos árboles, no muy frondosos, pero con la suficiente hojarasca como para ocultar al flaco. Gimeno paseaba lentamente, como quien hace un ejercicio leve antes de irse a dormir. El parque no era peligroso, aunque fuese de noche, la del martes. Es que se ubicaba en una zona de semi-lujo, y, por ende, muy vigilada. Precisamente por eso, por la abundancia de policías, y vigilantes privados, el barman la había escogido. Si hubiese ido a una popular, todo uniformado le miraría como sospechoso. Pero, en una elegante, los guardianes veían a un hombre vestido de cuero, y con casco, como el típico rico que tiene una moto. En un barrio pobre sería un delincuente con vehículo.

Gimeno pasó a la zona con hierba, y Lolo abandonó la penumbra. No se aproximaron mucho uno al otro, como dos personas que están, en el mismo sitio, pero como en planetas distintos.

-¿Por qué te has escondido?- preguntó el abogado-. Has declarado que mataste a esos tipos.

-Eloísa le ha dicho al policía que yo maté a Chuy.

Lolo lo consideraba seguro. Podía equivocarse, pero peor error sería no contemplarlo como posible, y ser detenido. Por ello, obedeció la lógica del dicho: “más vale aquí corrió, que aquí murió”, y cambió de aires.

-¿Quién es Chuy? – preguntó Ortuzar.

-El fulano que ella mató en mi apartamento.

Lolo no iba a decir que él asesinó a Dioni. Realmente, no hacía falta, ya que Gimeno lo sospechaba, y no le creyó cuando el barman lo negó.

-¿Y cómo puede demostrar que tú fuiste?

-Les ha dado mi pistola. Eso me incrimina.

-¿Qué pistola? Me pediste un arma. ¿Y resulta que tenías una?

-Sí, pero ésa no podía usarla para matar a "los tuyos". Es mía, y me incriminaría.

-No entiendo nada. En fin, que debe ser este jueves.

-La policía anda tras de mí. Tú podrás escaparte, pero yo ya no. Eso supone un pago extra.

-¿Más dinero? ¿Crees que soy un banco?

-No, pero ganarás mucho cuando te quedes con el negocio. Y yo necesito más, para un cambio de aires. Soy un fugitivo, así que debo largarme del país. Mis planes anteriores ya no sirven.

-Quedamos en algo, y debes respetarlo.

Gimeno se acercó a Lolo. Nadie les miraba, por lo que no debían tener muchas precauciones. Sin embargo, de vez en cuando solía aparecer un policía, en su ronda, y quizá tuviese la descripción del motorista.

-No contaba con que me descubriesen tan pronto.

-¿Cómo lo han sabido? ¿Por el tipo ese que dices que mató ella?

-Me relacionan con el vigilante- declaró-. Un amigo me dijo que fueron a la agencia en donde trabajé.

-¿Por qué mataste a ese tipo? ¿Y a los otros dos? Dijiste que moriría gente que no se relacionase contigo, y han sido tres conocidos

tuyos.

Lolo guardó silencio. No podía declarar sus razones. Se equivocó, o precipitó, al matar a Marcos y Carlos. Luego se echó a Dioni, porque éste le descubrió. El error se originó al usar la sortija que era de su ex novio. Fue una metedura de pata que aprovechó Dioni. No podía arriesgarse a que éste hablase.

También metió la pata al usar su pistola, con las balas especiales. De todas formas, debía matar a Bonifacio, desde el día que eliminó a su amante y el otro tipejo. Si los encontraban, las balas lo delatarían. Pero Bonifacio moriría como los otros, víctima del loco de las llamadas. Y así fue.

-No tenía que haber salido así – dijo-. El error fue Dioni. Y yo no lo maté. Y tampoco a Chuy.

-¿Quieres decir que tu compañera se cargó a ambos, para incriminarte? ¿Y que usó tu pistola?

-Aunque no lo creas. Ella me ha destrozado el plan. Así que… quiero más dinero.

-Yo no tengo culpa de que ella haya interferido. Tú debiste haberla controlado. O no tener un arma que ella pudiera usar. Por eso, yo guardo muy bien ésta.

Gimeno puso la mano derecha sobre el pecho. Bajo la chamarra estaba la pistola calibre 38.

-Cincuenta mil más – pidió Lolo.

-¿Estás loco? ¿De dónde saco todo eso en dos días? Debes matarlo el jueves, sin falta. Irá, el fin de semana, a…. Eso no importa. Debes matarlo este jueves.

Su padre iría a casa de Fragoso, el presidente de Framansa, el importante bufete que compraría el suyo. Casi seguro que allí se firmaba algo, y él debía impedirlo. Después de establecer un contrato, aunque fuese privado, de nada le servía matar a su padre. Fragoso respetaría el acuerdo, y les daría el dinero convenido, pero se quedaría con el bufete. Y Gimeno no quería dinero, ya que lo ganaría con una docena de buenos casos.

-Cincuenta más- insistió Lolo.

-Te puedo conseguir treinta. ¿Lo tomas o lo dejas?

Lolo lanzó un bufido. Aceptaba los ciento treinta.

-El jueves. ¿Irá al mismo motel?

-Eso ha hecho las últimas cinco semanas. De todas formas, deberás seguirlo. En esta ocasión, yo no estaré cerca.

-¿Y mato también a tu novia?- preguntó Lolo, sonriendo.

Arturo Ortuzar iría con ella el jueves, al motel. Solía, si podía, verla dos veces por semana; pero los jueves eran de rigor.

-No será necesario. Él sale a las ocho. La mujer se va un momento antes, en un taxi. Debe ser cuando mi padre vaya a subir a su auto.

-Yo decidiré cómo llevarlo a cabo. He estado en el motel, y sé lo que debo hacer. Necesito el arma.

-Te la doy el jueves, a eso de las cinco.

-¿Por qué a las cinco?

-Porque, a las ocho estaré en una reunión de amigos. Es mi coartada. Vas tú solo. Con los otros no me relacionaban, pero sí con mi padre.

-De acuerdo, el jueves a las cinco. ¿Y cobrar?

-Al día siguiente. Veré la manera de escaparme de… lo que haya que hacer.

-Si no, yo iré a verte.

El abogado hizo un mohín de desagrado. No le gustaba que lo amenazasen.

-No te preocupes, porque cobrarás. Enfócate en lo tuyo.

* * * * * * * * * * * * *

Pasaban unos minutos de las cuatro de la tarde. El barrio, de gente de clase media alta, estaba en silencio. Había algo de algarabía a dos calles, en un parquecillo. Era la hora de la sobremesa. Muchos trabajaban aquel martes, por lo que los jardines estaban vacíos. Algunas mujeres acompañaban a sus hijos en el parque, aprovechando el buen tiempo. Luego, poco antes del atardecer, irían a sus casas, a esperar a sus esposos. Todo era tranquilidad.

Martina, con una bolsa de papel, en los brazos, llegó ante su casa, por la acera. Debía dejar la bolsa en el suelo, para abrir la puerta con la llave. Se trataba de la pequeña puerta de rejas, la que daba acceso al jardín. Normalmente no se cerraba con llave, hasta llegada la noche; pero Conrado estaba muerto de miedo, y extremaba precauciones. La mujer no percibió que, a unos metros, había una moto, recostada contra un árbol de la alameda.

Cuando posó la bolsa en el suelo, se incorporó, con la llave en la mano. Podía tocar el timbre, el que estaba en una de las dos columnas a cada lado de la cancela, pero su marido no quería ni asomarse a la

ventana. Así que mucho menos iría a abrirle la verja, o a cargar el paquete. Apenas Martina se enderezaba, de dejar los paquetes, cuando escuchó un ruido, como si abriesen una botella de champaña. También notó un golpe en la espalda. No tardó en escuchar otra sorda detonación, y un nuevo latigazo. Luego sintió un mareo.

Un motorista, con el casco puesto, había dado dos zancadas, y traspuesto la distancia entre el árbol y la verja. Llevaba una pistola en la mano, con la que hizo dos detonaciones. Los dos proyectiles se incrustaron en el dorso de Martina, quien se sostuvo de pie unos segundos. Cuando se le nubló la vista, también se le aflojaron las piernas, y cayó contra la cancela. Justo puso ambos brazos por encima de la celosía, a algo más de un metro del suelo, y quedó colgada de la puerta.

El de la ropa oscura de cuero echó a correr. No fue muy lejos, pues la moto le esperaba detrás del árbol más cercano. No escuchó un sonoro aullido que surgió de una de las ventanas de la casa de Martina, porque arrancó su vehículo. Conrado lanzó un alarido, que retumbó en toda la calle. Un vecino, que estaba agachado junto a un seto, cortando ramas bajas, se puso en píe, justo para ver que el motorista se alejaba. Despidió un agudo grito, con la esperanza de que alguien detuviese al que huía. Luego giró el cuello, para mirar a Martina, quien estaba apoyada en la cancela.

Conrado salió de la casa. No pensó que quizá el asesino esperase eso, para dispararle. Corrió hasta su esposa, y se abrazó a ella, por el otro lado de la puerta de celosía. El vecino fue a su casa, y llamó a la esposa. De otras dos viviendas surgía gente que había escuchado el

clamor.

* * * * * * * * * * * * *

Hacía poco que terminó la actividad. Miguel y Sonia estaban en la cama, mirando al techo. Eran cerca de las cinco de la tarde del martes. No se habían dilatado en llevar a cabo el proyectado encuentro.

-Tengo que ir a casa antes de las siete. Y debía estar ahora mismo en la comisaría – dijo ella.

-Yo estoy de vacaciones – le recordó el sargento-. Pero, si quieres, te acompaño a la comisaría. Extraño su horroroso café.

-Llamaré a Poblano, para saber si hay algo. Si no hay nada, me voy a mi casa. Tenemos… aún dos horas.

A Miguel el cálculo del tiempo le sonó a otro encuentro mano a mano. Habían hecho las paces al estilo occidental, mucho más agradable que firmar un papel o fumar la pipa de la paz.

-¿Cómo pudo enterarse Lolo del número de portátil de Conrado? – preguntó Sonia, de improviso.

-Supongo que igual que los otros.

-No, no en el caso de Conrado. Los demás daban sus números a clientes, pero Conrado no. En su caso, no es un número de negocios.

-Yo lo tengo registrado en mi teléfono.

-¿Y cómo lo conseguiría Lolo? ¿O…?

-Puede ser lo que piensas.

-¿Ella? ¿Tuvo acceso a tu teléfono?

Miguel sonrió, al decir:

-Cuando me duermo, no me suelo enterar de nada.

Sonia sabía bien a qué se refería. Conocía que él había estado con Eloísa, al menos en un par de ocasiones.

-Lo siento – dijo el sargento.

Garrido puso, a su voz, el tono de mayor culpabilidad que pudo. Eloísa estuvo manipulando su teléfono, con la excusa de meter sus números. Y allí ponía Conrado. Poblano le llamó desde el teléfono de Miguel, buscándolo en la lista de contactos.

-Eso nos habla de que Eloísa informa a Lolo – dijo Sonia.

-Hay algo más, que refuta lo anterior. No me gusta hablar mal de los muertos, pero Conrado nos mintió sobre su relación con Eloísa. Yo le vi salir del bar, no hace mucho. Y sé que iba con frecuencia.

Miguel se había declarado culpable, pero simplemente para que Sonia advirtiera que no quería ocultar nada. Pero ahora daba otra posibilidad.

-También podría ser- aceptó la mujer-. Dijo que "quizá" habría ido, pero hacía mucho.

-Justo cuando yo investigaba la primeras dos muertes. No hace tanto. Yo llegaba y él se iba.

-Un par de semanas. ¿Por qué no le desmentiste, en su casa?

-No me pareció el momento.

-No me lo dijiste – le reclamó ella.

-Pero sí se lo dije a Adalberto. Él lo sabe desde entonces.

-No me lo ha comentado.

-Por lo mismo. No creías que Lolo era el principal sospechoso.

-Eso es cierto. Así que… Eloísa conocía a Conrado, y también

Lolo. ¿Sabrían que él estaba casado con tu ex?

-No. No me conocían aún. Todo es casual.

-Eso parece, aunque Lolo lo supo más tarde, y por eso lo amenazó de muerte. Vamos atando cabos.

Miguel abandonó la cama. Se estiró, elevando los brazos hacia el cielo.

-Voy a… - ofreció-. ¿Quieres tomar algo?

-Sin alcohol.

Miguel fue a la cocina. Justo entraba en la pieza, cuando sonó el teléfono de la sicóloga. Garrido sacó, del frigorífico, una botella de refresco de cola. También tenía una botella de ron, porque él sí tomaba alcohol. Sirvió el refresco en ambos vasos. A uno, previamente, le había puesto ron. Los cogió, listo para regresar al cuarto, cuando vio que Sonia estaba en el umbral, completamente desnuda. Él tampoco tenía ropa alguna encima.

-Es… Poblano – dijo la mujer.

-¿Tienes que irte?

-Sí. No sé cómo decírtelo.

-Pues que tienes que irte.

-Deja los vasos y siéntate. Mejor si te tomas la cuba de un trago.

Garrido miró fijamente a la mujer. El rostro de ella estaba tenso, y le temblaba el labio inferior. Aquello indicaba que algo grave sucedía.

-¿Qué ha pasado?

-Haz lo que te digo. Siéntate, y toma la cuba.

-¿Conrado? Sí, han matado a Conrado. ¿Es eso?

-Siéntate, ¡carajo! – gritó la mujer.

Miguel obedeció. Acabó el vaso con cuba de un trago. Luego miró a los ojos de la mujer, esperando la debida explicación.

-Lolo ha matado a tu ex esposa.

-¡Puto cabrón! – exclamó Miguel.

Se puso de pie de un salto y cogió la botella de ron. Le quitó el tapón, que cayó el suelo, y le dio un largo trago. No pensó en ponerle un suavizante. Luego se dejó caer en la silla, y puso la cabeza sobre la mesa.

-Martina…- sollozó-. Ese cabrón la ha matado por mi culpa.

-Nadie tiene culpa, Miguel. Ese tipo está loco.

-Pero no ha matado al tendero de la esquina, sino a Martina. ¡Es la madre de mis hijos!- gritó.

Volvió a llevarse la botella a los labios, y le dio otro gran sorbo. Comenzó a sudar. Sonia se sentó frente a él. Empujó el vaso de cola hacia el hombre, para que, al menos, suavizase el licor. El sargento le echó una buena dosis de ron, y volvió a beber.

-¿Cómo ha sido?- preguntó.

-En la puerta de su casa. Ella llegaba y un motorista le estaba esperando.

-¿Era su moto? ¿Alguien lo vio?

-Dice Poblano que sí. Moto negra, con llamas rojas. Adalberto asegura que es la de Lolo. La llevó a la comisaría el día que lo interrogaron. Traje de cuero, casco… Todo coincide. Y las balas son 38. Hay que hacerles pruebas de balística, pero sí son 38.

-¿A qué hora?

-No hace ni una hora.

Miguel seguía tomando. La botella estuvo casi llena, y ya contenía muy poco licor. El hombre sudaba copiosamente.

-Ahora sí debo irme. Poblano vendrá conmigo.

-Y yo también

Miguel se puso de pie, de un salto. Notó que se mareaba, y volvió a sentarse. Sonia no sabía qué hacer, por mucha sicología que había estudiado.

-Va a venir Martínez, a acompañarte – dijo.

-¿Crees que no pueda quedarme solo?

-No es eso. Creo que debes hablar con alguien. Yo no me quedo, porque…. Bueno, tú sabes.

-Lo entiendo. ¿Me informarás de lo que sea?

-Poco podré decirte. Pero te llamaré a cada rato. Ten cerca tu portátil.

La mujer se disponía a salir de la cocina, cuando regresó un paso, y dijo:

-Me confirmó Poblano que le dijiste que viste Conrado salir del bar.

-¿No me habías creído?

-Yo sí, pero tengo que explicárselo al capitán. Lolo tenía razones contra él, antes de conocerte. Conrado andaba tras Eloísa – dictaminó la mujer.

-Pero no lo ha matado a él, sino… -Miguel metió la cara entre sus manos.

-Lo mismo que con Vasconcelos.

-Y con… - Miguel lanzó un chorro de vapor etílico por la boca.

* * * * * * * * * * * * *

La moto se detuvo ante un taller de pintura. El motorista apagó el motor, y se bajó. Un hombre vestido con pantalón y camisa que fueron azules, pero ya tenían más colores que el arco iris, se acercó al recién llegado. La ropa de trabajo del pintor hablaba de la policromía que se podía elegir en el taller.

El motorista se quitó el casco. La cabellera de Eloísa, melena corta, rodeó su nuca. La mujer dejó el casco sobre la moto, y dijo:

-No le gustó a mi novio.

-¿No? – El pintor miró la moto por todos los lados-. Pues quedó de lujo.

-No es que esté mal, sino que dice que no debí haber elegido las llamas.

-¿Y qué quiere que le haga?

Eloísa comenzó a quitarse el traje de cuero. En la trasera de la moto, sobre una pequeña parrilla, había un bolso de tela. Estando doblado, era casi imperceptible. Ella lo abrió, y le fue metiendo la ropa de motorista, incluyendo el casco.

-Dice que quiere fondo verde y una pantera negra. ¿No está loco mi amor?

-Pudo haberle dicho eso hace dos días. La pinté el lunes.

-Lo sé. Pero…- la mujer bajó el tono de voz, como si fuera a decir un secreto- él paga. ¿Se acuerda de la pantera que me mostró el otro día?

-Sí, es uno de mis diseños favoritos. Y el que paga manda. ¿Le urge?

-Pues… ¿Podrá estar antes del fin de semana?

-Hoy es martes… Yo creo que sí. El jueves por la tarde.

-Estaré aquí a eso de las cuatro. Por la noche no.

-Se la tengo después del mediodía.

Eloísa se despidió el hombre de las mil manchas en la ropa. La mujer, sin ropa de motorista, y cargando un gran bolso, se dirigió a la parada del autobús. El pintor se quedó mirando la moto, y mascullando:

-Vaya manera tan tonta de tirar el dinero. Pero a mí me viene de maravilla.

La mujer subió en el autobús, y se sentó al fondo.

-No creo que encuentren la pistola en donde la tiré.

* * * * * * * * * * * * *

-Las balas sí son 38, pero no fueron disparadas por la misma pistola.

Eran casi las doce de la noche. Poblano se hallaba en su casa, en la sala, con su esposa. Habían metido a los niños a las camas, y veían las noticias de medianoche, cuando llamó Suárez, para informarle sobre las balas. El detective estaba de guardia, por lo que fue quien recibió el informe de balística.

-38. ¿Pero no son las mismas?

-Las balas quizá del mismo lote, pero fueron disparadas por otra arma. Y tampoco coincide la altura – dijo Suárez.

-¿Qué hay con la altura?

-Parece ser que el asesino es algo más bajo que Lolo. No es seguro, ya que Martina se estaba incorporando, después de poner la bolsa en el suelo. Pudo ser que aún no estuviera completamente de pie. El perito dice que hay unos diez centímetros de diferencia. Lolo mide uno ochenta, y se calcula uno setenta en esta ocasión. Bueno, lo que corresponde a esa estatura, pero a la altura del brazo extendido.

-¿No puede ser que disparase poniendo la pistola contra la cintura? Fue a corta distancia, ¿no?

-Sí. El vecino dijo que era alto y delgado. Claro que el fulano mide un metro sesenta. También el esposo dijo que era delgado, aunque no tan alto como él. Conrado mide como uno ochenta y tres. Pudo ser Lolo.

-Le voy a llamar a la jefaza, para informarle.

-Ya lo hice yo. Sólo quería que lo supieras. Y las otras balas. Sí se trata del año. Hubo una producción especial, de poco más de mil.

-¿Y las compró Lolo?

-No creo. No estoy aún seguro, pero unas doscientas llegaron para la seguridad del gobernador. Imagino que alguien le regaló una caja a Lolo.

-Eso se puede averiguar.

-Mañana mismo. ¿Qué sabes de Garrido? – preguntó Suárez.

-Está borracho perdido, en su casa. He llamado a Martínez, y dice que se tomó toda la botella, y que le dijo que fuese a por otra. Se durmió o desmayó. Martínez pasará la noche ahí. Ha cerrado la puerta con llave, y la ha escondido.

-¡Vaya putada, macho! ¿Se llevaba bien con su ex esposa?

-Sí. Se separaron en buenos términos. Incluso asistió a la boda de ella con Conrado – detalló Adalberto.

-Y estaba con la jefa en… ¿No es así?

-¿Qué quieres decir? ¿Qué necesitaba una coartada?

-No, no creo que la necesitase, pero la tiene, y muy buena.

-Ya sabemos quién es el asesino. Llevaba su moto, su ropa y era alto y delgado.

-Hombre, yo no quería insinuar que Miguel… Yo no, por supuesto. Pero… el esposo, y más si están divorciados, suele ser el sospechoso principal.

-En este caso no hay ninguna duda.

CAPÍTULO XIII

-¿Yo? – Eusebio Holguín puso el índice derecho sobre el pecho-. Yo di orden de que liberasen a Lolo porque vosotros me asegurasteis que no era el asesino.

-Yo no abrí la boca – manifestó Poblano.

-Yo únicamente te informé que habían matado al vigilante de la plaza Apolo- recordó la sicóloga-. Pero no pedí que soltasen a Lolo.

-Entonces… ¿Y la nota sobre mi escritorio?

-¿Qué nota? – preguntó Sonia.

El trío estaba en el despacho del capitán. Sonia llegó reclamando que hubiesen dejado libre a Lolo, porque ahora resultaba que era el asesino. Lo de la nota era algo nuevo para Adalberto y la mujer.

-La nota que ponía: “hay que liberar a Manuel Cifuentes, porque

no ha podido matar al vigilante". Y luego la llamada de tu amigo.

-¿Qué amigo? – preguntó Sonia.

-El concejal… El concejal que vino contigo.

-¿Él te pidió que lo liberases?

-Un momento. Aquí sucede algo muy extraño.

El capitán abrió la puerta, se asomó al corredor y lanzó un grito:

-¡Estévez, ven a mi despacho!

No había llegado Holguín a su escritorio, cuando Estévez ya estaba en la puerta. Saludó a la sicóloga, de mano, y a Poblano con un movimiento de cejas.

-Me dijiste que habían llamado del ayuntamiento, para que soltásemos a Manuel Cifuentes, si no lo íbamos a acusar de los asesinatos.

-Eso me dijo el concejal. Dijo que el alcalde preguntó si el fulano que teníamos era el asesino, o resultaba otro.

-¿Y qué tiene que opinar Liborio sobre eso? – preguntó Sonia.

-Supuse que tú estabas de acuerdo.

-Y yo supuse que era tu decisión – dijo la mujer-. Al final, todos supusimos, y Lolo quedó libre.

-¿Crees que alguien nos engañó? – preguntó el capitán.

-Seguro que sí. Liborio no te llamaría, para pedirte eso. Hubiera consultado conmigo. Y en caso de querer comunicarte lo que opinaba el alcalde, no te habría dejado un recado, sino hablado directamente. No es el estilo de esta administración.

-¿Quién pudo tomarnos el pelo? – preguntó el capitán.

-Es mucho más que una tomadura de pelo – opinó la mujer-. Su

cómplice.

-El mismo que le ayudó a salir del hotel e ir a la plaza. La toalla que hallamos es del ese hotel.

-¿La mujer del bar? – preguntó el capitán.

-Era voz de hombre – dijo Suárez.

-No creo que Eloísa fuese, de noche, a ayudarle a saltar por la ventana – opinó Poblano.

-¿Un cómplice? – Holguín movió la cabeza a los lados-. ¿Explica eso lo de las dos pistolas?

-Pudiera ser – respondió Sonia-. Si tiene un cómplice, algunas cosas parecen más claras. Por ejemplo, los otros dos asesinatos.

-El de Dionisio y el de Jesús – especificó Adalberto-. Los dos eran amigos de Manuel.

-Y el vigilante, Bonifacio, trabajó con Manuel – agregó la sicóloga.

-Siendo así, no necesitó salir del hotel – aseveró el jefe-. El cómplice se encargó.

-Es una posibilidad – aceptó Sonia.

-Esto se ha complicado mucho – consideró Holguín-. Tengo que dar una declaración, a la prensa, después del asesinato de Martina, y no tengo nada que decir.

-Creo que nos estamos acercando – dijo Sonia.

-Al precipicio - declaró el capitán.

* * * * * * * * * * * * *

Unos días atrás, lunes por la mañana, Miguel detuvo su auto a

unos metros de la comisaría. No era el lugar en el que acostumbraba estacionarlo. Debía hacer algo, y no podía ser ante los ojos de sus compañeros. Quizá sí, ya que llamar por teléfono portátil era algo muy común. Pero, cuando alguien piensa efectuar algo… ¿indebido?, suele ponerse nervioso, y Miguel no quería que esto le sucediese. Por otra parte, lo haría con sospechosos guantes, unos que guardaba en el auto, para usarlos si se pinchaba una rueda. Sacó del bolsillo un aparatejo, cuadrado, del tamaño de media cajetilla de cigarrillos, y lo puso ante el portátil. Buscó en la lista de contactos, del teléfono, un nombre: Conrado, y llamó.

Cuando Conrado respondió, sin saber a quién, la deformada voz de Miguel dijo:

-Conrado Luna, tienes los días contados.

-¿Quién habla?

Conrado no relacionó la llamada con aquéllas que tanto mencionaban en la televisión. No pensó en nada, ni siquiera en que tenía los días contados. Su mente estaba en su trabajo, en un problema con Hacienda. No era suyo, sino de la empresa, pero a él le pagaban por resolver tales asuntos.

-Una semana, Conrado. Te queda una semana de vida.

-No me hace ninguna gracia, seas quien seas.

-Menos gracia te hará cuando te meta un balazo en la espalda. ¿O serán dos? Conrado, no es una broma. Tú sí eres un chiste.

Miguel cerró el teléfono. Seguidamente, marcó el primer número de los diez que tenía anotados en un papel que puso ante sí, sobre el volante. Los obtuvo por un sencillo procedimiento: cambiar de orden

los tres números finales de números de conocidos. Con tal técnica, los destinatarios eran, con plena seguridad, verdaderos desconocidos. Le dijo casi lo mismo que a Conrado. Luego marcó a otro, que no contestó, y a un tercero. Éste sí respondió, además de que le insultó con epítetos que no constaban en el diccionario del sargento.

Una vez que tuvo su terna de amenazados, le quitó el chip al teléfono. Luego, limpió bien todo, aunque tenía guantes. Puso el auto en marcha y paró en el aparcamiento del Departamento de Policía.

Poco antes de salir con Adalberto y Sonia, Miguel fue al excusado. De reojo, certificó dos cosas: que la ventana del fondo estuviese abierta, y que no hubiera nadie en el corredor. Antes de entrar en el excusado, volvió a asegurarse de estar solo. Con un rápido movimiento, lanzó el teléfono y el distorsionador de sonido por la ventana. Tenía una increíble puntería, como casi todos los que fumaban en aquel pasillo. Sabiendo que abajo estaba el contenedor, los policías lanzaban de todo por la ventana. Salían del retrete, secándose las manos con toallas de papel, las hacían una bola y las proyectaban hacia la ventana. Casi todas hallaban hueco. Algunas terminaban en medio de la calle, en vez del contenedor, pero no en el caso del portátil y el distorsionador, porque Garrido se acercó bastante a la ventana, para asegurarse del destino. Un ruido conocido le confirmó la recepción de lo que arrojó. El chip estaba en su bolsillo.

-Se lo enviaré a Sonia, por correo. Creo que agradecerá el detalle.

No tenía nada que hacer en el retrete, por lo que se lavó las manos, y, de salida, hizo una bola con la toalla de papel y la arrojó

por la ventana.

* * * * * * * *

* * * * *

Para llegar al bar Narcia, Miguel tomó el camino largo. En realidad ni siquiera era la ruta, porque significaba un largo recorrido. Pero sabía que llegaría antes que Adalberto. Éste tenía algunos pendientes que resolver, además de escamotear el expediente de Dioni. A Miguel no le servía de nada, puesto que él había hecho otra investigación, pero, conseguirlo, distraería a Poblano. Debía sustraerlo sin que le viese Sonia, de manera que esperaría el momento de un descuido. Eso, y los pendientes del trabajo, le retrasarían media hora. En este tiempo, yendo por avenidas poco transitadas, el sargento se alejó mucho de su destino, a la vez que se acercaba a la ubicación del bufete de Ortuzar.

Se detuvo en tres cabinas telefónicas. Volvió a llamar a números de la lista. Consiguió hablar con tres personas, cuando ya estaba en el noveno número. De habérsele terminado las opciones, cambiaría otras cifras, lo que le daría nuevos objetivos. Distorsionó la voz con un extraño acento, más un pañuelo en la bocina.

Una vez que cumplió su objetivo, en Montoya, marcando una ruta que indicaba a Ortuzar como destino, cambió de rumbo, y fue al Narcia. Allí, pidió dos cubas, tomándose una como si estuviese muerto de sed. La otra la estaba degustando cuando llegó Adalberto.

-Lolo tiene que cambiar de víctima, si quiere matar al viejo Ortuzar – pensó-. Por ello, asesinará a un allegado, que justificará luego echarse al padre del abogado.

*   *   *   *   *   *   *   *

*   *   *   *   *

Rosita subió al taxi. Arturo Ortuzar la miraba desde la puerta del bungalow. Él se iría en su auto, poco más tarde. No eran tan cuidadosos cuando llegaban como cuando se marchaban.

Ninguno de los dos había pensado en la razón de que Gimeno "se ocupase" todos los jueves. Eso comenzó después del primer jueves en que su padre "le birló" la novia. Antes, no tenía un compromiso cada jueves. Si hubiesen pensado sobre eso, quizá habrían reparado en que él les había "asignado" ese día. Y tampoco consideraron que una propaganda del hotel cayó, casualmente, en manos de Arturo. Era un lugar con casitas separadas, ideal para los que no querían ser vistos. Pero no solamente los clientes, sino… los que les espiaban. Y Lolo les estaba espiando, desde la sombra de uno de los bungalows.

Al de un rato, quizá quince minutos, de que se fue ella, Arturo salió del cuarto y se dirigió a su auto. Eran tres pasos, ya que el vehículo se hallaba a dos metros del bungalow. No muchos más tuvo que recorrer el hombre del casco de motorista, y la ropa de cuero. Salió de su escondite, y, pistola en mano, avanzó hacia el coche. Lolo se disponía a asesinar a Ortuzar. Contaba con que el hombre le daba la espalda, al abrir la puerta delantera del vehículo, y disponerse a entrar. El asesino llegaba por detrás.

Ortuzar casi había metido el cuerpo en el auto, y Lolo tenía lista la pistola, con el brazo perpendicular al cuerpo. En un segundo se decidiría la suerte del padre.

A unos metros, oculto tras unos setos, Gimeno Ortuzar

aguardaba acontecimientos. Él también tenía una pistola en la mano, la que le compró al hombre del maletín. La otra, la que empuñaba Lolo, la adquirió en el mercado negro (también el del maletín procedía del bajo mundo), para que nadie supiera quién era el comprador. En el caso de la “oficial”, la que tenía en la mano, no le importó que el vendedor lo conociese, pues tenía una justificación.

Gimeno había decidido no pagarle a Lolo por matar a su padre. Cuando el barman disparase, él saldría de detrás del seto, y atacaría al asesino. Había alquilado un bungalow cercano, en donde entró con una puta. Ni siquiera tuvo sexo con ella, y la dejó viendo la televisión. Él salió a…

-Se me olvidó algo en el auto.

-Me da lo mismo si te vas o te quedas – le dijo la mujer-. Ya me has pagado por tres horas.

El abogado debía justificar estar allí, y nada mejor que decir que con una puta. Cuando la policía investigase, su coartada era perfecta. En cuanto a su padre, él había ido con alguien… Rosita quedaba fuera, y era seguro que no declararía que estuvo allí. Su padre fue con una mujer sin nombre, y Lolo lo asesinó cuando ya se disponía a abandonar el motel. Gimeno escucharía los disparos, cuando estaba en su auto, en el bungalow más cercano, buscando los condones en la guantera. Y también allí tenía la pistola. Eso, al menos, le diría a la policía. Todo perfecto.

Gimeno se puso en pie, al percibir que algo se salía del guión. Lolo había llegado junto a su padre, pero pasó de largo, y se dirigía al seto tras el que el abogado se escondía. El asesino sabía que él estaba

allí. Gimeno no adivinaba cómo lo supo, pero eso carecía de importancia. Lo que importaba, y mucho, era que el barman conocía su intención de matarlo una vez que hiciese el trabajo. Posiblemente se olió que no quería pagarle. O quizá…

El abogado quiso adelantarse, de manera que elevó el brazo, para disparar. Lolo estaba a unos pasos, y seguía con la pistola lista. Arturo había entrado en el auto, y prendió el motor. Tenía intención de alejarse, al menos unos metros. No vería lo que sucedía entre su hijo y el asesino. Auguraba el final, y no quería ser testigo. Tendría que quedarse, y esperar a la policía. No asombraría que Lolo asesinase a Gimeno, ya que lo había anunciado. Sí que él y su hijo compartiesen motel; pero se esfumaría la presunta casualidad, al saberse que el padre se acostaba con la novia del hijo, y éste fue a confirmarlo. Rosita lo atestiguaría. No estaba en el plan, pero Ortuzar padre la metería cuando tuviese que declarar. Y no podría negarlo, pues el encargado la había visto varias veces. Incluso el taxista era conocido. Un escándalo, pero no como para llevar a Arturo a la cárcel. Gimeno descubrió el engaño, y fue a espiarlos. Llevaba un arma, porque había sido amenazado. ¿O pensaba matar a su novia? Eso carecía de importancia, al menos para Arturo. Lo importante era que…

Sonó un disparo, cuando Arturo se había alejado unos metros de la escena. Fue silencioso, ya que Lolo había puesto el silenciador a la pistola. Entonces, Ortuzar detuvo el auto, y miró por la ventana. Lolo volvía a disparar. Gimeno había apretado el gatillo, y, a tal distancia, no debió haber fallado. Pero falló, más bien no salió un proyectil por el cañón. El asesino demostró tener buena puntería, pues hizo blanco

en ambos disparos. Los dos dieron en el pecho de Gimeno. El arma de Gimeno se había encasquillado. En un revólver, eso era imposible. Eso le aseguró el vendedor. Pero el hombre no le dijo que había que poner balas de verdad, con pólvora en el interior. Sin la pólvora, el fulminante no servía para nada.

Lolo se detuvo, para ver caer a Gimeno. En ese momento, se escuchó otro disparo. Éste sí retumbó como un trueno. Arturo salió de su auto, y se puso a correr hacia la recepción.

A Miguel Garrido no le hizo falta disparar una segunda vez. Su bala había atravesado el casco de Lolo, y penetró por su frente. El barman estaba quieto, no esperando un balazo. Sabía que el arma de Gimeno era inservible. Eso la había asegurado el padre del objetivo, cuando trataron el precio. No había ninguna duda de que Gimeno intentaría matar a Lolo, cuando éste terminase el trabajo; porque no tenía dinero para pagarle. Por eso, Arturo cambió las balas del revólver de su hijo, poniendo las que le dio… Miguel. El revólver estaba en un cajón del escritorio de Gimeno, de donde el padre lo sacó. El hijo no pudo suponer que las balas no tenían pólvora, sino tierra. El abogado no sabía nada de armas.

Lolo no esperaba que Miguel tomase parte en aquello. El detective le aseguró que no intervendría, cuando matase a Gimeno en vez de a su padre. Le habían retirado del caso, por lo que no era asunto suyo.

-Pero no me vendrá nada mal el dinero que me pagará Ortuzar. Soy más barato que tú – dijo Miguel, al salir de detrás de unos setos.

El sargento llegó junto a Gimeno, y cogió su arma. La policía no

hallaría ese revólver. Gimeno no pudo defenderse, cuando Lolo apareció ante él.

-A ver qué dice Sonia de todo esto. El hijo espía al padre, porque se acuesta con su novia. Lolo sigue a Gimeno hasta aquí, y lo mata. Y yo… Bueno, le llamé hace unos minutos, diciéndole que había visto una moto como la de Lolo… - señaló a la calle- cuando pasaba por la carretera.

No estaba a la vista. Lolo la había metido en un callejón. Pero Miguel se encargó de sacarla, y ponerla a la vista.

-Iba hacia… allí- señaló una de las dos direcciones de la carretera-, a ver a… Eso es asunto mío.

Arturo llegaba sudando, acompañado del encargado del motel. Miguel caminó hacia ellos, diciendo:

-No hay que temer. Oficial de policía.

* * * * * * * * * * * * *

Lolo subió la escalera. Una vez en la ventana, le dijo a Gimeno que podía retirarla. La habitación del hotel estaba en completa oscuridad. Pero Lolo sabía dónde se hallaba su cama, y que, a un lado, en la mesilla, había una lámpara. Cerró la ventana, que había dejado entreabierta; aunque muy poco, para no levantar sospechas. Cuando se dio media vuelta, listo para irse a la cama, escuchó una voz:

-¿Qué tal ha estado la faena, Lolo?

El barman se quedó de piedra. No veía a quien le hablaba, pero reconocía la voz. Un sudor frío le recorrió la espalda.

-Supongo que la ciudad cuenta con un poblador menos – dijo

Miguel-. Pasa y siéntate. Estás en tu casa. Da la luz. ¿O tienes sueño?

Manuel llegó a la mesilla y prendió la luz. Miguel estaba sentado en la única silla, en un rincón, a un lado de la ventana, por lo que Lolo no lo pudo ver al subir por ésta.

-¿Qué desea?- preguntó el barman, al prender la lámpara.

-Me parece que vas a tener que cambiar de tono cuando hables conmigo. A partir de este momento, sé humilde, o vas de cabeza a prisión.

-¿Puedo saber por qué?

-Si vas a seguir así, creo que mañana te enterarás, por los periódicos. Y tu amigo, el de la escalera estará contigo en la misma celda. No sé si voy muy rápido. ¿Quieres jugar conmigo?

Lolo se sentó en la cama. Aunque pretendía desafiar al sargento, no se notaba nada seguro. Le había sorprendido con las manos en la masa, y toda su coartada estaba en el suelo.

-Hay un detective, ahí abajo – dijo Garrido-. Si le llamo, subirá a detenerte. O quizá le diré que persiga al de la escalera.

-De acuerdo. ¿Qué quiere?

-Eso ya me gusta mucho más. Quiero lo mismo que tú, dinero. ¿O no se trata de eso? ¿Arturo Ortuzar?

-¿Cómo lo ha sabido?

-Porque soy bueno en mi oficio. Muy mal pagado, pero bueno. ¿Qué tal si hablamos de ese asunto? Yo también estoy metido en él, pero… digamos que represento a la otra parte.

-Entonces, ya sabe lo que planeamos. ¿También lo sabe Ortuzar?

-También. Así que tus opciones son limitadas, Lolo. O trabajas

para nosotros, o trabajas para nosotros. Elije.

-Tendré que trabajar para vosotros.

-Si quieres irte de la ciudad con un dinerito, y que no te persigan, creo que no tienes otra opción.

-¿Cómo sé qué no me perseguirá usted?

-Porque te doy mi palabra de… socio. No te perseguiré.

Miguel estaba seguro de no andar buscando a quien podía hallar en el cementerio municipal. Lolo moriría, así que no habría persecución.

-¿Cómo supo que yo…? No voy a decir qué, pero usted lo sabe.

-Intuición. Y no me costaba nada venir a verte, esta noche, y asegurarme de que dormías plácidamente. Supe que mataste a Dioni. El viejo truco de llamarse uno mismo por teléfono, de salir a todo correr, y luego… ¿Por qué no te quedaste junto a tu amigo?

-No era mi amigo.

-Cuando saliste en su ayuda, parecía muy íntimo. Y luego, de pronto, ya no lo conoces. Eso huele muy mal, Lolo.

-Bien. Fue un error.

-No, no fue un error, sino “otro” error. ¿Dónde enterraste a tu amante y su amigo?

-¿De qué me habla?

-De dos fulanos desaparecidos. Fueron a dar una vuelta por el campo, y no regresaron. ¿No te parece extraño?

-Yo no sé nada de eso.

-No quiero promover una batida por esa ruta de caminata. Como somos socios, tendré que creer en tu palabra. ¿No es así?

-Sí, así es. ¿Qué sabe usted de ellos? ¿Cómo imaginó…?

-Me enteré de tu vida, y quise conocer a tus amigos. Pero imposible hallarlos. ¿Y por qué matarías a Dioni? ¿Sabría algo de ellos? Resulta que un policía amigo investigó, y no regresaron de su caminata por el bosque.

-De acuerdo. Entonces… ¿qué quiere que haga?

-Te lo voy a explicar detalladamente. Por el momento, tienes que desaparecer. No sea que mis colegas te echen mano. Como verás, me preocupo por tu salud.

-Si huyo, declararé que soy culpable.

-Y, como eres inocente, eso será perjudicial, ¿no?

-No sé cuándo saldré de aquí. Quizá me retengan, porque ya suponen algo.

-Yo me encargo de que salgas. Y ahora… vamos a charlar sobre ese tema que es tan urgente.

¿Cómo entró Garrido al hotel, sin ser visto? Se había disfrazado. Se puso peluca, barba, bigote y gafas. Por si fuese poco, se metió un gorro de lana hasta las cejas. Y se fue al hotel con una puta, a la que contrató para toda la noche. El encargado no se solía fijar mucho en las caras, ya que siempre andaba somnoliento. Y el agente en el auto, también adormilado, sólo estaba atento a que no saliera Manuel Cifuentes. No le importaban las parejas que acudían a quitarse los picores.

Garrido pidió una habitación en el mismo piso en que estaba Lolo. Sabía cuál le habían dado al barman. Luego, abrió con una ganzúa, mientras la prostituta veía la televisión. A ella le daba lo

mismo si su cliente se masturbaba en el retrete, o iba a otro cuarto con un amante. Había cobrado, y le parecía perfecto no sudar.

-Me voy Lolo, porque ya son las dos y media, y se me hace tarde.

-¿Vas con Eloísa? ¿Necesitas coartada?

-No, pero nunca viene mal. ¿No crees?

Lolo hizo un mohín de desagrado. Mucho sigilo, y aquel sabueso lo auguró todo. Pero… la conversación fue fructífera.

Cuando el sargento terminó su asunto, con Lolo, fue en busca de la mujer, y le pidió un trabajo rápido. Ella le dijo que podía haberle hecho eso en su coche.

-Vine a ver si estaba mi esposa, con su amante. Pero creo que me he equivocado de hotel. Mañana iré a otro.

-¿Y por qué me trajiste? ¿No pudiste venir solo?

-Es cierto. No había pensado en eso. Algo rápido, y nos vamos.

-Lo que quieras, monada.

* * * * * * * * * * * * *

Sonia había llegado al hotel antes que Poblano. Antes, siquiera, de enterarse de lo que sucedía, encaró a Miguel.

-¿Cómo es que andabas por aquí? – preguntó Sonia.

-Vengo del cementerio - respondió Miguel-. Fui a arreglar lo de la sepultura de Martina. Tal vez la enterremos mañana mismo, si los forenses dejan de examinarla.

-¿No debería encargarse Conrado de eso?

-Ése no puede encargarse de sí mismo.

-Ahora, muerto Lolo, sí podría.

-¿Qué insinúas, Sonia? Dicen que los policías vemos en todos a un delincuente. Y, en unos días, en el Departamento, tú haces lo mismo. ¿Qué quieres decir?

-Nada, nada. No insinúo nada. Pero creo que Conrado debería hacerse cargo del entierro de su esposa.

-Yo opino lo mismo. ¿Por qué no se lo dices a él? ¿Me harías ese favor?

Miguel dio media vuelta y se dirigió al bungalow en el que, dos agentes, interrogaban a una prostituta. La mujer miraba su reloj, porque no le habían pagado para pasar allí toda la noche, respondiendo a preguntas estúpidas.

-¿Sintió usted que alguien los seguía, cuando venían hacia el hotel?

-No. Oiga, yo no sé nada de nada. El fulano me pagó por estar con él tres horas.

-¿No le parece mucho tiempo?

-No, no me parece mucho tiempo, porque teníamos que venir hasta este hotel.

-¿Y no le pareció raro venir hasta aquí, si usted estaba en el centro?

-Me hubiera parecido raro ir a Ciudad Valdés. Si usted supiera a dónde me han llevado…

Poblano se coloco junto a Garrido, y, en voz baja, dijo:

-Mencionaste que a Lolo lo abandonó su novio.

-Eso me dijo Eloísa.

-Era un tal Marcos Encinos. También perteneció a la agencia de

seguridad.

-¿Y eso nos lleva a alguna parte?

-A que sus padres lo andan buscando. Se lo ha tragado la tierra.

Poblano había dicho, sin querer, lo que exactamente le había pasado a Marcos.

-¿Crees que el tal Marcos sea la razón de que Lolo haya matado a tanta gente?

-Eso opina la sicóloga. La enorme decepción.

-¿Y mató a Bonifacio porque sabía lo de Marcos y él?

-Exactamente. Lolo temía que Bonifacio dijese algo que sabía.

Garrido pensó que, en cambio, Sonia no sabía ni lo que decía.

-¿Qué sucedió con ese portátil del mendigo? – preguntó Miguel, intentando no sonreír.

-Seguro que lo arrojó Lolo, cuando supuso que podíamos registrarlo.

-No confían en los métodos civilizados de la policía.

* * * * * * * * * * * * *

Unos días antes de la muerte de Lolo y Gimeno, Tadeo Sarmiento salía del ayuntamiento, listo para irse a su casa, cuando alguien se puso a su lado, y le dijo, en voz baja:

-Tenemos que hablar.

Tadeo miró a su lado, y vio a Miguel Garrido. No lo conocía, pero intuyó que era policía. La forma de ordenar y no pedir, la ropa desaliñada, y el tono de voz eran tan elocuentes como una placa colgada del bolsillo superior de la chaqueta.

-¿De qué? – preguntó Sarmiento.

-Del amor, las abejas y los saltamontes azules. Pero comenzaremos hablando de Eloísa.

-¿Eloísa? ¿Qué Eloísa?

-¿No les preguntas el nombre cuando te acuestas con ellas? ¿Te parece bien que vayamos a un bar que está en la calle paralela?

-¿Me va a invitar a algo?

-¡Qué pregunta más estúpida! Los policías tenemos fama de gorrones. Y ya que trabajas para el gobierno, y yo también, al final pagan los contribuyentes. ¿O prefieres charlar en la comisaría?

-¿Piensa detenerme? ¿Bajo qué cargos?

Tadeo se detuvo y miró fijamente a Miguel. Garrido no se inmutaría por la mirada de aquel fulano. Es más, el sargento le clavó los ojos, de tal forma, que Sarmiento sintió que le apretaba un huevo.

-Puedo tenerte 72 horas en la comisaría, mientras me explicas por qué te acuestas con Eloísa. Considerando que alrededor de ella hay algunos asesinatos, tu detención será legal. ¿Qué te parece?

-¿Cómo sabe usted que me acuesto con Eloísa?

-Por el procedimiento más antiguo de la policía: vigilando. No tenía nada que hacer, y se me ocurrió ponerme delante del portal de ella. Y te vi entrar de su brazo, muy enamorado. Y tú eres, ¿o eras?, esposo de Rosa Rosales; conocida como Rosita; quien te dejó para irse con Gimeno Ortuzar.

-¿Y qué hay con eso? ¿Ahora ustedes se dedican a investigar adulterios o abandonos?

-No, no nos dedicamos a eso. Nos dedicamos a robos, homicidios,

drogas… ¿Qué sabes sobre vender drogas en la universidad?

Tadeo se quedó rígido. Miró a sus pies, al responder:

-Eso fue… hace mucho tiempo. Yo era muy joven.

-¿Cómo hiciste para que el ayuntamiento no hallase ese detalle en tu pasado? ¿Tomamos una copa? Supongo que me invitas.

-Sí. No veo qué busca usted, porque yo no sé nada sobre la amenaza a Gimeno.

Garrido soltó una carcajada. Agarró de un brazo a Tadeo, y le miró a los ojos:

-¿Qué amenaza, Tadeo? ¿De qué amenaza hablas?'

El empleado municipal se ruborizó hasta las orejas. Había declarado saber algo que no pudo leerlo en un periódico.

-¿No crees que debes explicarme cómo sabes eso?

-Le aseguro que yo…- la voz del hombre tembló-. No es por lo que usted piensa. Yo no he amenazado a Gimeno.

-Yo no pienso eso, amigo Tadeo. Yo pienso que te lo ha dicho tu ex esposa. ¿Sigue siendo ex?

Otro rubor tiñó el semblante de Tadeo. Miguel le pasó un brazo por los hombros, y le dijo, en voz baja:

-Se me ocurrió seguirte, Tadeo. ¿Y qué crees? Pues te vi con tu antigua esposa. ¿Arreglando algo de un divorcio ya añejo?

-Se sigue equivocando, teniente.

-Y tú en lo de teniente. Para que no siga equivocándome, me lo vas a contar todo.

Entraron en el bar, como dos buenos amigos, uno con el brazo sobre los hombros del otro.

*   *   *   *   *   *   *   *

*   *   *   *   *

-El señor Ortuzar dice que pase usted, teniente.

Garrido pensó que el ascenso estaba cerca, y que, por eso, ya todo el mundo le llamaba teniente.

Entró en el despacho de Arturo Ortuzar. Los dos hombres se miraron para certificar que no se conocían.

-Siéntese, teniente. ¿A qué debo el honor de su visita?

-Como no sé como comenzar, iré al grano, sin preámbulos.

-Me gusta la gente que es directa.

-Tengo información de que quieren matarlo.

Garrido leyó, en la faz del hombre, que ya lo sabía, o, al menos, lo intuía.

-No veo que se altere.

-No, no me altero. ¿Puedo saber cómo lo ha sabido?

-Tengo confidentes.

-¿Habla usted por el Departamento de Policía o en nombre propio?

-Viene a ser lo mismo. ¿O ve alguna diferencia?

-Creo que la puede haber. Pero dígame… lo que lo ha traído a verme.

-Pienso que podemos protegerlo. No por siempre, pero sí unos días.

-¿Y luego? Teniente, ¿quiere usted una copa? Tengo un muy buen coñac.

-No sabría distinguir uno bueno de uno malo, pero creo en su

palabra.

Arturo sirvió dos copas, y las colocó sobre el escritorio. Cada uno estaba a un lado de éste, frente a frente.

-¿Sabe quién intenta matarme? Amenazaron a mi hijo.

-Sí, lo amenazaron. Pero, en su caso, sé que van a por usted. Quizá la razón sea… Yo no hablo la jerga de ustedes, los hombres de negocios.

-Tal vez yo entienda su lenguaje.

-Usted va a vender la empresa.

-Tiene usted muy buena deductiva. No recuerdo su nombre.

-Miguel Garrido, y soy sargento.

-Sargento Garrido, creo que usted lo sabe todo. Y siendo así, tal vez haya pensado en algo. Me refiero a protegerme, pero… ¿Le gusta el coñac?

-Delicioso -. Miguel dio el segundo sorbo-. Podría acostumbrarme.

-¿Y por qué no? Es cuestión de dinero. Lo mismo que… protegerme. Claro que yo necesitaría algo… permanente. ¿Me comprende? Estar seguro de que no se vaya a repetir.

-Supongo que usted sabe de qué forma no se repetiría.

-Y puedo jurar que usted también. ¿Continuamos con enigmas o…?

-Creo que aceptaré otra copa.

-Considere que es suya la botella.

* * * * * * * * * * * * *

Sonia regresó a su trabajo en el ayuntamiento, así como Miguel se reincorporó a su puesto, pero con el grado de teniente. Con la muerte de Lolo, todo se había aclarado. O eso suponían todos. La prensa, por lo menos, dejó de molestar.

Miguel fue a ver a Eloísa, al de cuatro días de la muerte de Lolo. El dueño de La Esquina buscó otro barman, y pagó, de su bolsillo, el sepelio de Manuel Cifuentes. Consideró que era su obligación, aunque Lolo hubiera sido un asesino.

Cuando llegaron al apartamento de ella, la mujer dijo, apenas cerraron la puerta.

-Tiré la pistola, como dijiste, en partes, en distintos lugares. No podrán reconstruirla.

-Si lo hicieran, hallarían que tiene algunos crímenes pendientes. Se la quité a un pandillero del centro. Estaba muerto, y no la necesitaba. Murió de sobredosis, por lo que ni siquiera servía para incriminarlo.

Garrido le había dado, a Eloísa, la pistola con la que ella mató a Martina.

-¿No se dieron cuenta de que no era la misma?

-Sí, pero no les preocupa. Tampoco han hallado la 357, pero tienen al asesino. Si no hay otros muertos, en dos meses ya nadie se acordará de este caso, ni de las armas.

Eloísa comenzó a desnudarse. Miguel la observó. Le gustaba ver cómo surgía su hermoso cuerpo de debajo de la ropa.

-¿Vas a recuperar a tus hijos? – preguntó la mujer.

-Sí. En el funeral, hablé con los padres de Martina; mis ex

suegros. Entienden que deben estar conmigo, no con Conrado. De todas formas, irán muy a menudo con ellos.

-¿Sabes que eres un hijo puta, Miguel?

-¿Por matar a mi esposa? ¿No matarías tú, a tu esposo, si supieras dónde está?

-Es posible. ¿Y ahora?

-Todo vuelve a la normalidad. ¿O no?

-¡Claro que sí, cariño! Únicamente hay dos cabos sueltos.

-¿Cuáles? Pensé que todo estaba bien atado.

-Tú sabes que yo maté a Chuy, y también a tu esposa. Es uno de los cabos. El otro: que eres cómplice en ambos casos.

-Pero esos cabos se unen, así que ya no están sueltos.

-Tú debes saber de eso.

* * * * * * * * * * * * *

Arturo Ortuzar recomendó mucho, al alcalde, el ascenso de Miguel Garrido. Su oportuna aparición le había salvado la vida. El abogado habló con los medios, y; a la vez que lamentaba el deceso de su hijo; alabó ampliamente la actuación del policía. No respondió a las preguntas de si no le pareció mal acostarse con la novia de su hijo. Rosita, en cambio, habló alto y claro, al declarar que Gimeno y ella ya habían roto su relación, porque el hombre tenía mil amores. Juró que aquella era la primera ocasión en que se veía con su suegro. Olvidó que Gimeno sabía bien a dónde irían, y que el encargado del hotel dijo que eran asiduos. Detalles sin importancia. No veía nada malo andar con el hombre, ya que era viudo, y ella: divorciada.

-Que sea padre de Gimeno es una circunstancia. Nuestra relación nació en el bufete. Arturo es un hombre maravilloso.

-Que acaba de recibir un montón de millones – opinó el reportero.

* * * * * * * * * * * * *

Miguel había llamado a Eloísa, para decirle que se le había hecho un poco tarde, por lo que pasaría por su casa a eso de las nueve. La mujer le dijo que no se preocupase, porque estaba de compras, y también se dilataría un poco más. Era lunes, por lo que cerraban el bar, y ella aprovechaba para ir de compras, o con alguna amiga. .

-Tienes llave – le recordó ella.

-Voy a una reunión con el capitán. Salgo para ahí, en cuanto termine.

Poco antes de las nueve, Miguel detuvo su auto frente al edificio en el que vivía Eloísa. Solía dejar el auto allí, seguro de que los ladronzuelos del barrio lo identificaban bien, y no osaban tocarlo. Salió del vehículo, mirando hacia la ventana de la mujer. No había luz.

-No ha llegado. Pero tengo llave.

Hacía dos semanas que ella le dio una copia de la llave de su apartamento. Miguel se había hecho asiduo, ya que no se veía con Sonia, ni iba con prostitutas. Le gustaba Eloísa, y estaba seguro de que el afecto era mutuo.

Apenas salió del vehículo, del lado de la calzada, una figura rodeó el auto, por detrás, y llegó hasta el hombre. Lo hizo con una

rapidez que desafiaba el ojo humano. Iba vestido de motorista, y llevaba un arma en la mano derecha. Se detuvo apenas un segundo, justo lo necesario para que dos balas saliesen del silenciador de la pistola. Ambas, casi seguidas, se incrustaron en la nuca del teniente. El motorista caminó con prisa. Se cruzó con una pareja de novios, que no le prestaron la mínima atención. Ellos caminaban por la acera, y el cuerpo del teniente estaba en la calzada, detrás del auto. No se percataron de su presencia.

El motorista dobló una esquina, y se puso a correr. Dobló la segunda, y siguió con rapidez hasta su moto. Subió y la puso en marcha. Entonces, con la voz ahogada por las explosiones de la combustión, dijo:

-Yo no debí haber comprado un televisor igual del viejo que el que supuestamente me robó Chuy. Y tú te compraste todo un teatro en casa, de ocho mil dólares, y andabas viendo si cambiabas de auto. ¿Te han adelantado el aumento de sueldo de un año, teniente? Lo pagaste al contado.

Aceleró, hasta que tuvo que detenerse ante un semáforo. Allí continuó su soliloquio:

-No me gusta ser un cabo suelto. Y tampoco que me chantajeen. Quizá hubiese matado a tu mujer, si me hubieras dicho que me amabas, pero no que me detendrías si no lo hacía.

* * * * * * * * * * * * *

Adalberto Poblano tuvo que acudir a hacerse cargo del caso de su ex compañero. Poblano, ascendido a sargento, contaba ya con otro

ayudante, un tal Gregorio Gómez, un fulano nervioso a quien le encantaba ver cadáveres.

-Debiste haber sido sepulturero- le solía decir el sargento.

-Son las balas famosas - dijo Gómez, quien gozaba de muy buena vista-. 1997.

-¡Carajo! – exclamó Poblano.

-¿Qué sucede?- preguntó una voz femenina por el portátil que Poblano tenía junto a su oreja derecha.

-Coinciden las balas 357 -. Le explicó Adalberto a Sonia, a quien tenía al teléfono-. Nos habíamos olvidado del cómplice.

Lolo se hubiera asombrado al saber que la pistola que hizo desaparecer aún disparaba. Y más que fuesen las famosas balas.

-O, en verdad, había dos asesinos. Los números de teléfonos, y las horas. ¿Qué hay con Eloísa?

-Le acabo de llamar, y dice que está en casa de Arturo Ortuzar.

-¿Y es cierto?

-Me pasó al teléfono el tal Ortuzar, y éste dijo que ella está allí desde las siete y media. Tiene una muy buena coartada. El fulano se lleva a las mejores mujeres.

-¿Te quejas? ¿Te va mal? – preguntó la sicóloga, con tono de reproche-. Eso no tiene nada que ver con el caso.

-No, no me quejo. Sólo comento que el viejo…

-El dinero, Adalberto. Es más importante que una cara bonita. ¿Qué más?

Sonia ya no trabajaba para la policía, al menos oficialmente; pero se había aficionado a la investigación, y, al igual que Gómez, a

los asesinados.

-Miguel la llamó a las ocho y luego a las ocho y media – dijo el sargento-. Está registrado en su portátil.

-Eso no nos dice dónde estaba ella.

Sonia, quien conducía rumbo a su casa, se detuvo ante una luz roja. Cogió el bolso, que estaba sobre el asiento a su derecha, lo abrió y extrajo el teléfono que le había comprado al mendigo. Ya no le servía de nada. Lo miró con lástima, y pensó:

-Aunque fuese suyo, ya de nada me sirve. Hubiese jurado que Miguel había planeado la muerte de su esposa. Igual que él, con Lolo, mi intuición me aseguraba que la mató. Quizá me olía mal que fuese tan buen amante, y que ella lo dejase. ¿O eso no tiene nada que ver?

-¿En qué piensas? – preguntó Adalberto, ya que ella guardaba silencio.

-En que te vas a pasar la noche en vela.

-Tendremos que dejar lo de hoy para otro día.

-¿Qué tal si nos vemos, mañana, a la hora de la comida?

-Bien. ¿En el hotel de siempre?

Adalberto miró el cuerpo de su amigo, y le guiñó un ojo.

-No creo que te moleste que yo te sustituya, amigo- pensó el sargento.

* * * * * * * * * * * * *

Eloísa y Arturo reposaban en la cama de la habitación del abogado. En la casa no había nadie más, ya que los criados se fueron temprano. Ortuzar les dijo que recibiría una visita, y ellos entendieron

que estaban de sobra. Eso sucedió a las seis de la tarde, y la visita, Eloísa, llegó poco antes de las diez. Tuvo que conducir desde su casa, más bien la acera de enfrente, hasta la de Arturo, ubicada a las afueras. En moto, tardó poco, llegando antes de que Poblano se personase en la escena del crimen. Como la pareja pasó junto al auto de Miguel, sin enterarse de nada, porque se ocupaban de lo suyo, el sargento tuvo que esperar a que un auto se detuviese a su lado, y que hubiese alguien en el asiento del copiloto, y que no estuviese mirando al frente o a su compañero, y se fijase en el suelo. Todo eso fue necesario, para que alguien se percatase de que había un cadáver en la calzada.

-Ya no está ese cabo suelto – dijo Eloísa, mirando a su lado.

Hacía unos minutos que ambos habían recobrado la respiración. Antes de tratar otra cosa, se dedicaron a sudar conjuntamente. Arturo esperaba con ansías a la mujer, y ésta sabía que era imprescindible la ración de sexo antes de que el abogado admitiese comentarios. Aún no entraba la llamada de Poblano, preguntándole, a ella, en dónde estaba. Arturo hablaría con el hombre, diciendo que ella llevaba en su casa desde las siete y media. Y el policía no dudaría en que así fuese. O quizá sí, pero no osaría una comprobación, para evitar que Ortuzar recurriese a sus contactos.

-¿Y tú, cariño? También eres un cabo suelto.

-Por mí no te preocupes, amor. Yo salgo de viaje.

-Aunque estés lejos, seguirás siendo un cabo suelto.

-¿Vas a pagar para que me maten?

Arturo, como respuesta, movió la cabeza a su derecha, para

besar los labios de la mujer.

-No, pero te tendré bien vigilada. Y, ya que no se puede confiar en nadie, me encargaré personalmente.

-Cuando me instale, posiblemente en Isleta, te daré mi dirección.

-Oye, ¿el dinero no es un cabo suelto? Supongo que Garrido no lo metió al banco.

Eloísa soltó una carcajada. El hombre dedujo que aquello indicaba que ella ya lo había considerado, y, seguramente, solucionado.

-¿Cuánto le pagaste a Garrido, amor? – preguntó ella.

-Ciento cincuenta mil.

-Podré poner mucha gasolina.

-¿Cuándo irás a su casa?

-Estuve poco antes de venir para aquí. Daba lo mismo que llegase contigo media hora antes o después, si dirías siete y media.

Arturo también emitió una larga y sonora carcajada. Era evidente que Eloísa había planeado bien lo que debía hacer.

-¿Y por qué me preguntaste cuánto le di?

-Porque no lo he contado aún. Sólo vi que era mucho.

-Niña, me agrada estar contigo, pero eres muy peligrosa. Me quedaré tranquilo cuando te vayas.

-¿No has dicho que me visitarás?

-Pero ya sabes que las visitas dan dos satisfacciones: cuando llegan y cuando se van. Y más si la visita es corta.

-Oye, ¿y qué hay de Rosita y Tadeo?

-Felices. Ella se queda en el bufete, con aumento de sueldo, y él

en el ayuntamiento, cobrando por no hacer nada.

-¿Y no sospechan?

-¿Por qué? Me advirtieron de lo que me podía pasar, y les di una recompensa. Nunca supieron lo que yo negocié con Garrido. No imaginé que el policía te hablase de nuestro trato.

-Es que los hombres hablan de más, cuando su pene piensa por ellos.

Eloísa hizo una mueca, mirando al lado contrario de donde estaba Arturo. Miguel no se lo había dicho. Tadeo sí habló de que él le había advertido, por medio de Rosa, de que su hijo tramaba algo con Lolo. Lo confesó cuando ella le daba un buen tratamiento sexual. Luego pretendió que no dijo nada, porque eso lo convertía en cómplice, por no avisar a la policía. Lo puso mucho peor, cuando rectificó y manifestó que sí habló con Garrido. Eloísa tuvo elementos para componer toda la historia: Miguel no estaba en el motel por casualidad. Así que ella intuyó que Arturo le pagó. Por tanto, fue a ver a Ortuzar y le dijo que Miguel le contó lo sucedido. Arturo confesó, en la cama, y le aseguró ayudarla a eliminar a Miguel. Al menos, él serviría de coartada.

-Ya está aquí la llamada que esperábamos – dijo la mujer, mirando la carátula de su teléfono-. Recuerda el trato.

-No temas, cariño. Yo recuerdo esto, y tú… lo otro.

Eloísa desaparecería de la escena, al de unos días, llevándose el dinero de Miguel. Como la policía le preguntaría por qué estaba con Ortuzar, ella diría que Arturo fue al bar con Miguel, a tomar unas copas, y el teniente se lo presentó. Desde que coincidieron en el motel

de los disparos, Miguel y Ortuzar padre se hicieron amigos.

-Me encantan los hombres con canas. Al menos, los que tienen dinero. A éstos no les hace falta disimularlas.

* * * * * * * * * * * * *

Eloísa detuvo su moto en una gasolinera. Faltaba un buen trecho para Isleta. No llegaría aquel día, por lo que buscaría en donde dormir. Se desviaría a algún pueblo próximo a la carretera, ya que no le agradaban los moteles para camioneros y agentes viajeros.

-La muy boba le mandó postales, a su madre, desde Isleta –pensó Eloísa, mientras estiraba las piernas y le ponían combustible a su moto.

Eugenia, la que le quitó el marido, le escribía a su madre. Lo de quitar suena diferente de la realidad, y se debe a que no se suele aceptar que te dejen por otra. No, ella no le había quitado nada a Eloísa, ya que Ruperto Zárate se fue muy a gusto.

El caso era que los había localizado. No resultó nada difícil, puesto que el buzón estaba en el portal de la vivienda de su suegra, y se abría sin necesidad de llave. Eloísa estudió las horas en que llegaba el cartero, y ella se presentó un poco después. Ventajas de trabajar de noche.

-Quien anda con lobos, aprende a aullar. Quien anda con asesinos y policías…

Sus conversaciones con Garrido le fueron dando ideas. Y no sólo la de averiguar en dónde estaba la pareja. Tenía otras, como la de cómo matarlos. La pistola 38 que Miguel le dio, para asesinar a

Martina, por ejemplo. Le dijo a Miguel, así como le mintió en mucho más, que las había tirado junto al arma, en piezas, en varios vertederos de basura. Pero la mujer se la guardó, aunque con pocas balas, ya que el policía sólo le dio cinco. Previsor que era Garrido. Pero podría comprar algunas. La idea de ella era mezclar a Ruperto en los asesinatos del barman, tal como Martina.

Por otra parte, estaba el arma de Lolo, la 357 que no encontraron en el bar, porque "él" se la llevó, y las balas 1997. Eloísa había conseguido una igual, al de poco de advertir la existencia de la pistola. Cambió la adquirida por la del barman, y se guardó unas balas especiales. Algunas de ellas estaban en el cuerpo de Garrido.

-Lolo no imaginó que se llevó un arma distinta- pensó ella.

Luego cambió de opinión, con respecto a su ex esposo, pues tuvo la suerte de que Miguel hubiese guardado el Colt de Gimeno. Y Eloísa lo halló, al buscar el dinero. Estaba en el mismo bolso en el que había ciento treinta y cinco mil dólares. Y una caja de munición. Esa arma jamás se había disparado en el país. El vendedor las traía de Estados Unidos, y el abogado no logró que saliera un proyectil por el cañón. Así que Garrido, sabiendo esto, se la guardó, porque le vendría muy bien en el cercano futuro. Le venían al pelo las balas 38 del lote que usó para que la mujer matase a Martina, pues podía ponerlas en la nueva arma.

-Ahora me servirán a mí. No habrá relación de sus muertes con las de San Pedro. Y ya planearé una coartada. En Isleta hay mucho turista despistado. Uno de ellos me echará una mano.

F I N